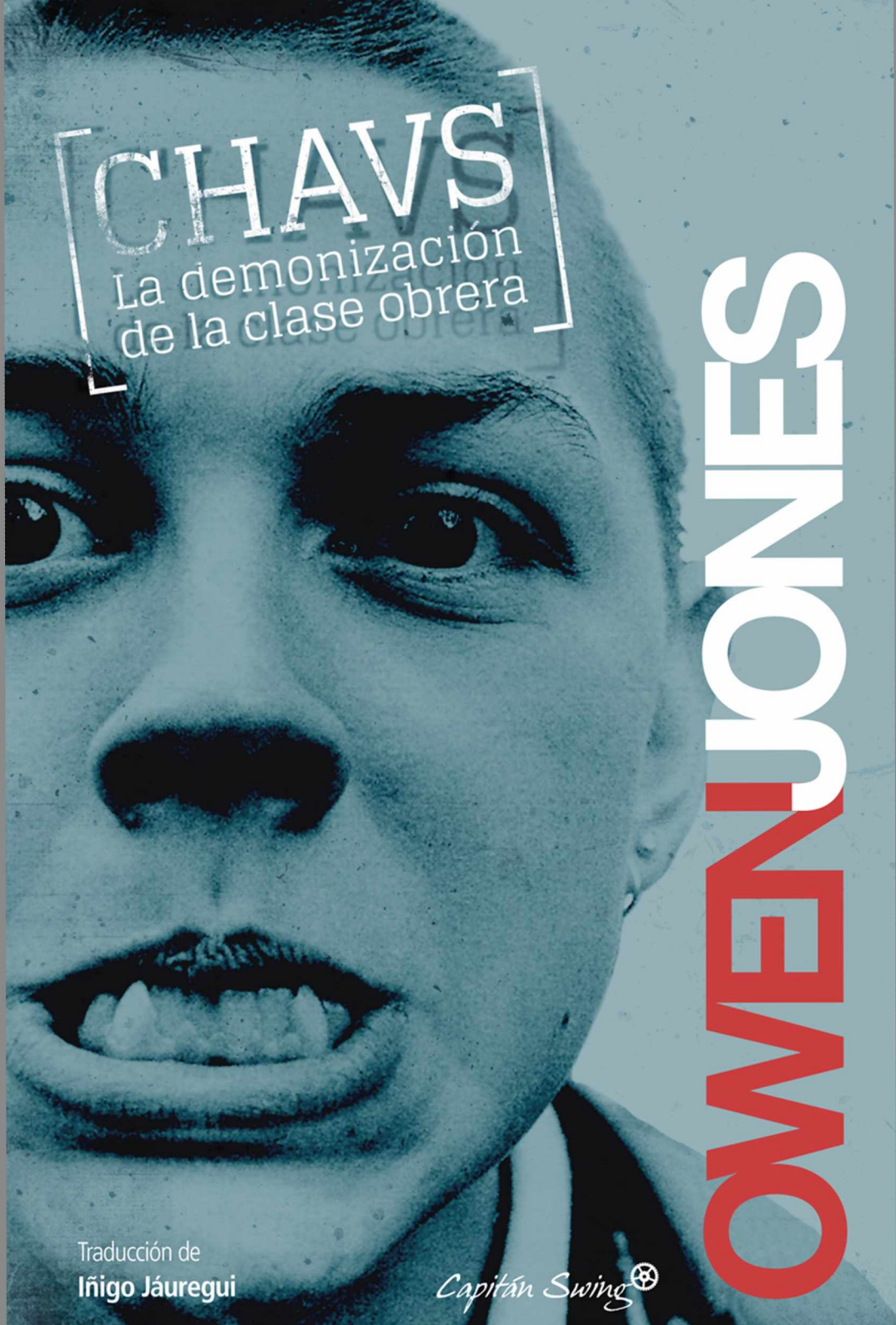

CHAVS

La demonización de la clase obrera

OWEN JONES

Traducción de
Iñigo Jáuregui

Capitán Swing

CHAVS
La demonización de la clase obrera

Owen Jones

CHAVS
La demonización de la clase obrera

Owen Jones

Traducido por
Íñigo Jáuregui

colección
Entrelíneas

Capitán Swing

Título original:
Chavs: The Demonization of the Working Class
(2011)

© Del libro:
Owen Jones

© De la traducción:
Íñigo Jáuregui Eguía

© De esta edición:
Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2°4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
contacto@capitanswinglibros.com
www.capitanswinglibros.com

© Diseño gráfico:
Filo Estudio - www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Juan Marqués

Segunda reimpresión en Capitán Swing:
Febrero de 2013

ISBN: 978-84-940279-7-0
Depósito Legal: M-35711-2012
Código BIC: JF
Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta EFCA - Torrejón de Ardoz (Madrid)

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Índice

Introducción 7

01. El extraño caso de Shannon Matthews 23

02. Luchadores de clase 55

03. Políticos versus *chavs* 93

04. Una clase en la picota 133

05. «Ahora todos somos de clase media» 169

06. Una sociedad amañada 205

07. Una Gran Bretaña rota 223

08. La ofensiva 265

Conclusión: ¿Una nueva política de clase? 295

Epílogo a la segunda edición inglesa 321

Agradecimientos 347

Introducción

Es una experiencia que todos hemos tenido. Estás entre un grupo de amigos o conocidos cuando de repente alguien dice algo que te choca: un comentario aparte o una observación frívola y de mal gusto. Pero lo más inquietante no es el comentario en sí, sino el hecho de que nadie parece sorprenderse lo más mínimo. Miras en vano a tu alrededor, buscando aunque sea una pizca de preocupación o muestras de bochorno.

Yo experimenté uno de esos momentos en la cena de un amigo, en una zona burguesa al este de Londres, una noche de invierno. Estaban cortando cuidadosamente la tarta de queso y la conversación había derivado hacia el tema de moda, la crisis del crédito. De pronto, uno de los anfitriones intentó animar la velada con un chiste desenfadado.

> Qué lástima que cierre Woolworth's. ¿Dónde van a comprar todos los *chavs*[1] sus regalos navideños?

Ahora bien, él nunca se consideraría un intolerante, ni ningún otro de los presentes, porque, al fin y al cabo, todos eran profesionales cultos y de mente abierta. Sentadas a la mesa había personas

[1] Término peyorativo para referirse a la subcultura de la clase trabajadora inglesa (sobre todo a los jóvenes, aunque no solo). Según este estereotipo, llevan ropa deportiva de marca, bisutería llamativa, viven de las prestaciones y en viviendas sociales. Como las palabras españolas «chaval» y «chavó», es de origen gitano, y en último término proviene del término sánscrito *yayan*, «joven». El traductor agradece a Rodrigo Navia-Osorio sus generosas y útiles aclaraciones sobre algunos pasajes de este libro. *(N. del T.)*

de más de un grupo étnico. La división por sexos era del 50%, y no todo el mundo era hetero. Todos se hubieran situado políticamente en algún lugar a la izquierda del centro. Se habrían enfadado al ser tachados de elitistas. Si un extraño hubiera ido esa noche y se hubiera avergonzado a sí mismo empleando una palabra como «paki» o «maricón», lo habrían expulsado rápidamente del apartamento.

Pero nadie rechistó ante un chiste sobre *chavs* que compran en Woolies. Al contrario, todos se rieron. Dudo que muchos supieran que este término despectivo proviene de la palabra gitana para «niño», ni era probable que estuvieran entre los cien mil lectores de *El pequeño libro de los chavs*, una obra sesuda que describe a los *chavs* como «la floreciente subclase palurda». Si lo hubieran cogido del expositor de una librería para echarle una rápida hojeada, habrían aprendido que los *chavs* suelen trabajar de cajeros en los supermercados, de empleados en restaurantes de comida rápida y de limpiadores. Pero en el fondo todos debían de saber que *chav* es una palabra insultante exclusivamente dirigida a gente de clase trabajadora. El «chiste» se podría haber reformulado fácilmente así: «Qué lástima que cierre Woolworth's. ¿Dónde van a comprar las repugnantes clases bajas sus regalos navideños?».

Y con todo, ni siquiera fue *lo que se dijo* lo que más me molestó, sino *quién* lo dijo, y quién participó de las risas. Todos los que estaban sentados alrededor de esa mesa eran profesionales bien remunerados. Lo admitieran o no, debían su éxito, más que nada, a su origen. Todos crecieron en confortables hogares de clase media, por lo general en barrios residenciales. Algunos se educaron en costosos colegios privados, y la mayoría había estudiado en universidades como Oxford, LSE o Bristol. Las posibilidades de que alguien de clase trabajadora terminara como ellos eran, como mínimo, remotas. Ahí estaba yo, presenciando un fenómeno que se remonta cientos de años atrás: los ricos burlándose de los menos pudientes.

Y eso me dio que pensar. ¿Por qué el odio a la gente de clase trabajadora se ha vuelto tan aceptable socialmente? Cómicos multimillonarios educados en colegios privados se visten de *chavs* para divertirnos en telecomedias como *Little Britain*. Nuestros periódicos van a la caza desesperada de historias terroríficas sobre

«la vida entre los *chavs*» y las hacen pasar por representativas de las comunidades trabajadoras. Sitios web como «ChavScum» (escoria *chav*) rebosan veneno dirigido a la caricatura *chav*. Parece como si la clase trabajadora fuera el único grupo social del que puedes decir prácticamente cualquier cosa.

* * *

Costaría encontrar alguien en Gran Bretaña que odie tanto a los *chavs* como Richard Hilton. El señor Hilton es director general de Gymbox, una de las más exitosas incorporaciones a la floreciente escena del *fitness* londinense. Conocido por poner nombres creativos a sus clases de gimnasia, Gymbox está descaradamente dirigido a fanáticos del *fitness* con posibles, pues para hacerse socio hay que pagar una exorbitante cuota de inscripción de 175£, además de una cantidad mensual de 72£. Como explica el propio Hilton, Gymbox se creó para explotar las inseguridades de su clientela, formada predominantemente por profesionales y oficinistas. «Los clientes estaban pidiendo clases de defensa personal porque les daba miedo vivir en Londres», dice.

En la primavera de 2009, Gymbox anunció una novedad que se sumaba a su ya ecléctica oferta de clases (incluyendo el Aerobic Pechugón, el Baile en Barra y el Boxeo Zorrón): la Lucha *Chav*. «No des a los gruñones y malhumorados *chavs* una ASBO»,[2] instaba su web, «dales una patada». El resto de su cháchara promocional tampoco se andaba con miramientos, en la voz de un justiciero con buen dominio de las relaciones públicas. «Olvídate de robarle el caramelo a un niño. Nosotros te enseñaremos a quitarle un Bacardi a un macarra y a convertir un gruñido en un gemido. Bienvenido a la lucha *chav*, un lugar donde el saco de boxeo acumula polvo y se arregla el mundo.» Los folletos eran aún más directos. «¿Por qué

[2] Orden de arresto por comportamiento antisocial. Mantendremos el acrónimo en todo el texto. *(N. del T.)*

perfeccionar tus habilidades en sacos de boxeo o tablas de madera cuando puedes tumbar a unos cuantos *chavs*?... Un mundo donde los Bacardi Breezers son tu espada y las ASBOs tu trofeo.»

Hubo algunos que creyeron que la glorificación de apalizar gente era pasarse de la raya. Cuando se recurrió al Consejo Regulador de Publicidad (ASA), Gymbox respondió con tecnicismos. Alegaron que no era ofensivo porque «nadie en la sociedad admitiría ser un *chav*; no era un grupo al que la gente quisiera pertenecer». Sorprendentemente, la ASA absolvió a Gymbox con el argumento de que era improbable que las clases de lucha *chav* «aprobaran o incitaran a la violencia contra determinados grupos sociales...».

Hay que hablar con Richard Hilton para apreciar la hondura del odio que inspira la clase social. Tras definir a los *chavs* como «chicos de la calle vestidos de Burberry», continuó con su explicación:

> Suelen vivir en Inglaterra pero probablemente pronuncian «Inlaterra». Les cuesta expresarse y tienen poca capacidad para escribir sin faltas. Adoran sus *pitbulls* y sus navajas, y te «pincharán» alegremente si les rozas accidentalmente al pasar o no les gusta cómo les miras. Suelen procrear a la edad de quince años y pasan casi todo el día tratando de conseguir «maría» o cualquier «trapo» que puedan trincar con sus sudorosas manos adolescentes. Si no están internados a los veintiuno, se les considera bastiones de la comunidad o se ganan «mucho respeto» por tener suerte.

No es de extrañar que, al ser preguntado si corrían malos tiempos para los tales *chavs* en Inglaterra, su respuesta fuera categórica: «No, se lo merecen».

Al parecer la clase fue un éxito entre la gente que va a los gimnasios. Tras describirla como «una de las clases más populares que nunca hemos ofertado», Hilton afirmó que: «Casi todo el mundo se identificó con ella y la disfrutó. Unos pocos de la brigada policial se sintieron ofendidos.» Y sin embargo, sorprendentemente, Hilton no se considera un intolerante, ¡todo lo contrario! El sexismo, el racismo y la homofobia, por ejemplo, eran «completamente inaceptables».

Empresario extremadamente exitoso, Richard Hilton ha explotado el miedo y el odio que sienten algunos londinenses de clase media hacia las clases bajas. Es una imagen convincente: sudorosos banqueros de la City descargando sus frustraciones inducidas por la recesión sobre chavales pobres y semisalvajes. Bienvenido a Gymbox, donde la lucha de clases se mezcla con el *fitness*.

Es fácil quedarse de piedra ante el impúdico odio de Hilton, pero él ha descrito crudamente una imagen del adolescente de clase obrera muy extendida entre la clase media. Corto. Violento. Delincuente. «Procreando» como animales. Y, por supuesto, estos *chavs* no son elementos aislados: después de todo, se les considera «bastiones de la comunidad».

Gymbox no es la única compañía británica que ha explotado el horror de la clase media hacia amplios sectores de la clase trabajadora británica. Actividades en el Extranjero es una agencia de viajes que ofrece vacaciones con exóticas aventuras y tarifas que a menudo superan las 2.000£: safaris con perros esquimales en la naturaleza canadiense, vacaciones en cabañas de troncos en Finlandia, cosas por el estilo. Ah, pero que los *chavs* no se molesten en solicitarlas. En enero de 2009 la compañía envió un correo promocional a 24.000 clientes de su base de datos, donde se citaba un artículo de 2005 que demostraba que los niños con nombres de «clase media» tenían ocho veces más probabilidades de aprobar su examen final de secundaria que los que tenían nombres como «Wayne y Dwayne». Las conclusiones les habían llevado a preguntarse qué tipo de nombres sería probable encontrar en un viaje de Actividades en el Extranjero.

De modo que el equipo había hecho un rastreo en su base de datos y apareció con dos listas: una de nombres que era «probable» encontrar en una de sus vacaciones, y otra de los que no. Alice, Joseph y Charles figuraban en la primera lista, pero las excursiones de Actividades en el Extranjero eran una zona libre de Britneys, Chantelles y Dazzas. Concluyeron que podían prometer legítimamente «vacaciones con actividades libres de *chavs*».

De nuevo, no a todo el mundo le hizo gracia, pero la empresa se mantuvo en sus trece. «Creo que ya es hora de que las clases

medias se hagan valer», declaró el director general Alistair McLean. «Al margen de que sea lucha de clases o no, yo no tengo ningún reparo en proclamarme de clase media.»[3]

Cuando hablé con Barry Nolan, uno de los directores de la compañía, se mostró igual de desafiante. «Los más enfadados eran lectores del *Guardian* que mostraban una falsa indignación porque no viven cerca de ellos», dijo. «Conectó con el tipo de gente que podía contratar sus vacaciones con nosotros. Resultó ser un éxito increíble entre nuestros clientes.» Según parece, el negocio experimentó un aumento del 44% en las ventas en el periodo que siguió a la polémica.

Gymbox y Actividades en el Extranjero han adoptado puntos de vista ligeramente distintos. Gymbox aprovechaba los miedos de la clase media a que sus inferiores sociales fueran una turba violenta que estuviera esperando para matarlos a navajazos en algún callejón oscuro. Actividades en el Extranjero explotó la aversión a los vuelos baratos, que permitían a la gente de clase trabajadora «invadir» el espacio de clase media de las vacaciones en el extranjero. «Hoy en día ni siquiera puedes huir al extranjero para escapar de ellos», este tipo de ideas.

Pero ambos eran una muestra de cómo es el odio dominante de la clase media hacia la clase trabajadora en la Inglaterra actual. El ataque a los *chavs* se ha convertido en una forma de ganar dinero porque toca un punto sensible. Esto resulta aún más obvio cuando una historia poco representativa que aparece en titulares se utiliza como gancho conveniente para «probar» el discurso anti*chav*.

Cuando el exconvicto Raoul Moat escapó tras matar a tiros al compañero de su expareja en julio de 2010, se convirtió en un antihéroe para unas pocas de las personas de clase trabajadora más marginadas del país. Un criminólogo, el profesor David Wilkinson, afirmó que aquel estaba «explotando la mentalidad masculina, desposeída, de clase trabajadora blanca, según la cual no puede abrirse camino legítimamente en el mundo, así que Moat, comportándose como lo hizo, como esta especie de antihéroe, ha tocado,

[3] Michael Kerr, «A "chav-free" break? No thanks», *Daily Telegraph*, 21 de enero 2009.

creo, un punto sensible». Los blancos de clase trabajadora se habían visto reducidos de un plumazo a unos simiescos macarras sin aspiraciones legítimas. Internet fue el escenario de una batalla campal. Véase este comentario en la página web del *Daily Mail*:

> Mirad a vuestro alrededor, en el supermercado, en el autobús y ahora cada vez más en la calle. Encontraréis grupos cada vez más numerosos de tatuados, ruidosos y malhablados proletas seguidos de mugrientos mocosos, que son incapaces de responder o incluso de reconocer la cortesía más básica y no conciben estar equivocados en nada. Esta es la gente que se emociona con un asesino despiadado. No tienen valores ni moral y son tan cortos que no pueden redimirse. Es mejor evitarlos.[4]

Esta forma de odio de clase se ha convertido en parte integral y respetable de la cultura británica actual. Está presente en los periódicos, telecomedias, películas, foros de internet, redes sociales y conversaciones cotidianas. En el corazón del fenómeno *chav* hay un intento de ocultar la realidad de la mayoría de la clase trabajadora. «Ahora somos de clase media», reza el mantra generalizado, todos excepto unos pocos irresponsables y recalcitrantes flecos de la vieja clase obrera. Simon Heffer, uno de los periodistas conservadores más prominentes del país, es un firme defensor de esta teoría y a menudo ha afirmado que «lo que se conocía como "respetable clase trabajadora" casi se ha extinguido. Lo que los sociólogos daban en llamar la clase trabajadora ahora no suele trabajar en absoluto, sino que vive del Estado de bienestar».[5] Ha dado paso a lo que él llama una «subclase salvaje».

Cuando le pregunté qué quería decir con eso, replicó: «La respetable clase trabajadora se ha extinguido en gran parte por causas justificadas, porque tenía aspiraciones y porque la sociedad aún proveía los medios para aspirar». Habían ascendido en la escala social porque «han ido a la universidad, han conseguido trabajo en

[4] Dominic SandBrook, «A perfect folk hero for our times: Moat's popularity reflects society's warped values», en la web del *Daily Mail* (http://www.dailymail.co.uk/).

[5] Simon Heffer, «We pay to have an underclass», *Daily Telegraph*, 29 de agosto 2007.

oficios o profesiones administrativas y se han vuelto de clase media». Una pregunta interesante es dónde encajan en todo esto los millones de personas que seguían en ocupaciones manuales o la mayoría de los que no habían ido a la universidad. No obstante, según Heffer, en realidad hay dos grupos principales en la sociedad británica: «Ya no existen familias que vivan en condiciones humildes y respetables generación tras generación. O se convierten en clientes del Estado de bienestar y pasan a engrosar la subclase, o se vuelven de clase media».

Este es el modelo social visto a través de los ojos de Heffer. Gente agradable de clase media por un lado y un irredimible detritus por el otro (la «subclase» que representa «la parte de la clase trabajadora sin ambición ni aspiraciones»), sin nada entremedias. Esto no guarda ninguna relación con cómo está estructurada realmente la sociedad, pero ¿por qué habría de hacerlo? Después de todo los periodistas que escriben esto tienen poco contacto, si tienen alguno, con la gente que desprecian. Heffer es un típico exponente de clase media, vive en el campo y lleva a sus hijos a Eton. En un momento dado admite «no saber mucho de la subclase», algo que no le ha impedido fustigarlos repetidamente.

Los hay que defienden el uso de la palabra *chav* y afirman que, en realidad, la clase trabajadora no está demonizada en absoluto; *chav* se usa simplemente para designar a gamberros antisociales y a pandilleros. Esto es cuestionable. Para empezar, las víctimas son exclusivamente de clase trabajadora. Cuando *chav* apareció por primera vez en el diccionario Collins de inglés, se definió como «joven de clase trabajadora que se viste con ropa deportiva e informal». Desde entonces su significado se ha ampliado de forma reveladora. Un mito urbano lo convierte en acrónimo de «violento que vive en casas municipales».[6] Muchos lo emplean para mostrar su aversión a la gente de clase trabajadora que ha abrazado el consumismo solo para gastar su dinero de manera supuestamente basta y chabacana, en vez de con la discreta elegancia de la burguesía. Figuras procedentes de la clase trabajadora como

[6] En inglés, «Council House Violent». *(N. del T.)*

David Beckham, Wayne Rooney o Cheryl Cole, por ejemplo, son parodiados habitualmente como *chavs*.

Ante todo, el término *chav* engloba actualmente cualquier rasgo negativo asociado a la gente de clase trabajadora —violencia, vagancia, embarazos en adolescentes, racismo, alcoholismo y demás—. Como escribió la periodista del *Guardian* Zoe Williams: «*chav* puede haber atraído el interés popular por parecer que expresaba algo original —no solo escoria, amigos, sino escoria vestida de Burberry—, pero ahora cubre una base tan amplia que se ha convertido en sinónimo de "proleta" o de cualquier palabra que signifique "pobre y por lo tanto despreciable"».[7] Hasta Christopher Howse, eminente columnista del conservador *Daily Telegraph*, objetaba que «mucha gente usa *chav* como cortina de humo para encubrir su odio a las clases bajas... Llamar *chavs* a la gente no es mejor que cuando los chicos de colegios privados llaman "palurdos" a los de pueblo».[8]

Los *chavs* a menudo son tratados como sinónimos de «clase trabajadora blanca». La temporada del 2008 de *White* (blancos) de la BBC, una serie de programas dedicados a la misma clase, fue un ejemplo clásico, al retratar a sus miembros como retrógrados, intolerantes y obsesionados con la raza. De hecho, mientras que la «clase trabajadora» se convirtió en un concepto tabú en el periodo posterior al thatcherismo, de la «clase blanca trabajadora» se hablaba cada vez más a comienzos del siglo XXI.

Porque «clase» había sido durante mucho tiempo una palabra prohibida en la vida política, y las únicas desigualdades debatidas por políticos y medios de comunicación eran las raciales. La clase blanca trabajadora se había convertido en otra minoría étnica marginada, y eso suponía que todas sus preocupaciones se entendían únicamente a través del prisma de la raza. Se empezó a presentar como una tribu perdida en el lado equivocado de la Historia, desorientada por el multiculturalismo y obsesionada con defender su identidad de los estragos de la inmigración en masa. El nacimiento de la idea de una «clase trabajadora blanca» fomentó un nuevo

[7] Zoe Williams, «The chavs and the chav-nots», *Guardian*, 16 de julio 2008.

[8] Christopher Howse, «Calling people chavs is criminal», *Daily Telegraph*, 17 de julio 2008.

fanatismo progresista. Estaba bien odiar a los blancos de clase trabajadora porque ellos mismos eran un hatajo de racistas intolerantes.

Una justificación del término *chav* señala que «los propios *chavs* lo utilizan, así que, ¿cuál es el problema?». Tienen un argumento: algunos jóvenes de clase trabajadora han adoptado la palabra como un rasgo de identidad cultural. Pero el significado de una palabra a menudo depende de quién la emplee. En boca de un heterosexual, «marica» es clara y profundamente homofóbico; pero algunos gays se lo han apropiado orgullosamente como seña de identidad. De forma similar, aunque «paki» es uno de los términos racistas más insultantes que puede usar un blanco en Inglaterra, algunos jóvenes asiáticos lo emplean como un término cariñoso hacia los suyos. En 2010 una polémica en la que anduvo implicada la controvertida locutora derechista estadounidense Laura Schlessinger ilustró gráficamente esta cuestión. Tras emplear once veces la palabra «negrata» en antena durante una conversación con un oyente afroamericano, trató de defenderse con el argumento de que los cómicos y actores negros la utilizan.

En todos los casos, el significado de la palabra depende del hablante. En boca de alguien de clase media, *chav* se convierte en un término de puro desprecio de clase. Liam Cranley, hijo de un operario de fábrica que creció en una comunidad de clase trabajadora del área metropolitana de Manchester, me describe su reacción cuando alguien de clase media utiliza la palabra: «Estás hablando de mi familia: estás hablando de mi hermano, de mi madre, de mis amigos».

Este libro analizará cómo el odio a los *chavs* no es ni mucho menos un fenómeno aislado. En parte es producto de una sociedad con profundas desigualdades. «En mi opinión, uno de los efectos clave de una mayor desigualdad es avivar sentimientos de superioridad e inferioridad en la sociedad», dice Richard Wilkinson, coautor del pionero *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva,*[9] un libro que demuestra eficazmente el vínculo entre desigualdad y toda una gama de problemas sociales. Y, de hecho, la desigualdad es hoy mucho mayor que en casi toda nuestra historia.

[9] Publicado en castellano por la editorial Turner (Madrid, 2009). *(N. del T.)*

«Una desigualdad generalizada es algo extremadamente reciente para casi todo el mundo», sostiene el profesor de geografía humana y «experto en desigualdad» Danny Dorling.

Demonizar a los de abajo ha sido un medio conveniente de justificar una sociedad desigual a lo largo de los siglos. Después de todo, en abstracto parece irracional que por nacer en un sitio u otro unos asciendan mientras otros se quedan atrapados en el fondo. Pero ¿qué ocurre si uno está arriba porque se lo *merece*? ¿Y si los de abajo están ahí por falta de habilidad, talento o determinación?

Pero el asunto va más allá de la desigualdad. En la raíz de la demonización de la gente trabajadora está el legado de una auténtica lucha de clases británica. El ascenso al poder de Margaret Thatcher en 1979 marcó el comienzo de un asalto total a los pilares de la clase trabajadora británica. Sus instituciones, como los sindicatos y las viviendas de protección oficial, fueron desmanteladas; se liquidaron sus industrias, de las manufacturas a la minería; sus comunidades quedaron, en algunos casos, destrozadas y nunca más se recuperaron; y sus valores, como la solidaridad y la aspiración colectiva, fueron barridos en aras de un férreo individualismo. Despojada de su poder y ya no vista como una orgullosa identidad, la clase trabajadora fue cada vez más ridiculizada, menospreciada y utilizada como chivo expiatorio. Estas ideas se han impuesto, en parte, por la expulsión de la gente de clase trabajadora del mundo de la política y los medios de comunicación.

Los políticos, especialmente los del Partido Laborista, antiguamente hablaban de mejorar las condiciones de la clase obrera. Pero el consenso actual solo gira en torno a escapar de la clase trabajadora. Los discursos de los políticos están salpicados de promesas para ampliar la clase media. La «aspiración» se ha redefinido hasta significar enriquecimiento personal: trepar por la escala social y convertirse en clase media. Problemas sociales como la pobreza y el desempleo en otro tiempo eran considerados injusticias derivadas de fallos internos del capitalismo que, como mínimo, debían abordarse. Pero hoy se han empezado a considerar consecuencias del comportamiento personal, de defectos individuales e incluso de una elección.

La difícil situación de algunas personas de clase trabajadora se presenta comúnmente como una «falta de ambición» por su parte. Se achaca a sus características individuales, más que a una sociedad profundamente desigual organizada en favor de los privilegiados. En su forma extrema, esto ha llevado incluso a un nuevo darwinismo social. Según el psiquiatra evolutivo Bruce Charlton, «los pobres tienen un coeficiente de inteligencia más bajo que el de gente más adinerada... y esto significa que un porcentaje mucho menor de gente de clase trabajadora que de clase profesional podrá cumplir los requisitos normales para entrar en las universidades más selectivas».[10]

La caricatura *chav* lleva camino de situarse en el centro de la vida política británica en los años venideros. Tras las elecciones generales de 2010, un Gobierno conservador dominado por millonarios asumió el poder con un agresivo programa de recortes sin parangón desde principios de los años veinte. La crisis económica global iniciada en 2007 bien pudo haber sido desencadenada por la codicia e incompetencia de una próspera élite bancaria, pero era —y es— la clase trabajadora la que supuestamente debía pagar por ello. Pero cualquier intento de destruir el Estado de bienestar está sembrado de dificultades políticas, y por eso el Gobierno recurrió rápidamente a culpar a sus usuarios.

Véase el caso de Jeremy Hunt, un destacado ministro conservador con una fortuna estimada de 4,1 millones de libras. Para justificar la supresión de las prestaciones sociales, argumentó que los beneficiarios de larga duración deberían «responsabilizarse» del número de hijos que tenían, y que el Estado ya no financiaría familias numerosas desempleadas. En realidad, solo el 3,4% de las familias con prestaciones de larga duración tienen cuatro o más hijos. Pero Hunt explotaba el viejo prejuicio de que los de abajo procrean sin control, al tiempo que invocaba la caricatura sensacionalista de la desaliñada madre soltera que exprime el sistema de prestaciones teniendo muchos hijos. El propósito estaba claro:

[10] Emily Pykett, «Working classes are less intelligent, says evolution expert», *Scotsman*, 22 de mayo 2008.

ayudar a justificar un ataque más amplio sobre algunos de los miembros más vulnerables de la clase trabajadora del país.

El objetivo de este libro es exponer la demonización de la clase trabajadora, pero no pretende demonizar a la clase media. Todos somos prisioneros de nuestra clase, pero eso no significa que tengamos que ser prisioneros de nuestros prejuicios de clase. Asimismo, no trata de idolatrar o glorificar a la clase trabajadora. Lo que propone es mostrar algunas realidades de la mayoría de la clase trabajadora que se han ocultado en favor de la caricatura *chav*.

Ante todo, este libro no está simplemente pidiendo un cambio de mentalidad en la gente. El prejuicio de clase es parte integrante de una sociedad profundamente dividida por la clase. En última instancia no es el prejuicio lo que debemos afrontar, sino la fuente de la que nace.

01

El extraño caso de Shannon Matthews

«Toda persona de clase media tiene un prejuicio de clase latente que se despierta con cualquier cosa... La idea de que la clase trabajadora ha sido absurdamente mimada y completamente desmoralizada por subsidios, pensiones, educación gratuita, etc. [...] aún goza de gran predicamento; únicamente se ha visto algo sacudida, tal vez, por el reciente reconocimiento de que el desempleo existe.»

GEORGE ORWELL, *El camino a Wigan Pier*

¿Por qué la vida de una niña importa más que la de otra? Aparentemente, las desapariciones de Madeleine McCann en mayo de 2007 y la de Shannon Matthews en febrero de 2008 guardan semejanzas asombrosas. Ambas víctimas eran niñas indefensas. Ambas desaparecieron sin dejar rastro: Madeleine de su dormitorio mientras dormía y Shannon cuando volvía a casa de clase de natación. Ambos casos incluyeron lacrimosos llamamientos de madres devastadas que apretaban los juguetes favoritos de sus amadas hijas e imploraban que regresaran sanas y salvas. Es cierto que mientras Madeleine desapareció en un complejo hotelero para gente bien en el Algarve portugués, Shannon lo hizo en las calles de Dewsbury, al este de Yorkshire. Además, en ambos casos el público se vio frente a la misma incomparable angustia de una madre que ha perdido a su hija.

Pero más de nueve meses y algunos cientos de millas separaban ambos casos. Pasados quince días, los periodistas británicos habían escrito 1.148 historias sobre Madeleine McCann. Se había ofrecido la friolera de 2,6 millones de libras como recompensa por devolverla a sus padres. Entre los donantes más destacados figuraban los periódicos *News of the World* y *The Sun*, sir Richard Branson, Simon Cowell y J. K. Rowling. La niña desaparecida pronto se convirtió en un nombre familiar.

La desaparición de Madeleine no fue el típico circo mediático. El caso se convirtió en un trauma nacional. Como una especie de macabro programa de telerrealidad, cada pequeño detalle era transmitido a los salones de un sobrecogido público británico. Los

canales de noticias enviaron a sus presentadores más famosos a informar en vivo desde el Algarve. Se colgaron carteles con primeros planos de su característico ojo derecho en los escaparates de las tiendas de todo el país, como si por alguna razón la desconcertada niña de tres años fuera a ser hallada vagando por las calles de Dundee o Aberystwyth. Algunos diputados se pusieron cintas amarillas en solidaridad. Compañías multinacionales colgaron los mensajes de «ayuda a encontrar a Madeleine» en sus sitios web. El resultado fue algo parecido a una histeria masiva.

Qué contraste con la lastimosa respuesta a la desaparición de Shannon Matthew. Al cabo de dos semanas, el caso había recibido un tercio de la cobertura mediática otorgada a McCann en el mismo periodo. No hubo ninguna unidad destacada en Dewsbury, ni políticos con cintas de colores, ni mensajes de «ayuda a encontrar a Shannon» parpadeando en las webs de las empresas. Se había ofrecido por encontrarla la relativamente mísera suma de 25.500£ (aunque más tarde subió a 50.000£), casi toda aportada por el *Sun*. Si hubiera que guiarse por el dinero, la vida de Madeleine McCann se había considerado cincuenta veces más valiosa que la de Shannon Matthews.

¿Por qué Madeleine? Algunos comentaristas fueron sorprendentemente honestos sobre por qué, de todas las injusticias en el mundo, la tragedia de esta pequeña fue la que provocó tal angustia. «Este tipo de cosas no suele ocurrir a gente como nosotros», se lamentaba Allison Pearson en el *Daily Mail*.[11] A lo que Pearson se refería con gente como ella era a gente de confortables entornos de clase media. Secuestros, apuñalamientos, asesinatos; esas son cosas que casi esperas que ocurran a los que viven en Peckham o Glasgow. Este tipo de tragedia no era de esperar que ocurriera a personas que podías encontrarte haciendo la compra semanal en Waitrose.

La angustia de Pearson ante la desgracia de Madeleine fue igualada únicamente por su falta de compasión en el caso de Shannon Matthews. Y fue por la misma razón: el entorno de la

[11] Citado por Peter Wilby, «The nursery-tale treatment of a real-life nightmare», *Guardian*, 14 de mayo 2007.

pequeña. Incluso cuando la policía estaba perdiendo la esperanza de encontrar a Shannon con vida, Allison Pearson se entregó a una engreída invectiva sobre sus circunstancias familiares. «Como muchos de los niños de hoy, Shannon Matthews ya era una víctima de un situación doméstica caótica, causada por los padres a sus hijos inocentes, mucho antes de que desapareciera en la fría noche de febrero.»[12] Fue la única incursión de Pearson en el caso. Pero cuando los McCann entraron en la línea de fuego por haber dejado a su pequeña sola en el apartotel del que Madeleine fue raptada, ella fue uno de sus más firmes defensores. «Lo cierto es que los McCann no fueron negligentes», dijo con decisión. «Ninguno de nosotros debería atreverse a juzgarlos, porque ellos se juzgarán terriblemente durante el resto de sus vidas.»[13]

La solidaridad de la clase media fue compartida por India Knight en el más distinguido *Times*. «El complejo hotelero al que fueron los McCann pertenece al grupo turístico de Mark Warner, especializado en ofrecer vacaciones para toda la familia a las clases medias», confesó. Lo bueno de un centro así era que «estaban poblados por tipos reconocibles» y que en ellos podías suspirar aliviado y pensar «Todos son como nosotros». No eran lugares en los que esperarías encontrar «el tipo de gente que pega a sus llorosos hijos en Sainsbury's».[14] Estas son confesiones reveladoras. El sincero dolor de estos columnistas no se debía simplemente al secuestro de una pequeña. Estaban afligidos, básicamente, porque era de clase media.

Es fácil comprender por qué la familia McCann resultaba tan atractiva a los periodistas de clase media. Los padres eran profesionales de la medicina de un elegante barrio residencial a las afueras de Leicestershire. Iban regularmente a misa. Como pareja eran fotogénicos, iban bien arreglados y rebosaban salud. Fotografiados cuidando amorosamente de sus bebés gemelos, representaban un retrato casi idealizado de la vida familiar de clase

[12] Allison Pearson, «Poor Shannon was already a lost child», *Daily Mail*, 27 de febrero 2008.

[13] Allison Pearson, «98 words that broke my heart», *Daily Mail*, 9 de mayo 2007.

[14] India Knight, «Every mother's nightmare», *The Times*, 6 de mayo 2007.

media. La empatía por su desgracia llegó espontáneamente al corazón de gente como Allison Pearson e India Knight, porque las vidas de los McCann eran parecidas a las suyas.

El contraste con la familia Matthews no podía haber sido mayor. Shannon creció en un barrio empobrecido de una vieja ciudad industrial del Norte. Su madre, Karen, tuvo siete hijos de relaciones con cinco hombres diferentes. No trabajaba, mientras que su compañero, Craig Meehan, era pescadero en un supermercado. La señora Matthews apareció ante el mundo mal vestida, con el pelo echado hacia atrás, el rostro adusto, sin maquillaje y aparentando mucho más de treinta y dos años. Un encorvado señor Meehan permanecía de pie junto a ella vestido con gorra de béisbol, sudadera y pantalón de chándal. Definitivamente no eran «gente como nosotros».

El caso simplemente no podía provocar la misma respuesta entre periodistas predominantemente de clase media. Y así fue. Roy Greenslade, antiguo redactor del *Daily Mirror*, no tenía dudas sobre la escasa cobertura mediática: «Dominándolo todo está la clase social.»[15] ¿Esto era injusto? Sería difícil explicar por qué otro motivo, aun en la primera semana de la desaparición de Matthews, los periódicos seguían optando por sacar en primera plana que alguien podía haber visto a Madeleine nueve meses después de que hubiera desaparecido.

El entorno de Shannon estaba muy lejos de la experiencia de los periodistas que cubrían ese tipo de historias. No hace falta caer en la cháchara psicológica para comprender por qué los que escriben y presentan las noticias estaban tan obsesionados con «Maddie» mientras desplegaban escaso interés por una niña desaparecida en una barriada del norte. «Dewsbury Moor no es ningún paraíso de los condados londinenses ni tampoco un complejo turístico portugués», comentó un periodista del *Times*, en un intento de explicar por qué Shannon no suscitaba ningún frenesí mediático. «Está al norte, es una sombría mezcla de bloques de viviendas protegida con enlucido granuloso y páramos abandonados, y está poblado por gente capaz de confirmar los peores estereotipos y prejuicios

[15] Roy Greenslade, «Why is missing Shannon not getting the same coverage as Madeleine?», *Guardian*, 5 de marzo 2008.

de la subclase blanca.» Difícilmente pudo pasar por alto el sufrimiento de algunos vecinos, pero le pareció que otros «solo parecían dispuestos a tratar el drama de una niña desaparecida como una especie de juego excitante que ha aliviado la monotonía de la vida en el umbral de la pobreza».[16]

Comentarios así abren una ventana a las mentes de los educados gacetilleros de clase media. Han dado con un territorio extraño y desconocido. Después de todo, no conocían a nadie que hubiera crecido en esas condiciones. No es sorprendente que les resultara difícil identificarse con ellos. «Sospecho que, en general, muchos periodistas nacionales, la gente que habrá subido al norte para cubrir la noticia, habrán entrado en un mundo nuevo», dice el conocido periodista del *Mirror* Kevin Maguire. «Les habrá parecido tan exótico como Kandahar o Tombuctú. Simplemente no sabían que Gran Bretaña... Porque esa no es su Gran Bretaña, no se parece en nada al lugar donde viven y del que vienen.»

Esta no es una especulación sin fundamento. Hasta el periodista ocasional lo confesó. Melanie Reid arguyó apasionadamente en el *Times* que «nosotros, las tranquilas clases medias», simplemente no entienden el caso «porque estamos tan lejos de ese tipo de pobreza como de lo que ocurre en Afganistán. Porque la vida entre la clase trabajadora blanca de Dewsbury parece un país extranjero».[17]

Los vecinos de clase trabajadora de Dewsbury Moor sin duda eran dolorosamente conscientes de las razones que estaban detrás de la falta de interés por Shannon Matthews. Sabían que muchos periodistas solo sienten desprecio por comunidades como la suya. «Escucha, no estamos borrachos como cubas ni vamos colocados todo el tiempo, como ellos asocian con las viviendas de protección oficial», reprendió enojada a los periodistas la líder de la comunidad local, Julie Bushby. «El noventa por ciento de nosotros trabaja. Hemos dado dinero de nuestro bolsillo para esto.» Consciente

[16] Andrew Norfolk, «Poor little Shannon Matthews. Too poor for us to care that she is lost?», *The Times*, 1 de marzo 2008.

[17] Melanie Reid, «Shannon Matthews is the new face of poverty», *The Times*, 17 de marzo 2008.

de la diferente respuesta a la desaparición de la niña que cariñosamente había empezado a ser conocida simplemente como «Maddie», añadió: «Dos niñas han desaparecido, eso es lo importante. Todo el mundo siente lo mismo cuando eso ocurre: ricos, pobres, da igual. Buena suerte para Kate McCann. Buscamos a las niñas, ¿no? No a sus madres.»[18]

Pero, como al final se demostró, había una gran diferencia entre los dos casos. A diferencia de Madeleine McCann, Shannon fue hallada con vida en marzo de 2008. Había sido secuestrada, atada con una cuerda a una viga del techo, escondida en una cama turca y drogada para mantenerla callada. Hasta donde el público sabía en ese momento, un pariente lejano la había raptado. Pasaron semanas hasta que la verdadera historia salió a la luz. Pero no se afilaron los cuchillos contra el supuesto secuestrador, un excéntrico solitario que era tío del compañero de Karen Matthews. En la línea de fuego estaban Karen Matthews y, lo que es más importante, la clase de la que ella fue tomada como representante.

Con Shannon sana y salva, ya no se consideró de mal gusto arremeter abiertamente contra su comunidad. El asunto se convirtió en un útil caso de estudio de la indulgencia británica con una clase amoral. «Su entorno, un escenario que contiene la cara horrible, descorazonadora e indisciplinada de Gran Bretaña, debería leerse como una lección de fracaso», escribió un columnista en el *Birmingham Mail*. «Karen Matthews, de 32 años aunque aparenta 60, pelo suelto que cae sobre un rostro grasiento, es producto de una sociedad que premia la irresponsabilidad.»[19]

Aquí había una oportunidad para apuntarse nuevos tantos políticos. Melanie Phillips es una de los más famosos árbitros morales (como ellos mismos se proclaman) y una agresiva defensora de lo que ella considera valores tradicionales. Para ella, el caso de Shannon Matthews fue un regalo que confirmaba lo que había estado diciendo todo el tiempo. Días después de que encontraran a la pequeña,

[18] Cole Moreton, «Missing: The contrasting searches for Shannon and Madeleine», *Independent on Sunday*, 2 de marzo 2008.

[19] Maureen Messent, «Home's no place for shy Shannon», *Birmingham Evening Mail*, 28 de marzo 2008.

Phillips sostuvo que el asunto ayudaba a «revelar la existencia de una subclase que constituye un mundo aparte respecto a las vidas que llevamos la mayoría de nosotros y a las actitudes y convenciones sociales que casi todos nosotros damos por supuestas». En una diatriba histérica, la escritora alegó que había «comunidades enteras donde los padres responsables son tan escasos que el niño que tenga uno corre el riesgo de sufrir acoso», y donde hay «chicos que preñan a dos, tres o cuatro chicas sin pensárselo».[20] No se aportaba ninguna prueba que respaldara estas alegaciones.

En una atmósfera cada vez más enrarecida, algunos de los prejuicios más extremos empezaron a aflorar. En un debate sobre el caso celebrado en marzo de 2008, John Ward, concejal conservador en Kent, sugirió que «hay cada vez más razones para la esterilización obligatoria de todos aquellos que tengan un segundo hijo —o tercero, etc.— mientras cobran prestaciones sociales». Cuando fue interpelado, Ward se mantuvo en sus trece defendiendo la esterilización de «gorrones profesionales» que, decía, «procrean para cobrar».[21] ¿Les suena? Al concejal del Partido Laborista local sí, al punto de decirme que «se trata de verdadera eugenesia nazi», lo que resulta «inaceptable en una democracia occidental».

Pero este horror no fue compartido por las docenas de lectores del *Daily Mail* que bombardearon el periódico con mensajes en apoyo del concejal conservador. «No veo qué problema hay en sus comentarios», escribió uno, que añadió: «Procrear en masa NO es un derecho divino». «¡Qué gran idea!», escribió otro de sus admiradores. «Veremos si los políticos son lo bastante valientes para adoptarla.» Los colaboradores más prácticos propusieron hacer una recogida de firmas en su apoyo, mientras otros salieron con la imaginativa propuesta de rociar toda la privisión de agua con una droga anticonceptiva y luego ofrecer un antídoto solo a padres «aptos». «Seguro que los progres pondrán el grito en el cielo», añadió esta perspicaz aportación. «Después de todo, dependen de los

[20] Melanie Phillips, «Why Shannon is one more victim of the folly of "lifestyle choice"», *Daily Mail*, 17 de marzo 2008.

[21] Neil Sears, «Calls for Tory councillor to resign after he suggests parents on benefits should be sterilised after one child», *Daily Mail*, 24 de marzo 2008.

chavs desempleados para salir elegidos.» Otro expresó su «total acuerdo» con las propuestas de Ward: «El país se está hundiendo bajo el peso de estos parásitos.»[22]

Naturalmente, el prejuicio clasista no siempre es tan crudo. Aunque algunos de estos comentarios suenen desquiciados, indudablemente reflejan un trasfondo de odio en la sociedad británica. Pero esto solo era la punta del iceberg. Cuando la oscura verdad del asunto Matthews salió a la luz, se abrió la veda contra las comunidades de clase trabajadora como Dewsbury Moor.

Unas tres semanas después de que su hija fuera hallada con vida, Karen Matthews fue detenida espectacularmente. En uno de los peores delitos que una madre puede cometer, había secuestrado a su propia hija de nueve años para embolsarse el dinero de la recompensa, que por entonces ascendía a 50.000€. Como si el caso ya no fuera lo bastante surrealista, Craig Meehan fue acusado de posesión de pornografía infantil. «¿Quién de vosotros va a ser el siguiente detenido?», se burlaba la multitud reunida para ver a los amigos y parientes de Matthews mientras ella comparecía ante el tribunal.[23]

Pero había mucho más en el extraño caso de Shannon Matthews que una madre malhablada que hizo todo lo posible por usar a su propia hija para ganar dinero. El episodio fue como una bengala que iluminó momentáneamente un mundo de clasismo y prejuicios en la Gran Bretaña actual. Naturalmente, la intriga de los medios de comunicación estaba más que justificada por lo espeluznante del caso y la perversa manera en que Karen Matthews había engañado a la comunidad, a la policía y a todo el país. Y sin embargo, para un sinfín de comentaristas y políticos, este no era ni mucho menos un caso aislado, protagonizado por un individuo depravado que compartía su culpa solo con sus cómplices directos. «El caso parece confirmar muchos prejuicios sobre la "subclase"», reflexionó un periódico local.[24] Fue como si se metiera en el mismo saco a todos los que vinieran de un entorno similar.

---

[22] Correo electrónico, «Calls for Tory councillor to resign», dailymail.co.uk, 24 de marzo 2008.

[23] Lucy Thornton, «Mocked... but we all stick together», *Mirror*, 10 de abril 2008.

[24] Sin firma, «A feckless existence», *Huddersfield Examiner*, 5 de diciembre 2008.

Actuando como jueces, jurados y verdugos de la nación, la prensa sensacionalista cargó contra Dewsbury Moor. Sus habitantes eran un blanco fácil: después de todo, tenían el descaro de vivir en la misma calle que Karen Matthews. El barrio se convirtió en una plantilla para comunidades de clase trabajadora similares a lo largo y ancho del país. «El barrio es como un Beirut más desagradable», dijo un sesudo titular del *Sun*. A primera vista, esto puede parecer de bastante mal gusto. Al fin y al cabo, Beirut era el epicentro de una guerra civil particularmente espantosa en la que murió cerca de un millón de personas y que dejó gran parte de la ciudad reducida a escombros. Pero al *Sun* no le faltaban pruebas para su aseveración. «Mientras llegaba la prensa, la gente era fotografiada entrando en las tiendas en pijama hasta mediodía... incluso bajo la lluvia.» El barrio «es una versión en la vida real de *Shameless*, la exitosa serie del Canal 4», afirmaba este artículo rico en matices, refiriéndose al exitoso programa sobre las caóticas vidas de unas pocas familias en un barrio de viviendas protegidas en Manchester. A pesar de haber sido juzgadas y condenadas por el *Sun*, el periódico sorprendentemente descubrió que «las familias locales se niegan a admitirlo».[25]

Los periodistas tuvieron que ser algo más que ligeramente selectivos para crear esta caricatura. No mencionaron el hecho de que cuando los medios se cansaron de cierta desaliñada niña desaparecida en «en el Norte», la comunidad local lo había compensado organizándose para encontrarla. Montones de voluntarios habían ido de puerta en puerta con panfletos cada noche durante su desaparición, muchas veces bajo una lluvia torrencial. Habían contratado autobuses con el fin de llevar equipos de gente a lugares tan distantes como Manchester para repartir carteles, al tiempo que se habían elaborado panfletos multilingües para cubrir el área de la numerosa población musulmana. Muchos de los vecinos eran pobres, pero se rascaron los bolsillos para dar algo de lo poco que tenían para ayudar a encontrar a Shannon.

«Personalmente creo, y los concejales locales en conjunto lo creen fervientemente, que la comunidad ha demostrado una fuerza única», reflexiona el concejal local Khizar Igbal. «Todos se

[25] Alastair Taylor, «Estate is like a nastier Beirut», *Sun*, 9 de abril 2008.

unieron. Todos estaban preocupados por el estado de la niña y querían verla sana y salva. Estoy muy orgulloso de la fuerza que ha mostrado la comunidad.» Pero este sentimiento de una comunidad de clase trabajadora muy cohesionada, con recursos limitados y unida en una causa común, nunca formó parte de la historia de Shannon Matthews. Simplemente no cuadraba con la imagen de *Shameless* que estaban cultivando los medios.

En ningún lugar de esta cobertura estaba la idea de que alguien podía tener los mismos orígenes que Karen Matthews, o vivir en el mismo barrio, sin ser terriblemente disfuncional. «Lo que me pareció maravilloso fueron algunas de las personas cercanas [a Karen Matthews]», dice el antiguo ministro del Gobierno Frank Field. «Cuando se descubrió que ella había hecho todo aquello, una de sus amigas dijo que cuando la viera le iba a dar unas buenas bofetadas y luego un abrazo. Creo que, tristemente, lo que la prensa no ha hecho es responder a cuestiones más interesantes: ¿por qué algunos de sus vecinos son padres ejemplares y ella es una sirvengüenza que claramente no puede cuidar de sí misma, y mucho menos de una hija?»

Este no era un debate que los medios quisieran tener. Todo lo contrario. Algunos periodistas llegaron a sugerir que las personas que vivían en ese tipo de comunidades de algún modo eran menos que humanos. Véase Carole Malone: una columnista y colaboradora televisiva muy bien pagada que despotrica regularmente contra cualquiera que le haya ofendido esa semana. A pesar de ser rica, se siente cualificada para juzgar a los que viven en un barrio de protección oficial porque ella antes vivía «al lado» de uno. Era, decía, «muy parecido a Dewsbury Moor. Estaba lleno de gente como Karen Matthews. Gente que nunca ha tenido un empleo ni lo ha querido, gente que esperaba que el Estado financiara todos los hijos ilegítimos que tuviera, por no hablar de su alcoholismo, adicciones o tabaquismo». Sus «casas parecían pocilgas: cagadas de perro en el suelo (créanme, las he visto), alfombras pútridas, pilas de ropa y de platos sucios por todas partes».

En caso de que su intento de despojar de humanidad a estas comunidades de clase trabajadora fuera demasiado sutil para el lector, Malone lo explicó detalladamente negro sobre blanco. Matthews,

Meehan y Donovan, declaró, «pertenecían a esa clase infra(humana) que existe actualmente en los rincones más lóbregos y oscuros de este país». Eran «ociosos gorrones sin moral, compasión ni sentido de la responsabilidad e incapaces de sentir amor o culpa».[26] Según Malone, estas comunidades eran sucias, infrahumanas y carentes de las emociones básicas. Estaban llenas del tipo de persona que organizaría el secuestro de su propia hija por dinero, o —como lo definió escuetamente el *Daily Mail*— «la subclase salvaje».[27]

Imaginen que Carole Malone hubiera estado hablando de negros, judíos o incluso escoceses. Se habría elevado el más enérgico grito de protesta, y con razón. La carrera de Malone habría terminado y el *Sun* estaría enfrentándose a medidas legales por *pub*licar material que incitaba al odio. Pero no hubo protestas ni airadas peticiones de que la despidieran. ¿Por qué? Porque las comunidades a las que había atacado se consideraban un blanco legítimo. «Se está desarrollando en este país una tendencia alarmante a arremeter contra los menos privilegiados, y no me gusta nada», alegaba el columnista del *Daily Star* Joe Mott en pleno apogeo de la histeria sobre Karen Matthews. «Dejemos de usar esta situación como excusa para dar caña a la clase trabajadora.»[28] La suya era una voz en el desierto. En lo que respecta a sus colegas periodistas, Karen Matthews no era una excepción. Gran Bretaña estaba llena de gente como ella.

Habían creado esa impresión mediante una descarada manipulación de los hechos. «Como ocurre con todas estas cosas, siempre hay parte de verdad en lo que se dice, pero se extrapola para llamar la atención o se exagera para crear una historia mejor desde el punto de vista mediático», dice Jeremy Dear, presidente del Sindicato Nacional de Periodistas. «Era casi como decir: "¿Qué esperas de esa gente?" Los periódicos habían dirigido el punto de mira sobre su entorno [de Karen Matthews] y sobre quién es ella: su clase, más que ella como individuo.»

[26] Carole Malone, «Force low-life to work for a living», *News of the World*, 7 de diciembre 2008.

[27] Sin firma, «Plea for the victims of welfare Britain», *Daily Mail*, 6 de diciembre 2008.

[28] Joe Mott, «Shameless attack on our poor», Daily Star, 13 de abril 2008.

Ante todo, en la cobertura informativa subyacía la idea de que la antigua clase trabajadora había dado paso a un residuo de *chavs* irresponsables. «Lo que en otro tiempo fue una clase trabajadora ahora es, en algunos lugares, una subclase», escribió Melanie McDonagh en el *Independent*. «Lo que esta infeliz parece encarnar es un declive.»[29] Esto estaba, después de todo, en el centro de la caricatura: que todos nosotros somos clase media, excepto los residuos *chavs* de una decadente clase trabajadora.

El asunto de Shannon Matthews fue solo un ejemplo particularmente llamativo de cómo los medios utilizan un caso aislado para reforzar la caricatura *chav*: irresponsables, salvajes y dignos de nada. Pero no iba a ser el último, ni mucho menos. Ahora que el balón había empezado a rodar, los medios se aferraron entusiasmados a otros casos para confirmar esta imagen distorsionada.

La noticia en noviembre de 2008 de que un niño pequeño, al principio solo conocido como «Baby P», había muerto en Londres a consecuencia del espantoso maltrato infligido por su madre y el compañero de esta proporcionó un caso similar. Más allá del grito de protesta por los fallos sistémicos de las agencias locales de protección a la infancia, la atención de nuevo recayó en la gente que vivía fuera de los confortables confines de la «Inglaterra media».[30] «Muchos de ellos habrán tenido madres con hijos de diferentes padres», sostenía Bruce Anderson en el *Sunday Telegraph*. «En la sabana africana, los leones macho que toman el control de la manada a menudo se enfurecen y matan a los cachorros engendrados por sus predecesores. En la jungla londinense, un comportamiento similar no resulta desconocido.»[31] El horror por Baby P avivó lo que el asunto de Karen Matthews había alumbrado a conciencia: un intento de deshumanizar a la gente que vive en comunidades pobres de clase trabajadora.

---

[29] Melanie McDonagh, «Shannon Matthews case: Five fathers, one mother and a muddled family saga», *Independent on Sunday*, 13 de abril 2008.

[30] «Middle England», la Inglaterra de clase media. Término con connotaciones políticas y sociológicas cada vez más asociadas al conservadurismo individualista. *(N. del T.)*.

[31] Bruce Anderson, «The night a grim malaise was hammered home», *Sunday Telegraph*, 16 de noviembre 2008.

Los pocos periodistas que se abstuvieron de acrecentar aún más el torrente de bilis tenían razón al quejarse de los «ataques fáciles» a la clase trabajadora. Esa solo es la mitad de la historia. Es raro que los medios dirijan su mirada a la clase trabajadora: cuando lo hacen, casi siempre es sobre individuos estrafalarios como Karen Matthews o Alfie Patten, un chico de trece años falsamente acusado de haber tenido un hijo a principios de 2009. Los periodistas parecían competir por encontrar la historia más truculenta que pudieran hacer pasar por representativa de los restos de la clase trabajadora británica. «Mirarán en el peor barrio que puedan encontrar, y los peores ejemplos que puedan hallar», objeta la columnista del *Guardian* Polly Toynbee. «Apuntarán su cámara hacia la familia más desempleada y desestructurada posible y dirán: "Esta es la vida de la clase trabajadora."»

Eso no significa pretender que allí no hay gente con vidas profundamente problemáticas, incluyendo individuos crueles que maltratan bárbaramente a niños vulnerables. La cuestión es que es un número muy reducido de personas y en absoluto representativo. «Se buscan afanosamente casos estrambóticos —como gente con diez hijos que nunca ha tenido un empleo— y se presentan como típicos», opina el periodista del *Independent* Johann Hari. «Hay una exigua proporción de familias altamente problemáticas que viven caóticamente y no pueden cuidar de sus hijos porque nadie les cuidó a ellos. El número se infla enormemente para presentarlas como paradigmáticas de la gente de entornos pobres.»

La manipulación mediática del caso de Shannon Matthews no fue en sí misma la parte más preocupante de la historia. Los políticos reconocen una buena oportunidad en cuanto la ven, y se subieron al carro rápidamente. La utilización por parte de los periodistas del caso Matthews para caricaturizar los supuestos residuos de la clase trabajadora británica servían a un fin político útil. Tanto la jefatura del Nuevo Partido Laborista como la del Partido Conservador estaban decididas a recortar radicalmente el número de beneficiarios de prestaciones. Los medios habían contribuido a crear la imagen de áreas de clase trabajadora que degeneraban en comunidades completamente desempleadas y llenas de individuos

irresponsables, vagos, amorales, sucios, pervertidos e incluso animalescos. Órganos conservadores como el *Daily Mail* habían utilizado el hecho de que Karen Matthews no tuviera trabajo como una razón para atacar el Estado de bienestar (lo que tiene bastante gracia viniendo de un periódico que es un ferviente defensor de las madres «en casa»).[32]

La ocasión era perfecta para políticos decididos a dar un puntapié al Estado de bienestar. El exlíder conservador Iain Duncan Smith, encargado de debatir la política social de los *tories* y fundador del curiosamente mal llamado Centro para la Justicia Social, afirmó que, con las revelaciones de la saga Matthews, «era como si se hubiera entreabierto una puerta a otro mundo y el resto de Gran Bretaña pudiera curiosear dentro».[33] Se diría que millones de personas recorrían los barrios de protección oficial secuestrando a sus hijos en un enloquecido intento de sacar tajada a expensas de la prensa sensacionalista. Fue contra este telón de fondo contra el que el Centro propuso que los aproximadamente diez millones de inquilinos de viviendas de protección oficial en Gran Bretaña «fueran recompensados por buen comportamiento con una participación en la propiedad de su casa». Esto ayudaría a acabar con los «guetos» de los barrios de protección oficial en Gran Bretaña.[34] *Recompensados por buen comportamiento.* Es el tipo de lenguaje empleado cuando se trata con presos, niños o mascotas. Una enorme porción de la población británica —toda ella de clase trabajadora— se veía implicada de un plumazo en la actuación de Karen Matthews.

Karen Matthews se había convertido en un conveniente puntal político para los conservadores. El propio líder *tory*, David Cameron, utilizó el asunto para exigir una drástica revisión del Estado

[32] Hay numerosos ejemplos en los que el *Daily Mail* ensalza a las madres que se quedan en casa. Véase por ejemplo Steve Doughty, «Children perform better if mother stays at home», *Daily Mail*, 9 de junio 2006; Daniel Martin, «Betrayal of stay-at-home mothers: Millions lose state pensions after Government U-turn», *Daily Mail*, 20 de diciembre 2007; Steve Doughty, «"Superwoman is a myth" say modern women because "family life suffers with working mums"», *Daily Mail*, 6 de agosto 2008.

[33] Centro para la Justicia Social, centreforsocialjustice.org.uk, 2 de diciembre 2008.

[34] *Ibid.*

de bienestar. «El veredicto de la semana pasada sobre Karen Matthews y su vil cómplice es también un veredicto sobre nuestra sociedad rota», sostuvo en el *Daily Mail*. «Ojalá fuera solo una historia aislada.» Como parte de las reformas ofrecidas en respuesta, Cameron prometió «acabar con la cultura de que todo es gratis. Si no se acepta una oferta razonable de trabajo, se perderán las prestaciones. No hay pero que valga.»[35] Helo de nuevo ahí: un vínculo entre Karen Matthews y grupos mucho más amplios de la clase trabajadora. Era una táctica política inteligente. Si se inducía a la mayoría del público británico a creer que la gente de su entorno era capaz del mismo comportamiento monstruoso, era más probable que apoyaran las políticas dirigidas contra ellos.

Las propuestas conservadoras contemplaban investigar las vidas privadas de los parados de larga duración. El portavoz conservador en materia de trabajo y pensiones Chris Grayling justificó los planes argumentando que, aunque el de Matthews «era un horrendo caso extremo..., desvela un tipo de vida en algunos de nuestros barrios más deprimidos, de familias enteras que no han hecho nada productivo durante generaciones. Es un mundo que de verdad tiene que cambiar».[36]

De creer a estos políticos de alto rango, Karen Matthews había demostrado que había un gran estrato de gente por debajo de la sociedad de clase media cuyos corruptos estilos de vida eran realmente subsidiados por el Estado de bienestar. «Achacar esto al Estado de bienestar es simplente estrambótico», comenta Johann Hari. «Es una inversión del argumento empleado contra el Estado de bienestar a finales del siglo XIX de que los pobres eran inherente y moralmente indigentes y fraudulentos, por lo que no tenía sentido darles ninguna ayuda.»

Obviamente, es absurdo afirmar que una persona crónicamente disfuncional como Karen Matthews era representativa de la gente de clase trabajadora que cobra prestaciones o vive en viviendas protegidas, y mucho menos de comunidades más amplias. Los

[35] David Cameron, «There are 5 million people on benefits in Britain. How do we stop them turning into Karen Matthews?», *Daily Mail*, 8 de diciembre 2008.

[36] Gaby Hinsliff, «Tories to probe long-term jobless», *Observer*, 7 de diciembre 2008.

políticos que afirmaban que sí lo era olvidaron mencionar el horror que sintió la comunidad por la desaparición de su hija, y con qué determinación se unieron para encontrarla.

Tanto los periodistas como los políticos han utilizado los actos censurables de una mujer para demonizar a la clase trabajadora. Pero ¿por qué consideraron el caso como un ejemplo de cómo era la vida para muchas comunidades fuera del mundo de la clase media? Afirmaron que todo el asunto era una reveladora instantánea de la sociedad británica: y, en cierto modo, tenían razón. Pero el caso decía mucho más de quienes lo cubrían que de aquellos a los que apuntaban.

Imagina que eres un periodista de clase media. Creces en una bonita ciudad o en un barrio residencial de clase media. Vas a un colegio privado, haces amistad con gente del mismo entorno y terminas en una buena universidad con un alumnado abrumadoramente de clase media. Cuando finalmente consigues trabajo en los medios de comunicación, de nuevo te ves rodeado por personas forjadas más o menos en las mismas circunstancias. ¿Cómo vas a tener la más mínima idea de la gente que vive en sitios como Dewsbury Moor?

Kevin Maguire, del *Mirror*, no tiene ninguna duda de que el origen de los periodistas tiene no poco que ver con cómo informan sobre comunidades como Dewsbury Moor. «Me parece de pura lógica. No te identificarás, compadecerás ni entenderás a esta gente, y puede que solo te cruces con ellos cuando te sirven un café o te limpian la casa.» Existe un divorcio creciente entre las vidas de los periodistas y las del resto de nosotros. «No me imagino a un director de un periódico nacional con hijos en edad escolar que los lleve a un colegio público», reflexiona. «Además, casi todos los periodistas en esos niveles cuentan con un seguro médico privado. Así que es como si te retiraran de la vida cotidiana.»

Kevin Maguire forma parte de un puñado de eminentes periodistas de origen obrero. Cuesta encontrar a alguien que escriba o

presente las noticias y que haya crecido en algún lugar remotamente parecido al barrio de Dewsbury Moor. Más de la mitad de los cien periodistas más influyentes se educaron en un colegio privado, una cifra que es incluso mayor que hace dos décadas. En marcado contraste, solo uno de cada catorce niños en Gran Bretaña comparte este origen.[37]

Más que cualquier otra cosa, es esta ignorancia de la vida de la clase trabajadora lo que explica cómo Karen Matthews llegó a convertirse en un exponente de la gente que vive en comunidades de clase trabajadora. «Quizá porque todos somos de clase media expresamos nuestra indignación ante la trágica transición de la clase trabajadora con aspiraciones a la subclase irresponsable y salvaje, y nos burlamos de los sebosos descerebrados que se pasan el día en sofás de cuero sintético frente a televisores de plasma rumiando el programa de Jeremy Kyle»,[38] especulaba la comentarista Christina Patterson. «También tenemos un palabra para ellos: *chavs.*»[39]

Un efecto de esto es la creencia de que la sociedad ha empezado a estar dominada por una amplia clase media, cada vez más sujeta a jerarquías internas adicionales, con el resto consistente en una clase trabajadora que ha degenerado en la caricatura *chav*. Johann Hari a menudo preguntaba a otros periodistas cuál creían que era la renta media en Gran Bretaña. La respuesta siempre estaba notablemente por debajo de la cifra real. Un redactor jefe la estimaba en 80.000£. Esta absurda cifra es casi cuatro veces más alta que la suma verdadera de 21.000£. «Obviamente, si nunca sales de la Zona 1, si no has conocido a nadie que viva en un barrio de protección oficial ni has estado en ninguno, entonces vives en un mundo de febril fantasía.» A diferencia de muchos de sus colegas, Hari creía que era estúpido pensar que Karen Matthews no fuera otra cosa que un «monstruo digno de lástima».

---

[37] The Sutton Trust, *The Educational Backgrounds of Leading Journalists*, suttontrust.com, junio 2006.

[38] Programa de telerrealidad británico en el que se presentan casos «reales sobrecogedores». *(N. del T.)*

[39] Christina Patterson, «Heaven help the white working class now», *Independent*, 24 de enero 2009.

Los periodistas que informaron sobre el caso de Shannon Matthews vienen casi todos del mismo entorno, y están completamente desconectados de la vida corriente. ¿Cómo ha ocurrido esto? Lo cierto es que la clase trabajadora cada vez lo tiene más difícil para meter el pie en los periódicos o las cadenas de televisión. Si más gente de los medios hubiera crecido en comunidades como Dewsbury Moor, podríamos esperar una cobertura más equilibrada de estas cuestiones. Las probabilidades de que eso ocurra, tal como están las cosas. son casi nulas. El presidente del Sindicato Nacional de Periodistas Jeremy Dear cree que la razón de esto es simple. Cada vez más aspirantes a periodistas tienen que pagar por su propia formación, lo que generalmente implica tener *al menos* una licenciatura. Eso deja una enorme deuda a sus espaldas cuando empiezan en una profesión con sueldos infames para el personal joven. «Los únicos que pueden hacerlo son los que tienen apoyo económico», dice. «Es decir, aquellos cuyos padres puedan ayudarles, lo que significa que la condición de los que entran en el periodismo ha cambiado radicalmente.»

El problema no es solo la escasez de gente de clase trabajadora en el periodismo. La mayoría de los periódicos se deshizo de los periodistas que antes cubrían las relaciones laborales a medida que el poder de los sindicatos disminuía vertiginosamente. Los periodistas de política local, que al menos daban cierta cuenta de la vida corriente por todo el país, también han desaparecido. Durante los últimos años, los periódicos regionales, que tradicionalmente informaban del día a día en las comunidades locales, o bien han cerrado o bien han sufrido severos recortes. Con las vidas de la gente corriente expurgadas de los medios de comunicación, casos extremos como el de Karen Matthews prácticamente monopolizaron la cobertura de la vida de la clase trabajadora.

«La clase trabajadora ha dejado de existir por completo en lo que respecta a los medios de comunicación, la cultura popular y los políticos», sostiene Polly Toynbee. «Lo único que hay es gente agradable de clase media, agradables propietarios de vivienda que son los preferidos del *Daily Mail*. Y luego hay gente muy mala. No verás muchas imágenes de gente corriente de tipo neutro, ya no digo positivo.»

Hemos visto que políticos prominentes manipulaban el frenesí orquestado por los medios de comunicación para hacer política. Al igual que los que escriben y presentan las noticias, los pasillos del poder político están dominados por gente de un entorno concreto. «La Cámara de los Comunes no es representativa, no refleja al país en su conjunto», dice Kevin Maguire. «Es demasiado representativo de abogados, periodistas metidos a políticos, diversas profesiones, sobre todo profesores de universidad... Hay pocos que hayan trabajado en centros de atención telefónica o en fábricas, o hayan sido funcionarios municipales de rango bajo.»

Es cierta la afirmación de que los diputados no son exactamente representativos del tipo de gente que vive en casi todas nuestras calles. Los que se sientan en los escaños verdes del Parlamento tienen cuatro veces más probabilidades de haber ido a un colegio privado que el resto de nosotros. Entre los diputados conservadores, un sorprendente tres de cada cinco han ido a un colegio privado.[40] Buena parte de la élite política ha estudiado en el prestigioso colegio Eton, incluyendo al líder *tory* David Cameron y a otros diecinueve diputados conservadores.

Antiguamente había una tradición, sobre todo en los escaños laboristas, de diputados que habían empezado trabajando en fábricas y minas. Esa época pasó hace mucho. El número de políticos con esos orígenes es pequeño y va menguando con cada elección. Menos de uno de cada veinte diputados empezó como trabajador manual, un número que se ha reducido a la mitad desde 1987, a pesar de que aquel era un Parlamento dominado por los conservadores. En cambio, la friolera de dos tercios eran profesionales de alto nivel o trabajaban en los negocios antes de llegar al Parlamento. En 1996, el entonces vicepresidente John Prescott se hizo eco del mantra blairista de que «ahora todos somos de clase media», un comentario que quizá sería más apropiado si estuviera hablando de sus colegas políticos.

Si estos diputados tienen conocimiento de cómo es la vida en lugares como Dewsbury Moor, uno se pregunta dónde lo obtuvieron. «Los que venían aquí anteriormente habían participado

[40] The Sutton Trust, suttontrust.com, 9 de diciembre 2005.

en muchas campañas, en la lucha por sus comunidades, tal vez habían sacrificado importantes sumas de dinero para meterse en política e intentar cambiar el mundo», dice la diputada[41] laborista Katy Clark. «Eso quizá ahora sea mucho menos cierto.» A diferencia de algunos destacados diputados conservadores, no ve a Karen Matthews como representativa de un colectivo más amplio. «Creo que Karen Matthews representaba a Karen Matthews.»

El mero hecho de que un político provenga de un entorno privilegiado no le incapacita para empatizar con los que son menos afortunados. Pero las probabilidades de que entienda la realidad de las comunidades de clase trabajadora son, inevitablemente, considerablemente menores.

Después de todo, ¿cómo podría alguien como el primer ministro David Cameron siquiera empezar a entender una comunidad como Dewsbury Moor? Hasta para los estándares de los diputados más conservadores, él no es exactamente la clase de tipo que te encontrarías en el *pub* de tu barrio. Cuenta con el rey Guillermo IV como antepasado, su padre es un próspero agente de Bolsa y su familia ha hecho grandes negocios en las finanzas durante décadas. Su mujer, directora general de una empresa de artículos de lujo y dueña de otra, es hija de un gran terrateniente y da la casualidad de que desciende del rey Carlos II.

Ahora bien, es cierto que, como líder de la oposición, Camerón respondió admirablemente a los que cuestionaban su educación privilegiada con la siguiente ocurrencia: «La cuestión no es de dónde vienes, sino adónde vas.»[42] Todo eso está muy bien, pero ¿adónde *va* él tiene muchísimo que ver con *de dónde* viene? Su creencia de que el caso de Karen Matthews es ampliamente representativo tiene sentido si se observa lo que siente hacia quienes comparten su mismo entorno. Cuando su desaliñada hija apareció una vez en una reunión social en su casa de dos millones de libras en Notting Hill, se dijo que gruñó lo siguiente: «Pareces caída de un

[41] *Backbencher*: diputado sin cargo específico en el Gobierno o la oposición. *(N. del T.)*

[42] Allison Pearson, «I looked at Ivan and thought, "We're going to get through this. He's lovely"», *Sunday Telegraph*, 16 de octubre 2005.

piso de protección oficial.»[43] También ha admitido ver regularmente la telecomedia *Shameless*, que, como hemos visto, ha sido comparada con Dewsbury Moor por la prensa sensacionalista.[44] «Mucha gente de clase trabajadora se ríe con *Shameless*», apunta Kevin Maguire, «pero creo que se ríe con ella de forma ligeramente distinta a Cameron, que probablemente la considera un docudrama».

Uno de los pocos diputados conservadores de clase trabajadora, el subsecretario de Transportes Mike Penning, reconoce que la falta de políticos de origen obrero afecta a su capacidad para identificarse con gente de comunidades como Dewsbury Moor. «Es físicamente imposible que alguien comprenda y empatice con los problemas que tienen algunos; digamos, por ejemplo, que ahora están despidiendo a mucha gente. No sabes lo que es, a no ser que te hayan despedido». Parte del problema, sostiene, residía en las dificultades para entrar en el mundo de la política. «Indudablemente, no importa de qué partido vengas, es tremendamente difícil entrar en esta Cámara a menos que tengas cierta ayuda en tu carrera profesional.»

El hecho de que la élite británica esté copada por gente de clase media o media-alta ayuda a explicar un cierto doble estándar que opera en la sociedad. Los delitos cometidos por los pobres serán considerados una crítica de cualquiera que tenga un origen similar. No se puede decir lo mismo de los delitos donde el culpable es un individuo de clase media. El médico asesino Harold Shipman puede que sea recordado como un monstruo, pero ¿acaso alguien dijo que su caso arrojaba luz sobre la vida de la clase media británica? ¿Dónde estaban los escandalizados titulares de los tabloides y las jugosas declaraciones de los políticos sobre comunidades de clase media que «de verdad tienen que cambiar»?

Y aunque casos como la desaparición de Shannon Matthews se utilizan como plataforma de lanzamiento para atacar a los denominados «gorrones», los ricos no reciben ni de lejos el nivel de

[43] Vincent Moss, «Tory leader David Cameron at centre of a political storm», *Sunday Mirror*, 23 de marzo 2008.

[44] Dylan Jones, *Cameron on Cameron: Conversations with Dylan Jones*, Londres, 2008, p. 207.

atención de los políticos o los medios de comunicación. Se calcula que el fraude al Estado de bienestar cuesta a Hacienda alrededor de un billón de libras al año. Pero, como han desvelado las detalladas investigaciones del auditor Richard Murphy, se pierden 70 billones de libras por fraude fiscal cada año, es decir, setenta veces más. La cruel ironía es que los pobres que viven en comunidades como Dewsbury Moor en realidad pagan más impuestos en proporción a su sueldo que muchos de los pudientes periodistas y políticos que les atacan. Pero ¿dónde está el clamor contra los gorrones de clase media? Dada la manipulación mediática, apenas sorprende que la gente subestime significativamente el coste de la evasión fiscal y sobrevalore el del fraude en las prestaciones.[45]

Los principales políticos y periodistas no tenían ningún interés en dejar que el caso de Shannon Matthews pasara a la historia simplemente como otro ejemplo de la capacidad de algunos individuos para la crueldad. La grotesca estratagema de una madre para ganar dinero a costa de su vulnerable hija se infló deliberadamente en beneficio de periodistas y politicos decididos a demostrar que las tradicionales comunidades de clase trabajadora habían degenerado en un colectivo residual de vagos y depravados.

Pero eso no significa que no se deban extraer conclusiones más amplias del caso. Al contrario, dice mucho sobre la clase en la Gran Bretaña actual. Sería deshonesto decir que comunidades como Dewsbury Moor no tienen su buena ración de problemas, aunque no estén atestadas de padres maltratadores y enloquecidos. La cuestión es a quién culpar: ¿a las comunidades o a las políticas de los sucesivos Gobiernos durante las últimas tres décadas? ¿Y cómo se ha polarizado tanto Gran Bretaña que la burla y el desprecio a los *chavs* ha arraigado tan profundamente en nuestra sociedad?

[45] Gaby Hinsliff, «Public wants taxes that hurt the rich», *Observer*, 4 de enero 2009.

Ni los periodistas ni los políticos que manipularon el caso de Shannon Matthews permitieron que ningún obstáculo se interpusiera en el camino de sus insensatas afirmaciones. Que los Matthews no eran una familia desempleada —Craig Meehan tenía trabajo, después de todo— o que el cómplice Michael Donovan era programador informático no preocupó a los gurús y políticos de derechas.

«Recuerdo haber leído un comentario sobre cómo mucha gente del sur de Inglaterra, quizá más la Inglaterra de clase media, estaba fascinada por lo que consideraba comunidades norteñas, infrahumanas y deprimidas», señala el párroco de Dewsbury, el reverendo Simon Pitcher. «Creo que había un elemento de pornografía mediática. Dewsbury entero fue retratado como especialmente problemático, y en realidad no es así.» Su afirmación podría aplicarse a todas las comunidades castigadas por la pobreza. En contraste con las categóricas afirmaciones de políticos y comentaristas británicos, las cifras gubernamentales muestran que casi seis de cada diez familias en situación de pobreza tenían al menos un adulto trabajando.[46]

Pero esta cobertura era parte de un intento de retratar nuestra sociedad como dividida en la «Inglaterra media», por un lado, y un hatajo de *chavs* antisociales que viven en lugares como Dewsbury Moor, por el otro. Esto es un mito. Los medios no lo dicen, pero la mayoría de nosotros nos consideramos de clase trabajadora. Como reveló una encuesta *pub*licada en octubre de 2007, así es como se describía a sí misma más de la mitad de la población. La cifra se ha mantenido más o menos estable desde los años sesenta.[47]

Obviamente, identificarse a uno mismo es algo ambiguo y subjetivo, y gente de todas las clases pudo, por diversas razones, confundir su lugar en la escala social. Y sin embargo, la cifra se corresponde asombrosamente con los hechos. En la Gran Bretaña

[46] Departamento de Trabajo y Pensiones, *Households Below Average Income Report 1994/95–2006/07*, dwp.gov.uk.

[47] Julian Glover, «Riven by class and no social mobility–Britain in 2007», *Guardian*, 20 de octubre 2007.

actual, el número de personas que trabajan en empleos manuales y administrativos representa más de la mitad de la población activa, más de veintiocho millones de trabajadores.[48] Somos un país de secretarias, dependientes y oficinistas. Las vidas de esta mayoría son virtualmente ignoradas por políticos y periodistas. Huelga decir que más de la mitad de la población no tenía nada en común con Karen Matthews.Y sin embargo, es más que probable que las escasas apariciones de la clase trabajadora en la escena pública sean historias sobre figuras odiosas —un odio más o menos legítimo— como Karen Matthews.

¿Estaban equivocados los políticos y periodistas al afirmar que comunidades como Dewsbury Moor tenían problemas sociales particulares que las apartaban del resto de Gran Bretaña? Como ocurre con la mayoría de estereotipos, hay su pizca de verdad en la caricatura *chav*. Es innegable que muchas comunidades de clase trabajadora a lo largo y ancho de Gran Bretaña sufren altas tasas de paro. Tienen un número relativamente grande de beneficiarios de prestaciones y el índice de delitos es alto. Pero se ha culpado a las víctimas y no a las políticas promovidas por los sucesivos Gobiernos en décadas recientes.

Dewsbury Moor es un buen ejemplo. El distrito está entre los diez primeros en privación general y pobreza infantil. Como hemos visto con la bilis vertida por los periodistas durante el caso Shannon Matthews, los detractores sostenían que esto se debe en gran parte a la irresponsabilidad de los que viven allí. Se equivocan. Los Gobiernos se las han ingeniado socialmente para que estas comunidades de clase trabajadora tengan los problemas que tienen.

Se ha recorrido un largo camino desde que el laborista Aneurin Bevan fundara las modernas viviendas sociales poco después de la Segunda Guerra Mundial. Ante todo, su objetivo era crear comunidades mixtas. Razonó que eso ayudaría a gentes de orígenes diferentes a entenderse, derribando así los prejuicios que vemos actualmente dirigidos a los *chavs*. «Es totalmente desaconsejable que en los bloques de protección oficial viva solo un tipo de ciudadano», argumentó. «Si hemos de posibilitar que los ciudadanos

[48] John Harris, «Bottom of the class», *Guardian*, 11 de abril 2006.

tengan una vida plena, si cada uno ha de ser consciente de los problemas de sus vecinos, entonces todos deberían provenir de diferentes sectores de la comunidad. Deberíamos tratar de incorporar lo que ha sido siempre la encantadora característica de los pueblos ingleses y galeses, donde el médico, el tendero, el carnicero y el peón agrícola vivían en la misma calle.»[49]

Este loable principio ha sido herido de muerte por las políticas introducidas durante la era Thatcher, que el nuevo laborismo ha seguido implementando alegremente. Barrios de protección oficial como Dewsbury Moor ahora muestran justo el resultado opuesto al proyectado originalmente por Bevan. Cuando los años setenta llegaban a su fin, antes de que el Gobierno de Thatcher pusiera en marcha el plan de «derecho a compra», más de dos de cada cinco de nosotros vivíamos en viviendas sociales. Hoy la cifra está más cerca de uno de cada diez, la mitad de los cuales son inquilinos de asociaciones y cooperativas de vivienda.[50] Se prohibió a los ayuntamientos construir nuevas viviendas y, durante los últimos once años, el partido de Bevan se ha negado a invertir dinero en las casas que quedaron bajo el control municipal. A medida que la vivienda pública se hundía, las que quedaban se concedieron preferentemente a los más necesitados. «Los próximos inquilinos en entrar, casi exclusivamente por cumplir criterios estrictos, serán o bien familias monoparentales, [o bien] gente procedente de instituciones, incluyendo las cárceles», explicaba el difunto Alan Walter, que vivió toda su vida en una vivienda municipal y fue presidente del grupo de presión Defiende la Vivienda Social. «Y por lo tanto son, casi por definición, los que no tienen trabajo.»

Muchos —pero no todos— de los que permanecieron en viviendas municipales eran demasiado pobres para aprovechar el plan de derecho a compra. «Cada vez más gente que puede permitirse prescindir de la vivienda social lo ha hecho, y entonces se le vende a otro que no tiene por qué tener una familia respetable», dice Polly Toynbee. «Cuanta más gente renuncia a vivir en un barrio de protección oficial, mayor se vuelve la brecha: después de

[49] Chris Holmes, *Housing, Equality and Choice*, Londres, 2003, p. 3.
[50] John Harris, «Safe as houses», *Guardian*, 30 de septiembre 2008.

todo, prácticamente no existe el sector de alquiler.» Los problemas a los que se enfrentaba la gente no tenían nada que ver con el hecho de vivir en una vivienda municipal, y todo que ver con que solo los más pobres fueran aptos para vivir en ellas. El resultado esperable es que más de dos tercios de los que viven en viviendas sociales pertenecen a los dos quintos más pobres de la población. Casi la mitad de la vivienda social está situada en el quinto más pobre de los barrios.[51] Las cosas ciertamente han cambiado comparadas con treinta años atrás, cuando un asombroso 20% del décimo más rico de la población vivía en una vivienda protegida.[52] Si lugares como Dewsbury Moor tienen graves problemas sociales, es porque se les ha inducido a tenerlos.

Debido a la drástica concentración de los más pobres de Gran Bretaña en viviendas sociales, los barrios de protección oficial empezaron a ser fácilmente asociados a los denominados *chavs*. Si bien es cierto que aproximadamente la mitad de los pobres de Gran Bretaña tiene su casa en propiedad, también lo es que suelen vivir en barriadas. La creciente transformación de los barrios de vivienda protegida en vertederos sociales ha dado muchos argumentos a la teoría de que Gran Bretaña está dividida en una sociedad de clase media y un residuo *chav* de clase trabajadora que sufre una epidemia de problemas autoinfligidos.

Las políticas gubernamentales de la vivienda no son la única causa de las desventajas sociales que afectan a las zonas obreras. El thatcherismo desencadenó un *tsunami* de desindustrialización que diezmó comunidades como Dewsbury Moor. Los trabajos manufactureros se han desplomado durante los últimos treinta años. Cuando Thatcher llegó al poder en 1979, más de siete millones de nosotros se ganaban la vida en la industria. Treinta años después, esto era cierto para menos de la mitad, apenas 2,83 millones —sobre todo porque se habían llevado las fábricas a países en vías de desarrollo donde los trabajadores salen más baratos.

---

[51] George Jones, «More high earners should live on council estates, professor tells Whitehall», *Daily Telegraph*, 21 de febrero 2007.

[52] John Hills, *Ends and Means: The Future Roles of Social Housing in England*, Londres, 2007, p. 45.

La ciudad de Dewsbury fue en otro tiempo sede de una floreciente industria textil. Durante las últimas tres décadas, todos estos trabajos simplemente han desaparecido. Al final de la calle donde antes vivía Karen Matthews hay docenas de naves abandonadas, incluyendo fábricas textiles desiertas y extensos polígonos industriales. «Esta era conocida como el área de la lana pesada al oeste de Yorkshire. También había un montón de empleos manufactureros y de ingeniería», explica el reverendo Pitcher. «Todos esos trabajos han desaparecido. Prácticamente no hay industria manufacturera. Así que ¿qué hace la gente? ¿Qué opciones tiene de trabajo? Depende de los grandes supermercados para trabajar. No hay ningún otro sitio para luchar por un empleo importante». El impacto sobre la población local ha sido devastador. «Eso ha tenido un efecto desestabilizador sobre la comunidad. El sentimiento de comunidad que teníamos antiguamente ha desaparecido.» La falta de grandes empresas manufactureras hizo que los que habían fracasado en la escuela lo tuvieran muy difícil para encontrar trabajo.

El impacto de este desplome industrial puede verse en la familia Matthews. Tanto los abuelos como los padres trabajaban en la industria local, concretamente en la textil. Pero, como dice la madre de Karen Matthews: «La ciudad ha cambiado. El textil ha desaparecido y no hay los mismos empleos que antes.»[53] La industria en áreas como Dewsbury Moor solía proporcionar empleos seguros, relativamente bien pagados y altamente sindicados que iban pasando de generación en generación.

El declive de la base manufacturera e industrial británica ha diezmado comunidades a lo largo y ancho del país», dice la diputada laborista Katy Clark. «Por hablar solo de la circunscripción que represento [North Ayrshire y Arran], antes teníamos industrias manufactureras a gran escala que a veces empleaban a decenas de cientos de personas. Todos esos trabajos han desaparecido y han sido sustituidos por empleos mal pagados, normalmente del sector público o el sector servicios.»

[53] Richard Pendlebury, «Downfall of a decent clan», *Daily Mail*, 16 de abril 2008.

La industria era el eje de las comunidades locales. Su brusca desaparición de lugares como Dewsbury Moor causó un desempleo masivo durante los años ochenta. Hoy la tasa oficial de paro en la zona es solo un punto superior a la media nacional. Pero esta estadística es profundamente engañosa. Si se excluye a la gente que estudia a tiempo completo, más de un cuarto de los que viven al oeste de Dewsbury son clasificados como «económicamente inactivos». Eso es alrededor de un 10% superior a la media. La razón principal es que muchos de los que perdieron sus trabajos fueron oficialmente clasificados como enfermos o incapacitados, en un proceso común a todas las áreas que, como Dewsbury, perdieron sus industrias en los años ochenta y noventa. Es difícil sostener que esto simplemente se debe a que son vagos y parásitos. A finales de 2008, el Gobierno anunció planes para poner a trabajar a 3,5 millones de beneficiarios de prestaciones. Al mismo tiempo calcularon que solo había en torno a medio millón de empleos disponibles, la cifra más baja jamás registrada. La gente está sin trabajo en sitios como Dewsbury Moor simplemente porque no hay empleos suficientes.

Está claro que la caricatura *chav* personificada por Karen Matthews ha arraigado profundamente en la sociedad británica. Cada vez más de nosotros elegimos creer que las víctimas de los problemas sociales son, en gran parte, responsables de causarlos. Tres cuartas partes de nosotros, por ejemplo, pensaba que la diferencia entre los ingresos altos y bajos era «demasiado grande» en 2006, pero poco más de un tercio estaba a favor de gastar más en prestaciones sociales para los pobres. Mientras que casi la mitad de nosotros creía que una pareja de desempleados debería clasificarse como «precaria» en 1986, ese porcentaje cayó hasta poco más un tercio hacia 2005. Más sorprendente aún es que, mientras que solo el 19% creía que la pobreza se debía a la vagancia o a la falta de voluntad en 1986, la cifra había subido al 27% veinte años después.[54]

[54] Alison Park *et alii*, eds., *British Social Attitudes: The 24th Report*, Londres. 2008, p. 242.

Lo llamativo de estas cifras es que se han producido en una época en que la desigualdad ha aumentado tan marcadamente como ha descendido la movilidad social. El coeficiente Gini —empleado para medir la desigualdad general de los ingresos en Gran Bretaña— se evaluó en 26 en 1979. Hoy ha subido a 39. No es solo que esta creciente división social propicia que los de arriba ignoren cómo viven otras personas. Como hemos visto, demonizar a los menos pudientes hace más fácil justificar un nivel creciente y sin precedentes de desigualdad social. Después de todo, admitir que unas personas son más pobres que otras debido a la injusticia social inherente a nuestra sociedad requeriría la actuación del Gobierno. Defender que la gente es en gran parte responsable de sus circunstancias favorece la conclusión contraria. «Estamos desarrollando una cultura en la que es aceptable y totalmente normal hablar de la clase obrera blanca en un lenguaje muy deshumanizado, y esto es un síntoma común de una sociedad altamente desigual», advierte Johann Hari. «Si vas a Sudáfrica o a Venezuela —o a otros países latinoamericanos con una mínima élite acomodada—, para ellos es normal hablar de los pobres como si no fueran muy normales o en cierto modo infrahumanos.»

El caso Shannon Matthews arroja una inquietante luz sobre la Gran Bretaña actual. No provocó desprecio hacia la gente de clase trabajadora. Simplemente puso al descubierto prejuicios que habían proliferado en nuestra sociedad. La histeria en torno al caso muestra que se puede decir prácticamente cualquier cosa de los caricaturizados como *chavs*. De algún modo se ha convertido a un sector enorme de Gran Bretaña en cómplice de delitos en los que no tenía nada que ver. Sin políticos ni periodistas de clase media que mostraran interés alguno por dar una plataforma a la realidad de las comunidades de clase obrera, las vidas penosamente disfuncionales de una exigua minoría de individuos se ha presentado como un caso de estudio de la vida actual fuera de la denominada «Inglaterra media». Los *chavs* han empezado a ser más despreciados que prácticamente cualquier otro colectivo.

¿De dónde proviene este odio? Ciertamente no hay nada nuevo en verter bilis contra los que están en lo más bajo de la escala social. Algunos teológos del siglo XVII deploraban la «caridad errónea e indiscriminada» concedida a pobres que eran «la verdadera escoria, mugre y sabandijas de la comunidad».[55] En el siglo XIX, las duras leyes de pobres recluyeron a los indigentes y desempleados en asilos donde trabajaban sin descanso en condiciones infernales, y los comentaristas debatían si la respetable clase trabajadora estaba dando paso a un vicioso colectivo al que llamaron «residuum». El nacimiento de la eugenesia a principios del siglo XX llevó incluso a algunos que se consideraban de izquierdas a defender la esterilización de los pobres «no aptos», e incluso su exterminio.

El vapuleo a los *chavs* se inspira en una larga e innoble tradición de odio de clase, pero no puede entenderse sin atender a acontecimientos más recientes. Ante todo, es el hijo bastardo de una muy británica lucha de clases.

[55] Whitney Richard David Jones, *The Tree of Commonwealth 1450–1793*, Londres, 2000, p. 136.

02

Luchadores de clase

«...unos predican una lucha de clases, otros la practican vigorosamente.»

GEORGE BERNARD SHAW,
Regreso a Matusalén

En los últimos tiempos, los *tories* se han afanado por presentarse como si estuvieran por encima de la clase y los intereses sectarios. «Una nación», fue uno de sus más preciados lemas durante buena parte del siglo XX. Cuando David Cameron fue elegido líder del Partido Conservador en 2005, los *tories* estaban, para empezar, llenos de una almibarada retórica sobre comprender a los jóvenes marginales (Cameron quiere que «abracemos a un pandillero», se burlaba el Nuevo Partido Laborista) e incluso reducir la brecha entre ricos y pobres.

Pero en cuanto se ven a salvo, a puerta cerrada y lejos de las cámaras, el melifluo discurso oficial puede desaparecer súbitamente. Yo mismo vi cómo se quitaban la máscara durante mi último año en la universidad. Un muy prominente político *tory* del ala moderada del partido había venido a dar una charla extraoficial a los estudiantes. Para que pudiera hablar con franqueza, se prohibió a los aspirantes a periodistas que informaran de la charla y tuvimos que jurar que preservaríamos su anonimato. Pronto quedó claro por qué. En una lluviosa tarde de noviembre, mientras los troncos crepitaban en la chimenea, el pope conservador hizo una asombrosa confesión.

«Lo que debéis comprender sobre el Partido Conservador», dijo como si fuera un comentario trivial y a vuelapluma, «es que es una coalición de intereses privilegiados. Su principal propósito es defender ese privilegio. Y el modo en que gana elecciones es dando solo lo *justo* al número *justo* de personas».

He ahí un análisis que podría haber salido de las páginas del *Socialist Worker*. Un decano del Partido Conservador más o menos

había confesado que este era el brazo político de los ricos y poderosos. Estaba allí para defender los intereses de los de arriba. Eso era declarar la lucha de clases.

Si pidiéramos a la gente que describiera a un «luchador de clase», quizá la mayoría se imaginaría a un rechoncho líder sindical con boina que va enrojeciendo mientras denuncia a la «empresa» con un marcado acento regional, no a hombres refinados con trajes elegantes y acentos distinguidos.

Cuando pregunté al exlíder laborista Neil Kinnock si los conservadores eran los guerreros de clase de la política británica, sacudió la cabeza gravemente. «No, porque nunca han tenido que librar una lucha de clases», dijo. «En gran parte porque nosotros firmamos el tratado de paz sin comprender que ellos no lo habían hecho.»

La demonización de la clase trabajadora no puede entenderse sin volver la mirada hacia el experimento thatcherista de los años ochenta que forjó la sociedad en la que hoy vivimos. En su centro había una ofensiva contra las comunidades, industrias, valores e instituciones obreras. Ser de clase trabajadora ya no era algo de lo que estar orgulloso: era algo de lo que escapar. Esta visión no surgió de la nada. Fue la culminación de una lucha de clases declarada a intervalos por los conservadores durante más de dos siglos.

Desde luego no es así como el Partido Conservador ha intentado presentarse en público. Siempre que los intereses de su «coalición de intereses privilegiados» se ha visto amenazada por incluso los más moderados argumentos en pro de la reforma social, los ha censurado como intentos de entablar una «lucha de clases». Tras pasar seis años oponiéndose a las reformas introducidas por el Gobierno laborista de posguerra, como la Seguridad Social y el Estado de bienestar, los *tories* denunciaron al laborismo en estos términos exactos: «De todos los impedimentos, la lucha de clases es el peor», declaraba el Manifiesto conservador de 1950, que acusaba al laborismo de «intentar recuperar el poder fomentando el odio entre clases y apelando a sentimientos de codicia y envidia».

Pero un rápido vistazo a su historia revela un partido que siempre ha defendido «intereses privilegiados», en especial contra la amenaza planteada por los británicos de clase trabajadora. A lo largo de todo el siglo XIX los *tories* fueron fervientes detractores

de permitir que nadie excepto los más ricos votara. Cuando se presentó al Parlamento el Proyecto de Ley de Reforma de 1831, que proponía ampliar el sufragio a uno de cada cinco hombres adultos, la reacción *tory* fue histérica. Un diputado conservador alegó aparatosamente que esa ley representaba «una revolución que subvertirá la influencia natural del rango y la propiedad». Lord Salisbury, el futuro primer ministro *tory*, mostró su enfado por la ampliación del sufragio con sombrías predicciones de que «los hombres de categoría no pedirán el voto de la plebe, y la plebe no elegirá a hombres de categoría».

Fue en el siglo XX cuando los *tories* y su coalición de intereses privilegiados se enfrentaron a su mayor amenaza política. Millones de trabajadores se habían organizado en sindicatos. Estos sindicatos pasaron a fundar el Partido Laborista con la misión específica de representar por primera vez los intereses de la clase trabajadora en el Parlamento. Mucho antes de Thatcher, los *tories* hicieron la última tentativa contra esta amenaza. Los Gobiernos de lord Salisbury y Arthur Balfour defendieron con entusiasmo la infame resolución judicial de Taff Vale en 1901, que golpeó a los sindicatos obligándoles a pagar los beneficios perdidos en las huelgas. Echando la vista atrás a este episodio, el futuro primer ministro *tory* Stanley Baldwin confesó más tarde: «Los conservadores no pueden hablar de la lucha de clases. Ellos la empezaron».

Cuando los sindicatos declararon una huelga general en 1926, el Gobierno *tory* advirtió del peligro de una revolución roja y movilizó a las fuerzas armadas. Una vez desbaratada la huelga, el conservador e irreconciliable guerrero de clase Arthur Balfour se jactó de que «la huelga general ha enseñado más a la clase obrera en cuatro días que en años de conversaciones». Como parte de esta lección, se prohibieron los piquetes masivos y toda huelga declarada en apoyo de otros trabajadores, y se debilitaron los lazos entre los sindicatos y el Partido Laborista. Se puso de nuevo en su sitio a la clase obrera.

En vista de todo esto uno puede preguntarse cómo, en una época de democracia de masas, los *tories* podían haber pensado siquiera en ganar unas elecciones. Pero los conservadores son el partido político más exitoso de Occidente. Gobernaron Gran Bretaña durante

dos tercios del siglo XX. El antiguo jefe del equipo político de Margaret Thatcher, Ferdinand Mount, desecha de plano la teoría de la «coalición privilegiada» del pope *tory*, calificándola como «el tipo de cinismo fanfarrón que a los viejos políticos les gustaba permitirse de vez en cuando. Hubiera pensado que sería bastante difícil obtener sistemáticamente entre doce y catorce millones de votos en las elecciones generales si no tuvieras algo de verdadera compasión por la mayoría menos privilegiada». Esta era una razón de peso. Si todo el mundo tiene derecho a voto, ¿por qué la gente de clase obrera votaría a favor de un chollo político para los ricos?

El propio viejo guerrero de clases lord Salisbury se sorprendió al descubrir que hasta un tercio de los trabajadores manuales votaron a los *tories* a principios del siglo XX. Todo esto remite a la segunda parte de la tesis de nuestro político anónimo: que los conservadores ganan «dando solo lo *justo* al número *justo* de personas». Los *tories* siempre han tratado de debilitar el poder colectivo de la clase obrera como grupo social. Pero también sabían cómo ganar elecciones cortejando a los votantes de clase obrera a título individual, con métodos muchas veces ingeniosos.

Una estratagema frecuente era la reforma social moderada con fines conservadores. Fue un método empleado con grandes resultados por Benjamin Disraeli, primer ministro conservador de finales del siglo XIX, que sigue siendo venerado como padre fundador por el cada vez más escaso grupo de *tories* que abogan por «una sola nación». Su Gobierno introdujo medidas moderadamente progresistas como reducir el tope de la jornada laboral a diez horas y prohibir que los niños trabajasen a tiempo completo. Según sus cálculos, aquello «granjearía a los conservadores el afecto durarero de las clases trabajadoras». De hecho, algunos líderes sindicales odiaban más a los liberales en este periodo, y la propia Thatcher buscó inspiración en el capitalismo librecambista del líder decimonónico liberal William Gladstone.

Naturalmente, el principio básico del torismo disraeliano era preservar el orden social existente. Como dijo un siglo después el relativamente moderado *tory* Michael Heseltine, era «buen capitalismo ilustrado, paternalista si quieres. *Noblesse oblige*. Creo firmemente que los que tienen poder y privilegios tienen responsabilidades».

Después de todo, ningún *tory* pensaría nunca que el partido está para machacar a la clase trabajadora. Todos los políticos, no importa lo reaccionarios que sean, sienten la necesidad de racionalizar sus políticas en aras de un bien mayor. Indudablemente muchos tenían —y tienen— ideas nobles y paternalistas de la función pública. Es una profunda y sincera convicción conservadora que lo que es bueno para los negocios es bueno para el país. Pero no se puede eludir el hecho de que la jefatura *tory* siempre ha estado dominada por los elementos más pudientes de la sociedad, prestos a desbaratar las reformas planteadas primero por los liberales y luego por el Partido Laborista. Solo con palos no se podría contener a la clase obrera en un sistema democrático: también hay que dar zanahorias.

Los *tories* han utilizado durante largo tiempo el populismo como su mejor baza para ganarse el apoyo de la clase obrera. Desde finales del siglo XIX explotaron la creciente animadversión contra la inmigración irlandesa y judía que culminó en la introducción de la restrictiva Ley de Extranjería de 1904. La promesa de medidas enérgicas contra la inmigración ha sido un pilar del electoralismo *tory* desde entonces. Enarbolar la bandera de diversos modos ha ayudado invariablemente a la causa conservadora: por ejemplo, apelar a sentimientos nacionalistas contrarios al autogobierno de Irlanda a finales del siglo XX. Y, por supuesto, el miedo popular a la delincuencia ha sido durante mucho tiempo un terreno político abonado para un partido con un duro mensaje de orden público.

Aunque han perdido su preeminencia en la actualidad, las lealtades religiosas desempeñaron en otro tiempo un papel fundamental. Antes de 1914, era muy probable que los incondicionales de la Iglesia anglicana (ridiculizada en su día como «el Partido *tory* rezando sus oraciones») votaran a los conservadores. El Liverpool actual tal vez sea la ciudad más firmemente laborista en el Parlamento, pero el sectarismo religioso y el anticatolicismo *tory* en otro tiempo hacían de ella un foco de torismo obrero.

La aspiración social ha sido otro fructífero reclamo electoral, así como un medio de minar la identidad de la clase obrera. Había espacio arriba, prometían: uno podía mejorar su suerte ascendiendo

en la escala social. En áreas carentes de sólida clase media —Escocia, Gales y casi todo el norte de Inglaterra— esto tenía un atractivo limitado. Pero allí donde había una fuerte clase media, siempre era más probable que la gente de clase obrera optara por los *tories*. Era una forma de no ser menos que el vecino, e incluso, pensaban, de unirse a él. «Lo que ves es que el laborismo tiene fuerza en los enclaves mineros, incluso en los años de entreguerras, o en el East End de Londres, básicamente porque no hay clase media», dice el historiador político Ross McKibbin. «No hace falta mucha presencia de clase media para afectar a la intención de voto de la clase trabajadora.»

Ante todo, los conservadores han sido capaces de ganarse el apoyo de la clase trabajadora mediante un implacable pragmatismo. Tras la Segunda Guerra Mundia, los *tories* y sus seguidores se vieron forzados a dar un paso atrás. Los recuerdos recientes de la Gran Depresión parecían haber desacreditado para siempre el capitalismo de libre mercado, y a los *tories* no les quedó otra que aceptar el Estado de bienestar, una fiscalidad más alta y un fuerte movimiento sindical. Tony Crosland, un destacado político laborista de posguerra, señaló que los conservadores no tuvieron más remedio que competir en las elecciones «en gran parte suscribiendo políticas que hace veinte años se asociaban a la izquierda y eran repudiadas por la derecha».[56] Pero con los conservadores en el poder durante toda la década de los cincuenta y los sindicatos y el laborismo adoptando una dirección moderada, algunos *tories* no pudieron evitar pensar que ahora tenían la sartén por el mango. «La lucha de clases ha terminado y la hemos ganado nosotros», declaró el primer ministro conservador Harold Macmillan en 1959.

Este alto el fuego no duró mucho. El nuevo consenso se deshizo en los años 70 mientras los beneficios de las empresas empezaban a caer en picado y los sindicatos mostraban su poderío una vez más. De repente pareció que había vuelto la lucha de clases. Esta vez, una nueva generación de *tories* trató de ganarla... para siempre.

[56] C. A. R. Crosland, *The Future of Socialism*, Londres, 1956, p. 61.

Pocos pueden afirmar haber influido tanto en la Gran Bretaña actual como Keith Joseph. Hijo de un magnate de la construcción, Joseph fue la figura más destacada de la derecha *tory* a principios de los años setenta. Cuando los conservadores fueron derrotados en dos elecciones generales sucesivas en 1974, Joseph se convirtió en uno de los líderes *tories* de nuevo cuño que rechazaba el consenso de posguerra sobre un capitalismo de bienestar que había sido apoyado por anteriores Gobiernos conservadores. En su lugar, quería restringir el poder sindical, vender industrias estatales y volver a principios decimonónicos de capitalismo librecambista. La «conversión» de Joseph se produjo cuando el primer ministro *tory* Edward Heath fue cesado fulminantemente tras haberse enfrentado a los mineros y haber perdido. «No me convertí al conservadurismo hasta abril de 1974», dijo más tarde. «Pensaba que era conservador, pero ahora veo que no lo era en absoluto.»

Keith Joseph y su camarilla librecambista eran partidarios del gurú estadounidense del libre mercado Milton Friedman. Cuando, en 1974, el Partido Laborista volvió a Downing Street con la promesa de «provocar un cambio irreversible en el equilibrio de poder y riqueza a favor de la gente trabajadora y de sus familias», las ideas de Friedman todavía estaban en buena medida confinadas a los libros de texto. La excepción era Chile, donde en 1973 el general Augusto Pinochet, con el respaldo de Estados Unidos, había derrocado al presidente electo socialista Salvador Allende en uno de los golpes de Estado más brutales de la torturada historia latinoamericana. Pinochet compartía uno de los principales objetivos de sus correligionarios británicos: borrar a la clase trabajadora como concepto. Su meta, declaró, era «hacer de Chile no una nación de proletarios, sino de emprendedores».

Pero Keith Joseph desaprovechó su oportunidad de liderar un proyecto similar a través de las urnas en Gran Bretaña. En un discurso de octubre de 1974, expresó algunas de las opiniones sobre los «órdenes inferiores» que en otro tiempo eran comunes entre eugenistas de clase media. Argumentó que «está naciendo una elevada y creciente proporción de niños de madres poco aptas para traer hijos al mundo y educarlos. Nacen de mujeres que se quedaron embarazadas por primera vez en la adolescencia de las clases

sociales 4 y 5... Algunas son de inteligencia baja y la mayoría tiene pocos estudios». Pero lo mejor era esto: «El equilibrio de nuestra población, nuestra reserva humana, está en peligro.» El mensaje de Joseph era claro. Los pobres procreaban demasiado deprisa, y el peligro era que iban a hundir a todos los demás.

Aunque Joseph solo estaba repitiendo prejuicios muy arraigados entre muchos británicos acomodados, su error fue reiterarlos en público. Se acabaron sus esperanzas de convertirse en el líder conservador. Pero no todo estaba perdido. En su lugar, su protegida, Margaret Thatcher, diputada por Finchley, se presentó y ganó. La influencia de Joseph fue evidente en muchos de los fundamentos intelectuales de lo que se conocería como thatcherismo, lo que llevó a sus críticos a apodarle el «Monje Loco» de la Dama de Hierro. Tras ser elegida en 1979, los conservadores acometieron el experimento más audaz de ingeniería social desde que los puritanos gobernaran Inglaterra hace más de trescientos años. «Tenemos que mover este país en una nueva dirección, cambiar nuestra manera de mirar las cosas, crear una mentalidad completamente nueva», urgió Thatcher a su partido.

Para comprender la actitud del thatcherismo hacia la clase obrera británica, es importante empezar examinando a la propia Thatcher. Algunos de sus más fervientes admiradores a menudo han hecho lo posible por retratarla —engañosamente— como una persona de origen humilde. Como me dijo un incondicional de Thatcher, el diputado conservador David Davis: «Margaret siempre fue un poco más de clase media de lo que hacía creer». Es casi un tópico describirla como la hija de un tendero, pero fue esto lo que marcó toda su perspectiva política. Crecida en Grantham, un pueblo mercantil de Lincolnshire, su padre le había inculcado un profundo compromiso hacia lo que podría llamarse valores de la pequeña clase media: enriquecimiento e iniciativa personales, y una instintiva hostilidad ante la acción colectiva. Su biógrafo, Hugo Young, señaló que tuvo poco contacto, si es que tuvo alguno, con la clase trabajadora, y mucho menos con el movimiento sindical.

Sus opiniones sin duda se fortalecieron cuando en 1951 se casó con un próspero hombre de negocios, Denis Thatcher, que pensaba que los sindicatos deberían prohibirse completamente. Se

rodeó de hombres de entornos privilegiados. En su primer gabinete, el 88% de los ministros había ido a colegios privados, el 71% eran directores de empresas y el 14% grandes terratenientes. No es de extrañar, pues, que uno de los ministros de su gabinete dijera a un periodista justo antes de las elecciones de 1979: «Ella sigue siendo básicamente una mujer de Finchley... Cree que la clase trabajadora es ociosa, falaz, inferior y puñetera.»[57]

Si Thatcher tenía un objetivo, era evitar que pensáramos en términos de clase. «La clase es un concepto comunista», escribiría más tarde. «Agrupa a las personas en bloques y las enfrenta entre sí.»[58] Quería acabar con la idea de que la gente podía mejorar su vida mediante la acción colectiva más que por el enriquecimiento personal: es decir, «saliendo adelante por su propio esfuerzo». Apenas unos meses después de su victoria electoral en 1979, se había propuesto explicárselo al país en términos crudos.

«La moral es personal. No existe la conciencia colectiva, la bondad colectiva, la consideración colectiva o la libertad colectiva», planeaba decir. «Hablar de justicia social, de responsabilidad social o de un nuevo orden puede que sea fácil y nos haga sentir bien, pero no nos exime a cada uno de nosotros de responsabilidad personal.» Era claramente demasiado para sus redactores de discursos, y no fue la versión final. Sin embargo, no pudieron impedir que hiciera su infausta declaración siete años después: «No existe una cosa llamada sociedad. Hay hombres y mujeres individuales, y hay familias.»

Puede que los *tories* sean un partido enraizado en las divisiones de clase británicas, pero se afanan por desviar cualquier cosa que lo recuerde. De hecho, para los ideólogos conservadores de corte thatcherista, cualquier discurso sobre la clase es subversivo por un sinfín de razones. Implica que un grupo posee el poder y la riqueza en la sociedad, y que otros no. Si se acepta esto, solo hay un paso para concluir que es algo que debe rectificarse. Sugiere que un grupo de personas vive de trabajar para otros, lo que suscita cuestiones de explotación. Anima a definir los intereses económicos propios frente

[57] Hugo Young, *One of Us*, Londres, 1990, p. 127.

[58] Margaret Thatcher, «Don't undo my work», Newsweek, 27 de abril 1992.

a los de los demás. Pero, ante todo, evoca la noción de un bloque potencialmente organizado con poder político y económico y que podría declarar la guerra contra la riqueza y los privilegios. Esto convertía la existencia de la clase trabajadora como concepto en el enemigo mortal del modelo capitalista thatcheriano del «cada uno para sí».

Thatcher no tenía la menor intención de acabar con las clases sociales; simplemente no quería que percibiéramos que pertenecíamos a una. «No es la existencia de clases lo que amenaza la unidad de la nación, sino la existencia del sentimiento de clase», como dijo un documento oficial del Partido Conservador en 1976.[59] Y sin embargo, al mismo tiempo el thatcherismo libró la lucha de clases más agresiva en la historia británica: derribando a los sindicatos, desplazando la carga fiscal de los ricos a la clase trabajadora y a los pobres, y despojando a los negocios de regulaciones estatales. Thatcher quiso poner fin a la lucha de clases, pero con las condiciones de lo más selecto de la sociedad británica. «Los *tories* tradicionales dicen que no hay ninguna lucha de clases», declaró el redactor conservador Peregrine Worsthorne. «Los nuevos *tories* no se andan con remilgos: somos guerreros de clase y esperamos salir victoriosos.»

En el centro de esta cruzada había un intento concertado de desmantelar los valores, instituciones e industrias tradicionales de la clase trabajadora. El objetivo era acabar con la clase obrera como fuerza política y económica en la sociedad, reemplazándola por un conjunto de individuos o emprendedores que compiten entre sí por su propio interés. En una nueva y supuestamente ambiciosa Gran Bretaña todo el mundo aspiraría a escalar, y el que no lo hiciera sería responsable de su fracaso. La clase se eliminó como idea, pero se reforzó en la práctica.

No ha habido mayor asalto a la clase obrera británica que el doble ataque de Thatcher a la industria y los sindicatos. No era solo que

[59] Oficina Central del Partido Conservador, *The Right Approach: A Statement of Conservative Aims*, octubre 1976.

la sistemática destrucción de las industrias manufactureras del país devastó comunidades enteras, aunque sin duda lo hizo, dejándolas asoladas por el paro, la pobreza y los atroces problemas sociales que los acompañan y de los que luego se les culparía. Se estaba atacando la propia identidad de la clase trabajadora.

Las viejas industrias eran el pulmón de las comunidades a las que sustentaban. Casi toda la población local había trabajado en empleos similares y lo había hecho durante generaciones. Y por supuesto los sindicatos, a pesar de sus fallos y limitaciones, habían dado a los trabajadores de esas comunidades fuerza, solidaridad y sensación de poder. Todo esto había reforzado un sentimiento de pertenencia y orgullo en una experiencia compartida de clase obrera.

Para aquellos que, como yo, crecieron en un país sin sindicatos fuertes, es fácil subestimar la importancia de la guerra del thatcherismo a la clase obrera organizada. Tal fue el legado de Thatcher que, cuando el laborismo llegó al poder en 1997, Tony Blair pudo jactarse de que, aun después de las reformas propuestas por él, las leyes sindicales seguirían siendo las «más restrictivas» de Occidente. Cuando se demonizaba a la clase obrera antes del advenimiento del thatcherismo, casi siempre era por miedo a los sindicatos. «Recuerdo que en los años sesenta, setenta y ochenta, a los huelguistas —y casi todos los huelguistas eran de clase obrera— se les trataba bastante mal en los medios, siempre de forma muy hostil», recuerda el periodista del *Mirror* Kevin Maguire. Los piqueteros agresivos y «los sindicatos que tenían al país secuestrado» eran tópicos periodísticos. En el corazón de la estrategia *tory* estaba su astuta manipulación de una serie de huelgas protagonizadas en su mayoría por trabajadores mal pagados del sector público en 1978 y 1979, o, como se le empezó a llamar, el Invierno del Descontento.

Incluso hoy, más de treinta años después, el Invierno del Descontento permanece como una especie de cuento popular de derechas utilizado para fustigar a los sindicatos cada vez que hay el más mínimo murmullo de malestar laboral. Se relatan en tonos casi apocalípticos escenas de basura pudriéndose en las calles y muertos desenterrados.

No obstante, las huelgas pudieron evitarse. El Gobierno laborista de James Callaghan había impuesto años de grandes recortes salariales a trabajadores del sector público para contener la inflación. Pero este enfoque se basaba en el mito de que las reivindicaciones salariales de los sindicatos hacían subir los precios, y no al revés. La inflación era galopante en todo Occidente por aquella época, con independencia de lo fuertes que fueran los sindicatos. «Lo que inició todo a finales de los años sesenta fue el comienzo de la liberalización económica y la supresión de controles crediticios, lo que llevó a un aumento excesivo del crédito», dice el antiguo economista de la City Graham Turner. Otro factor fue la impresión de enormes sumas de dinero por parte del Gobierno estadounidense para pagar la Guerra de Vietnam, que desencadenó un maremoto de inflación en todo Occidente. Trabajadores mal pagados como los basureros se declararon en huelga en el invierno de 1978-9 porque su nivel de vida estaba cayendo en picado y se les estaba obligando a pagar una crisis inflacionista en cuya creación no habían tenido nada que ver.

Tony Benn era ministro del Gobierno laborista durante el Invierno del Descontento. «Fue un conflicto, un conflicto económico entre trabajadores, por un lado, y sus patronos, por otro, y en la práctica el Gobierno apoyó a los patronos», recuerda. «Y eso condujo a una gran desilusión.»

No hay duda de que el Invierno del Descontento avivó la frustración popular con los sindicatos. La prensa sensacionalista de derechas se puso a funcionar a toda máquina, haciéndolo parecer como si Gran Bretaña estuviera sumiéndose en el caos. Los ciudadanos sufrieron inconvenientes debido a la cancelación de servicios. A los cada vez más empobrecidos trabajadores que se habían visto obligados a hacer huelga no se les permitió explicarse.

El Gobierno de Thatcher manipuló despiadadamente estos recuerdos. Su objetivo era aplastar definitivamente a los sindicatos. Nuevas leyes permitieron a los empresarios despedir a los huelguistas, redujeron la indemnización por despido, prohibieron a los trabajadores hacer huelga en apoyo de otros, revocaron protecciones que impedían a los tribunales confiscar fondos sindicales e

hicieron pagar a los sindicatos enormes multas. Pero no bastaba con cambiar la ley: había que dar ejemplo. Como dice el profesor Gregor Gall, experto en relaciones laborales, el Gobierno infligió «una serie de derrotas a los sindicatos en ataques premeditados contra el sector público, y animó a los empresarios del sector privado a plantarles cara». Los primeros en enfrentarse al puño de hierro de Thatcher fueron los trabajadores del acero en 1980, que perdieron la batalla de una huelga de trece semanas y habrían de pagar por ello con cientos de despidos. Tres años después, los huelguistas de una línea de piquetes en el *Stockport Messenger* sufrieron la carga de 3.000 policías antidisturbios y fueron golpeados en los terrenos colindantes. Su sindicato, la Asociación Gráfica Nacional, vio cómo el Gobierno embargaba sus bienes.

Frente a esta acometida, se podía haber esperado que los sindicatos se unieran y contraatacaran. Pero no lo hicieron. Los sindicatos —y en realidad, el Partido Laborista— estaban completamente divididos. La determinación y ferocidad de la cruzada thatcherista pilló desastrosamente desprevenidos a sus líderes. El Gobierno tomó nota de la debilidad de sus enemigos y liquidó a los trabajadores que se atrevieron a defenderse. Pero todas las leyes y ataques programados no tuvieron el mismo efecto devastador que otra de las armas de Thatcher: las crecientes colas del paro en Gran Bretaña.

Los *tories* habían dado una importancia exagerada al hecho de que se hubiera alcanzado el millón de parados durante el Gobierno laborista en 1979 y contrataron a la firma *pub*licitaria Saatchi & Saatchi para diseñar su famoso cartel que decía: «El laborismo no está funcionando.» Pero durante el Gobierno de Thatcher, algunas estimaciones sitúan el número de parados en cuatro millones en su punto álgido. El terror a perder el puesto de trabajo suprime cualquier tentación de defenderse. «El *gran* catalizador para las modificaciones de Thatcher en la legislación laboral fue el paro», dice el exlíder laborista Neil Kinnock. «Algunos estúpidos burgueses, como los que escriben en los periódicos, dicen que cuatro millones de parados suponen una mano de obra enérgica y enfadada. No es cierto. Suponen al menos otros cuatro millones de personas muy asustadas. Y la gente amenazada con el paro no

compromete su empleo emprendiendo diversas acciones de militancia sindical, simplemente no lo hace.»

Cuando pregunté al primer ministro de Finanzas de Thatcher, Geoffrey Howe, si el desempleo masivo tuvo un papel en la restricción del poder sindical, se mostró de acuerdo. «Creo que lo tuvo demostrando la futilidad de seguir comportándose como lo estaban haciendo.» Pero, añadió rápidamente, sus políticas no fueron «una medicina deliberada para conseguir aquello». Aun así, uno de los grandes logros del thatcherismo, en opinión de Howe, fue acabar con la «tiranía de los sindicatos».

Otros implicados en los Gobiernos conservadores lo explicaron más abiertamente. Cuando sir Alan Budd era ministro del Tesoro a principios de los años noventa, sospechaba que el Gobierno «nunca creyó ni por un momento que esa era la forma correcta de bajar la inflación. Pero vieron que sería una muy buena manera de subir el paro, y el paro era una forma extremadamente deseable de restar fuerza a las clases trabajadoras».

Al margen de los motivos del Gobierno, «el legado de Geoffrey Howe es la desindustrialización de nuestra economía», en palabras del economista Graham Turner. En tres meses de arrollador ascenso al poder en 1979, los *tories* abolieron drásticamente los controles de cambios, lo que permitió a las compañías financieras obtener enormes beneficios de la especulación monetaria. Esto permitió a la City prosperar a costa de otros sectores de la economía, como la industria manufacturera. Pero, ante todo, era permitir que el valor de la libra se disparara, lo que marcó el declive de la industria, al propiciar que sus exportaciones fueran mucho más caras que las de sus competidores extranjeros. Hacia 1983 —solo cinco años después— casi un tercio de la industria manufacturera había desaparecido de las costas británicas. Comunidades obreras antaño florecientes quedaron en la ruina.

Ahora, en una época de crisis económica causada por una dependencia excesiva de la City y una mermada base manufacturera, incluso algunas figuras conservadoras hablan hoy de la necesidad de que Gran Bretaña empiece otra vez a fabricar cosas. Muchas de las antiguas comunidades industriales siguen destrozadas. Pero es difícil encontrar remordimiento alguno por

la política de tierra quemada del thatcherismo. Pregunté al ministro de Hacienda de Thatcher si se arrepentía de haber utilizado un instrumento contundente como subir las tasas de interés. «Era inevitable», dice Geoffrey Howe. «Casi todo con lo que lidiábamos formaba parte de una gestión inconsciente y suicida... Así que fue difícil para la industria, pero en realidad nadie abogó por una salida. Habría estado bien. Pero entonces otras cosas habrían salido mal.» En opinión de Howe, solo se puede culpar a la manufacturación. «Todo el mundo lo lamenta, sí, pero la gran causa fue el comportamiento de la propia industria... A menudo he cuestionado la nota suicida de gran parte de la industria británica de aquella época.»

El diputado *tory* y candidato en una ocasión al liderazgo conservador David Davis se muestra aún menos arrepentido. «Bueno, ¿era evitable?», pregunta, visiblemente agitado. «¿Qué habría hecho usted? Dígame qué habría hecho. ¿Inyectar dinero en la manufacturación? ¡Eso es lo que primero la atascó! ¿Qué *podían* haber hecho?» Llega al punto de sostener que el Gobierno de Thatcher «hizo mucho por las comunidades, en forma, ya sabe, de programas de reconversión y cosas por el estilo. No, no, creo que hicieron muchas cosas allí. Lo cierto de todo eso es que simplemente puede que no funcione, ese es el problema... lo cierto en casi todas las políticas públicas es que, con suerte, hay como un 50% de probabilidades de éxito en las áreas económicas de la gestión pública». Hasta Howe reconoce que muchas de sus iniciativas a ese respecto, como «programas para la creación de empresas y cosas parecidas..., resultaron ser sociedades para evadir impuestos».

En opinión de Davis, la industria manufacturera se había mantenido viva con «puntales» que Thatcher no tuvo más remedio que derribar. «Y además, hasta qué punto se puede actuar como el rey Canuto,[60] tratando de detener la marea e impedir que

[60] Cuenta la historia que Canuto II, apodado «el príncipe de las mareas» (995-1035), rey de Inglaterra y Dinamarca, quiso acabar con las mareas altas que afectaban a sus súbditos situándose en la playa y ordenando al mar que no subiera. Cuando el mar lo cubrió casi por completo, sus súbditos tuvieron que rescatarlo. *(N. del T.)*

la manufacturación se vaya a China», sostiene. «Es irónico, porque muy a menudo son socialistas los que argumentan en contra de esto. En realidad forma parte de una redistribución material que se está produciendo. El mercado redistribuye renta del próspero Occidente al Oriente pobre. Y en cierto modo me parece bien.» Rápidamente añade que «eso no significa que quiera que regalemos puestos de trabajo», aunque es difícil extraer otra conclusión de su argumento.

«Creo que es una grotesca revisión de la historia», replica el redactor jefe de economía del *Guardian* Larry Elliott. «Los *tories* llegaron al poder y cometieron una serie de errores económicos garrafales, lo que hizo que la libra se disparara en los mercados extranjeros y nuestras exportaciones resultaran muy poco competitivas. Permitieron que la inflación alcanzara el 20% y subieron las tasas de interés al 17%, lo que encareció el préstamo, que era crucial para la industria manufacturera». Desecha sin más la idea de que el 15% de la industria británica que se fue a pique en los primeros años de la era Thatcher estuviera «a punto de extinguirse.»

En otras palabras, Gran Bretaña se había quedado sin industria debido a la política del Gobierno, no por el avance inexorable de la Historia. Ningún otro país occidental sufrió la destrucción de la industria manufacturera en un lapso tan brutalmente corto. Véase tan solo el contraste con la respuesta a la crisis financiera que explotó en 2008. Mientras que el thatcherismo dejó que la industria manufacturera se desangrara hasta morir en los años ochenta, el Gobierno del Nuevo Partido Laborista inyectó billones de libras del dinero de los contribuyentes a bancos cuya codicia y estupidez les habían dejado al borde del colapso. ¿La razón? Los bancos eran demasiado grandes para caer. «Lo mismo podía decirse de la manufacturación», dice Graham Turner. «Una vez que el mundo se hubo recuperado, y si se hubiera apoyado más a las fábricas, quizá no habríamos perdido tantos empleos manufactureros.»

Todo esto refuerza la pregunta: ¿tenían los conservadores algún interés en salvar la industria manufacturera, con o sin lágrimas de cocodrilo? En opinión de Thatcher y sus acólitos, las finanzas y los servicios eran el futuro; producir cosas pertenecía

al pasado. En sus memorias, John Cole, antiguo corresponsal político de la BBC, recuerda haber preguntado a Thatcher cómo funcionaría esa economía «postindustrial» o «de servicios». «Ella citó a un empresario al que había visto la semana anterior, que quería hacerse con la central eléctrica de Battersea y convertirla en lo que ambos conocíamos como "Disneyland", y que luego aprendimos a llamar parque temático.» Al día siguiente contó esta anécdota al agregado económico de la embajada estadounidense. «Me miró con genuina sorpresa, soltó el tenedor con aire pensativo y exclamó: "Pero, caray, John, no podéis ganaros todos la vida abriéndoos la puerta unos a otros."»[61] No obstante, una economía basada en que todos «se abran la puerta unos a otros» era exactamente lo que Thatcher tenía en mente.

Los ataques de Thatcher a los sindicatos y a la industria asestaron un duro golpe a la vieja clase obrera industrial. Los trabajos bien pagados, seguros y cualificados de los que la gente estaba orgullosa, que habían sido el eje de la identidad de la clase obrera, fueron erradicados. Todas las cosas que la gente asociaba a la clase trabajadora fueron desapareciendo. Pero incluso antes de que Thatcher volviera a ganar en 1983, la clase obrera británica no estaba tan muerta como fuerza política y social. La batalla decisiva estaba por llegar.

«Lo interesante que la gente no ha acabado de ver», señala Geoffrey Howe, «es que el Gobierno de Thatcher es en realidad el Gobierno de Heath con una segunda oportunidad y casi las mismas personas». Es un aspecto que merece la pena subrayar. Los *tories* bajo el mando de Ted Heath habían sido derrocados por una huelga nacional de mineros en 1974. Heath había preguntado al electorado: «¿Quién gobierna Gran Bretaña?» La respuesta fue: «Tú no, compañero.» Fue una derrota humillante, y la primera vez que los sindicatos habían derrocado de verdad a un

[61] John Cole, *As It Seemed to Me: Political Memoirs*, Londres, 1995, p. 209.

Gobierno. Thatcher no lo había olvidado. Su respuesta debe considerarse uno de los más crueles actos de venganza de la historia británica.

El castigo no era el único motivo. Los mineros habían sido la vanguardia del movimiento obrero en Gran Bretaña a lo largo del siglo XX. La única huelga general en Gran Bretaña se había declarado en apoyo a los mineros en 1926. Ellos solos tenían la capacidad de llevar el país al colapso cortando su suministro energético, como habían demostrado en los años setenta. Si podías vencer a los mineros, ¿qué otro grupo podría pararte? Por eso la derrota de la huelga de los mineros fue un punto de inflexión en la historia de la clase obrera moderna en Gran Bretaña.

«Las comunidades mineras eran comunidades llenas de vida, pero se construyeron en torno a la mina. La mina era el corazón de la comunidad, lo que unía a todos», recuerda un líder del Sindicato Nacional de Mineros, Chris Kitchen. «El código de honor subyacente también formaba parte del tejido de la comunidad. No veías a chavales que se desmadraran el fin de semana. No cabreabas a un viejo, porque podía ser el mismo al que confiabas tu vida en la mina, así que, ¿por qué cabrearle el fin de semana mientras tomábamos unas pintas?»

Cuando el Gobierno Thatcher desveló su programa de cierre de las minas en 1984, muchas de estas comunidades fuertemente cohesionadas se enfrentaron al olvido. Estallaron huelgas espontáneamente en las minas hulleras de Yorkshire y se extendieron por todo el país. El líder del Sindicato Nacional de Mineros Arthur Scargill las declaró huelga nacional y llamó a todos los mineros a secundarla, decisión ratificada por un congreso nacional en abril de ese año. En las minas más importantes, solo los mineros de Nottinghamshire —que, equivocadamente, como luego se vio, pensaban que sus empleos estaban a salvo— no secundaron la huelga, lo que causó un gran resentimiento en el conjunto de la comunidad minera.

Como recuerda Tony Benn, la lucha «electrizó el movimiento sindical. Fui a 299 asambleas en un año, y fueras donde fueras había un apoyo y una actividad tremendos». Pero en los medios de comunicación nacionales y entre los partidarios de Thatcher, Scargill se convirtió en una figura odiosa. También había miedo, sobre todo

ante el revuelo generado por la lucha de los mineros. Cuando lo hablé con Simon Heffer, el periodista archithatcherista del *Daily Telegraph*, se vio inducido a hacer una paralelismo con los nazis:

> En realidad, creo que Scargill está mentalmente enfermo. Yo estaba presente en el Congreso del Partido Laborista de 1984 cuando Scargill pronunció su discurso, que tuvo un efecto devastador. Quiero decir que yo nunca había estado en una sala en la que él o cualquier otro hubiera hablado con tal efecto. Y fue su crítica ortodoxa estalinista. Creo que incluía la frase —y lo recuerdo veintinco años después— «Margaret Thatcher está peleando por su clase, yo estoy aquí peleando por la mía.» He visto a Hitler por televisión, y me recordaba el tipo de demagogia que utililizaba Hitler. Era aterrador, porque mientras yo podía mantenerme distanciado de aquello, allí había gente que se estaba exaltando increíblemente, y probablemente se siga exaltando a día de hoy.

A diferencia de casi todos los mineros de Nottinghamshire, Adrian Gilfoyle hizo huelga hasta el amargo final. Ante todo, recuerda el compañerismo de trabajar en la mina. «La huelga era importante para salvar puestos de trabajo», dice. «Yo tengo dos chavales. Obviamente no habría querido que fueran a la mina si pudieran conseguir otro trabajo, pero al menos, cuando crecieran, había la opción de que si no encontraban nada fueran allí, y era un buen aprendizaje. Valía la pena luchar por ello.»

En ocasiones la lucha pareció una guerra de clases en el sentido más literal. «Solíamos levantarnos hacia las cinco de la mañana, y ahí estaban los policías de Londres, entrechocando sus escudos a las cinco de la mañana y despertando a todo el mundo», recuerda Gilfoyle. «No te lo habrías creído, sinceramente. Fue horrible. Pero me hizo estar aún más convencido. Cuando te pasa eso, te das cuenta.»

Pero todo eso no fue nada comparado con la batalla de Orgreave. El 18 de junio de 1984, hasta 6.000 mineros trataron de bloquear una coquería en Orgreave, al sur de Yorkshire. Adrian Gilfoyle estaba entre ellos. Se encontraron con cientos de policías, varios de ellos a caballo, venidos de diez condados de toda Gran Bretaña. De repente la policía cargó.

> Ese día, cuando empezaron los disturbios, ellos se inventaron que fue culpa de los mineros... Allí estaban los piqueteros, sin hacer nada, y de pronto la policía cargó sin más a caballo, y ahí es donde empezó todo el tumulto. Recuerdo que mi hermano y yo nos quedamos allí mirando sin poder creerlo, y lo siguiente fue un policía que nos perseguía a caballo, y logramos esquivarlo, y él pegó a otro tipo en la parte de atrás de la cabeza y se la abrió... Corrimos y nos metimos en Asda, y el gerente impidió que la policía entrara y nos dijo: «Coged una cesta, meted lo que queráis, marchaos y yo os apoyaré.» Pero fue horrible.

Se perdieron todos los juicios de los piqueteros arrestados por la policía, y se pagaron cientos de miles de libras en compensación.

Como muchos mineros en huelga, Gilfoyle dependía del apoyo de su mujer. «Ella estaba en el Grupo de Acción de Mujeres y demás. Fue a marchas de protesta por toda la zona, y cuando mataron a aquel chaval [el minero de 33 años de Yorkshire David Jones, que murió en un piquete en circunstancias sospechosas], fue a Ollerton a su funeral. Tengo una foto de ella de pie junto a su tumba.» Un día él le dijo: «Mañana vuelvo al trabajo, cariño», y ella le contestó: «Si lo haces te romperé las piernas.» No solo los mineros como Adrian Gilfoyle hicieron sacrificios: su mujer volvió un día «llorando a lágrima viva tras perder su trabajo como auxiliar de escuela primaria, después de una queja de un minero que había vuelvo al trabajo».

Al poco de terminar la huelga, vino a casa sintiéndose mal. «Dijo "Llama al médico", y yo había cancelado el teléfono en la huelga, así que tuve que ir a casa del vecino, y ella sufrió un colapso, tuvo un infarto y murió a los diez minutos.» Tenía solo treinta y tres años, y le dejó con dos hijos de cinco y diez años.

La huelga de los mineros terminó el 3 de marzo de 1985, tras un año de lucha titánica. Bandas de música y banderas sindicales acompañaron a los mineros mientras marchaban desafiantes de vuelta al trabajo. «Maggie se salió con la suya, ¿no?», dice Gilfoyle. «Y en realidad volvíamos con el rabo entre las piernas.» A diferencia de lo sucedido en 1974, el Gobierno había hecho preparativos detallados. Se había atenido al Plan Ridley, un documento del Partido Conservador filtrado en 1978 que era un anteproyecto

para enfrentarse a los sindicatos, y a los mineros en particular, incluyendo el almacenamiento de carbón.

Otros sindicatos y la jefatura laborista se negaron a apoyar a los mineros porque no habían celebrado una votación nacional. «Eso realmente dividió al movimiento obrero de la jefatura laborista, porque esta no estaba dando prácticamente ningún apoyo a los mineros», dice Tony Benn. Fueran cuales fueran las razones aducidas para evitar respaldar a los mineros, el destino del movimiento sindical estaba estrechamente vinculado a la huelga. La derrota fue un duro revés del que nunca se recuperó. Los mineros habían sido la fuerza sindical más fuerte del país: si se les podía despachar, ¿qué podían esperar los demás?

Scargill fue denunciado por sus supuestamente histéricas afirmaciones de que el Gobierno estaba decidido a destruir la industria minera. Hoy no queda prácticamente ni rastro de ella. Como incluso el lugarteniente de Thatcher, Norman Tebbit, ha admitido recientemente: «Muchas de esas comunidades [mineras] quedaron completamente devastadas, con gente en paro que recurrió a las drogas y sin ningún trabajo decente, porque todos los empleos habían desaparecido. No hay duda de que esto llevó a un desplome en esas comunidades, con familias que se rompían y jóvenes que perdían el control. La escala de los cierres fue excesiva.»[62]

Las dos cosas en que coinciden tanto los partidarios como los detractores de la huelga es que enseñó a los sindicatos una lección que no olvidarían. «Fue el punto de inflexión del Gobierno», dice Robert Forsythe, un minero jubilado de West Lothian. «Si habían vencido a los mineros, podían vencer a cualquiera.» Simon Heffer está de acuerdo. «Creo que la huelga de los mineros sigue siendo un sueño húmedo para algunos izquierdistas... Creo que el único legado que ha dejado ha sido decir a otras grandes fuerzas del sindicalismo organizado: "Si os enfrentáis al Gobierno, hacedlo por vuestra cuenta y riesgo."» Incluso hoy, un cuarto de siglo después, los líderes sindicales aún se sienten perseguidos

[62] Citado por Andrew Sparrow, blog político del *Guardian*, guardian.co.uk, 9 de marzo 2009.

por el recuerdo de la huelga. El líder sindical Mark Serwotka dice que su «legado fueron años de desaliento y derrotismo».

Muchos mineros y sus seguidores vilipendiaron a Neil Kinnock por negarse a secundar la huelga. Hoy, él sigue maldiciendo tanto a Scargill como a Thatcher, aunque reserva casi toda su virulencia para los líderes mineros. Pero incluso él no se hace falsas ilusiones sobre las consecuencias, al describirla como una derrota «saludable» para el movimiento obrero. Los sindicatos «vieron que si el Gobierno conservador podía pulverizar la industria minera, podía hacerlo con cualquiera. Y eso cambió la mentalidad del sindicalismo organizado, como es comprensible. Yo no podía culpar *a nadie*». Y añade:

> La ambición del Gobierno Thatcher estaba hasta cierto punto relacionada con la derrota de Ted Heath. Pero tenía mucho más que ver con la determinación, por decirlo suavemente, de poner al movimiento sindical en su sitio. Y la estrategia más obvia de hacerlo es enfrentarse y derrotar a los mineros. Porque sabían —como lo sabía cualquiera que pensara en ello— que las repercusiones de derrotar a los mineros serían sustanciales en el resto del movimiento obrero, como así fue.

A mucha gente de entonces, la huelga de los mineros le pareció el canto del cisne de la clase trabajadora. Sus falanges más fieras habían sido aplastadas y devueltas a sus pueblos mineros, donde les esperaba un lento declive. El popular historiador David Kynaston recuerda el ambiente posterior a la huelga. «Básicamente significó que la vieja clase trabajadora ya no tenía el poder ni el peso de antes, lo que supuso un cambio enorme en la forma de pensar», recuerda. «Y había gente que vivía en barrios residenciales de clase media como yo que estaba a favor de ellos, pero de repente aquello pareció tener relativamente poca importancia, la verdad.»

En vísperas de la cruzada thatcherista, la mitad de los trabajadores estaban sindicados. Hacia 1995, el número había caído a un tercio. Las viejas industrias asociadas a la identidad de la clase trabajadora estaban siendo destruidas. Ya no parecía haber nada que celebrar por ser de clase trabajadora. Pero el thatcherismo

prometió una alternativa. Dejad atrás la clase trabajadora, dijo, y uníos a las clases medias de propietarios. Los que no lo hicieran no tendrían cabida en la nueva Gran Bretaña.

Cuando el reelegido Gobierno Thatcher desveló su Proyecto de Ley de la Vivienda en 1979, apenas podía contener su entusiasmo. «Este proyecto de ley sienta las bases de una de las revoluciones sociales más importantes de este siglo», afirmó triunfalmente Michael Heseltine. En la raíz de esa legislación estaba lo que se empezaría a conocer popularmente como el «derecho a compra». Los inquilinos de viviendas protegidas ahora podían comprar sus casas a precios reducidos. Si uno había sido inquilino durante veinte años, por ejemplo, tenía derecho a una rebaja de la mitad sobre el precio de mercado. Se ofrecieron hipotecas al cien por cien. El Gobierno promovió la propiedad de la vivienda como nunca antes se había hecho.

Esta política tuvo indudablemente un gran éxito entre mucha gente de clase trabajadora. Se vendió un millón de viviendas de protección oficial en una década. Los antiguos arrendatarios marcaban su entrada en el mundo de la propiedad dando a sus casas una capa de pintura. Hacia 1985, el Partido Laborista había dejado de oponerse a esta política. Aun así, no siempre era tan voluntario como parece. A finales de la década de los ochenta, el Gobierno conservador introdujo una legislación orientada a estrangular financieramente a los ayuntamientos y obligarles a vender sus viviendas.

Ser dueño de una vivienda no catapultaba a una persona a la clase media. Pagar una hipoteca en vez de pagar un alquiler no cambiaba el hecho de tener que trabajar para ganarse la vida. Echando la vista atrás, Neil Kinnock recuerda que «en los años cincuenta, sesenta y setenta, la gente de las calles donde yo crecí compraba sus casas a sus antiguos caseros, y eso no cambiaba en absoluto sus filiaciones, compromiso o sentido identitario». Los trabajadores de la industria automovilística británica habían sido propietarios durante mucho tiempo, y sin embargo habían estado entre los sindicalistas más militantes en los años setenta.

Pero esta política formaba parte de la determinación de Thatcher de hacer que nos consideráramos individuos que miran por sí mismos sobre todo lo demás. Solo eso haría que la gente se sintiera responsable de sus éxitos y fracasos. El thatcherismo estaba fomentando una nueva cultura en la que el éxito se medía por lo que uno poseía. Los que no se adaptaran debían ser despreciados. La aspiración ya no consistía en que las personas trabajaran en común para mejorar sus comunidades; se estaba redefiniendo como conseguir más para uno mismo, sin importar los costes sociales.

Los costes sociales fueron altos, ciertamente. Los «descolgados», los arrendatarios de vivienda pública que no se atrevieron a saltar al carro de los propietarios, afrontaron las consecuencias de la desaprobación oficial. Antes de que Thatcher llegara al poder, el alquiler medio de un inquilino de vivienda oficial era de 6,20£ semanales; una década más tarde, era casi cuatro veces más alto. El gasto en vivienda protegida cayó la friolera de un 60% durante el Gobierno Thatcher. Pero sería la siguiente generación la que sufriría más. El Gobierno prohibió a los ayuntamientos construir vivienda social para reemplazar la que se había vendido.

La asociación provivienda Refugio se opuso al derecho a compra en aquella época. «La razón principal fue el reconocimiento del efecto que esa política tendría a largo plazo en el acceso a las reservas de vivienda protegida», dice Mark Thomas, de Refugio. «Nos preocupaba vender esas casas con descuento y que las ganancias obtenidas no se reinvirtieran en construir nuevas viviendas sociales, y de hecho así ocurrió. Solo muy recientemente hemos pasado a una situación en que construimos más vivienda social al año de la que perdemos con la opción del derecho a compra.»

La creciente demanda de vivienda hizo subir los precios y alentó desastrosas burbujas en el precio de la vivienda. Esta se volvió cada vez más prohibitiva para sectores enormes de la población. Millones de personas se vieron condenadas a languidecer durante años en las listas de espera. No es de extrañar que el número de británicos sin hogar aumentara un 38% solo entre 1984 y 1989.[63]

[63] Chris Ogden, *Maggie: An Intimate Portrait of a Woman in Power*, Nueva York, 1990, p. 333.

Esta política también abrió una brecha en la clase trabajadora británica, al crear una división entre propietarios y arrendatarios de vivienda protegida. El derecho a compra suponía que se vendieron las mejores casas; y fueron los arrendatarios relativamente más pudientes quienes se convirtieron en propietarios. Los siguientes arrendatarios generalmente eran más pobres y vivían en casas peores. Hacia 1986, casi dos tercios de los arrendatarios pertenecían al 30% inferior en términos de renta, y solo el 18% pertenecía a la mitad más rica. Sin embargo, solo siete años después, un quinto del 10% más rico estaba formado por inquilinos de viviendas protegidas. La vivienda social empezó a quedar cada vez más reservada a los más desfavorecidos y vulnerables. Fue en los años ochenta cuando los barrios de protección oficial se crearon mala fama de decrépitos, peligrosos y extremadamente pobres: exageraciones, en parte, y lo que hubiera de cierto era el resultado directo de las políticas gubernamentales.

Promover la propiedad de la vivienda no fue la única herramienta para redefinir la idea de aspiración. En la Gran Bretaña de Thatcher se iba a glorificar la riqueza (y *ser* rico). Los conservadores promovieron la idea de que la gente era rica gracias a su esfuerzo y talento, dando a entender que los que no lo habían conseguido carecían de algo. «Creo que el que está dispuesto a trabajar más duro debería obtener las mayores recompensas y conservarlas después de los impuestos, y que deberíamos apoyar a los trabajadores y no a los vagos», fue el llamamiento de Thatcher.

Los ricos fueron idolatrados como nunca antes, sobre todo la gente de la City. El llamado *Big Bang*, o desregulación de los servicios financieros, no solo hizo a Gran Bretaña aún más dependiente de la City: también convirtió a los vivales y especuladores en héroes. «Cada hombre un capitalista», declaró Thatcher: una meta inalcanzable, pero mostraba el camino por el que ahora se esperaba que marchara la gente.

Por primera vez en generaciones, fue un objetivo descarado del Gobierno que los ricos acumularan tanto dinero como fuera posible. En los primeros presupuestos generales, las bandas impositivas más altas del 83% sobre los ingresos en concepto de salario y del 98% sobre rendimientos del capital se redujeron drásticamente

al 60%, y los impuestos de sociedades pasaron del 52 al 35%. En 1988 el entonces ministro de Finanzas Nigel Lawson fue incluso más allá: el tipo máximo del impuesto se redujo al 40%. Geoffrey Howe no se arrepiente de lo que llama «cambiar la estructura fiscal para hacer que incentive y no obstaculice la iniciativa empresarial». Sin embargo, la realidad de esta parte de la lucha de clases thatcherista es que desplazó la carga fiscal de los ricos a todos los demás. «Si tuvo o no el efecto adecuado en la distribución de la riqueza o la renta, es algo que no puedo asegurar», dice Howe. «Pero desde luego liberalizó y aumentó las posibilidades de ganar dinero, ahorrar, expandir negocios...»

En palabras de Howe, los conservadores tenían «que encontrar los recursos con los que reducir la carga de impuestos directos». De modo que subieron el IVA, un impuesto sobre bienes de consumo. Cuanto más pobre eres, una parte mayor de tus ingresos se va en el IVA. Pero fue una época dorada para los ricos. A finales del reinado *tory*, en 1996, el 10% más rico de familias con tres hijos era unas 21.000£ más rico de media al año que cuando Thatcher llegó al poder.[64] Los ingresos del 10% más pudiente se dispararon al 65% para cada matrimonio. Sus impuestos pasaron de más de la mitad a menos de un tercio de sus ingresos.[65] El director de cine Stephen Frears recuerda cuando Lawson rebajó el tipo máximo del impuesto al 40%. «Fue como si lord Lawson llamara a mi puerta y dijera: "Bueno, te vamos a dar un cheque de cincuenta mil libras".»

Para todos los demás, los impuestos pasaron del 31,1% de sus ingresos en 1979 al 37,7% a finales de 1996, por cortesía del «partido de los impuestos bajos». La renta real del 10% más pobre se desplomó casi una quinta parte una vez descontados los costes de vivienda.[66] «La parte de la riqueza nacional que poseían se redujo casi a la mitad.»[67] Una familia con tres hijos en el 10% más pobre de la población era 625£ más pobre al año en 1996 que cuando

[64] Mary Shaw, Daniel Dorling, David Gordon y George Davey Smith, *The Widening Gap: Health Inequalities and Policy in Britain*, Bristol, 1999, p. 147.

[65] Earl A. Reitan, *The Thatcher Revolution: Margaret Thatcher, John Major, Tony Blair, and the Transformation of Modern Britain, 1979–2001*, Oxford, 2003, p. 77.

[66] Eric J. Evans, *Thatcher and Thatcherism*, Londres, 2004, p. 139.

[67] Shaw *et alii*, *The Widening Gap*, pp. 144, 145, 147.

Thatcher llegó al nº 10 de Downing Street. Había cinco millones de personas en situación de pobreza en 1979; hacia 1992, ese número rondaba los catorce millones. Y mientras que el 1% más rico vio crecer su renta casi un 4% al año durante el Gobierno de los conservadores, las rentas medias subieron de media solo el 1,6%.[68]

Geoffrey Howe se mostró algo incómodo cuando le leí estadísticas que mostraban que el nivel de vida de los pobres había bajado. «No me lo he planteado en general de esa forma porque... No, yo no concluiría eso, fue... al final de ese periodo cuando ganaron algo más, ¿no?»

Según Richard Murphy, auditor y reputado especialista en impuestos, «Thatcher desplazó la carga impositiva de los más ricos a los menos pudientes de la sociedad. Parte de la creciente brecha entre ricos y pobres durante los años del thatcherismo fue el resultado de su política fiscal. No tengo ninguna duda de que todo aquello fue deliberado». ¿Por qué deliberado? «Porque su filosofía era que los de arriba generaban la riqueza que ella quería que se creara; veía al resto como segundones, y eso no importaba.» El sistema fiscal se había reconfigurado para reflejar el supuesto valor de las personas.

¿Cómo podía justificarse que los ricos se apropiaran de la riqueza con el apoyo del Gobierno? Los thatcheristas hablaban de *flujo hacia abajo, como si* la riqueza cada vez mayor que inundaba la cumbre terminara goteando hasta la base. Pero claramente eso no estaba ocurriendo. Así que, en su lugar, el thatcherismo atacó a las víctimas de sus fallidas políticas económicas. Si estaban sufriendo, entonces debía de ser culpa suya.

En el centro de la filosofía de Thatcher estaba la idea de que la pobreza en realidad no existía. Si la gente era pobre, se debía a sus propios defectos. «Hoy no queda pobreza primaria en este país», dijo una vez. «En los países occidentales aún tenemos problemas que no son la pobreza. De acuerdo, puede que haya pobreza porque hay gente que no sabe administrarse ni gastar sus ingresos, pero ahí nos enfrentamos a un defecto de carácter fundamental.»[69]

---

[68] Stewart Lansley, *Life In The Middle: The Untold Story of Britain's Average Earners*, Londres, 2009, p. 15.

[69] Entrevista en el *Catholic Herald*, 22 de diciembre 1978, margaretthatcher.org.

En el congreso del Partido Conservador de 1981, Norman Tebbit dijo la célebre frase de que su padre «cogió la moto y se fue a buscar trabajo, y siguió buscando hasta que lo encontró». Ahora que la Gran Bretaña industrial se estaba hundiendo, eso es lo que debía hacer el creciente número de parados. «Coge tu moto» se convirtió en un cliché nacional que resumía el thatcherismo en tres palabras: los parados (entre otros) deben asumir la responsabilidad personal por los problemas que el Gobierno les ha endilgado. En línea con este pensamiento, las prestaciones por desempleo se rebajaron y ya no subieron con los ingresos de la gente. Ni siquiera se permitió explicar que las políticas del Gobierno habían dejado a la gente en esta situación. Lo irónico, claro está, fue que cuando los trabajadores lucharon por sus trabajos —como habían hecho los mineros— fueron aún más demonizados.

Los conservadores siguen siendo propensos a lanzar ataques sistemáticos contra la llamada dependencia del Estado de bienestar. Pero fue bajo el mando de Thatcher cuando el gasto público se disparó hasta niveles sin precedentes históricamente, debido a la permanente pérdida de trabajos estables en los viejos centros industriales. Thatcher se había defendido enérgicamente contra las acusaciones de que sus políticas tenían la culpa. En lo tocante a los beneficiarios de prestaciones, proclamó que su «pobreza no es material sino comportamental», e incluso insistió en que «la dependencia del Estado de bienestar es la manifestación clásica de una sociedad aún demasiado socialista».[70] Entonces, quizá, Thatcher acercó al país al socialismo más de lo que se ha reconocido hasta ahora.

La explosión de delincuencia fue otro ejemplo llamativo de cómo funciona en la práctica la ideología thatcherista. La Encuesta Británica sobre Delincuencia, creada en 1981 para medir el índice de delitos violentos, denunció más de dos millones de incidentes en sus comienzos. A finales del Gobierno conservador, la tasa se había doblado. Las zonas más duramente golpeadas eran las comunidades más pobres donde los trabajos habían

[70] Conferencia conmemorativa de Nicholas Ridley, 22 de noviembre 1996, margaretthatcher.org.

desaparecido. El vínculo entre delincuencia y el perjuicio social causado por el desempleo y la pobreza masivos era indiscutible, excepto para personas como Thatcher. «A menudo se dice, y me lo han dicho en la Cámara de los Comunes, que el paro es la causa de la delicuencia. Yo he dicho: "No lo es, claro que no."»[71]

Thatcher estaba decidida a afrontar los síntomas de sus políticas económicas de tierra quemada, no las causas. La Ley de Justicia Criminal de 1986, que estipulaba sentencias más largas y limitaba las impugnaciones de la defensa a los jurados, apelaba a la fantasía popular de que la solución de la delincuencia era simplemente encerrar a más delincuentes. Ese mismo año, la Ley de Orden Público garantizaba las amplias nuevas competencias de la policía. La postura del thatcherismo consistía en que la delincuencia era una elección individual, no uno de los muchos males sociales que proliferan en comunidades destrozadas.

La actitud hacia los consumidores de drogas fue casi la misma. El número de drogadictos registrados se disparó bajo el Gobierno *tory*: de menos de 3.000 en 1980 a 43.000 en 1996. En contraste con los consumidores de droga predominantemente de clase media de los años sesenta, el adicto de los años ochenta era joven, a menudo sin trabajo, soltero, con poca o ninguna cualificación y vivía en una zona deprimida. El doctor Julian Buchanan, especialista en drogadicción, considera la desindustrialización como una causa primordial, al desaparecer las oportunidades para los jóvenes no cualificados: «Por primera vez, el consumo de drogas empezó a asociarse con los jóvenes de clase trabajadora que vivían en comunidades descontentas y aisladas.»[72]

Martin Barnes, director ejecutivo de DrugsScope, no tiene ninguna duda de que el desplome de las viejas industrias tiene buena parte de culpa. «Soy lo bastante viejo para recordar las recesiones de los años ochenta y noventa, y reventaron a muchas comunidades, familias e individuos», dice.

---

[71] Entrevista en *The Times*, 22 de noviembre 1989, margaretthatcher.org.

[72] Julian Buchanan, «Understanding Problematic Drug Use: A Medical Matter or a Social Issue?», *British Journal of Community Justice*, 4(2): 387–397.

> Con comunidades, familias e individuos golpeados por el desempleo, no era solo que perdieran sus trabajos, ni que las comunidades se vieran afectadas por la marcha de las empresas. Es que, además, sus ingresos eran simplemente inadecuados. Si puedes comprar algo de heroína o robar alguna cosa para comprarla, la primera vez que la tomas, la experiencia parece ser que es casi indescriptible, uno no puede imaginarse lo bien que se siente. ¿Qué hay de sorprendente, pues, en que la gente la usara para sentirse mejor?

Pero la respuesta de Thatcher fue declarar que «Estamos en guerra con las drogas.» En 1995, casi cien mil personas fueron acusadas de delitos relacionados con las drogas, casi cuatro veces más que solo una década antes.

Se atacó a otros grupos vulnerables de la clase trabajadora. Las madres solteras que vivían mayoritariamente en la pobreza, fueron tachadas de irresponsables, adictas a las prestaciones y vagas. En 1991, había el doble que solo veinte años atrás. El incremento había sido mayor en las zonas más pobres, sobre todo en las más castigadas por el desempleo. Pero no hubo compasión con las a menudo paupérrimas mujeres que luchaban por criar un hijo sin ayuda de nadie.

Cuando Peter Lilley, el entonces ministro encargado de la Seguridad Social, criticó a las madres solteras en un discurso en el Congreso del Partido Conservador en 1992, solo estaba expresando viejos prejuicios contra ellas. Con la melodía de una canción de Gilbert y Sullivan, cantó: «Tengo una lista, tengo una lista de jovencitas que se quedan embarazadas para saltarse la lista de espera de una vivienda oficial.» Se había llegado a un punto en que los ministros del Gobierno cantaban canciones en público mofándose de los pobres que no tenían ninguna voz. Esto era thatcherismo en su versión más rastrera.

¿Esta bilis era bien recibida por algunas personas de clase trabajadora? Indudablemente que sí, y enfrentar a grupos de clase trabajadora entre sí se convirtió en parte integrante de la política. El thatcherismo se propuso separar las comunidades más devastadas por los excesos del thatcherismo de todas las demás. Era el viejo «divide y vencerás», como el practicado por los conquistadores a lo

largo de los siglos. Las comunidades de clase trabajadora que sufrieron más por la ruinosa lucha de clases de Thatcher se agruparon entonces en una «subclase» cuya pobreza era supuestamente autoinfligida.

Todo este martilleo a la cultura, a las comunidades y la identidad de la clase obrera tendría consecuencias letales. El fútbol ha sido durante mucho tiempo el entretenimiento preferido de la clase obrera. Como dice el guionista Jimmy McGovern:

> La imagen popular de la clase trabajadora está inextricablemente ligada al fútbol, el único pasatiempo de masas de clase obrera que sobrevive en una época que ha visto desaparecer todos los demás vestigios del orgullo de la clase obrera, desde las industrias tradicionales de minería, textiles e ingeniería a los vínculos históricos entre el movimiento sindical y el partido político que lleva su nombre.[73]

Los aficionados al fútbol habían empezado a ser demonizados como vándalos y macarras por los actos de una pequeña minoría violenta. La manera en que la gente de clase trabajadora había empezado a ser no solo demonizada, sino incluso deshumanizada, tuvo un papel nauseabundo en la peor tragedia en la historia del fútbol británico: el Desastre de Hillborough en 1989.

Un soleado día de primavera, antes del comienzo de la semifinal de la Copa Federación entre el Liverpool y el Nottingham Forest en el estadio Hillsborough de Sheffield, un gran número de hinchas del Liverpool se congregó fuera del estadio. Los «gallineros» centrales ya estaban atestados de aficionados entusiastas que esperaban a que el árbitro diera el pitido inicial, pero, desastrosamente, la policía abrió una puerta de salida para permitir que entraran más. El protocolo dictaba que cuando los compartimentos centrales hubieran

[73] Se refiere, naturalmente, al Partido Laborista (en inglés *Labour Party*, «Partido del Trabajo»). *(N. del T.)*

Mark Duguid, *Cracker*, Londres, 2009, pp. 67, 70. *(N. del E.)*

alcanzado su capacidad máxima, la policía dirigiría a los aficionados a los laterales. Inexplicablemente no lo hizo, y eso produjo un aplastamiento. Como se había convertido en práctica habitual en los estadios de fútbol de todo el país, los seguidores del Liverpool fueron enjaulados como animales por medio de vallas metálicas. Cuando los hinchas, ahogados, saltaron en avalancha al campo en un intento desesperado por sobrevivir, la policía intentó hacerlos retroceder porque supuso que era una invasión de campo.

Incluso mientras algunos aficionados intentaban reanimar a los que se estaban muriendo en el campo, la policía formó un cordón para evitar que los seguidores del Liverpool alcanzaran a los del Nottingham Forest al otro lado del estadio. Los hinchas que intentaron abrirse paso a través del cordón policial para llevar a los heridos a las ambulancias se vieron obligados a dar la vuelta porque la policía estaba informando de un «disturbio de masas». Aunque habían llegado cuarenta y cuatro ambulancias al estadio, la policía dejó entrar solo a una. De los noventa y seis seguidores del Liverpool muertos tras lo ocurrido el 15 de abril de 1989, solo catorce llegaron siquiera al hospital. La víctima más joven fue un niño de diez años.

Una investigación posterior hizo responsable a la policía, bajo el mando del superintendente jefe David Duckenfield, por «una combinación de protocolos de seguridad inadecuados y una deficiente gestión de multitudes». Pero la policía no tenía ninguna intención de asumir su responsabilidad. Así que, en vez de eso, criticó a las víctimas. La policía difundió información falsa, según la cual el desastre fue causado por la embriaguez de los hinchas del Liverpool. Duckenfield afirmó que la puerta cerrada había sido forzada por aficionados del Liverpool, y sus agentes fueron aleccionados para que inventaran pruebas que demostraran su culpabilidad.

El miércoles siguiente a la tragedia, el periódico *The Sun* lanzó un ataque salvaje contra las víctimas basándose en mentiras que había hecho circular la policía. Seguidores robando a los muertos y moribundos, clamó. Los policías, los bomberos y el personal de ambulancia siendo atacados por hinchas radicales. Aficionados del Liverpool orinando sobre los cadáveres. Un policía que estaba haciendo el boca a boca fue golpeado. Incluso se había visto el cadáver de una chica con signos de haber sufrido «abusos». Aun hoy,

el *Sun* sigue siendo ampliamente boicoteado en Merseyside, pese a pedir perdón por esas mentiras quince años después de su publicación. En una década de ataques y humillaciones a la clase trabajadora británica, Hillsborough alcanzó nuevas simas.

¿Cómo ganaron una y otra vez los nuevos y agresivos luchadores de clase *tories*? Como dice claramente Geoffrey Howe, «las críticas contra nosotros cuando lo estábamos haciendo nunca fueron muy alarmantes». Las razones han estado durante mucho tiempo envueltas en un halo de misterio. Se ha solido afirmar que Thatcher ganó un apoyo sin precedentes de la clase trabajadora gracias a la venta de vivienda protegida y a las políticas populistas de orden público. Es cierto que ese tipo de medidas llevaron a algunos votantes de clase obrera al redil *tory*, sobre todo en el sur del país.

Según Howe, los *tories* se los ganaron porque «respetan el éxito y desean alcanzarlo por ellos mismos. Por lo tanto, es más lógico que consideren nuestra propuesta más favorable a eso. Y en cierto modo les preocupa menos enfrentarse a la pobreza». Esto ha estado siempre en el centro de la estrategia *tory*: abrir una brecha entre los más pudientes y los votantes más pobres de la clase trabajadora, mientras se vende la idea de que «arriba hay sitio» para quienes tienen la constancia y determinación necesarias.

Pero lo cierto es que Thatcher llegó al poder en 1979 con un porcentaje de voto menor que el de cualquier partido vencedor desde la Segunda Guerra Mundial, exceptuando las dos elecciones generales de 1974. Más gente votó a los laboristas en 1979 (cuando perdieron) que en 1974 (cuando ganaron). Fue la deserción de votantes liberales al bando conservador lo que había permitido la victoria de Thatcher. Bajo el mando de los viejos líderes que propugnaban «Una nación», como Anthony Eden, los *tories* habían ganado regularmente en torno a un 50% como máximo; pero lo más que consiguió Thatcher fue menos del 44%. Si se tiene en cuenta el número de personas que realmente votan —y es menos probable que lo hagan los pobres, más inclinados

al Partido Laborista—, Thatcher nunca ganó el apoyo de más de un tercio de los electores.

De hecho, Thatcher cayó hasta el tercer lugar en algunas encuestas de opinión pública durante la primera fase de su mandato. Entonces la junta militar argentina acudió en su ayuda. Cuando invadieron las Malvinas en 1982, casi nadie había oído hablar de las islas: pero la victoria británica en la guerra condujo a una oleada de fervor patriótico. Con todo, esa no fue ni de lejos la razón más importante de su triunfal regreso a Downing Street en 1983, a pesar de sus desastrosas políticas.

Cuando el laborismo se escoró a la izquierda tras la victoria de Thatcher, el partido se escindió. El sector más derechista formó el Partido Socialdemócrata e hizo una Alianza con los liberales. Reflexionando sobre la catástrofe de 1983, Michael Foot creía que «la razón principal fue la deserción de los llamados socialdemócratas. Su traición trajo el thatcherismo al país».[74] Thatcher había perdido medio millón de votos desde 1979, pero su fragmentada oposición dejó que los *tories* se colaran por el medio en circunscripciones de todo el país, otorgándole una victoria aplastante.

El laborismo conservó su ventaja entre los votantes no cualificados de clase trabajadora incluso en las funestas elecciones de 1983. No obstante, entre los trabajadores cualificados y semicualificados de clase obrera, no recuperó su ventaja sobre los *tories* hasta 1992, cuando casi todos los que votaron a la Alianza volvieron a su partido de siempre. Si Thatcher siguió ganando, fue principalmente porque el 60% de los trabajadores cualificados y semicualificados que votaron contra ella estaban completamente divididos.

Pero las reiteradas derrotas del laborismo tuvieron consecuencias propias. La idea de que el laborismo daba voz a la gente de clase obrera y defendía sus intereseses y necesidades se vio seriamente debilitada durante los años ochenta. Una y otra vez, el laborismo liderado por Kinnock capituló ante las políticas de libre mercado de Thatcher. Al que se resistía lo marginaban.

[74] Euan Ferguson, «Best Foot goes ever forward», *Observer*, 4 de marzo 2001.

Pero, ante todo, fue la aguda desmoralización del partido ante el triunfalismo thatcherista lo que preparó el camino a su rendición. Por ejemplo, cuando pregunté a Kinnock cómo consiguió ganar lo que él llamó su «lucha» con los sindicatos para hacerles aceptar que el laborismo no revocara las leyes sindicales de Thatcher, él replicó: «Lo hizo más fácil la derrota, la magnitud de la derrota de 1987, y la manera en que yo estaba decidido a explotar aquello. Y lo exploté sin piedad, porque hacia 1988 me oía a mí mismo decir más y más cada vez: "Es la única oferta que vais a conseguir"». Aun antes de la llegada del Nuevo Partido Laborista, el thatcherismo se había asegurado de que la clase trabajadora se viera privada de líderes políticos. «El verdadero triunfo fue haber transformado no solo un partido, sino dos», como Howe diría más tarde.

En solo una década o así, el thatcherismo había cambiado completamente el modo en que se veía la clase. Se adulaba a los ricos. Ahora se animaba a todos a ascender socialmente y a definirse por cuánto poseían. Los pobres o desempleados solo podían culparse a sí mismos. Los pilares tradicionales de la clase obrera británica se habían hecho añicos. Ser de clase obrera ya no era algo de lo que enorgullecerse, ni mucho que celebrar. Los viejos valores de la clase trabajadora, como la solidaridad, fueron sustituidos por un feroz individualismo. La gente de clase obrera ya no podía contar con los políticos para que defendieran sus intereses. El nuevo británico creado por el thatcherismo era un individuo de clase media y propietario de una casa que miraba por sí mismo, por su familia y por nadie más. La aspiración significaba anhelar un coche o una casa más grandes. Como dice el líder minero Chris Kitchen: «Olvida el espíritu comunitario y todo eso. Si no puedes sacar provecho, hay que pararlo. En eso consistió siempre el sistema de valores de Thatcher.»

Las comunidades de clase obrera más destrozadas por el thatcherismo empezaron a ser las más despreciadas. Se las consideraba despojos, restos de un mundo antiguo que había sido pisoteado por el avance inexorable de la Historia. No había

compasión para ellas: por el contrario, merecían ser ridiculizadas y vilipendiadas.

Hubo un tiempo en que la clase obrera había sido tratada con condescendencia, más que con abierto desprecio. Disraeli había llamado a la gente de clase trabajadora «ángeles de mármol». «La sal de la tierra» fue otra expresión antiguamente asociada a ellos. Hoy lo más probable es que se les llame *chavs*. De sal de la tierra a escoria de la tierra. Este es el legado del thatcherismo: la demonización de todo lo relacionado con la clase trabajadora.

03

Políticos versus *chavs*

«Ahora que se ha dejado de temer
a las clases trabajadoras, ya no merecen
respeto, y los de arriba pueden regodearse
en su superioridad como si esto
fuera el siglo XVIII»

POLLY TOYNBEE[1]

[1] Polly Toynbee, «Tony Blair tried to bury it, but class politics looks set to return», *Guardian*, 10 de julio 2010.

No puede decirse que al primer ministro conservador David Cameron le falte coraje. Cuando subió al este de Glasgow a apoyar al candidato *tory* en unas elecciones en 2008, había unas cuantas observaciones que pudo haber hecho vistos los hechos sobre el terreno. Glasgow tiene el doble de parados que la media nacional. Más de la mitad de los niños de la ciudad viven en la pobreza. La ciudad está a la cabeza en la clasificación escocesa en lo tocante a drogadicción, vivienda masificada y pobreza en la tercera edad. La esperanza de vida en Calton, un barrio de Glasgow, es de cincuenta y cuatro años, treinta años menor que la de los vecinos de los barrios londinenses de Kensington y Chelsea, y más baja que en la franja de Gaza.

«Vengo aquí a pedir perdón por la destrucción de la industria bajo el Gobierno de Thatcher durante los años ochenta», podía haber dicho Cameron. «Los conservadores de hoy reconocemos los efectos que eso ha tenido en los empleos, las comunidades y en las esperanzas y aspiraciones de la gente. Nunca más volverá a ocurrir.» Seguramente el reconocimiento del daño ocasionado por las políticas de anteriores Gobiernos conservadores solo podía haber reforzado las perspectivas electorales de un candidato *tory* que se enfrentaba a un duro desafío en territorio hostil.

Pero David Cameron estaba más interesado en reforzar el prejuicio de la clase media que en fomentar el voto *tory* en un bastión inexpugnable. «Hablamos de gente en riesgo de pobreza o exclusión social: es como si estas cosas —obesidad, alcoholismo, drogadicción— fueran puramente hechos externos, como una plaga

o el mal tiempo. Obviamente, las circunstancias —dónde naces, tu barrio, tu colegio y la decisiones que toman tus padres— tienen una enorme repercusión. Pero los problemas sociales a menudo son consecuencia de las decisiones que toma la gente.»

Con ayuda de informes *tories*, los periódicos despejaron a los lectores cualquier tipo de duda sobre a qué se refería Cameron. «David Cameron dice a los gordos y pobres: asumid vuestra responsabilidad», como dijo *The Times*. «¿Eres gordo o pobre? Probablemente es culpa tuya, afirma Cameron» fue la reacción del evidentemente entusiasmado *Daily Mail*. Cameron estaba explotando sentimientos que el thatcherismo había vuelto respetables: la idea de que, las más de las veces, los menos afortunados solo pueden culparse a sí mismos.

La clase trabajadora de Glasgow realmente había sufrido lo que David Cameron despachó tan alegremente como «hechos externos»: el desmantelamiento de la industria británica. El líder *tory* estaba pidiendo a la gente que se responsabilizara de lo que ocurrió cuando esos empleos desaparecieron. Las fundiciones, que empleaban a 30.000 trabajadores, fueron las primeras en irse; luego la fábrica de alfombras de Templeton; y, por último, las obras de ingeniería de Arrol. Muchas pequeñas industrias y proveedores dependientes de estos centros industriales habían desaparecido con ellos. Pero Cameron no hizo mención alguna a estas incómodas verdades; en vez de eso, recurrió a criticar a las víctimas.

Lo que hacía aún más llamativo el discurso de David Cameron son sus propios orígenes ultraprivilegiados. No hay ningún indicio de que haya tenido nunca ningún contacto real con la gente a la que estaba arengando. A diferencia del habitante medio de Glasgow, él debe todo a la riqueza, el poder y los contactos de su familia. «Mi padre era agente de Bolsa, mi abuelo era agente de Bolsa y mi bisabuelo también», como alardeó una vez en una reunión de tipos de la City.

De niño, Cameron fue al colegio privado Heatherdown en Berkshire, que cuenta con los príncipes Andrés y Eduardo entre sus antiguos alumnos. A la precoz edad de once años viajó en Concorde a Estados Unidos con cuatro compañeros de clase para celebrar el cumpleaños de Peter Getty, nieto del magnate del petróleo

John Paul Getty. Un antiguo tutor, Rhidian Llewellyn, recuerda ver a Cameron y a sus amigos comiendo caviar, salmón y ternera a la *bordelaise*. Cameron alzó alegremente una copa de Dom Perignon del 69 para hacer un brindis: «¡Señor, a su salud!».

Es bien sabido que pasó su adolescencia en el colegio Eton, el tradicional campo de entrenamiento de la élite política británica. Pero antes incluso de que Cameron empezara la universidad, trabajó de investigador parlamentario sobre adolescentes para su padrino, el diputado *tory* Tim Rathbone. Unos meses más tarde, después de que su padre moviera ciertos hilos, Cameron fue a Hong Kong a trabajar para una multinacional. Tras graduarse en la Universidad de Oxford, donde era miembro del infame y encopetado club Billingdon, fue catapultado a un empleo en la oficina central de los conservadores, que había recibido una misteriosa llamada telefónica de Buckingham Palace que no puede haber arruinado sus posibilidades. «Tengo entendido que va a ver a David Cameron», dijo un hombre con voz solemne a un oficial de la oficina central. «He hecho lo posible por disuadirle de que pierda el tiempo en la política, pero no lo he conseguido. Llamo para decirle que está a punto de conocer a un joven verdaderamente notable.»

Cuando Cameron dejó la oficina central unos años después, su enrarecido círculo le ayudó de nuevo a ascender. Annabel Astor, madre de su igualmente privilegiada prometida Samantha Sheffield, sugirió a su amigo Michael Green, presidente de Carlton Television, que lo contratara. «Es una mujer excepcional», recordó él más tarde. «Cuando me dice "haz algo", lo hago.»[75] Como dijo el propio Cameron: «Tengo el currículum más trillado del mundo: Eton, Oxford, el Departamento de Investigación Conservador, Hacienda, Ministerio de Interior, Carlton TV y luego diputado conservador.» Para dar una idea de lo desconectado que está Cameron de cómo vivimos la mayoría de nosotros, en el libro *Cameron sobre Cameron*[76] de Dylan Jones aparece describiendo la educación de su mujer como «muy poco convencional», porque «no fue a un internado».

[75] Francis Elliott y James Hanning, «The many faces of Mr. Cameron», *Daily Mail*, 17 de marzo 2007.

[76] *Cameron on Cameron*, sin publicar en España. Ver nota 44. *(N. del T.)*

Hay un rasgo que Cameron comparte con la gente de clase trabajadora de Glasgow. Él, como ellos, es prisionero de sus orígenes. No era inevitable que se convirtiera en primer ministro, pero, pasara lo que pasara, era bastante seguro que moriría como nació: rico y privilegiado. Para cientos de miles de habitantes de Glasgow, es igualmente probable que crecerán con los mismos riesgos de pobreza y desempleo que sus padres.

Según uno de sus excompañeros de clase, Cameron es un clasista impenitente: «Creo que hay algo muy poco conservador en creer que porque eres quien eres, eras la persona idónea para gobernar el país. Son las élites de siempre que creen en el poder por el poder, el regreso de los que se creen con derecho a gobernar.» O como dijo otro compañero suyo en Eton: «Es un extraño producto de mi generación... Parece representar una continuación, o quizá una regresión al torismo de *noblesse oblige*. ¿De verdad queremos que nos vuelvan a gobernar caballeros artúricos?»[77]

Pero, de hecho, Cameron se ha rodeado de «caballeros artúricos» privilegiados, un punto que me expuso enérgicamente una fuente bastante inesperada. Rachel Johnson no es ninguna activista de izquierdas. Es hermana del famoso alcalde conservador de Londres, el melenudo e incompetente Boris. Su padre, Stanley, fue miembro conservador del Parlamento europeo, y su hermano, Jo, es un periodista convertido en diputado *tory*. La suya es una historia de éxito por derecho propio como directora de *Lady*, una revista bastante rancia que parece ser muy leída por señoras pijas de provincias. De hecho, los anuncios clasificados demandando niñeras y personal doméstico son uno de sus mayores ganchos comerciales. «Se necesita niñera para niñas encantadoras en West Byfleet», dice uno de sus típicos anuncios.

Con todo, pese a ser hermana de un importante político *tory* educado en Eton (aunque ella afirme que los orígenes de Boris Johnson son «muy diferentes» de los de David Cameron), me expresó su indignación antes de las elecciones generales de 2010 porque «la perspectiva sean exalumnos de Eton financiados por

[77] James Hanning y Francis Elliott, «David Cameron's band of Etonian brothers», *Independent*, 20 de mayo 2007.

agentes de Bolsa... Es volver a los tiempos de Macmillan y Eden». Tiene razón. En conjunto, veintitrés de los veintinueve ministros del primer gabinete de Cameron eran millonarios; el 59% estudió en colegios privados y solo tres fueron a una escuela no selectiva.[78]

No es de extrañar que, como reveló una encuesta, el 52% de nosotros crea que «un Gobierno conservador representaría principalmente los intereses de los ricos más que los de la gente normal». Es una opinión que se oye a menudo en comunidades de clase trabajadora. Como me dijeron Leslie, cuidadora domiciliaria, y Mora, pensionista, vecinas del este de Londres: «Los conservadores solo se preocupan por sí mismos... Cuidan de los ricos pero no de los pobres.»

En el centro de la filosofía política de Cameron está la idea de que las perspectivas vitales de una persona vienen determinadas por factores comportamentales más que por el entorno económico. «Lo más importante para las perspectivas vitales de un niño no es la riqueza de su entorno sino el cariño de sus padres», sostiene Cameron. Pese a reconocer a regañadientes que existe «un vínculo entre la pobreza material y las oportunidades en la vida», está claro que cree que la principal fuerza motriz en la vida de un individuo es la conducta personal. Esto es, claro está, políticamente conveniente. Si se cree que la solución de la pobreza es que los padres sean mejores con sus hijos, entonces ¿qué importa recortar las prestaciones de la gente?

Nadie ha respaldado esta postura cameroniana ante las desigualdades de clase como el exlíder *tory* Iain Duncan Smith. Después de que Cameron fuera elegido primer ministro, nombró a Duncan Smith secretario de Estado para el Trabajo y las Pensiones, en la práctica el guardián del Estado de bienestar británico. A través de su gabinete estratégico, el Centro para la Justicia Social, Duncan Smith ha desarrollado la idea de que la pobreza no tiene que ver únicamente con la falta de dinero: se debe a problemas como la falta de disciplina, la ruptura familiar y el abuso de sustancias.

[78] *Comprehensive School*: Sistema de enseñanza secundaria que abarca a alumnos de todos los niveles de aptitud. *(N. del T.)*

Como dijo el preferido de las bases *tories*, el eurodiputado del ala derecha Daniel Hannan: «De ello se deduce que no se acaba con la pobreza dando dinero a los pobres: una teoría que las políticas de bienestar británicas han demostrado ampliamente durante más de sesenta años.»[79] El propio David Cameron recibió alborozado un informe del Centro para la Justicia Social que contenía una afirmación altamente cuestionable: «Las familias importan porque casi todos los problemas sociales a los que nos enfrentamos dependen de la estabilidad familiar.» Ni la falta de trabajo ni la división de clases: la «estabilidad familiar» lo explica todo. Según esta mentalidad *tory*, si eres menos rico, es tu comportamiento lo que hay que cambiar.

Estas ideas son las piedras angulares de la semiapocalíptica visión cameroniana de la «Gran Bretaña rota». Los problemas sociales que afectan a determinadas comunidades pobres de clase obrera primero se exageran y luego se describen como representativas. Cada vez que un suceso trágico salta a los titulares, Cameron lo esgrime como prueba.

Por ejemplo, el país quedó horrorizado por la tortura y el intento de asesinato de dos niños pequeños, de nueve y once años, por parte de otros jóvenes en el antiguo pueblo minero de Edlington, al sur de Yorkshire. Los agresores habían sufrido a su vez años de maltrato. Pero para Cameron, estos ataques eran la prueba de que el país había caído en lo que describió como una «recesión social». «En cada ocasión, ¿vamos simplemente a decir que se trata de un caso individual?», bramó Cameron. «¿Que no hay relación entre lo que está pasando en nuestra sociedad en términos de crisis familiar, de alcoholismo y drogadicción, de vídeos violentos y de muchas de las cosas que iban mal en esa familia en concreto?»

O véase el caso del chico de trece años Alfie Patten. A principios de 2009 se aseguró que su novia se había quedado embarazada con solo doce años. Los periódicos sacaron en primera plana fotos de este presunto padre con cara de niño y un metro y medio

[79] Daniel Hannan, «If you pay people to be poor, you'll never run out of poor people», *Daily Telegraph*, 18 de abril 2009.

de alto. Iain Duncan Smith no pudo resistirse a explotar políticamente este episodio y afirmó que reforzaba el argumento *tory* de la «Gran Bretaña rota». «Demasiadas familias disfuncionales en la Gran Bretaña actual tienen hijos que están creciendo con el "todo vale"», dijo, advirtiendo que el sentido de lo bueno y lo malo se estaba desmoronando en algunos sectores de la sociedad. Extrañamente, los *tories* no dijeron nada cuando al final resultó que, después de todo, Alfie no era el padre.

Pero los *tories* son rápidos en cultivar los miedos de la clase media a las descontroladas hordas de bárbaros subsidiados por el Estado que están al otro lado de la puerta. Meses antes de las elecciones generales de 2010, el entonces responsable de interior de la oposición Chris Grayling hizo una pasmosa comparación entre Moss Side, un distrito del sur de Manchester, y la serie estadounidense *The Wire*, centrada en la guerra entre la policía y las bandas de droga de Baltimore. También Moss Side estaba experimentando una «guerra urbana», afirmó Grayling. En 2007 hubo 234 asesinatos en Baltimore, una ciudad de 630.000 personas. En toda Gran Bretaña hubo 624 muertes violentas en ese mismo año, mientras que las cifras de 2010 revelan treinta y un asesinatos en toda el área metropolitana de Manchester. Baltimore tenía el 1% de la población del Reino Unido, pero su índice de asesinatos era como un tercio del de Reino Unido.

En su intento por crear caricaturas de depravadas comunidades de clase trabajadora, los *tories* llegaron al punto de citar información directamente falsa. En un folleto de propaganda titulado *Las dos naciones del laborismo*, publicado a principios de 2010, dieron a conocer algunas cifras pasmosas que sugerían que una pandemia de embarazos adolescentes se estaba extendiendo por las comunidades pobres de Gran Bretaña. El documento afirmaba repetidamente que las menores de 18 años «tenían tres veces más posibilidades de quedarse embarazadas en las áreas más deprimidas que en las menos deprimidas. En aquellas es probable que el 54% se queden embarazadas antes de los 18, mientras que en estas el porcentaje es solo del 19%».

Era una advertencia en toda regla: ¡en algunos sitios más de la mitad de las adolescentes se quedaban embarazadas! Resultó que

los *tories* habían puesto los decimales en el sitio equivocado, con lo que las cifras se habían multiplicado por diez. La cifra real de las diez zonas más deprimidas era de solo el 5,4%. El documento también olvidaba mencionar un descenso en los embarazos en menores de más del 10% en esas zonas, invirtiendo una tendencia que había ido en ascenso durante anteriores Gobiernos *tories*.[80] En 2007, el 11,4% de los embarazos correspondían a mujeres de menos de veinte años, más o menos el mismo porcentaje que en la época dorada de los valores familiares, los años cincuenta.[81] Aunque parece que este error garrafal no era deliberado, dice mucho de la visión que tienen los *tories* de estas comunidades que no se pasmaran lo suficiente por estas cifras desorbitadas como para comprobarlas antes de enviar su documento a la prensa.

De hecho, los *tories* han mostrado formas aún más agresivas de explotar los prejuicios de la clase media sobre los embarazos en adolescentes, que, indudablemente, son mucho más frecuentes en comunidades de clase trabajadora. Siguiendo la estela de Peter Lilley y su estigmatizante «lista» de madres adolescentes, el responsable de infancia de la oposición *tory*, Tim Loughton, insinuó la posibilidad de mandarlas a la cárcel. «Necesitamos dar el mensaje de que realmente no es una buena idea convertirse en madre soltera a los 14», dijo. «[Va] contra la ley quedarse embarazada a los 14. ¿Cuántos chavales son procesados por mantener relaciones sexuales siendo menores de edad? Prácticamente ninguno. ¿Cuáles son las consecuencias de quebrantar la ley y mantener relaciones sexuales de forma irresponsable durante la minoría de edad? Ninguna.» Cuando le preguntaron si había que procesarlos, eludió la cuestión. «Debemos ser más duros», insistió.[82]

Lo que están haciendo los *tories* es situar el mito de los *chavs* en el corazón de la política británica para reforzar la idea de que hay comunidades enteras por toda Gran Bretaña plagadas de casos

[80] Allegra Stratton, «Tories get their sums wrong in attack on teen pregnancy», *Guardian*, 15 de febrero 2010.

[81] Amelia Gentleman, «Teenage pregnancy more opportunity than catastrophe, says study», *Guardian*, 12 de febrero 2010.

[82] Randeep Ramesh, «Talking tough on teenage pregnancy», *Guardian*, 17 de marzo 2009.

perdidos irresponsables, violentos y sexualmente viciosos. La Inglaterra media por un lado y los *chavs* por otro. Esto fue llevado a su conclusión lógica por un informe *pub*licado en 2008 por Policy Exchange, el gabinete estratégico favorito de los dirigentes *tories*. El documento consideraba que ciudades del norte como Liverpool, Sunderland y Brandford eran «irrecuperables», habían «perdido gran parte de su razón de ser» por el declive de la industria y que se debería trasladar a todos sus habitantes al sur. «No habrá regeneración, en el sentido de convergencia, porque no es posible.»

El informe provocó una tormenta de fuego y David Cameron no tuvo más remedio que rechazarlo. Con todo, su laboratorio de ideas está en el corazón del Partido Conservador: fue creado por los actuales ministros Michael Gove y Francis Maude (que dijo que su mayor logro político era haberlo confundado), y por Nicholas Boles, actual diputado y una de las figuras clave del «grupo de Notting Hill» de Cameron.

Los ecos de este increíble plan se dejaron sentir en propuestas desveladas por Iain Duncan Smith en los comienzos de la coalición liderada por los conservadores tras las elecciones generales de 2010. Mientras el Gobierno recortaba puestos de trabajo y ayudas a los desempleados, Duncan Smith propuso que se pudiera evacuar a los inquilinos de vivienda social de los puntos negros del desempleo y trasladarlos a cientos de millas si fuera preciso. Millones de ellos estaban «atrapados en barrios de protección oficial donde no hay trabajo», se lamentó, sin sugerir que el Gobierno podía plantearse traer empleo a esas áreas. El mensaje era claro: eran comunidades sin esperanza ni futuro, y no se podía hacer nada por cambiarlo. Como dijo el periódico proconservador *Telegraph*, los paralelismos con el llamamiento a los desempleados de Norman Tebbit en 1981 para que «cogieran su moto» eran asombrosos.[83]

Aun antes de alcanzar el poder a nivel nacional, los *tories* ya habían empezado a acometer lo que podría llamarse «limpieza

[83] Melissa Kite, «Coalition to tell unemployed to "get on your bike"», *Telegraph*, 26 de junio 2010.

social». En 2009, el ayuntamiento conservador de Hammersmith y Fulham fue criticado por, al parecer, planear el traslado de vecinos pobres de las viviendas municipales. El Ayuntamiento propuso demoler 3.500 viviendas protegidas y construir casas para gente pudiente a fin de atraer a residentes de clase media en su lugar. Según el presidente del concejo Stephen Greenhalgh, consejero de David Cameron, la vivienda protegida suponía «almacenar la pobreza» y reforzar la dependencia de la asistencia social. Documentos *pub*licados con arreglo a la Ley de Libertad de Información describían un barrio de protección oficial como «barracones para pobres» e incluía planes de subir los alquileres de 85£ a 360£ semanales.[84] Hammersmith y Fulham a menudo se menciona como el distrito favorito de Cameron. Desde luego, exhibe algunas de las opiniones menos constructivas de los *tories* respecto a la clase trabajadora. Muchas de las ideas conservadoras sobre desigualdad social —como la de culpar a la gente de su situación— tienen un claro pedigrí thatcherista. Pero su origen también puede rastrearse en un seudopolítico científico de derechas, el estadounidense Charles Murray. Murray es quizá más famoso por su polémico (por decirlo suavemente) libro de 1994, *La curva de la campana*, que sugería que diferencias raciales inherentes influían en el coeficiente intelectual. Como los *tories* de hoy, Murray sostenía que la ruptura familiar ha desencadenado el surgimiento de una «subclase» en la sociedad británica. Argumentaba «que la familia en la clase económica dominante —llámese clase media-alta— está en mejor forma de lo que cree mucha gente, y es probable que se reponga. Mientras tanto, es probable que el deterioro continúe en las clases bajas».

La creciente ilegitimidad en «las clases bajas» ha producido lo que Murray llamó «la nueva chusma», marcada por la delincuencia creciente, la «deserción del trabajo», el abandono a la infancia y cosas así. Una de las soluciones, argüía Murray, era que la maternidad comportara «multas económicas a las mujeres solteras. Es terriblemente sexista, lo sé. También resulta ser eficaz».[85]

[84] Paul Waugh, «Plot to rid council estates of poor», *Evening Standard*, 10 de julio 2009.
[85] Charles Murray, Underclass, *The Crisis Deepens*, Londres, 1994, pp. 5, 8, 32.

En vez de sanciones económicas a madres solteras, los *tories* promovieron una reducción fiscal para las parejas casadas en la campaña de las elecciones generales de 2010. Sus primeros presupuestos generales suprimieron el Subsidio para la Salud durante el Embarazo, hicieron obligatorio que los padres buscaran trabajo cuando sus hijos cumplieran los cinco años (bajándolo de los diez años), congelaron el subsidio familiar e introdujeron duros recortes en las prestaciones y multas que afectaban desproporcionadamente a las madres solteras. Sin embargo, Murray y los conservadores de Cameron comparten una filosofía básica subyacente. Los problemas sociales en las comunidades de clase trabajadora se magnifican y luego se achacan a las características personales y estilos de vida de sus habitantes. El siguiente paso lógico es retirar la ayuda económica del Estado a esas comunidades y, en su lugar, centrarse en cambiar el comportamiento individual.

Para hacerme una mejor idea del enfoque *tory* de la división social en Gran Bretaña, tuve una charla con el diputado David Davis. Davis a menudo es ensalzado como uno de los pocos *tories* de clase obrera, pero él prefiere restar importancia a sus raíces. «La gente parece creer que mis orígenes fueron muy humildes», dice. «No lo son. Son simplemente normales». De hecho, tras graduarse en la Universidad de Warwick, Davis pasó diecisiete años trabajando en Tate & Lyle, donde terminaría como director general. Cuando pregunté a Davis si los orígenes privilegiados de los ministros conservadores les hacía díficil conectar con el conjunto del electorado, fue refrescantemente sincero. «Francamente, a mí también me lo parece. Ha pasado mucho tiempo desde que yo vivía en un barrio de protección oficial, y lo único que te pone los pies en la tierra es atender las reclamaciones de los electores de tu circunscripción, donde lidias con la gente un viernes por la noche y el sábado por la mañana con sus problemas.»

Davis no es desde luego más compasivo con la grave situación de la clase trabajadora que otros *tories*. «Ha habido un par de programas de televisión últimamente. Uno donde iban a lo que antiguamente se habría llamado la cola del paro... y preguntaban: "¿Le gustaría conseguir un trabajo?". El tipo decía que sí, y le respondían: "Consiste en cosechar calabazas en una granja". Y no quieren

hacerlo. Algo parecido ocurrió hace una semana o dos al comparar el ritmo de trabajo de un trabajador británico con el de unos trabajadores polacos: resulta que estos trabajaban dos veces más rápido. Esto es una conjetura, no sé si es cierto, pero mi reacción instintiva ante ese tipo de cosas sería: probablemente nos enfrentamos a un problema de ética del trabajo, lo que es peor que la dependencia de la asistencia social.»

A Davis le gusta mucho comparar lo que él describe como el desmotivado trabajador británico con «el gran número de inmigrantes que probablemente tienen una ética de trabajo más fuerte... Por lo tanto, desde el punto de vista de la empresa son relativamente baratos y trabajan muy duro, así que si uno quiere verlo de forma realista, ¿por qué emplear a un británico no tan trabajador que pide un sueldo más alto?».

Lo que me asombró fue su disposición a alegar argumentos intelectuales en defensa de la desigualdad: «Yo no intentaría hacer nada por corregir las desigualdades», explicó, «porque las *desigualdades* se amplían por la gente que prospera; no por los pobres que se empobrecen, sino por los ricos que se enriquecen. Y francamente, mientras generen riqueza para la economía, ingresos fiscales y demás, a mí me parece bien».

Le mencioné el revolucionario estudio de los profesores Richard Wilkinson y Kate Pickett en su libro *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva.* Los autores utilizan estadísticas irrefutables para demostrar que cuanto más desigual es una sociedad, más problemas sociales tiene, como delincuencia y mala salud, por ejemplo. En otras palabras, cuanto más igualitarias son las sociedades, más felices son. David Davis desechó el libro de plano. «Son sandeces», dijo. «*Sandeces*... Creo que es una de esas estúpidas ideas que están de moda. Es fácil vender un libro, pero no creo que se sostenga».

En opinión del historiador político Ross McKibbin, los *tories* «están para defender la desigualdad, siempre ha sido así. Lo mismo ocurre con los partidos conservadores en cualquier otro lugar: están diseñados para defender la desigualdad y el privilegio social». Los comentarios de Davis confirman el análisis de Ross: si acaso, quizá, se queda corto. Davis, en efecto, celebra la desigualdad como

algo bueno. La demonización *tory* de las comunidades de clase trabajadora ha de verse a esta luz. Es difícil justificar un reparto de la riqueza tremendante desigual alegando razones de justicia. Pero ¿y si los de arriba tienen derecho a estar ahí por sus dotes emprendedoras, mientras que los de abajo son profundamente imperfectos y por lo tanto merecen lo que tienen? La postura de Davis hacia los británicos de clase trabajadora se basa en la idea de que el destino de la gente viene determinado por sus características personales. Lo esencial de este argumento es que simplemente no trabajan tan duro como los trabajadores de otros países, lo que, dice, explica en parte cuestiones como el desempleo.

Criticar a la clase trabajadora es útil políticamente para un Gobierno conservador decidido a realizar recortes que perjudicarán desproporcionadamente al mismo grupo. Algunos de los primeros programas en sufrir tijeretazos tras las elecciones generales de 2010 incluían las comidas escolares gratuitas y la ayuda a los jóvenes desempleados. El primer presupuesto general desencandenó los mayores recortes en los servicios públicos en un siglo e, igual que hizo el Gobierno *tory* de principios de los años ochenta, subió el IVA, un impuesto que golpea con más fuerza a las rentas bajas. Pese a las afirmaciones del ministro de que estaban sirviendo en un «Gobierno progresista», algunos economistas estimaron que los más pobres se verían seis veces más perjudicados que los más ricos.[86] Cuando le preguntaron al ministro *tory* Bob Neill por qué las ciudades del Norte estaban perdiendo millones de libras comparadas con las del Sur, su impúdica respuesta fue: «Los más necesitados en última instancia soportan la carga de liquidar la deuda.»[87]

Hasta aquí los *tories*: después de todo, casi todas sus figuras nacieron con privilegios y estan comprometidas ideológicamente en la defensa de repartos de riqueza y poder terriblemente desiguales. ¿Y qué hay del historial laborista? Hasta una política tan acendradamente neolaborista como la antigua ministra Hazel Blears tiene

[86] Anushka Asthana, «George Osborne's budget cuts will hit Britain's poorest families six times harder than the richest», *Observer*, 27 de junio 2010.

[87] Jason Groves, «Tory minister under fire for gaffe as he tells MPs: "Those in most need will bear the burden of cuts"», *Daily Mail*, 11 de junio 2010.

claro que el propósito del laborismo era «asegurar, ante todo, que la gente de clase trabajadora tenga voz en el Parlamento. Por eso se creó, porque antes de eso no la tenía». Los Gobiernos laboristas introdujeron todas las grandes reformas del periodo de posguerra que han mejorado la suerte de la clase obrera, desde la Seguridad Social a los derechos de los trabajadores. La tragedia es que el Nuevo Partido Laborista tiene gran parte de responsabilidad en la visión negativa que ahora se tiene de la clase trabajadora.

La Historia recordará dos momentos televisivos de las elecciones generales de 2010. El primero fue la novedad de los debates televisados entre los líderes de los partidos, que llevó a un aumento repentino del apoyo al Partido Liberal Demócrata, que se había disipado para cuando votó el electorado. Pero igual de memorable, y mucho más revelador, fue el encuentro del primer ministro laborista Gordon Brown con Gillian Buffy, una pensionista de sesenta y cinco años, en las calles de Rochdale.

Si estuvieras buscando un votante laborista representativo, la señora Duffy sin duda encajaría en el perfil. Antes de jubilarse había pasado treinta y cinco años trabajando con niños discapacitados en el Ayuntamiento de Rochdale. Su difunto padre solía cantar el himno laborista, «La bandera roja», de adolescente. La señora Duffy compartía su compromiso y había votado toda su vida a los laboristas.

Cuando la señora Duffy reconoció a Gordon Brown en un paseo entre el electorado de su pueblo natal, demandó respuestas al tipo de problemas compartidos por millones de personas de clase trabajadora. Le dijo a Brown que las tres cosas principales «que le habían inculcado de niña eran la educación, la sanidad pública y cuidar de los desfavorecidos». Le preocupaba que sus dos nietos lo tuvieran difícil para costearse la universidad cuando fueran mayores. Por último, expresó inquietudes bastante tibias sobre los niveles de inmigración. La conversación terminó amigablemente mientras Brown decía a la señora Duffy: «Usted es una buena mujer, ha servido a la comunidad durante toda su vida.»

Y aquello podía haberse quedado ahí. Pero Brown había olvidado quitarse el micro. En cuanto entró en el coche que lo estaba esperando, dio rienda suelta a su enfado: «Ha sido un desastre. Nunca deberíais haberme dejado con esa mujer... ¿De quién ha sido la idea?» Cuando un ayudante le preguntó qué había dicho ella, Brown dijo lo que para muchos terminó de enterrarlo políticamente. «¡Puf! De todo. Es una especie de racista, dijo que antes era laborista. Es simplemente ridículo.»

El escándalo (bautizado inevitablemente como «bigotgate») resumió el desprecio que muchos creen que el Nuevo Partido Laborista siente hacia la gente de clase obrera. «Se considera a los de clase trabajadora como una especie de problema. Beben demasiado, fuman demasiado, no cuidan de sus hijos como deben, son irresponsables, vagos y racistas. Esencialmente, así es como se les ve», dice el redactor de economía del *Guardian* Larry Elliott, que sostiene que una de las razones por las que el Partido Laborista perdió las elecciones de 2010 es porque se alejó de sus bases de clase trabajadora. «Pensaban que no tenían el tipo de vinagre de frambuesa adecuado para ponerle a su ensalada de rúcula y cosas por el estilo. Había un creciente desprecio por la clase obrera, no solo entre los partidos de la derecha, sino también entre los de izquierda. Y creo que eso es una parte realmente importante de lo que cambió Gran Bretaña en los últimos treinta años».

El *bigotgate* fue un borboteo accidental del profundo desprecio del nuevo laborismo hacia las bases electorales de clase trabajadora. Pero también apareció en forma de anuncios políticos premeditados. En Gran Bretaña hay cuatro millones de inquilinos de vivienda social, en su abrumadora mayoría de clase trabajadora. Mientras que el 30% de los votantes totales optó por los laboristas y el 37% votó a los *tories* en las elecciones generales de 2010, el porcentaje fue del 47 y 24% respectivamente entre la gente que vivía en viviendas protegidas. El nuevo laborismo no correspondió a su lealtad. A principios de 2008, la entonces ministra de Vivienda Caroline Flint habló de forma despectiva de las tasas de paro entre los inquilinos de vivienda municipal. Refiriéndose a la cultura del «nadie trabaja por aquí», Flint propuso que aquellos que no encontraran trabajo podían perder su casa. Los nuevos inquilinos

firmarían «contratos de compromiso» antes de mudarse a una casa, y se insinuó que la medida podía terminar aplicándose también a los que ya vivían en viviendas sociales.

La asociación provivienda social Refugio expresó su consternación y afirmó que Flint devolvería a Gran Bretaña a la era victoriana. «El Gobierno quiere devolver a los parados británicos al hospicio arrojándolos a la calle», dijo Adam Sampson, director ejecutivo de Refugio. «Lo que están proponiendo destruiría familias y comunidades y se añadiría a los miles de personas que ya están sin hogar.»[88]

«Hay que preguntarse: ¿qué ocurriría a los que tuvieran que abandonar sus casas?», añade Mark Thomas, de Refugio. «¿Dónde acabarían? ¿Y cuál sería el costo que eso tendría para el contribuyente? El Gobierno no parecía tener respuestas a ese tipo de preguntas.»

Las propuestas de Caroline Flint nunca habrían podido implementarse, porque contravenían la legislación existente: a los ayuntamientos no se les permitía dejar sin casa a la gente. Pero había avivado el actualmente muy extendido sentir político de que los inquilinos de vivienda social eran unos parásitos.

Flint expresó su sorpresa por cómo había descendido la mezcla social en la vivienda pública y se había disparado la tasa de desempleo en los barrios de protección oficial durante los últimos treinta años. A menos que fuera terriblemente incompetente en su trabajo, debería saber que este era el legado del derecho a compra. Los inquilinos menos desfavorecidos habían comprado sus casas, al tiempo que los *tories* —y luego los laboristas— se habían negado a construir más. Eso suponía que el cada vez más exiguo excedente se reservó prioritariamente a los más necesitados.

Según el difunto Alan Walter, inquilino de vivienda pública durante toda su vida y antiguo presidente de Defiende la Vivienda Social, esta demonización también tenía fines políticos. «Promueven la idea de que todo el que quiere triunfar aspira a ser propietario, y solo los que no pueden hacer otra cosa vivirán en vivienda

[88] Rosalind Ryan and Andrew Sparrow, «No 10 plays down Flint's social housing plan», *Guardian*, 5 de febrero 2008.

protegida.» Walter veía un doble objetivo: «Uno, hacer que los que viven en barrios de protección oficial se sientan inútiles; y dos, forzar a quienes quieran o puedan permitírselo a pensar que tienen que marcharse.» Todo formaba parte de la estrategia del nuevo laborismo de animar a rendirse a la gente de clase trabajadora que había resistido el sueño thatcherista de ser propietario.

El episodio Flint ilustra un cambio real en las actitudes de lo que podría llamarse «viejo laborismo» y «nuevo laborismo» hacia la gente de clase trabajadora. Sí, «viejo laborismo» es un término problemático. Como me dijo abiertamente el exministro del Nuevo Partido Laborista James Purnell: «El viejo laborismo es uno de esos términos que claramente eran un constructo, y en la medida en que realmente no significaba nada, era el tipo de cosa que a "vosotros los votantes" resulta que ahora no os gusta de nosotros, por lo que hemos hecho en memoria vuestra.»

Pero lo que se conocía como «la derecha del viejo laborismo», la antigua jefatura socialdemócrata del partido, era notablemente diferente del nuevo laborismo representado por figuras como Purnell. (De hecho, un diputado del ala derecha de los conservadores me expresó en privado el profundo pesar de los *tories* por la decisión de Purnell de renunciar a su cargo de diputado en las elecciones generales de 2010.) Había cierta coincidencia en opiniones políticas entre ellos y Purnell, sugerí. «Oh, una coincidencia *enorme*. *Enorme*. Me habría encantado que se hubiera convertido en el líder laborista.»

El exprimer ministro James Callaghan era un clásico ejemplo del viejo laborismo: un político de clase obrera cuya base de poder eran los sindicatos. El viejo laborismo aún celebraba, o al menos rendía homenaje, a la identidad de la clase trabajadora. Aunque Callahan estaba en lo que entonces era la derecha del partido, todavía se sentía obligado a formular políticas en términos de clase. Como ministro de Finanzas a finales de los años sesenta, por ejemplo, se enfrentó al bando antidevaluación acusándolo de lo siguiente: «Los que abogan por la devaluación están pidiendo una reducción en los niveles y estándares salariales de cada miembro de la clase trabajadora.»

Esto no implica negar los defectos del viejo laborismo. Era verticalista y burocrático, y su canto a la identidad de la clase trabajadora no se adaptó a la entrada de la mujer y de las minorías étnicas en el mercado laboral. «Básicamente, lo que estaba haciendo la izquierda londinense [en los años setenta y ochenta] era rebelarse contra la cultura del nuevo laborismo porque era bastante sexista y racista», recuerda el exalcalde laborista de Londres Ken Livingstone. «Tenía fallos enormes, y en cierto sentido muchas de las cosas que estábamos haciendo en los años setenta y ochenta estaban obligando al movimiento laborista londinense a reconocer que tenía que integrar a las mujeres y a las minorías étnicas.» Pero el viejo laborismo siguió comprometido con la idea de mejorar las condiciones de la clase trabajadora como *clase*, aunque a veces solo fuera de boquilla.

En contraste, la filosofía del nuevo laborismo no hundía sus raíces en mejorar la suerte de la clase trabajadora, sino en *escapar* de ella. El nuevo laborismo era muy claro sobre su proyecto. Por ejemplo, Gordon Brown se presentó a las elecciones generales de 2010 con la promesa de crear «la mayor clase media que ha existido nunca».

Según Matthew Taylor, antiguo jefe de estrategia de Blair, el nuevo laborismo hacía una distinción entre la «clase trabajadora con aspiraciones... que sentía que el laborismo iba en contra de tales aspiraciones» y una «clase trabajadora sin aspiraciones». Esta no tenía lugar en el nuevo laborismo. Fue ignorada con el argumento de que no tenía otro lugar adonde ir y que, en cualquier caso, era menos probable que votara: «Por lo tanto», dice Taylor,

> creo que la estrategia laborista era: «¿Cómo apelamos a la clase trabajadora con aspiraciones?» ¿Significa esto que subestimaron lo que entendemos por «clase trabajadora sin aspiraciones»? Bueno, quizá en parte la ignoraron, quizá en parte esa gente está en circunscripciones en las que los laboristas van a ganar de todos modos. Así que puede parecer cruel, pero en un sistema [electoral] de mayoría relativa no centras tus energías en gente que vive en circunscripciones donde no supone una gran diferencia. Y en parte también es menos probable, o muy improbable, que esa gente vote.

Pero ¿qué entiende el nuevo laborismo por aspiración? «Si se examina el discurso sobre la aspiración, vemos que la entiende en un sentido muy restringido», dice el influyente exdiputado y consejero de Tony Blair, Jon Cruddas. «Si... se compara y contrasta la Inglaterra de clase media de Blair y Brown, situada en algún lugar del Sudeste, todo el mundo es relativamente próspero y el crecimiento está garantizado. Es una noción muy atomizada de la aspiración. Se aspira a tener más cosas materiales.»

Para Cruddas, la aspiración tiene un sentido muy distinto. Menciona *Bienvenido a donde sea: un viaje al interior de la mente inglesa*, un libro escrito por el filósofo Julian Baggini en el que intenta encontrar la verdadera «Inglaterra media»: es decir, una comunidad que contenga todas las características del país en su conjunto. Termina en Rotherham, una ciudad predominantemente de clase trabajadora situada al norte de Inglaterra. «Era más fraternal, más solidaria, más amable», dice Cruddas. «Y en eso, creo, subyace un cuento sobre cómo podemos malinterpretar completamente esta idea de aspiración...» En otras palabras, la aspiración real significa mucho más que el simple enriquecimiento personal. «Como solía decir Alan Milburn [ministro del nuevo laborismo y uno de los aliados clave de Blair], cuando le preguntaban cuál era la esencia del proyecto laborista: "Ayudar a la gente a ganar dinero y a poseer cosas". Y bien, ¿lo era? ¿Lo era? Nunca lo fue para mí.»

A los ojos del nuevo laborismo, ser de clase trabajadora con aspiraciones implicaba abrazar el individualismo y el egoísmo. Implicaba luchar por formar parte de «la mayor clase media que ha existido nunca» de Brown. Como sostiene Stephen Pound, diputado laborista: «Creo que parte del problema es que a la gente de las clases trabajadoras se les ha vendido la idea de que no deberían estar ahí, y que de algún modo puedes prosperar... El viejo lema socialista dice "Asciende con tu clase, no sobre ella". La realidad de este país es que, para ascender, uno asciende sobre su clase.»

Entonces, ¿qué significa «clase trabajadora sin aspiraciones»? «Yo creo que *todo el mundo* tiene aspiraciones», dice Ken Livingstone. «Creo que lo que los partidarios de Blair han llamado

condescendientemente "sin aspiraciones" es, supongo, la gente que aún tenía un sentido comunitario y seguía reconociendo que la comunidad entera lo hace todo mejor junta o de lo contrario le va peor.» La clase trabajadora sin aspiraciones, como sugiere su propio nombre, está mal vista, porque no ha logrado subirse al carro thatcherista de comprar una casa y consumir sin cesar. Según el léxico del nuevo laborismo, solo el enriquecimiento personal cuenta como aspiración. Si no estás decidido a ascender socialmente, es que no tienes aspiraciones.

Hay pocos blairistas tan devotos como la exministra Hazel Blears. Pero le ofende la idea de la «clase trabajadora sin aspiraciones». «Es un análisis que nunca suscribiría», dice. «Todavía no conozco a un joven que no tenga aspiraciones y no respete el lugar de donde viene, y creo que eso en cierto modo destruye a la gente. Y yo me opongo a eso, me opongo enérgicamente. Es un poco como la división *tory* entre los pobres que merecen ayuda y los que no la merecen. Eso nos devuelve a la época victoriana... Creo que el Partido Laborista no tiene tiempo para gente que puede pero no quiere trabajar. Pero tampoco se puede destrozar a sus hijos y a sus familias con ese argumento.»

No solo se agrupa a los adultos en la categoría de los «sin aspiraciones». Los políticos del nuevo laborismo a menudo diagnostican una «pobreza de aspiraciones» en los niños de clase trabajadora para explicar cosas como el fracaso escolar o por qué la pobreza se transmite de generación en generación. Por ejemplo, el exsecretario de Educación neolaborista Alan Johnson clamó una vez contra «una corrosiva pobreza de aspiraciones que se está extendiendo sobre todo en la actual generación de niños de clase trabajadora». No se ha de culpar a la falta de trabajo y de puestos de aprendiz que siguió al hundimiento de la industria, sino a las actitudes de los chicos de clase trabajadora.

En esta misma línea, un informe del Gobierno *pub*licado en diciembre de 2008 resaltaba la supuesta «falta de ambición» de la gente de clase trabajadora que vivía en los viejos bastiones industriales. Nunca se aborda la cuestión de a qué deberían aspirar supuestamente esos chavales en zonas que carecen de empleos bien pagados. Pero este enfoque estaba cortado por el mismo

patrón que el de Thatcher: la responsabilidad de los problemas sociales a los que se enfrenta la clase trabajadora debía recaer directamente sobre sus espaldas.

La noción «con aspiraciones» frente a «sin aspiraciones» solo era uno de los modos como el nuevo laborismo intentó explotar las fisuras surgidas en la clase trabajadora durante el thatcherismo. Otro fue ganar el apoyo de lo que los políticos neolaboristas llamaban «familias que trabajan duro» (un término al que Blears también se resisitía, porque «siempre existía la presunción de que si de algún modo no encajabas ahí, entonces que el diablo te llevara, y quedabas abandonado a tu suerte»), oponiéndolas a los millones de personas supuestamente ociosas que se beneficiaban deshonestamente de las prestaciones sociales. Es cierto que fustigar a los «parásitos del Estado de bienestar» probablemente atraiga más el apoyo de un trabajador mal pagado que el de un millonario. Después de todo, si trabajas duro por una miseria, ¿por qué no tendría que molestarte que haya gente que viva una vida de lujo a tu costa?

Lo cierto es que los ataques al Estado de bienestar se han dirigido a las comunidades de clase trabajadora más devastadas por el hundimiento de la industria. Los viejos bastiones industriales presentan los índices más altos de gente sin trabajo y dependiente de prestaciones sociales. La causa primordial es la falta de empleos seguros que reemplacen a los que desaparecieron. Como ha admitido Iain Duncan Smith, en vez de crear nuevos puestos de trabajo, los sucesivos Gobiernos animaron a los parados a solicitar prestaciones de invalidez para maquillar las cifras de empleo.

Sin embargo, el nuevo laborismo iba a estigmatizar y demonizar a estas personas vulnerables de clase trabajadora. El entonces consejero de bienestar social, David Freud —que, muy apropiadamente, se pasaría más tarde al bando *tory*—, sostenía en 2008 que había que quitar las prestaciones y poner a trabajar a dos millones de personas. Y sin embargo, el Gobierno dijo en aquel entonces que solo había medio millón de ofertas de trabajo, y esto fue antes de que la recesión se hiciera sentir con toda su fuerza. «Quiero decir, era fue una cifra que David Freud simplemente cogió al vuelo», admite su antiguo jefe, James Purnell.

Hasta el intento frustrado de derrocar a Gordon Brown en 2009, James Purnell estuvo a cargo del llamado programa de reforma del Estado de bienestar del nuevo laborismo. Había prometido crear «un sistema en el que prácticamente todo el mundo tiene que hacer algo a cambio de sus prestaciones». Estaba bien «penalizar» a quienes, decía, no intentaban encontrar trabajo. «Si hay un puesto de trabajo, creemos que la gente debería cogerlo. No podemos permitirnos gastar el dinero de los contribuyentes en personas que se están aprovechando del sistema.»[89] No se mencionó que en realidad 16 billones de libras en prestaciones quedaban sin reclamar cada año, aproximadamente dos veces y media más que el dinero que el Gobierno estaba intentando ahorrar. Tampoco se dijo que la mayoría de las personas en situación de pobreza estaban trabajando. Purnell presentaba el trabajo como una vía para salir automáticamente de la pobreza, pero, en la Gran Bretaña mal pagada, ese no suele ser el caso.

Una de las propuestas de Purnell era que se pudiera obligar a la gente a trabajar a cambio de prestaciones. Dado que la prestación por desempleo valía solo 60,50£, si a uno le obligaban a trabajar cuarenta horas a la semana, por ejemplo, acabaría cobrando únicamente 1,50£ a la hora. Los que tenían la mala suerte de vivir en las comunidades más devastadas no solo fueron acusados de «aprovecharse del sistema». Se enfrentaban a verse obligados a trabajar por una fracción del salario mínimo.

Cuando habló conmigo, Purnell suavizó notablemente su discurso. «Toda la condicionalidad en el sistema estaba para asegurarse de que la gente se ayudara a sí misma», arguyó. Se ajustaba a tradiciones laboristas largamente asentadas, me aseguró. Pero ¿qué hay del hecho de que hubiera más beneficiarios de prestaciones en ciertas comunidades porque todos los viejos empleos industriales habían desaparecido, dejando únicamente trabajos precarios, escasos y mal pagados en el sector servicios? «Yo no suscribiría el argumento de que es mejor cobrar la prestación de invalidez que trabajar en un supermercado o de teleoperador»,

[89] James Kirkup, «James Purnell defends welfare reform after accusations of "stigmatising" benefits claimants», *Daily Telegraph*, 10 de diciembre 2008.

respondió, refiriéndose a las pruebas de que el paro prolongado es malsano tanto para el individuo como para su familia. «Reconozco que pasar de un trabajo industrial altamente cualificado a algo que la gente no habría querido necesariamente es bajar un escalón, pero es mejor que terminar cobrando la prestación de invalidez.»

Se puede decir sin temor a equivocarse que Mark Serwotka no es un admirador de Purnell. Serwotka es el líder del Sindicato de Servicios Públicos y Comerciales (PCS), un sindicato con 300.000 afiliados entre el funcionariado. Agitado solo con oír su nombre, describió a Purnell como «el peor secretario de Seguridad Social en la historia de este país» y «un hombre infame que se las da de político laborista». Le enfadaba especialmente la actitud de Purnell hacia lugares como Merthyr, donde creció Serwotka. Recientemente, Hoover cerró allí su fábrica tras sesenta y un años dando trabajo a la comunidad. «No hay minas, no hay pozos, hay verdadera necesidad, y Purnell básicamente dice: "No os esforzáis lo suficiente por encontrar trabajo, así que hacen falta sanciones para obligar a la gente a trabajar."»

Serwotka chocó repetidamente con Purnell durante su mandato. El ministro quiso que le dijeran por qué estaba estigmatizando a la gente, así que Serwotka le respondió citando un artículo del *New Statesman* en el que Purnell habla de beneficiarios de prestaciones «con vidas miserables cuyo universo consiste en un viaje del dormitorio al salón».[90] Serwotka dice que Purnell sostiene que «solo estaba citando a otro», aunque no hay prueba de esto en el artículo. «Si lo pensamos un momento», dice Serwotka, «lo que hace es culpar a las víctimas de todo esto, cuando son las *víctimas*, no los *problemas*».

Como dice Serwotka, lo «absurdo» de esa política es que fue «igual para todo el país, como si el mercado laboral en el sudeste fuera igual que el de los valles del sur de Gales, y claramente no lo es. Pero si se introduce la misma política, lo que se hace es estigmatizar las áreas en las que no hay trabajo». El programa de «reforma del Estado de bienestar» avivó más aún la demonización

[90] Martin Bright, «Interview: James Purnell», *New Statesman*, 18 de septiembre 2008.

de las comunidades más pobres de clase trabajadora. Magnificó los problemas que pretendía abordar y no explicó las razones reales que estaban detrás. También preparó el terreno para que los *tories* —que se deshacían en alabanzas a James Purnell y a sus políticas de bienestar— fueran aún más lejos después de formar Gobierno en mayo de 2010.

Al examinar todo el debate sobre el Estado de bienestar, Jon Cruddas cree que «aunque no se reconozca, sigue estando basado en la noción de "chusma" a la que hay que controlar». Cruddas veía la promoción de lo que él llama «la chusma a las puertas» «reproduciéndose culturalmente a través de formas de representación televisiva, ya sabes, todo el lenguaje sobre "lo *chav*"». Este es un punto absolutamente crucial. El nuevo laborismo, a través de programas como su reforma del Estado de bienestar, ha propagado la caricatura *chav* difundiendo la idea de que la gente es pobre porque no tiene fibra moral. Algunos estudios muestran que las actitudes hacia la pobreza son ahora más duras que en tiempos de Thatcher. Si la gente ve que hasta el laborismo responsabiliza a los menos afortunados de su suerte, ¿por qué pensar otra cosa? No es de extrañar que la imagen de comunidades infestadas de *chavs* irresponsables haya arragaido tanto en los últimos años.

El espectro de la «chusma a las puertas» evocado por Cruddas ha ocupado un lugar importante en la campaña del Gobierno sobre la conducta antisocial. De nuevo, muchísima gente de clase trabajadora apoya las medidas para combatirla. Después de todo, es más probable que afecte a alguien que vive en un barrio de protección oficial que a un profesional en los barrios residenciales, y tiene un impacto real en la calidad de vida de la gente. Pero la respuesta del Gobierno ha sido estigmatizar a los jóvenes de clase trabajadora más que abordar la raíz del problema.

Véase las ASBOs (órdenes de arresto por conducta antisocial), introducidas bajo Gobierno neolaborista pero que ahora se enfrentan a su abolición bajo el Gobierno conservador. Podían imponerse por incidentes menores y restringir el comportamiento del individuo de diversas maneras, como prohibiéndole pasar por una calle o blasfemar. Si se violara la ASBO, el culpable sería encarcelado

hasta un máximo de cinco años. En un principio, el nuevo laborismo prometió que las ASBOs solo se aplicarían a menores de 18 años en circunstancias excepcionales, pero al final resultó que, año tras año, cerca de la mitad se imponía a los jóvenes. En su inmensa mayoría, los penalizados por las ASBOs eran pobres y de clase trabajadora, y, según un estudio de 2005, casi cuatro de cada diez citaciones fueron para chicos con problemas de salud mental como el síndrome de Asperger. En una ocasión, se le dio una ASBO a un chico con síndrome de Tourette por blasfemar compulsivamente.

Se esté o no de acuerdo con las ASBOs, es difícil negar que han aumentado la mala reputación de los chicos de clase trabajadora y popularizado la caricatura *chav*. Al fin y al cabo, nunca fue muy probable que los miembros del Bullingdon Club —cuya mayor tradición consiste en destrozar *pubs* y restaurantes— fueran recompensados con una citación por conducta antisocial. Hasta el «zar» neolaborista de justicia juvenil, el profesor Rod Morgan, criticó las medidas por «demonizar» a todo un sector de la juventud británica y criminalizarlo por faltas que en otro tiempo se habrían considerado mera «jarana». Es difícil no estar de acuerdo con el escritor Anthony Horowitz cuando dice que las citaciones por conducta antisocial «se suman para crear una visión acumulativa de una Gran Bretaña llena de gamberros, con fumaderos de *crack* en cada edificio de las zonas marginales del centro, jóvenes borrachos desbocándose en ciudades de provincia, y así sucesivamente».[91]

Tomadas en conjunto, las políticas neolaboristas han ayudado a construir una serie de caricaturas *chavs* que se superponen: el irresponsable, el falto de aspiraciones, el parásito, el disfuncional y el díscolo. Escuchar este tipo de discurso de los laboristas, más que de los *tories*, ha confirmado los estereotipos y prejuicios que mucha gente de clase media tiene hacia las comunidades e individuos de clase trabajadora. Pero esto puede ser mucho más sutil que los ataques frontales. Muchas de las filosofías subyacentes del nuevo laborismo se apoyaban en el

[91] Anthony Horowitz, «Hoodies and baddies», *The Times*, 23 de julio 2005.

triunfalismo de la clase media. Estaban basadas en la premisa de que los desharrapados residuos de la clase trabajadora están en el lado equivocado de la historia y se les ha de obligar a unirse a la «Inglaterra media» como el resto de nosotros.

«La nueva Gran Bretaña es una meritocracia», declaró Tony Blair cuando llegó al poder en 1997. Si el nuevo laborismo tuviera una religión oficial, seguramente sería la meritocracia. Pero hay una oscura ironía en cómo se empezó a alabar este concepto. La «meritocracia» no se concibió originalmente para describir una sociedad deseable. Lejos de eso, debía alarmar ante aquello en lo que podía convertirse Gran Bretaña.

Michael Young, que escribió el Manifiesto laborista de 1945, acuñó la expresión en su libro de 1958, *El triunfo de la meritocracia*.[92] Como explicó posteriormente, era «una sátira concebida como una advertencia (que, huelga decirlo, no se ha tomado en cuenta) contra lo que podía ocurrirle a Gran Bretaña entre 1958 y la imaginada revuelta final contra la meritocracia en 2003». Avisó de que sus consecuencias supondrían «que los pobres y desfavorecidos serían despreciados, y de hecho lo han sido... Desde luego es duro, en una sociedad que valora tanto el mérito, que a uno lo juzguen como si no tuviera ninguno».[93]

En una meritocracia, los que poseen más «talento» ascenderán de forma natural hasta la cúspide. La jerarquía social se conformará así en función del «mérito». La sociedad seguirá siendo desigual, pero esas desigualdades reflejarían diferencias de capacidad. Matthew Taylor entiende los riesgos, pero cree que es el mejor modelo que puede ofrecerse. «Creo que la meritocracia no es un mal reclamo porque estamos muy lejos de ella, ¿no? Para tener una verdadera meritocracia tendríamos que abolir la riqueza heredada, los colegios privados... Así que cuando la gente me dice: "Pero, ¿la meritocracia no es un concepto reaccionario, y no deberíamos abogar

[92] Publicado en España por la editorial Tecnos (Madrid, 1964). *(N. del T.)*
[93] Michael Young, «Down with meritocracy», *Guardian*, 29 de junio 2001.

por algo mejor?", yo puedo decir: "Bueno, sí, muy bien, pero estamos muy lejos de tener incluso eso."»

Obviamente, el nuevo laborismo nunca tuvo ninguna intención de abolir la riqueza heredada ni la educación privada. Defendía la «meritocracia» en el seno de una sociedad organizada en favor de la clase media. La meritocracia acaba convirtiéndose en una sanción oficial de las desigualdades existentes, redefiniéndolas como merecidas. Cuando entrevisté a Simon Heffer, columnista conservador del *Telegraph*, arguyó: «Creo que somos en gran parte una meritocracia, pese a la supresión de los institutos selectivos, y creo que en ese sentido la clase es un estado de ánimo.» La meritocracia puede acabar siendo utilizada para sostener que los de arriba están ahí porque lo merecen, mientras que los de abajo simplemente no tienen el talento suficiente y por lo tanto merecen su suerte. Se usa en la educación para descartar asignaturas vocacionales en favor de las académicas. Todo esto aun antes de examinar los criterios de lo que cuenta como «mérito»: por ejemplo, ¿merece un asesor *pub*licitario multimillonario estar por encima de un limpiador de hospital en la jerarquía social?

El compañero natural de la meritocracia es la «movilidad social», que el nuevo laborismo puso en el centro de su campaña para las elecciones generales de 2010. Pocos años antes, Alan Milburn, uno de los colaboradores más estrechos de Tony Blair, había hablado de una cruzada laborista para asegurar que «más gente tuviera la oportunidad de unirse a la clase media». En vez de mejorar las condiciones de la clase trabajadora en su conjunto, la movilidad social se presenta como un medio de catapultar a una minoría de individuos de clase trabajadora a la clase media, y refuerza la idea de que ser de clase trabajadora es algo de lo que hay que escapar.

Esto no significa abolir o incluso erosionar las clases, sino simplemente facilitar que los individuos se muevan entre ellas. No tendría ningún efecto en las condiciones de la mayoría de la gente de clase trabajadora. La movilidad social puede significar ofrecer una vía para escapar de la pobreza, más que un intento de abolirla. El sociólogo John Goldthorpe cuestiona la opinión general de que ha habido un descenso en la movilidad social, pero, en cualquier

caso, lo considera una pista falsa: «La razón por la que se ha incidido tanto en la movilidad social es porque todos los partidos políticos prefieren hablar de movilidad social e igualdad de oportunidades antes que de igualdad de condiciones.»

Sorprendentemente, la blairista Hazel Blears es igualmente crítica: «Realmente nunca he entendido el término "movilidad social", porque implica que quieres salir de un sitio e ir a otro porque tienes movilidad. Y creo que hay mucho que decir en favor de hacer que uno se sienta orgulloso de lo que es. Y si eres de clase trabajadora, no llevarlo con resentimiento o incluso como una carga, sino como algo que tiene valor por sí mismo y dice algo de quién eres, de cuáles son tus valores y de dónde vienes.»

Si el camino sancionado oficialmente para mejorar tu suerte en la vida es convertirte en clase media, ¿qué hay de la gente que se queda atrás? Claramente no todo el mundo puede convertirse en un profesional o un hombre de negocios de clase media: la mayoría debe seguir realizando los trabajos en oficinas y tiendas que la sociedad necesita para seguir funcionando. Al insistir en que hay que evitar estos trabajos en vez de mejorar sus condiciones, terminamos descalificando a los que siguen en ellos. Despreciamos a los cajeros de los supermercados, a los limpiadores y a los operarios de las fábricas, vagos que no han logrado ascender por la escala ofrecida por la movilidad social.

Otra manera en que el nuevo laborismo eludió la cuestión de la desigualdad fue seguir las huellas de Thatcher y pretender que ya no existe la clase. A finales de 1990, el Gobierno nombró un comité para revisar la clasificación social oficial utilizada en las estadísticas nacionales, entonces conocida como «la clase social basada en la ocupación». John Goldthorpe estaba encantado de que estuviera basada en sus investigaciones, pero le intrigó descubrir que la habían rebautizado como «clasificación de estadísticas socioeconómicas nacionales». Cuando preguntó a un miembro del comité, le dijeron que los neolaboristas habían vetado cualquier referencia a la clase social. Eso ilustraba el empeño del

nuevo laborismo por borrar la palabra «clase» del vocabulario nacional.

Hazel Blears sitúa el desmentido de la clase social por parte de los laboristas en los años ochenta y principios de los noventa, cuando, dice, el partido «había sido identificado con una política de clase bastante conflictiva». En parte, cree que esto se debió a que la reputación del laborismo se había visto manchada por el recuerdo de los otrora poderosos sindicatos que habían abusado de su poder. Eso, afirma, dio a Thatcher legitimidad para decir «hay que hacer algo» para frenarlos. «Creo que en reacción a eso, el Partido Laborista en aquel entonces estaba absolutamente decidido a mostrar sus credenciales tanto económicas como de clase, que no era un partido extremista y radical simplemente divisivo.» A su manera, Blears ha admitido que la retirada de la clase social fue el resultado de las continuas derrotas sufridas a manos del thatcherismo triunfante.

Puesto que «la clase» ya no era una opción para describir la desigualdad y la desventaja en la sociedad, el nuevo laborismo acuñó nuevos términos. «Exclusión social» y «los socialmente excluidos» eran los sustitutivos de «pobreza» y «los pobres». El nuevo laborismo creó una Unidad de Exclusión Social tras su primera llegada al poder. Incluso tuvo un ministro para la exclusión social. El término está despojado de las connotaciones más desagradables de la pobreza, como vivienda precaria, sueldos bajos y ese tipo de cosas. En esencia era la manera menos peyorativa de decir «subclase», con las mismas implicaciones de un colectivo que ha sido aislado de la sociedad. Era la visión neolaborista del fenómeno *chav*: un colectivo disfuncional y excluido en lo más bajo, y luego el feliz resto de todos nosotros.

«Nunca se supo cómo se estaba definiendo a esa gente», dice John Goldthorpe, «ni qué número atribuirle, o qué porcentaje. Pero entonces decías: "¿De qué exactamente están socialmente excluidos?". Y te respondían: "De la mayoría de la sociedad británica". Pero eso es ridículo. En una sociedad tan estratificada y desigual como la nuestra, no hay una línea mayoritaria... Además, era esa cosa neolaborista de querer hacer algo por los desheredados y luego pretender que, aparte de eso, no había ningún problema.

Pero se equivocan... Tal como yo lo veo, los socialmente excluidos están integrados en su mayor parte por los más desfavorecidos dentro de la clase trabajadora.»

«Exclusión» no debía entenderse como estar excluido por la sociedad, sino más bien por tus propios actos. Cuando pregunté a Matthew Taylor si uno de los legados del thatcherismo era que ahora los políticos consideraban los problemas sociales como resultado del comportamiento individual, él pensaba que era complejo pero que, en general, así era.

Ha habido una visión general consistente —y está pasando del concepto de «clase» al de «exclusión»— en que la exclusión en cierto modo sugiere que «me estoy excluyendo a mí mismo», que hay un proceso, que mi comportamiento tiene una réplica exacta en mi estatus social. La clase social es algo que viene *dado*. La exclusión es algo que me *sucede* y en lo que de alguna manera soy un agente. Así que, sí, creo absolutamente que había un sentimiento no de que se debería culpar a los pobres por ser pobres, aunque también había algo de eso, sino de que la pobreza era un proceso en el que la gente participaba de un modo u otro... no el mero resultado de grandes fuerzas sociales impersonales.

Como uno de los principales consejeros de Tony Blair, y un muy perceptivo y sagaz comentarista político, la mirada de Matthew Taylor a algunas de las ideas que conformaron el nuevo laborismo es reveladora. En vez de ser el mero resultado de fuerzas sociales, tu lugar en la sociedad estaba en parte determinado por tu comportamiento.

Jon Cruddas no tiene ninguna duda de que políticos de todos los colores tienen un interés personal en negar la existencia de la clase trabajadora. Eso ha resultado ser un modo eficaz de evitar tener que abordar los problemas de la clase trabajadora en interés de un estrato pequeño y privilegiado de clases medias. «Conciben métodos aún más científicos de acampar en una franja muy pequeña del electorado... los considerados votantes marginales en distritos marginales.» Los votantes de clase trabajadora se daban por descontado como el «voto duro» que no tiene otro lugar adonde ir, lo que permite a los políticos neolaboristas adaptar sus políticas a los votantes privilegiados.

Ningún político neolaborista personificó más esta actitud que Tony Blair. Matthew Taylor ofrece una interesante visión de la propuesta política blairista. «Trabajé con Tony Blair, y el problema con Tony es que siempre decía, cuando yo le decía o alguien le decía: "¿Qué tal un poco más de *izquierda* en todo esto? ¿Qué tal un poco más sobre pobreza y justicia y bla, bla, bla?"» La respuesta de Blair era contundente, por decirlo suavemente. Tony siempre decía:

> Vale, pero no tengo que preocuparme por eso, porque eso es lo que quieren todos en el Partido Laborista y en el Gobierno, y eso es lo que quiere Gordon [Brown], y está bien. Y les dejaré hacerlo, porque sé que emplearán todo su tiempo en eso. No quieren hacer una reforma de la función pública, no quieren crear riqueza, no les interesa nada de eso, solo dar la vara con ese programa. Mi trabajo es hacer un llamamiento a la gran mayoría de la gente sobre cuestiones que en general no interesan al Partido Laborista.

La casi obsesión por ignorar a los votantes de clase trabajadora suponía inflar la importancia de una porción muy pequeña de votantes acomodados a lo que se tomó engañosamente como la Inglaterra media. Al fin y al cabo, una persona en el punto medio exacto de la escala salarial del país solo gana unas 21.000£. «Probablemente tengas razón en que hicimos un retrato equivocado de la Inglaterra media», admite Matthew Taylor, «pero eso, una vez más, me temo que no es característico solo de los laboristas, sino de las clases medias en su conjunto».

La manipulación a veces alcanzó niveles absurdos. Stephen Byers fue ministro del Gobierno neolaborista y uno de los colaboradores más estrechos de Blair. En 2006 lanzó la idea de abolir el impuesto de sucesiones para ganarse nuevamente a la «Inglaterra media», a pesar de que solo las familias más ricas de Gran Bretaña estaban obligadas a pagarlo.

«Hay una veta concreta del súperblairismo que, básicamente, es jodidamente demencial», dice Matthew Taylor, «y me temo que Stephen —a quien aprecio personalmente, llevo años sin verle— fue probablemente más culpable que nadie de soltar de vez en cuando ese tipo de disparates blairistas». El nuevo laborismo

nunca adoptó la propuesta de impuesto de sucesiones que favorecía servilmente a los ricos. No obstante, su enfoque representaba una veta profundamente influyente del blairismo que marginaba a la gente de clase trabajadora en favor de los intereses de un minúsculo pero dorado sector de la población.

No es solo la fetichización de las demandas de los ricos y poderosos lo que ha vuelto caso invisible a la clase obrera. El ascenso del multiculturalismo en una era en que se estaba abandonando el concepto de clase hizo que la desigualdad empezara a entenderse caso exclusivamente a través del prisma de la raza y la identidad étnica. Gillian Evan, eminente antropólogo y experto en clases sociales, sostiene que mientras «se decía que la lucha por la igualdad de clase había sido o bien aplastada o bien vencida, dependiendo de la perspectiva de la cada cual», la batalla por la igualdad racial continuó a través del multiculturalismo. «Entonces se vio a los negros y asiáticos luchar por un mayor respeto étnico y cultural, y este ha sido, en términos relativos, un fantástico movimiento de resistencia que hay que alabar».

Sin embargo, puesto que el multiculturalismo se convirtió en la única plataforma reconocida en la lucha por la igualdad, Evans afirma que, por un lado, no admitimos «la existencia de una clase trabajadora multirracial» y, por otro, que la clase trabajadora blanca está obligada a concebirse como un nuevo grupo étnico con su propia cultura distintiva». Y lo más peligroso de todo, la clase media ha acabado «negándose a admitir nada referente a la clase trabajadora blanca como legítimamente cultural, lo que lleva a una pérdida de respeto combinada en todos los frentes: económico, político y social».

Se nos anima con razón a abrazar y celebrar la identidad de las minorías étnicas, sobre todo como contrapeso al continuo y arraigado racismo. Pero una clase trabajadora «blanca» racializada si considera que tiene un lugar en este multiculturalismo sin clase. Al fin y al cabo, no hay líderes respetados de la clase trabajadora como los hay de muchos grupos minoritarios. Los intereses de la minoría étnica de clase trabajadora terminan siendo igualmente ignorados, porque la atención se centra en construir la clase media de minoría étnica garantizando la

diversidad dentro de las principales profesiones.

Sin embargo, mientras el nuevo laborismo iba dando tumbos durante el mandato de Gordon Brown, cada vez resultaba más difícil pretender que la clase no existía. El racista BNP[94] fue creciendo en comunidades de clase obrera de, por ejemplo, el este de Londres o el noroeste de Inglaterra. Pero los políticos neolaboristas se dejaron llevar por la creciente animadversión de la clase trabajadora hacia la inmigración, en vez de examinar las causas subyacentes, tales como la falta de vivienda asequible o de puestos de trabajo seguros y bien pagados. En lugar de centrarse en los males económicos compartidos por la clase trabajadora de todos los credos y colores, el nuevo laborismo lo redefinió como problemas culturales que afectaban a la clase trabajadora *blanca*. Esta se convirtió en una minoría étnica marginada entre otras.

Por ejemplo, en 2009 el nuevo laborismo puso en marcha un proyecto de 12 millones de libras diseñado específicamente para ayudar a comunidades de clase trabajadora blanca. Claro que es cierto que hay muchas comunidades de clase trabajadora —y sí, en gran parte blancas — que han sido desatendidas o incluso abandonadas por el nuevo laborismo y necesitan ayuda urgente. Pero este enfoque nos encamina un poco más a vincular los problemas de las comunidades de clase trabajadora a su identidad étnica en vez de a su clase. Y lo que es más peligroso, fomenta la idea de que la gente de clase trabajadora de grupos étnicos diferentes compite entre sí por atención y recursos.

Los irreflexivos comentarios de la ministra neolaborista Margaret Hodge en 2007 resumían esta visión. Su torpe respuesta al del BNP en su circunscripción fue quejarse de que las familias de emigrantes tuvieran prioridad en las viviendas sobre otros «que se sentían legítimamente con derecho a ellas». En vez de pedir a su Gobierno que hiciera algo por mejorar su pésima actuación en materia de vivienda pública, hizo que los intereses de la clase trabajadora blanca y los de los inmigrantes pareciera enfrentados entre sí.

94 British National Party, partido de extrema derecha fundado por John Tyndall en 1982. *[N. del T.]*

«Los blancos de clase trabajadora que viven en viviendas municipales sienten que nadie les escucha o habla por ellos», como dijo Hazel Blears en 2009, cuando era secretaria de Comunidades del nuevo laborismo. Blears tenía toda la razón: millones de personas de clase trabajadora se sentían sin voz ni representación ninguna. Pero para Blears, sus preocupaciones estaban casi enteramente definidas por la inmigración. «Aunque puede que no estén experimentando el impacto directo de la inmigración, le tienen mucho miedo... Los cambios en las comunidades pueden generar malestar e incertidumbre.»[95]

Solo cuando el BNP estaba dando su último suspiro el nuevo laborismo empezó a hablar otra vez de clase trabajadora, y aun entonces fue en términos de raza y limitándose a la cuestión de la inmigración. Fue, más que nada, una excepción al rechazo neolaborista de los valores de la clase trabajadora, y a su insistencia en que todo el mundo se uniera a la clase media.

Si se quiere explotar el mito de que la clase ha muerto en la Gran Bretaña actual, y de que cualquiera puede ascender a lo más alto a través de sus propios esfuerzos, el Palacio de Westminster es un buen sitio para empezar. Los diputados entran y salen ufanos de reuniones con miembros de grupos de presión y electores, mientras, de vez en cuando, se pasan por la Cámara para hablar o votar cuando suena el estridente toque de campana. Pertenecientes en su inmensa mayoría a la clase media y entornos profesionales, la combinación de salario y dietas del diputado medio los sitúa cómodamente en el 4% más privilegiado de la población.

Correteando tras ellos, o chismorreando mientras toman un café en Portcullis House, hay un ejército de jóvenes y ambiciosos investigadores parlamentarios. Con prácticas no remuneradas (muchas veces, a diferencia de sus jefes, incluso sin los gastos pagados) casi siempre como requisito previo para figurar en las listas

[95] Jon Swaine, «White working class "feels ignored on immigration"», *Telegraph*, 2 de enero 2009.

de colaboradores de un diputado, el Parlamento es un coto cerrado de la clase media. Solo los que pueden vivir de la generosidad económica de sus padres pueden meter el pie.

Al servicio tanto de los diputados como de los periodistas está el personal de limpieza y hostelería. Muchos de ellos se recorren Londres en autobuses nocturnos para llegar a la Cámara al despuntar el alba. Su sueldo los sitúa fácilmente en el 10% inferior de la población. Hasta que se ganó una lucha por un sueldo digno en 2006, el personal de limpieza de la «Madre de Todos los Parlamentos» estaba subsistiendo con el salario mínimo en una de las ciudades más caras del planeta. Al ver a mujeres de mediana edad empujando carritos con los restos de pollo asado y tarta de chocolate, no sería disparatado pensar que uno hubiera entrado en una mansión aristocrática victoriana.

Sería fácil, pero demasiado cómodo, representar el Parlamento como un microcosmos del sistema de clases británico. No lo es, pero sin duda muestra la brecha que divide a la sociedad actual. Cuando entrevisté a James Purnell justo antes de las elecciones de mayo de 2010, que llevaron a los *tories* y a sus aliados liberales demócratas al número 10 de Downing Street, le expuse cuán poco representativo era el Parlamento: dos tercios de los diputados venían de un entorno profesional y tenían cuatro veces más probabilidades de haber estudiado en un colegio privado que el resto de la población. Cuando mencioné el hecho de que solo uno de cada veinte diputados era de familia obrera, se quedó realmente impresionado. «¿Uno de cada *veinte*?»

Cuando le pregunté si esto había dificultado que los políticos comprendieran los problemas de la gente de clase trabajadora, difícilmente podía disentir. «Sí, desde luego. Creo que en gran medida se ha convertido en un coto cerrado...» Para Purnell, esta apropiación del poder por parte de la clase media era el resultado de un sistema político que se ha vuelto cerrado para la gente corriente.

En vísperas de las elecciones generales de 2010, una serie de exaltados titulares afirmaba que los sindicatos estaban colocando candidatos en distritos seguros. «Los sindicatos ponen sus candidatos para empujar al laborismo a la izquierda», bramaba *The*

Times. Y sin embargo, al final solo el 3% de los nuevos diputados eran antiguos dirigentes sindicales. No hubo ningún escándalo parecido respecto al número de posibles candidatos con carreras en las City, el sector que, después de todo, era el responsable de la mayor crisis económica desde los años treinta. Uno de cada diez nuevos diputados tenía experiencia en los servicios financieros, el doble que en la victoria aplastante de 1997 que llevó al laborismo al poder. La política también se ha ido convirtiendo progresivamente en una carrera más que en un servicio: la friolera de uno de cada cinco nuevos diputados ya trabajaban en la política antes de prestar el juramento parlamentario.

Cuando se echa la vista atrás al gabinete ministerial laborista que construyó el Estado de bienestar tras los estragos de la Segunda Guerra Mundial, el contraste es casi obsceno. Los gigantes del Gobierno de Clement Attlee eran Ernest Bevin, representante británico en la escena internacional; Nye Bevan, fundador de la Seguridad Social; y Herbert Morrison, el número dos de Attlee. Todos eran de origen obrero, y empezaron su andadura como peón agrícola, minero y dependiente en una tienda de ultramarinos, respectivamente. Fueron los sindicatos y el Gobierno local quienes les proporcionaron los medios para ascender socialmente, lo que les permitió terminar como figuras políticas eminentes y respetados estadistas.

Pero echemos un vistazo al trato que recibe actualmente John Prescott, uno de los pocos miembros del nuevo laborismo de clase obrera. No hace falta suscribir su política para estremecerse ante las burlas clasistas que se le prodigan. Hijo de un guardavía, Prescott suspendió el examen de ingreso al instituto y se hizo camarero en la Marina Mercante. No obstante, rara vez se ha alabado su impresionante ascenso desde esos orígenes al puesto de viceprimer ministro. El diputado *tory* Nicholas Soames, nieto de Winston Churchill, solía pedirle bebidas en voz alta en la Cámara de los Comunes cada vez que se levantaba para hablar. Los diputados y periodistas conservadores que se han beneficiado de carísimas educaciones privadas se burlaban de su inglés a veces embrollado.

Cuando entró en la Cámara de los Lores, esa casa de reposo de la élite gobernante, el columnista más famoso del *Telegraph* se burlaba así: «No estoy seguro de que el armiño le siente bien a John Prescott.» Los comentarios dejados por los lectores del *Telegraph* en la página web del periódico eran una barra libre clasista. Uno daba una descripción hilarante que un amigo hizo de él como «el moreno Agromán del Partido Laborista». «El barón del Pastel & Las Patatas Fritas» y «Prescott es un campesino rollizo» eran otras ocurrencias, al igual que «John "ahí va una propinilla" Prescott». «Alguien tiene que servir las bebidas entre los debates», se carcajeaba otro. Prescott fue ridiculizado porque algunos opinaban que por ser de clase trabajadora mancillaba el cargo de viceprimer ministro y también la Cámara de los Lores.

La gente de clase obrera en otro tiempo accedía a la política a través de las poderosas instituciones de los sindicatos y el Gobierno local. Pero hoy en día los sindicatos están de rodillas y el Gobierno local ha sido privado de muchas de sus competencias. El exalcalde londinense Ken Livingstone lamenta la

> abolición de la estructura municipal tradicional en la que la gente de clase trabajadora salía elegida, aprendía a través de las comisiones cómo se gestionan las cosas, y luego se iba al Parlamento. Eso ha desaparecido... Hay un montón de gente que antes estaba en el Ayuntamiento de Lambeth o en el Camden que no eran unos hachas en cuestión de números y letras, pero que amaban representar a su región, y conocían el sistema y el Ayuntamiento. No necesitaban esos malditos títulos de bachillerato ni licenciaturas para hacerlo. En ese sentido las barreras para la clase trabajadora son más fuertes ahora, no porque la élite aristocrática la excluya, sino porque una especie de estrato de clase media ha introducido demasiados requisitos, normas y regulaciones.

Hoy en día tienes más probabilidades de entrar en el Parlamento si eres un exasesor especial de clase media y has estudiado en Oxford o Cambridge.

Cuando hablé con Peter, empleado de un polideportivo, resumió el escepticismo que mucha gente de clase trabajadora siente hacia

la clase dirigente. «Pienso que están en otra onda. Creo que la mayoría de los políticos son muy ricos y no entienden los problemas de la gente corriente, porque vienen de un entorno diferente. Y ya sabes, los ves en la televisión y casi todos están forrados, así que no entenderían tus problemas.»

Creía firmemente que «nunca sabrían por lo que pasa la gente corriente». Este es un aspecto fundamental para entender la demonización de las comunidades de clase trabajadora por parte de los políticos. Se debe, por supuesto, en buena medida al legado del asalto de Thatcher a la Gran Bretaña de clase trabajadora y al establecimiento de un consenso según el cual la salvación individual solo se podía lograr uniéndose a la clase media. Pero este consenso se ha establecido tan fácilmente en Westminster porque nuestras cada vez más privilegiadas clases dirigentes eran —y son— campos abonados para ideas de este tipo. Están en gran parte desconectadas de las comunidades de clase trabajadora, y no pueden imaginar a alguien que no comparta sus valores y aspiraciones de clase media. Ven fácil explicar los problemas de la clase trabajadora como consecuencias de la conducta personal, no de la estructura social del país. Ante todo, los estereotipos sobre la clase trabajadora han encontrado un público receptivo en políticos en su gran mayoría de clase media y que rara vez se han mezclado con gente de entornos menos privilegiados.

La sombra de la lucha de clases de Thatcher y la demonización de comunidades de clase trabajadora por parte tanto de los *tories* como del nuevo laborismo han tenido consecuencias drásticas. Las tendencias políticas siempre ejercen una profunda influencia en la cultura. Las repercusiones del ataque a los valores e instituciones de la clase trabajadora se han extendido por la sociedad. Al igual que Westminster, nuestros espectáculos y medios de comunicación están dominados por los sectores más privilegiados, que han estado más que dispuestos a denigrar a la clase trabajadora de la forma más grosera posible.

04

Una clase en la picota

«Treorchy, en el valle de Rhondda,
está infestado de chavs.
Aunque allí la gente ni siquiera sabe
qué es un chav, porque todos lo son.
No hay pijos, porque es un lugar de clase
trabajadora y el paro abunda.»

ChavTowns (sitio web)

En ninguna época la clase obrera ha sido respetada como es debido, y mucho menos glorificada. De la era victoriana a la Segunda Guerra Mundial, la clase trabajadora apenas se mencionaba en los libros. Y cuando aparecía, era en forma de meras caricaturas. Como dice un experto en literatura victoriana, hasta un reformista de clase media como Charles Dickens presentaba a la clase trabajadora con «las cualidades bidimensionales de los personajes de dibujos animados».[96] George Orwell señaló: «Si se analiza la clase trabajadora en la ficción, solo se ve un agujero... el proletariado urbano corriente, la gente que hace que todo siga girando, ha sido ignorado por los novelistas. Cuando al fin logran colarse en las páginas de un libro, casi siempre es para dar lástima o un toque humorístico.»[97]

Pero las cosas cambiaron después de la Segunda Guerra Mundial. El laborismo, el partido creado por la clase trabajadora para que la representara en el Parlamento, había logrado una victoria aplastante, y estaba allí para quedarse como una de las dos fuerzas políticas principales del país. Se introdujeron amplias reformas sociales para abordar los problemas de la clase trabajadora. Los sindicatos gozaban de influencia en los niveles más altos del poder. Ya no se podía ignorar a la gente de clase obrera.

«La guerra lo cambió todo», dice Stephen Frears, un director de cine que a menudo intercala temas de clase en su obra (desde

[96] P. J. Keating, *The Working Classes in Victorian Fiction*, Londres, 1971, p. 21.
[97] George Orwell, *A Collection of Essays*, Nueva York, 1953, p. 57.

las primeras adaptaciones televisivas de las obras teatrales de Alan Bennet al clásico de 1985, *Mi hermosa lavandería*). «Las novelas empezaron a tratar de las clases trabajadoras. Lo mismo ocurrió con las obras de teatro. Todo eso me parecía muy interesante.» Para alguien de clase media como Frears, esto fue una experiencia profundamente liberadora, a la que él se refiere como su «emancipación». «De repente había todo un grupo de gente al que nunca antes se había escuchado... Antes la atención se había centrado en un abanico muy reducido de temas en Gran Bretaña, básicamente los que vivían la vida de las clases altas o medias y todo eso. Así que, de repente, el mundo se volvía más interesante.»

Un auténtico hito fue el estreno de *Coronation Street* en ITV en 1960. Por primera vez una serie de televisión giraba en torno a personajes realistas y reconocibles de clase trabajadora y miraba cómo vivían. Llegó al público, y en apenas unos meses atrajo a más de 20 millones de espectadores. Se sumó a la ola del llamado realismo del Norte, un nuevo género cinematográfico que exploraba la realidad de la vida de la clase trabajadora. *Saturday Night and Sunday Morning*, *A Taste of Honey*, *Room at the Top* y *Cathy Come Home* fueron algunos ejemplos clásicos. Mientras que las estrellas de algunos programas favoritos del público como *The Likely Lads* eran gentes de clase obrera, la clase media podía ser objeto de burla en *The Good Life* y otras series. Hubo incluso una popular telecomedia en los años setenta —*The Rag Trade*— sobre mujeres sindicalistas que se enfrentaban a sus jefes y siempre ganaban. Todavía en los años ochenta se escribían programas clásicos de televisión sobre simpáticos personajes de clase trabajadora, como *Only Fools and Horses* y *Auf Wiedersehen, Pet*.

Esto no significa que el retrato de la vida de la clase trabajadora fuera siempre del todo realista. «Creo que había muchísima idealización de la clase trabajadora y de sus comunidades, digamos veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años atrás», dice el historiador David Kynaston. «Si se piensa en la representación de la clase trabajadora en las películas del periodo inmediatamente posterior a la guerra, suelen mostrar a la gente de clase trabajadora como una especie de bufones, pero no como malvados o desagradables. Era más bien unidimensional. Puede que fueran rudos, pero no

mala gente.» El exlíder laborista Neil Kinnock está de acuerdo: «Durante muchísimo tiempo, desde luego en gran parte del siglo XX, la clase trabajadora fue idealizada por un pequeño número de influyentes intelectuales, gente de las artes y la educación. O si no, se la trataba con condescendencia.»

Había un gran salto entre ser tratada con condescendencia o con desprecio. El cambio llegó con el advenimiento del thatcherismo y su asalto a lo que podría llamarse «ser de clase trabajadora»: valores, instituciones, industrias y comunidades de clase obrera. «El gran cambio en su representación —y es una cuestión obvia pero completamente cierta— sin duda consiste en que, a partir de los años ochenta, empieza a ser posible despreciar a la clase trabajadora en los medios de comunicación, como así ocurrió... de un modo irrespetuoso y absolutamente cruel», como explica David Kynaston.

Entre los primeros ejemplos de estas visiones que se iban filtrando en la cultura popular estaban dos personajes inventados por el cómico Harry Enfield, Wayne y Waynetta Slob. Aparecidos por primera vez en 1990, se les podría considerar «proto*chavs*»: irresponsables, deslenguados, dependientes de las prestaciones y sucios. Cuando Waynetta (una «proleta de pesadilla», como dijo un periodista en 1997)[98] se queda embarazada, por ejemplo, la pareja discute si llamar a su futuro hijo «Cenicero». Aún hoy, los medios usan con entusiasmo a Waynetta Slob de modelo para atacar a colectivos de clase trabajadora. «Aumentan las "Waynettas". El triple de mujeres que de hombres cobran prestaciones por enfermedad bajo el nuevo laborismo», clamaba un reciente titular del *Daily Mail*. Debajo de la imagen de una Waynetta Slob de aspecto grasiento con su bebé en brazos venía el sesudo pie de foto: «El tipo de gente parodiado por Waynetta Slob, el personaje de Harry Enfield, han [*sic*] aumentado.»[99]

---

[98] Andrew Billen, «Meet the romantic lead in the new Merchant-Ivory film. (Just kidding)», *Observer*, 5 de enero 1997.

[99] Periodista del *Daily Mail*, «Rising toll of Waynettas ...», *Daily Mail*, 14 January 2010.

Pero fue la aparición del fenómeno *chav* lo que agrupó prejuicios antes dispares contra la gente de clase trabajadora. La página web «ChavScum» (escoria *chav*) se inauguró a finales de 2003 con una coletilla que decía: «La subclase de palurdos británicos que está invadiendo nuestros pueblos y ciudades.» En su versión actual, «ChavTowns» (ciudades *chavs*), los lectores compiten en dar caña a los *chavs*: las entradas pueden ser simples, como «escoria de municipios mierderos» que vive en «viviendas de protección oficial», por ejemplo. Otra se centra en los *chavs* del pueblo de Leek, que «pasan el día en la caja de Aldi o trabajando en la deliciosa fábrica de queso Kerrigold. La mayor ambición que se ha visto en el pueblo salió en primera plana del *Leek Post* y del *Times* cuando una madre de 15 años con 17 hijos hizo un comentario de pasada sobre, tal vez, trabajar algún día en la barra de la tienda del *delicatessen* de Morrisons».

Las empleadas del supermercado de Winchester no salen mucho mejor paradas: «Hasta cuando están en la caja, el cliente sigue siendo invisible mientras ellas charlan de embarazos a los catorce, y de cómo "Cristal se emborrachó el viernes por la noche, y se fue a casa con el cabrón de Tyrone", etc., y así *ad nauseam*.»

Hay libros enteros dedicados a este género. Durante mucho tiempo, *El pequeño libro de los chavs* de Lee Bok estuvo expuesto en los mostradores de la desaparecida cadena de librerías Borders. Su última edición se jactaba de haber vendido más de 100.000 ejemplares y haber tenido ocho reimpresiones. Hasta contenía una lista de «profesiones *chavs*» para ayudar a identificarlos. Si eras una *chavette*, serías aprendiz de peluquera o de esteticista, limpiadora o camarera. Los *chavs* trabajan de piratas de la construcción, instaladores de tejados o fontaneros; también podían ser reponedores de supermercado, mecánicos o guardas de seguridad. Se podía ver a ambos sexos en las cajas de cadenas de supermercados baratos como Lidl, Netto o Aldi, o currando en un restaurante de comida rápida.[100] La igualmente ponzoñosa secuela, *La guía chav para la vida*, revelaba que, además de ser «ruidosos

[100] Lee Bok, *The Little Book of Chavs: The Branded Guide to Britain's New Elite*, Bath, 2004.

y de clase baja», «la mayoría de los *chavs* viene de familias con pocos recursos de clase trabajadora que viven en pisos de protección oficial y obtienen su dinero del paro».[101]

Los creadores del sitio web ChavScum *pub*licaron su propia contribución literaria al odio a los *chavs*. En *Chav: guía de uso de la nueva clase dirigente británica*, Mia Wallace y Clint Spanner ofrecen consejos para «identificar a un *chav* en la espesura». Los *chavs*, ya se sabe, son como animales. «El último grito en ropa de imitación de los mejores diseñadores, prendas deportivas de marca y accesorios para morirse, "baratijas" (joyas) increíblemente estrafalarias de oro de nueve quilates, todo eso está en este juego de puntos pensado para que se divierta toda la familia.» Una *chavette* era considerada «una rareza estéril por su comunidad más próxima» si no había tenido un hijo antes de cumplir los diecisiete. El canal preferido de la televisión *chav* era «ITV Chav... en el que un *chav* sabe que nunca sentirá ningún estímulo, ni reto, ni *ná*». A no ser que vea *This Morning*, porque «con sus ligeras aspiraciones de clase media puede dar un poco de miedo». Y lo peor de todo: los niños *chavs* amenazaban con hundir a niños decentes en colegios a lo largo y ancho del país.

> Antes había un estigma asociado a comer gratis en el colegio, y algunas familias muy pobres preparaban a sus hijos la comida para que la llevaran al colegio en vez de aceptar esa prestación. Sin embargo, al cambiar la balanza en los colegios y debido a que muchos de los alumnos ahora vienen de un entorno *chav*, comer gratis es de rigor. Algunos chicos que no son *chavs* ahora se sienten incómodos a la hora de pagar una comida, y pueden ser agredidos por ser unos «pijos» si lo hacen.[102]

Cuando el odio a los *chavs* emergió con fuerza en la cultura dominante en 2004, encontró seguidores en la prensa mayoritaria. Jemima Lewis, periodista del *Telegraph*, respondió al sitio web

[101] Lee Bok, *The Chav Guide to Life*, Bath, 2006, pp. 11, 12.

[102] Mia Wallace y Clint Spanner, *Chav!: A User's Guide to Britain's New Ruling Class*, Londres, 2004, pp. 14, 51–2, 75, 235.

ChavScum con una columna titulada «En defensa del esnobismo.» «Las dos variantes del esnobismo —tradicional o invertida—[103] tienen sus peligros, pero, puestos en una balanza, prefiero la primera», escribió, sin sátira alguna. «Esto se debe en parte a que soy de clase media y preferiría que no se burlaran de mí por ello. Pero también a que el esnobismo tradicional al menos aspira a algunas metas valiosas: educación, ambición, cortesía.»[104] Odiar a las clases bajas era bueno para ellas, ese era el meollo de su argumento: les hacía aspirar a escapar de su deplorable situación y aprender algunos modales.

Para aquellos de sus lectores que estuvieran desconcertados por el fenómeno *chav*, el *Daily Mail publicó* un práctico «Los *chavs* de la A a la Z». *T de Título de bachillerato avanzado*: «Algo que ningún *chav* tendrá jamás». *M de Menor de edad*: «Lo que son todas las *chavs* en el momento de su primera experiencia sexual». La promiscuidad sexual de las *chavettes*, una de las grandes obsesiones de los que odian a los *chavs*, está encapsulada en el siguiente «chiste» del *Mail*: «¿En qué se diferencia una *chavette* del gran duque de York? Pues en que el duque de York solo tenía 10.000 hombres.» Y, por supuesto, los *chavs* eran ridiculizados por sus trabajos mal pagados. «¿Qué dices a un *chav* cuando está trabajando? Un Big Mac y patatas fritas, por favor, colega.»[105] Otro artículo de la misma periodista sugería que Gran Bretaña estaba siendo invadida por los *chavs*. «Algunos los llaman escoria. Los sociólogos los llaman la subclase. Se llamen como se llamen, se están haciendo con todo el país.»[106]

Los etiquetados como *chavs* empezaron a ser frecuentemente ridiculizados por no satisfacer altos estándares de clase media en su forma de vestir o comer. El famoso cocinero Jamie Oliver ha sido justamente aplaudido por su cruzada por incluir comida saludable en el menú escolar británico. Pero esta fue una campaña deslucida por las muestras de desaprobación hacia los hábitos

[103] «Inverted snobbery»: Esnobismo del que intenta identificarse con gente de una clase social supuestamente inferior a la suya. *(N. del T.)*

[104] Jemima Lewis, «In defence of snobbery», *Daily Telegraph*, 1 de febrero 2004.

[105] David Thomas, «A to Z of Chavs», *Daily Mail*, 20 de octubre 2004.

[106] David Thomas, «I'm a Chav, get me out of here», *Daily Mail*, 12 de febrero 2004.

alimenticios de las clases bajas. En su programa del Canal 4, Oliver se refirió a los padres que no se sentaban a la mesa para cenar como «lo que hemos aprendido a llamar "basura blanca"». Ciertamente, su serie de televisión *Las comidas escolares de Jamie Oliver* se centraba en «zonas deprimidas donde las madres pasaban apuros para alimentar a sus hijos con el poco dinero que tenían».[107] Jonathan Ross le preguntó en la BBC1: «¿Alguna vez has pensado que a ciertas personas no se les debería permitir ser padres? Gente de viviendas sociales, por ejemplo». Fue un «chiste» muy festejado.[108]

Lo mismo puede decirse del consumo de alcohol. Cuando el ministro de Sanidad, sir Liam Donaldson, hizo públicas unas directrices recomendando que los niños de menos de quince años no probaran el alcohol, el periodista del *Daily Telegraph* James Delingpole se puso hecho una furia. Sir Liam había tenido la osadía de sugerir que ofrecer pequeñas cantidades de vino a chavales muy jóvenes era una «obsesión de la clase media». Pero Delingpole pensaba que estaba apuntado al «objetivo equivocado». «Todos sabemos dónde están los problemas más serios de alcoholismo infantil en Gran Bretaña: en zonas deprimidas y en hogares rotos en los que pilluelos indisciplinados beben de forma habitual mezclas de refresco y alcohol y latas de cerveza de alta graduación antes de haber llegado a la adolescencia.»

Se había atacado a las clases medias porque eran un «blanco fácil», mientras se exoneraba a los verdaderos culpables porque, «aun en el caso de que fueran capaces de leer un periódico, les daría lo mismo». No importaba que un estudio del Centro Nacional de Investigación Social descubriera que los niños de familias acomodadas eran los más bebedores, y que los adolescentes con padres desempleados tenían menos probabilidades de haber probado siquiera el alcohol. «Esto parece indicar que quizá es menos probable que los jóvenes de extracción social muy baja prueben el alcohol, posiblemente porque es menos probable que lo puedan

[107] Brendan O'Neill, «Roasting the masses», *Guardian*, 27 de agosto 2008.

[108] Johann Hari, «Jaded contempt for the working class», *Independent*, 22 de enero 2007.

conseguir en casa», dijeron los investigadores.[109] Pero Delingpole se limitaba a desarrollar el estereotipo de que mientras que las clases medias consumían alcohol de forma respetable y refinada, las clases bajas se pasaban el día dando tumbos en un sopor etílico. Era su estilo de vida el que había que regular, no el de la civilizada clase media.

Los periodistas de clase media también se sentían ofendidos por los malos modales de los *chavs*. De hecho, tanto es así que utilizaron sus bien pagadas columnas para lanzar ataques arrogantes contra gente que no tenía una tribuna para defenderse. Janet Daley, del *Daily Telegraph*, siente especial aversión por la plebe. Ni siquiera puede ir al teatro sin que «una pandilla de *chavs* escandalosos y borrachos interrumpan la función y tal vez te amenacen si les llamas la atención». Entretanto, la National Gallery había sido inundada por una «barricada humana de vagabundos y exhibicionistas amantes de la juerga».

A Daley le preocupaban especialmente los «gamberros» que, al irse de vacaciones, la obligaban a «huir a regiones del extranjero ignoradas por los vándalos». Lo que más le perturbaba era que esa gente no fuera «ni pobre ni desempleada. De hecho, la mayoría tenía el tipo de trabajos que antiguamente se describían como «de respetable clase trabajadora». Lo cierto era que unos brutos de clase trabajadora estaban arruinando las vacaciones de gente sensible y superior como ella misma. Daley quería que las clases medias civilizaran a las clases bajas, pero se veían impedidos a hacerlo. «Es la culpa burguesa lo que impide actuar a los que deberían imponer patrones: los socialmente privilegiados simplemente se amilanan y se niegan a intervenir por medio a parecer que desprecian a los menos afortunados que ellos.»[110] Las buenas maneras pertenecían a las clases medias, y ya era hora de ajustar cuentas con los impertinentes *chavs*.

[109] Rachel Williams, «Affluent teenagers drink more, study shows», *Guardian*, 24 de junio 2010.

[110] Janet Daley, «The real reason for all those louts on holiday», *Sunday Telegraph*, 9 de agosto 2009.

Los nacidos y criados en las clases medias no son los únicos responsables. Algunos de origen obrero y que han alcanzado riqueza y éxito contra todo pronóstico se han dicho a sí mismos: «Si yo puedo hacerlo, cualquiera con el talento y la determinación necesarios también puede.» Véase John Bird, el fundador de *Big Issue*.[111] «Yo soy de clase media. Escapé de la clase trabajadora en cuanto pude», dijo una vez. «La clase trabajadora es violenta y soez, pega a sus mujeres y yo odio su cultura.»[112] John Bird no es ni mucho menos el único ejemplo de persona adinerada que antes pertenecía a la clase trabajadora y ahora escupe a los que ha dejado atrás. Uno puede pensar que ha «escapado» simplemente por su excepcional talento y habilidades personales, y que los que no han salido adelante solo pueden culparse a sí mismos.

Estaría bien desechar el odio a los *chavs* como una psicosis limitada a columnistas vocingleros de derechas. Pero hay un tipo de odio a los *chavs* que se ha convertido en una «intolerancia progresista». Los intolerantes progresistas justifican su prejuicio contra un colectivo en razón de la supuesta intolerancia de este. La «racialización» de la gente de clase trabajadora como «blanca» ha convencido a algunos de que pueden odiar a los *chavs* y seguir siendo progresistas. Justifican su odio a la clase trabajadora blanca centrándose en su presunto racismo e incapacidad para integrarse en la sociedad multicultural. «Es una de las formas en que la gente ha hecho de su esnobismo algo socialmente aceptable», dice el periodista Johann Hari: «Actuando como si estuviera defendiendo a los inmigrantes de los "ignorantes" blancos de clase trabajadora.»

Al definir la clase trabajadora blanca en términos de etnicidad más que por la clase social, los progresistas que odian a los *chavs* adscriben sus problemas a factores culturales más que económicos. El problema está en cómo viven, no en el modo injusto en que está estructurada la sociedad. Si la clase trabajadora blanca está oprimida, se debe a su propia dejadez. Al tiempo que un

[111] Revista de actualidad y entretenimiento que financia programas para las personas sin hogar. Sería algo así como *La Farola* británica. *(N. del T.)*

[112] Michael Odell, «This much I know: John Bird», *Observer*, 27 de agosto 2006.

progresista contrario a los *chavs* admite que la discriminación generalizada de grupos minoritarios explica problemas como la pobreza e incluso la violencia, cree que los blancos de clase trabajadora no tienen esas excusas.

«Se supone que la clase trabajadora "real" debe ser blanca, poco educada, "con aspiraciones de riqueza", intolerante y fácil de convencer», dice el destacado líder sindicalista Billy Hayes, nacido en un barrio de protección oficial de Liverpool. Muchas de estas caricaturas aparecieron en la temporada de *White* (blancos), una serie supuestamente bienintencionada dedicada a la clase trabajadora blanca que se emitió en 2007. En realidad, se limitaba a fomentar la imagen de los blancos de clase trabajadora como un residuo obsesionado con la raza y votante del BNP. Sus problemas no eran presentados como económicos (se ignoraban cosas como la vivienda y los puestos de trabajo, que afectan a gente de clase trabajadora de todos los colores) y se les describía simplemente como una cultura minoritaria amenazada por la inmigración masiva. «La temporada de *White* analiza por qué algunos se sienten cada vez más marginados y explora las posibles razones que están detrás del aumento de popularidad de políticos de extrema derecha en algunos sectores de esta comunidad», anunciaba el tráiler de la BBC.[113]

Pero el tráiler de la serie lo decía todo: unas manos de piel oscura garabateaban en la cara de un blanco con un rotulador negro hasta que este desaparecía al fondo. Acompañando al tráiler venía la pregunta: «¿Se está volviendo invisible la clase trabajadora blanca?» Ahí estaba: todos sus problemas reducidos a la cuestión racial. Entre los indignados por este sesgo estaba la reportera de la BBC Sarah Mukherjee, una mujer de origen asiático que creció en un barrio de protección oficial mayoritariamente blanco en Essex. La serie dejaba un «mal sabor de boca», decía. «Al escuchar las

[113] Sin firma, «BBC to explore Britain's white working class», *Daily Telegraph*, 21 de noviembre 2007.

condescendientes conversaciones en algunas redacciones, se diría que la clase trabajadora blanca británica está a un paso de la anarquía, bebe hasta perder el conocimiento y solo hace una pausa para cobrar prestaciones y pegar a unos cuantos negros y asiáticos.»

Como ejemplo de cómo puede justificarse el vapuleo a los *chavs* por motivos antirracistas, véase una columna escrita por la periodista Yasmin Alibhai-Brown. «Los inmigrantes de hoy y de ayer que pagan sus impuestos mantienen a ociosos parásitos británicos que están sentados en sus sillones bebiendo cerveza y mirando la televisión», afirmaba. «A nosotros [los inmigrantes] se nos desprecia porque no dejamos escapar las oportunidades que esos vagos desechan.»[114] En otra columna titulada «Ahórrame las lágrimas por la clase trabajadora blanca», critica duramente a los que se resisten a llamarlos racistas.

> Los blancos de clase trabajadora provocaron disturbios raciales a lo largo de los años cincuenta y sesenta; excluían a los «negros» de las tabernas y cantinas del trabajo. ¿Quiénes apoyaban a Oswald Mosley y a Enoch Powell? Los que han sido privados de sus poderes nos han usado para dar salida a su odio innato contra los poderosos.[115]

Alibhai-Brown se considera una escritora de izquierdas, y, sin embargo, utiliza alegremente una perversión del antirracismo para fustigar a los blancos de clase trabajadora. Eso es dar caña a los *chavs* desde la intolerancia progresista en su máxima expresión. Una serie de la BBC presentada por Evan Davis explotaba sentimientos similares. *El día que se fueron los inmigrantes* tenía el loable objetivo de demostrar que los trabajadores inmigrantes realmente no «venían a quitarnos el trabajo». Pero, tras hacer que once parados de larga duración se apuntaran a hacer trabajos (a menudo chapuceramente, o sin tan siquiera presentarse) que

[114] Yasmin Alibhai-Brown, «God bless the foreigners willing to do our dirty work», *Independent*, 23 de agosto 2006.

[115] Yasmin Alibhai-Brown, *Independent*, 5 de enero 2009.

suelen realizar los inmigrantes, el programa lo presentaba como un caso de estudio de cómo los desempleados británicos de clase trabajadora son descuidados e irresponsables. El programa de una hora, con sus ejemplos selectivos, en última instancia parecía demostrar que, en realidad, los británicos no tenía trabajo por su propia y abyecta vagancia.

La columnista Janet Daley está entre los que han justificado de forma perversa el varapalo a los *chavs* como una defensa de las minorías étnicas. Al relatar una riña con lo que describió como un «sociópata inglés de clase trabajadora» (sus coches quedaron enganchados y él le gritó un poco antes de arrancar), lanzó una diatriba contra la «violencia de la clase trabajadora». Los británicos de clase trabajadora eran, decía, un «sector de la población que se odia a sí mismo y es autodestructivo». En contraste, alababa la «religión, la dignidad cultural y el sentido familiar» que habían traído las minorías étnicas. Lo único que frenaba su avance, decía, era «el odio ciego de las clases trabajadoras nativas, que las odiaban precisamente por su integridad cultural... Temo que mucho después de que Gran Bretaña se haya convertido en una exitosa sociedad multirracial, sea asolada por este menguante (pero cada vez más alienado) detritus de la Revolución Industrial».[116] Desde luego es una manera creativa de justificar el odio a la gente de clase trabajadora. Pero claro, Janet Daley no es simplemente una esnob: es una luchadora de clase.

Otro mito empleado para sustentar el odio a los *chavs* es la idea de que la vieja y decente clase trabajadora ha muerto, dejando unos restos sin ninguna brújula moral. En una columna del *Daily Mail*, Amanda Platell, exredactora de discursos del secretario de Asuntos Exteriores de la actual Coalición, William Hague, culpaba a los «mezquinos valores» de estos restos por su situación. «Cuando se trata de buscar la causa real por la que tanta gente de clase trabajadora fracasa en los estudios, gana menos y muere antes, la culpa se ha de buscar en otra parte, en el incontable número de padres irresponsables.» Incluso llamó a las madres de clase trabajadora «madres chabolistas». Como parte de su argumento de

[116] «The Janet Daley column», *The Times*, 2 de junio 1994.

que eran personalmente responsables de su situación, decía: «La clase trabajadora de antes tenía un enorme respeto por sí misma. Los hombres, por pobres que fueran, llevaban traje y corbata. Las mujeres fregaban los escalones de la entrada. No verías a madres cocinando en pijama, y mucho menos en público.»[117]

Como dice Rachel Johnson (directora de *Lady* y hermana de Boris Johnson): «Lo que tenemos son unos medios de comunicación dirigidos por las clases medias, para las clases medias y de las clases medias, ¿no?». Ha dado en el clavo. Los periodistas que han promovido el odio a los *chavs* vienen de entornos restringidos y privilegiados. Incluso periódicos cuyos lectores son en su mayoría de clase trabajadora se suman al juego. Kevin Maguire me habló de un día de trabajo fuera de la redacción del *Sun* en que los periodistas se vistieron de *chavs*. Ríete con sus venenosas columnas, claro que sí, pero sé consciente de que te estás regodeando en el desprecio de los privilegiados hacia los menos afortunados. En el clima actual de odio a los *chavs*, los luchadores de clase de Fleet Street pueden al fin salir abierta y flagrantemente impunes: caricaturizar a la clase trabajadora como estúpida, ociosa, racista, promiscua, sucia y aficionada a la ropa vulgar. Nada bueno parece emanar de la clase trabajadora británica.

Este odio a los *chavs* se ha convertido en una moda entre los jóvenes privilegiados. En universidades como Oxford, estudiantes de clase media organizan «fiestas *chavs*» en las que se visten como esta caricatura de la clase trabajadora. Entre los que se burlaban de esta estética estaba el príncipe Guillermo, uno de los jóvenes más privilegiados del país. En una fiesta temática de disfraces sobre el mundo *chav* que marcaba el final de su primer trimestre en Sandhurst, se puso una camiseta holgada y joyas llamativas, además de la imprescindible «gorra de béisbol». Pero cuando los demás cadetes le pidieron que «pusiera acento *chav* y dejara de hablar como un miembro de la realeza», fue incapaz. «Guillermo en realidad no es el cadete que habla más pijo, pese a su herencia familiar, pero se esforzó por lograr un acento de clase trabajadora», dijo un

[117] Amanda Platell, «It's shabby values, not class, that are to blame for society's ills», *Daily Mail*, 30 de enero 2010.

cadete al *Sun*.[118] Bienvenidos a la Gran Bretaña del siglo XXI, donde los miembros de la realeza se visten de sus súbditos de clase trabajadora para echarse unas risas.

Para hacerse una idea más detallada de lo que significa el fenómeno *chav* para los jóvenes de entornos privilegiados, tuve una charla con Oliver Harvey, exalumno de Eton y presidente de la Asociación Conservadora de Oxford. En las actitudes «"de las clases medias" hacia lo que se habría llamado la "clase trabajadora", la denominada cultura *chav*, todavía hay que considerar la clase como una parte importante de la vida británica», dice. *Chav* es una palabra que Harvey oye a menudo circular bajo las agujas de ensueño de Oxford.[119] «Uno pensaría que aquí la gente es culta, pero es algo que les sigue haciendo gracia.» A diferencia de otros estudiantes, no le gusta el término por su connotación clasista: «Creo que muestra una actitud condescendiente y bastante insultante. Es una palabra empleada por gente afortunada para hablar de otros que lo son menos... Desgraciadamente, ahora es un término muy popular que se ha trasplantado a la conciencia cotidiana de la gente.»

Un lugar como Oxford es campo abonado para el odio a los *chavs*. Casi la mitad de sus estudiantes han ido a colegios privados, y hay poquísimos alumnos de clase trabajadora estudiando en esta universidad. Eso ayuda a destapar la verdad que se esconde tras el fenómeno: aquí hay gente privilegiada con poco contacto con los que están por debajo en la escala social. Es fácil caricaturizar a gente que no comprendes. Y de hecho, muchos de estos estudiantes deben su plaza en Oxford a las condiciones privilegiadas que les permitieron costearse una educación superior. Qué tranquilizador pretender que aterrizaron en Oxford por su propio talento, y que los más desfavorecidos socialmente están ahí porque son brutos, irresponsables o algo peor.

Y sin embargo, la burla descarada es un fenómeno reciente, sobre todo porque hasta hace bastante poco muchos estudiantes se avergonzaban de sus privilegios. «Ser un estudiante de clase media hace solo veinte años comportaba tal estigma social que

[118] Duncan Larcombe, «Future bling of England», *Sun*, 10 de abril 2006.

[119] Oxford es conocida como «la ciudad de las agujas de ensueño». *(N. del T.)*

muchos licenciados cuarentones recuerdan haber fingido un acento proletario durante toda su educación universitaria», dice la periodista del *Guardian* Decca Aitkenhead. «Sin embargo, ahora una fiesta temática muy popular entre los estudiantes consiste en vestirse de *chavs*, tipos de clase trabajadora con afición pero sin presupuesto para Burberrys, cuyas ideas de grandeza proveen material para la mitad de los chistes en el campus hoy en día.»[120]

Una batida por Internet revela los preocupantes niveles que el odio a los *chavs* ha alcanzado en la sociedad en general. Un vídeo de YouTube con cerca de un millón de visitas propone enviar a los *chavs* a la luna. «Pero, de todos modos, a quién le importaría si todos los *chavs* fueran a donde no hay Kentucky Fried Chicken ni McDonald's ni calles comerciales», canturrea alegremente una voz. Antes de que terminaran retirándola, una página de Facebook con casi 750.000 miembros se titulaba «4.000 *chavs* mueren al año por alcohol de garrafón. Todo ayuda, por poco que sea:)». Si tecleas «matar *chavs*» en Google, obtendrás miles de resultados: como «5 maneras de matar a un *chav*» y «El Anti*chav* —Mata a la escoria *chav* ahora». Hasta hay un juego llamado «El cazador de *chavs*» en el que puedes dispararles. «El cazador de *chavs* consiste en matar a esos putos gitanos que visten como raperos de los años ochenta. Como los francotiradores, apunta a la cabeza», recomienda.

Pero el fenómeno *chav* tiene implicaciones siniestras más allá de revelar el creciente odio dentro del sistema de clases británico. A principios de 2009, Ralph Surman, un profesor de Nottingham, lanzó una diatriba contra lo que llamaba «una clase de súper*chavs*. No hacen nada productivo y cuestan una fortuna a los contribuyentes». Sabía exactamente a quién culpar: «Los hijos de la primera gran generación de madres solteras eran niños en los años ochenta. Ahora son adultos con sus propios hijos, y los problemas están llevando a índices de delincuencia más altos y a una participación más baja en el mercado laboral.»[121] Este rechazo a amplios sectores de la juventud puede tener resultados nefastos. «El

[120] Decca Aitkenhead, «Class rules», *Guardian*, 20 de octubre 2007.

[121] Nick Britten, «Britain has produced unteachable "uber-chavs"», *Daily Telegraph*, 9 de febrero 2009.

nacimiento de *chavs* como los parodiados por cómicos como Catherine Tate puede dejar a la gente de clase trabajadora con la sensación de que se la ridiculiza y trata con condescendencia», escribe la periodista Hannah Frankel en un inteligente artículo sobre el enfoque del sistema educativo hacia la clase trabajadora.[122]

El personaje cómico de Catherine Tate, una adolescente holgazana con problemas de actitud y un latiguillo enervante (¡Y a mí qué!), solo era un ejemplo de cómo el vapuleo a los *chavs* se ha convertido en el entretenimiento nacional. Han aparecido programas de telerrealidad, de *sketches* y hasta películas dedicadas a ridiculizar a la Gran Bretaña de clase trabajadora. El «entretenimiento *chav*» ha reforzado la imagen dominante de la clase trabajadora como intolerante, vaga y agresiva, incapaz de cuidar de sí misma y mucho menos de sus hijos. «Por un lado se les sirve como entretenimiento, ya sabes, *Wife Swap* ("Intercambio de esposas") y cosas así», dice el diputado laborista Jon Cruddas. «Y al mismo tiempo se le ha de temer por esta idea de un país sin ley y con ASBOs que está a las puertas.» Los fanáticos de la Gran Bretaña privilegiada verdaderamente han puesto a una clase entera en la picota.

El mundo de la telerrealidad debe de haber sido una experiencia sobrecogedora para la difunta Jade Goody, una enfermera dental de veintiún años oriunda de Bermondsey. Antes de entrar en la casa de *Gran Hermano*, su vida había sido de una dureza desgarradora. Cuando tenía un año, su madre echó de casa a su padre yonqui por esconder armas debajo de su cuna. Cuando vio por primera vez *Trainspotting* en el cine, vomitó cuando el personaje de Ewan McGregor se inyectaba heroína. «Las caras que pone son las mismas que ponía mi padre», decía. Recordaba la primera vez que lio un porro a su madre, con solo cuatro años. Cuando su madre quedó discapacitada por un accidente de moto, Jade tuvo que cuidar de ella. «Perder el brazo fue exasperante para mi madre, y como resultado de eso me pegaba a menudo.»

[122] Hannah Frankel, «From the other side of the tracks», *Suplemento de educación del Times*, 30 de octubre 2009.

Por haber nacido de padre mestizo —«por eso tengo los labios tan grandes»— sufrió insultos racistas tanto en el colegio como en el barrio. «Mi madre se peleó con un montón de mujeres que vivían en nuestro bloque porque pensaba que estaban llenas de prejuicios», decía, y su madre la sacó del colegio por motivos similares. Trabajó en varias tiendas antes de conseguir trabajo como auxiliar dental. Pero, con 3.000£ del alquiler pendientes de pagar, se enfrentaba al deshaucio de su piso de protección oficial y a una posible pena de prisión por impago de impuestos. Eso fue hasta 2002, cuando envió un vídeo promocional de sí misma al nuevo programa de telerrealidad del Canal 4, *Gran Hermano*.[123]

Habrá pocos episodios tan vergonzosos en la historia reciente de los medios de comunicación británicos como el acoso a Jade Goody. La concursante más joven reaccionó mal a la claustrofóbica presión del programa. Comía y bebía para aguantar el estrés, se lio con uno de los concursantes y la acosaron hasta que salió desnuda en la televisión nacional (algo que los productores se aseguraron de resaltar en el montaje de los mejores momentos). Los medios de comunicación la despreciaban. Calificada de «cerda», fue ridiculizada sin piedad por no saber qué era un espárrago (¡qué horror!) y preguntar si «East Angular»[124] estaba en el extranjero. «¡Votad para que se vaya la cerda!», reclamaba el *Sun*, que también se refería a ella como «puerca». Otros le dedicaban lindezas tales como «asquerosa verdulera» o «la mujer elefante». A medida que la campaña se iba convirtiendo en una histérica caza de brujas (de hecho, en uno de los titulares se leía: «¡Echad a la bruja!»), miembros del público esperaban a la salida de los estudios con carteles que decían: «¡Quemad a la cerda!».

Es llamativo que nadie pudiera dar la vuelta a esa avalancha de odio. Pero ella pudo. Su enternecedora y casi ilimitada sinceridad, su desprecio por los modales de la sociedad «respetable» y su infancia atormentada poco a poco le granjearon el cariño de

[123] Jade Goody, *Jade: My Autobiography*, Londres, 2006, pp. 23, 31, 41, 58.

[124] Jade Goody se refiere a la región inglesa de East Anglia como «East Angular». De ahí las burlas. *(N. del T.)*

millones de espectadores. Cuando regresó al mundo de la telerrealidad, participó en el *Gran Hermano* de los famosos. Luego vino la siguiente oleada de resentimiento anti-Jade.

Junto a Jade Goody aparecía Shilpa Shetty, una actriz india de Bollywood de familia bien. Jade le cogió una ojeriza evidente, y estalló una guerra abierta entre las dos. Fue una disputa muy malentendida. Shilpa sugirió que Jade necesitaba «clases de dicción». Cuando Jade dijo injustamente a la actriz india que «volviera a los suburbios» —una frase malinterpretada como intencionadamente racista—, la estaba atacando por ser lo que Jade describía como «una princesa pija y vanidosa» que debería ver cómo era la vida real. «En última instancia nos peleábamos porque éramos de clases diferentes», diría más tarde. «¿Quién coño te crees? No eres la Princesa del País de Nunca Jamás», gritó a Shilpa cuando intentó tirar un pollo cocido por el inodoro. Otros famosos del programa, como la modelo Danielle Lloyd, sufrieron menos oprobio mediático pese a llamar «perra» a Shetty y decirle que «se fuera a su puta casa». Pero las referencias indudablemente estúpidas y con tintes racistas a la actriz como «Shilpa Poppadom» contribuyeron a desatar una virulenta campaña mediática.

«FINURA CONTRA BASURA» bramaba el *Daily Express*. El periódico se ensañó con «la porcina Jade Goody» y lamentó que «la señorita Shetty, una gran estrella en la India, se haya visto obligada a sufrir el tipo de acoso que suele darse en zonas deprimidas... Estamos quedando en evidencia delante de todo el mundo por los gustos de la semianalfabeta Jade y sus desagradables cómplices». El *Express* estaba indignado porque le parecía que una chica fea y obtusa de familia pobre estaba atacando a una mujer guapa y rica. «Jade y sus aliados claramente se sienten amenazados por la presencia de una mujer de un estrato social muy diferente al suyo», decía.[125] Simon Heffer atacó a Goody por permitirse «la única forma de intolerancia que la ley no castiga actualmente: odiar a tus superiores sociales». Cuestionó por qué el Canal 4 tenía que utilizar *Gran Hermano* para emitir los «aspectos repulsivos» de la sociedad «cuando podemos

[125] Paul Callan, «LEADER: How can bosses defend the show that shames us?», *Daily Express*, 19 de enero 2007.

verlos fácilmente por nosotros mismos, si queremos, paseando durante media hora por el barrio de protección oficial más cercano».[126] Hasta Stuart Jeffries en el progresista *Guardian* no pudo evitar definir el enfrentamiento como un choque «entre una británica blanca, bruta y fea y una mujer india imperturbablemente digna». Incluso criticó el inglés chapucero de Jade y propuso que empleara su fortuna en recibir «educación especial».[127] Pero mientras Stuart Jeffries estaba estudiando en la Universidad de Oxford, el padre heroinómano de Jade Goody escondía armas debajo de su cuna.

Andrew Neil sugirió en la BBC que solo era una más «de las muchas Vicky Pollards» y «zorras obtusas» que llenaban las pantallas de televisión. Richard Littlejohn la describió como la «Suma Sacerdotisa de la Chusmacracia», y otros la presentaron como «una muestra de la subclase británica». En un programa de la BBC con llamadas de los espectadores, fue descrita como «una *chav* más, en los barrios de protección oficial las hay a patadas». El presentador se rio y propuso «limpiarlas con manguera».[128] Entretanto, Hamant Verma, exdirector de la revista *Eastern Eye* (La mirada de Oriente), atribuyó «el abierto despliegue de racismo» a «la decisión de Canal 4 de conceder a *chavs* semianalfabetas como Jade Goody tanto tiempo en antena».[129] Un columnista del *Notthingham Evening Post* describió a los torturadores de Shetty como «una manada de hienas de vivienda social buscando bronca».[130] Estos comentarios no solo iban dirigidos contra Jade Goody, sino contra todos los de su clase. Los más desfavorecidos de la sociedad británica eran presentados como poco más que animales. «Huelen mal y son sucios», así describía el crítico literario John Carey la actitud hacia los pobres en la Gran Bretaña de entreguerras. ¿Cuánto han cambiado las cosas?

---

[126] Simon Heffer, «What we're actually seeing is class hatred», *Daily Telegraph*, 20 de enero 2007.

[127] Stuart Jeffries, «Beauty and the beastliness: a tale of declining British values», *Guardian*, 19 de enero 2007.

[128] Johann Hari, «Jaded contempt for the working class», *Independent*, 22 de enero 2007.

[129] Cartas al *Evening Standard*, 18 de enero 2007.

[130] Sin firma, *Nottingham Evening Post*, 18 de enero 2007.

Como dijo más tarde la periodista Fiona Sturges: «Goody se vio una vez más vilipendiada por los periódicos sensacionalistas y presentada como un terrible arquetipo de la clase trabajadora blanca».[131] Pero cuando a Jade Goody le diagnosticaron un cáncer terminal en 2008, hubo una oleada de genuina y generalizada compasión por ella. Era como si los medios intentaran expiar su culpa. Bueno, al menos algunos medios. Al principio de ser diagnosticada, el columnista del *Spectator* Rod Liddle escribió una columna titulada: «Después del cáncer de Jade, ¿qué es lo siguiente? "Soy un tumor, sáquenme de aquí."» Tras referirse a Jade como «la *chav* zafia y bruta de Bermondsey», sugirió que el cáncer lo había inventado su *pub*licista, Max Clifford.

> O más aún, no es inconcebible, supongo, que en el contrato de Goody hubiera una cláusula por la que se la debía ver sufrir una enfermedad potencialmente mortal, dado que sin una ya no interesa mucho. Un infarto habría contribuido a un mayor dramatismo televisivo, pero el cáncer, hay que decirlo, tiene cierto caché.[132]

Solo unos días antes de la muerte de Jade Goody, algunos periodistas siguieron criticándola como una representante de los que están en los peldaños más bajos de la sociedad. «Una vulgar bocazas que apareció inicialmente en el programa como una especie de muestra de los bajos fondos hogarthianos», escribió Jan Moir, columnista del *Daily Mail*. «Primero esa boda de mala muerte, luego el bautizo de sus hijos, después una desmañada y fulminante agonía y finalmente el funeral de Estado *chav*.»[133] Moir no era la única en criticar la decisión de Jade de permitir que las cámaras de televisión filmaran sus últimas semanas. Cuando un personaje tan célebre como el periodista John Diamond contó su

[131] Fiona Sturges, «Jade Goody: Reality TV star and media phenomenon», *Independent*, 23 de marzo 2009.

[132] Rod Liddle, «After Jade's cancer, what next? "I'm a tumour, get me out of here"?», *Spectator*, 23 de agosto 2008.

[133] Jan Moir, «The saddest reality show of all: Are we so desensitized that watching a woman's death is acceptable entertainment?», *Daily Mail*, 21 de febrero 2009.

propia muerte en las columnas de *The Times*, fue aplaudido: pero claro, era un hombre de clase media que escribía para un periódico de clase media.

¿Qué nos enseña el caso de Jade Goody, aparte de la capacidad de los medios británicos para la estupidez y la crueldad? Ante todo demostró que es posible decir prácticamente cualquier cosa de gente como Jade. Son un blanco legítimo.

Gran Hermano no fue el único programa de telerrealidad en destapar el odio de clase. *Wife Swap* (intercambio de esposas) es un programa que lleva mucho tiempo emitiéndose en el Canal 4 y en el que dos mujeres de estatus diferentes se intercambian las familias durante un par de semanas. Como ha señalado Polly Toynbee, en realidad debería llamarse «Intercambio de clases». Invariablemente, una de las partes se describe como una familia «disfuncional» de clase trabajadora: irresponsable, incapaz de cuidar de los hijos, intolerante, fumadora, bebedora y así. Un antiguo seguidor del programa se quejaba en una crítica de Internet de que «pronto degeneró en gente gorda y zafia de clase trabajadora que se ponían a caldo entre cigarrillos y latas de cervezas, lo que invita a que lo sintonicen espectadores más mordaces». El periodista Toby Young se compadecía de Becky Fairhust, una madre de veintinueve años cuyo matrimonio se rompió después del programa. «Es una mujer blanca y sin educación de clase trabajadora, y los responsables del programa no dejaron piedra sin remover en su esfuerzo por retratarla como "basura de vivienda protegida"», escribió. Solo pudo concluir que el programa «está diseñado para apelar al esnob que hay en nosotros. Ahí había un excelente ejemplo de la especie urbana conocida como el *chav*».[134]

El programa de entrevistas de Jeremy Kyle tenía un objetivo similar. Semana tras semana, individuos disfuncionales, en su gran mayoría de clase trabajadora, son ofrecidos como pasto de entretenimiento diario. Gente vulnerable con complejos trastornos personales se ve arrojada delante de públicos aulladores: una «forma humana de acoso animal», como lo describiría un juez

[134] Toby Young, «Couples on Wife Swap are divorced from reality», *Mail on Sunday*, 7 de noviembre 2004.

británico. Se explotan problemas intensamente emocionales, como escenas de posibles infidelidades o «¿quién es el padre verdadero?» para que los espectadores se emocionen indirectamente. No es de extrañar que fuera duramente criticado por la Fundación Joseph Rowntree «como una forma bastante brutal de entretenimiento basada en el escarnio de la población de clase trabajadora más baja». Al presentarla como «indigna», comprometía el apoyo a iniciativas contra la pobreza, reclamaba la Fundación.[135]

Y luego, claro, estaban las caricaturas cómicas de los *chavs*. Nadie ha atraído el interés popular como la Vicky Pollard de *Little Britain*, creada por los cómicos Matt Lucas y David Williams. Pollard es presentada como una grotesca madre soltera adolescente de clase trabajadora, promiscua, incapaz de hilar una frase y con muy serios problemas de actitud. En un *sketch* cambia a su bebé por un cedé de Westlife. En otro, cuando le recuerdan que se lleve al bebé a casa, replica: «Oh, no, está bien, puedes quedártelo. Total, tengo muchos más.» Johann Hari señala que nos estamos riendo de dos exalumnos de colegios privados vestidos de madres solteras de clase trabajadora. El antiguo colegio de Matt Lucas, Haberdashers' Aske's, cuesta unas 10.000£ al año. «Pero claro, cuando Jim Davidson se disfrazó de negro para decir que todos los negros eran tontos, dijimos con toda la razón lo estúpido y vergonzoso que era aquello», dice Hari.

Todo esto podría explicarse como un poco de diversión inofensiva. Pero considérese el hecho de que una encuesta de YouGov en el Festival de Cine de Edimburgo de 2006 reveló que casi todos los que trabajaban en televisión pensaban que Vicky Pollard era un fiel retrato de la clase trabajadora blanca británica.[136] El propio Matt Lucas ha atacado a los críticos «que se molestan porque él y David son blancos de clase media, dando a entender que no se les debería permitir crear personajes de madres solteras de clase trabajadora porque ellos no pertenecen a ese mundo». ¿Su defensa? «Pero si el retrato es divertido y convincente, ¿por qué debería importar quién

[135] Andrew Sparrow, «Jeremy Kyle Show "undermines anti-poverty efforts", says thinktank», *Guardian*, 10 de septiembre 2008.

[136] Lorna Martin, «Cracker creator blasts "chav" TV», *Observer*, 27 de agosto 2006.

lo hace y cuál es su estatus?»[137] Está bien que un individuo privilegiado como él se burle de la gente de clase obrera, porque las madres solteras de clase trabajadora realmente son así.

No es extraño que Vicky Pollard atraiga el interés de los luchadores de clase conservadores. Según Richard Littlejohn, «Los *chavs* vestidos de Burberry de Matt Lucas y David Williams captaban perfectamente la truculenta realidad de gran parte de nuestro panorama actual».[138] A James Delingpole —que absurdamente dijo ser miembro del grupo más discriminado de la sociedad, «el varón blanco de mediana edad, que ha estudiado en un colegio privado y en Oxford o Cambridge y pertenece a la clase media»— le satisfacía que «las Vicky Pollards y los Waynes y Waynettas de este mundo se hayan ganado su merecido. Si no fueran tan repelentes, no necesitaríamos hacer chistes sobre ellos, ¿no?». De hecho, *Little Britain* era graciosa porque era verdad.

> La razón por la que Vicky Pollard atrajo el interés del público es porque encarna con aterradora fidelidad varios de los males que azotan a la Gran Bretaña actual: agresivas bandas femeninas de adolescentes amargadas, hormonadas y borrachas; madres en chándal que eligen quedarse embarazadas como opción profesional; pálidas y grasientas golfillas que se bajan las bragas en un santiamén; chicas deprimentes e ineducables que quizá no sepan mucho de literatura o Historia, pero son muy capaces de argumentar sus derechos con una enrevesada fluidez que avergonzaría a un abogado de Matrix Chambers.[139]

Ante todo, «esta gente existe y es tan idónea y apta para la crítica social como lo eran, digamos, los decrépitos borrachos de clase obrera retratados por Hogarth en *Gin Lane*».[140] Estaba bien

---

[137] Matt Lucas, David Walliams y Boyd Hilton, *Inside Little Britain*, Londres, 2006, p. 245.

[138] Richard Littlejohn, «Welcome to Britain, land of the rising scum», *Daily Mail*, 14 de noviembre 2008.

[139] Despacho de abogados londinense. *(N. del T.)*

[140] James Delingpole, «A conspiracy against chavs? Count me in», *The Times*, 13 de abril 2006.

que gente como James Delingpole diera caña a las chicas de clase trabajadora, porque realmente *eran* feas, cortas y desaliñadas.

No son solo los popes de la derecha quienes piensan que la Gran Bretaña de clase trabajadora está poblada de Vicky Pollards: hasta la BBC es culpable. Un artículo digital titulado «¿Qué es la clase trabajadora?» venía ilustrado con una foto de Vicky Pollard y algunas de sus amigas. El pie de foto decía: «¿Representa Vicky Pollard a la clase trabajadora?» El artículo no respondía a la pregunta, dejando la posibilidad abierta al lector.[141] Como dice la investigadora de la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres (LSE) Deborah Finding: «Cuando nos reímos de Vicky Pollard —una madre soltera gorda que fuma como un carretero— estamos expresando nuestro miedo y odio a un grupo proyectando en su estereotipado cuerpo las cualidades atribuidas a todas las madres solteras de clase trabajadora: abúlicas, estúpidas y promiscuas.»[142]

El problema no es siempre que los programas de televisión se propongan difamar deliberadamente a la clase trabajadora. Véase *Shameless*, la longeva serie del Canal 4 centrada en la caótica familia Gallagher, que vive en el ficticio barrio de protección oficial de Chatsworth en Manchester. El padre es un gandul alcohólico que ha tenido ocho hijos con dos mujeres. Sus vidas giran en torno al sexo, las prestaciones, la delincuencia y las drogas. Y sin embargo, el creador de *Shameless* es Paul Abbott, que no es ningún fanático de familia bien que cree que es divertido señalar y reírse de los «cerdos». De hecho, la serie está basada en sus experiencias de niño de clase trabajadora crecido en Burnley. En el programa, uno de los hijos termina yendo a la universidad y otro está en el grupo de los más dotados y brillantes en el colegio.

El problema de la serie es que no resuelve adecuadamente cómo han llegado los personajes a esa situación, o qué impacto ha tenido la destrucción de la industria en las comunidades de clase trabajadora de Manchester. La clase social se convierte en la elección de un estilo de vida, y la pobreza en una especie de broma, no en algo

[141] Sin firma, «What is working class?», news.bbc.co.uk, 25 de enero 2007.

[142] London School of Economics, «Little Britain filled with "figures of hatred" not figures of fun», lse.ac.uk, octubre 2008.

que aprisiona a la gente y frustra sus opciones vitales. La serie da a un espectador de clase media sin ningún contacto real con la gente de entornos diferentes muy pocas oportunidades de comprender el contexto más amplio que está detrás de las cuestiones tratadas. Cuando pregunté a la periodista Rachel Johnson quién pensaba que era la «subclase», inmediatamente sugirió *Shameless*. «¿A que son graciosos? ¿Su vida no parece más divertida que la nuestra? ¡Eso es divertirse! ¡Simplemente viven todo el tiempo en una gran fieeesta!» (En la última frase, pone acento de Manchester.)

El plan original de Paul Abbott para la serie era bastante diferente de la versión final. Según George Faber, cofundador de Company Pictures, la productora de *Shameless*, la idea original de Abbott «era esencialmente autobiográfica, y quería escribirla como una película para televisión. Escribió más o menos la mitad. El tono era muy crudo y deprimente y dijo: "Esto no está bien, ¿no?"» Así que Abbott cambió el guión para que, en vez de ser una descarnada adaptación de sus experiencias, su objetivo principal fuera hacer reír a la gente. «Fue capaz de volver a ese periodo de su vida y verlo desde un punto de vista cómico», dice Faber. «Y así nació *Shameless*.» El peligro de la versión final es que se anima al espectador a reírse de la vidas de los personajes, más que a entenderlas.

Se puede ver la confusión que suscita entre los espectadores de clase media. «¿La verdadera clase trabajadora de este país ve *Shameless*?», pregunta Kate Wreford en la página web de *Shameless*. «Yo soy más o menos de clase media, pero me pregunto qué opinan de ella las verdaderas clases trabajadoras.»[143]

En un foro estudiantil, uno de los intervinientes pregunta si la serie es «una fiel representación de los británicos de clase trabajadora de hoy en día». Una de las respuestas no se anda con rodeos. «Sí, mucha gente de clase trabajadora es escoria. Muchos beben demasiado, fuman, roban y no tienen ambición.»[144] No es extraño que cuando Robin Nelson, profesor de teatro y ficción televisiva, entrevistó a espectadores de la serie de clase trabajadora, estos

[143] «Be a shameless groupie for the day», channel4.com.

[144] Colgado por «Objectivism», thestudentroom.co.uk, 12 de julio 2005.

«manifestaran su descontento cuando veían *Shameless* porque sentían que se les invitaba a reírse de su propia clase».[145]

Pero la actual industria del entretenimiento no solo nos anima a reírnos de los *chavs*. También quiere que les temamos. No hay ejemplo más extremo de ello que la película *Eden Lake*. La trama es muy simple. Una adinerada y fotogénica pareja londinense escapa al campo para pasar un fin de semana romántico. Cuando ven que el idílico Eden Lake se está transformando en comunidades valladas, hacen algunos comentarios progresistas mientras se preguntan a quién tratan de impedir la entrada. Descubren por las malas por qué las clases medias tienen sobrados motivos para temer a las clases bajas.

Tras defenderse de unos chicos del lugar semisalvajes y dueños de perros agresivos, la pareja es perseguida y torturada despiadadamente. Bajo el mando de un líder psicopático, los chicos utilizan sus móviles para filmar cómo acuchillan al novio antes de quemar su cuerpo. Pero quizá más perturbador es el papel de los padres —camareras, pintores, empapeladores y así—, que insultan y pegan sistemáticamente a sus hijos. En un final impactante, son ellos quienes aparentemente torturan a la chica hasta la muerte después de que ella mate a un par de *chavs* para vengarse.

Cuando solicité una entrevista al director, James Watkins, me dijeron que se sentía «muy halagado... pero que no quiere imponer ninguna interpretación de autor sobre *Eden Lake* y prefería las ampliamente divergentes reacciones ante la película». Pero es difícil imaginar una interpretación distinta de la del crítico de cine del *Sun*, que condenaba la «desagradable insinuación de Watkins de que todos los de clase trabajadora son matones». O, si vamos al caso, la conclusión del *Telegraph* de que «esta fea y estúpida película expresa miedo y odio a los ingleses corrientes». Ahí teníamos una película que sostenía que las clases medias ya no podían vivir junto a las semisalvajes clases bajas. No puedo definirlo mejor que Stephen Pound, uno de los pocos diputados laboristas con experiencia como trabajador manual, que me dijo:

[145] Robin Nelson, *State of Play: Contemporary 'High-end' TV Drama*, Manchester, 2007, p. 50.

> creo sinceramente que hay gente en las clases medias, la Iglesia, la judicatura y los medios de comunicación que siente un temor físico y real ante la idea de este gran y enjoyado lumpenproletariado que puede que un día derribe su puerta y devore a su *au pair*.

Quizá no sorprenda que el *Daily Mail* tratara *Eden Lake* como una especie de docudrama, afirmara estremecido que «era absolutamente real» y animara a todos los políticos a verla. Un lector de *Time Out* comentó que la película «nos toca muy de cerca y solo aumentará y extenderá la ira que siente la sociedad hacia las clases bajas. Yo mismo y muchos de mis amigos hemos sufrido la violencia de "chicos" ignorantes... He de decir sin ningún remordimiento que si alguna vez la pena de muerte llega a este país... yo la apoyaré».[146] Si se tiene una sociedad tan segregada en clases como la nuestra, y se exhiben películas que retratan a la clase trabajadora como un hatajo de psicópatas, no nos sorprenda que la clase media empiece a creerlo.

Cuando pregunté a Stephen Frears si pensaba que se echaban en falta retratos fieles de la clase trabajadora en nuestras pantallas, respondió: «No, porque ¿no es eso lo que hacen los culebrones?» Pero los culebrones han recorrido un largo camino desde sus orígenes. En vez de mostrar de forma realista cómo vive la mayoría de la gente —con drama incluido, por supuesto—, se han vuelto sensacionalistas y caricaturescos. Ya a principios de los años noventa, el antiguo guionista de *EastEnders*, David Yallop, criticó duramente la serie, argumentando que fue «creada por gente de clase media con una visión burguesa de la clase trabajadora que resulta condescendiente, idealizada y falsa. Es una serie insulsa dirigida por gente insulsa».[147]

¿Ha cambiado realmente desde entonces? ¿Qué relación hay entre *EastEnders* —o, para el caso, *Coronation Street*— y las vidas de millones de personas que trabajan en tiendas, centros de atención telefónica y oficinas? De hecho, en ambos culebrones hay un número desproporcionado de pequeños empresarios, como taberneros,

[146] Nigel Floyd, «Eden Lake», *Time Out*, 11–17 de septiembre 2008.

[147] Sin firma, «"EastEnders" writer wins £68,000 from BBC», *Independent*, 17 de octubre 1992.

dueños de un café o un puesto en el mercado y tenderos. Los culebrones compiten entre sí en tramas francamente absurdas: véase la resurrección real de Dirty Den en *EastEnders*, por ejemplo.

El director de cine Ken Loach piensa que, aunque los culebrones están ambientados en comunidades de clase trabajadora,

> se da la visión condescendiente de que allí hay gente un poco pintoresca, un poco salvaje, un poco bruta y un poco divertida. Pero sientes que la hay —y no creo que fuera la intención original de *Coronation Street*—, aunque ahora hay una especie de norma implícita de clase media que los ve a ellos y sus riñas y amoríos..., como, bueno, «personajes». Es como si fueran los toscos mecánicos de *Sueño de una noche de verano*, porque siempre hay otro grupo implícito de personajes que los mira con desprecio.

Puede que a la clase trabajadora no se le dé la oportunidad que merece en televisión, pero los ricos tienen dónde elegir. Véase *Casas británicas de ensueño* o *Tengo la mejor casa de Gran Bretaña*, donde Melissa Porter y Rhodri Owen pasean por deslumbrantes mansiones campestres británicas; o ved cómo se restauran grandes fincas en *Al rescate de casas de campo*; o *Un lugar en el sol*, donde Amanda Lamb os dará una visita guiada de británicos ricos que huyen a Grecia o Creta hasta dejarlas sin existencias. De hecho, abundan los programas sobre propiedad inmobiliaria como *Mudanza* y *Una casa mejor*. Ante todo, lo pijo está indudablemente de moda. Véase al cocinero Hugh Fearnley Whittingstall, exalumno de Eton, preparando una delicia orgánica; deslumbraos con el encanto de otras cocineras televisivas como Valentine Warner y Thomasina Miers; disfrutad también de la aristocrática Kirstie Allsopp animándoos a contemplar embelesados unas casas prohibitivas.

Una parte exagerada de nuestra televisión consiste en una cháchara promocional de los estilos de vida, deseos y oportunidades únicas de los ricos y poderosos. Todo forma parte de la redefinición de la aspiración, al convencernos de que la vida consiste en subir por esa escalera, comprar un coche y una casa más grandes y darse la vida padre en algún paraíso tropical privado. La cuestión no es solo que eso hace que la gente corriente que ve esos

programas se sienta inepta. A quienes no luchan por alcanzar esos sueños se les considera «faltos de aspiraciones» o, directamente, fracasados. Las esperanzas y sueños de la clase trabajadora, sus familias, sus comunidades, cómo se gana la vida, todo eso no existe para la televisión. Cuando aparece gente de clase trabajadora, normalmente es en forma de caricaturas inventadas por productores y cómicos ricos,, de las que luego se apropian periodistas de clase media con fines políticos.

El odio a los *chavs* se ha colado incluso en la escena de la música popular. De los Beatles en adelante, los grupos de clase trabajadora dominaban antiguamente el rock, y la música *indie* en particular: los Stone Roses, los Smiths, Happy Mondays y los Verve, por poner algunos ejemplos. Pero es difícil nombrar grupos destacados de clase trabajadora desde el apogeo de Oasis a mediados de los años noventa; los que ahora llevan la batuta son grupos de clase media como Coldplay o Keane. «Ha habido una deriva apreciable hacia los valores de clase media en el negocio de la música», dice Mark Chadwick, cantante del grupo de rock los Levellers. «Los grupos de clase trabajadora parecen ser pocos y dispersos.» Por el contrario, abundan las imitaciones de clase media de caricaturas de la clase trabajadora, como el estilo *mockney*[148] de artistas como Damon Albarn y Lily Allen.

The Kaiser Chiefs se hicieron un nombre con el tipo de himno *indie* repetitivo que se presta a cantos etílicos en un club. No obstante, si se escuchan atentamente sus letras se descubrirá pura bilis de clase. Véase «I Predict a Riot» (Predigo disturbios): «Intento llegar al taxi. / Un hombre en chándal me atacó. / Dijo que él lo había visto antes. / Quiere que las cosas se pongan un poco sangrientas. / Las chicas escarban desnudas / en busca de una libra para un condón. / Si no fuera por la grasa de las patatas fritas se congelarían. / No son muy listas». Las últimas líneas reproducen la caricatura de la indecorosa «zorrilla» *chav*.

[148] Término que designa la imitación de la forma de hablar o el acento de los londinenses de clase trabajadora por parte de gente de clase media-alta. Puede hacerse con fines estéticos, porque «mola» o para dar la falsa impresión de que el hablante es de origen humilde. *(N. del T.)*

La clase trabajadora se ha convertido en objeto de burla, desaprobación y, sí, odio. Bienvenidos al mundo del entretenimiento británico de principios del siglo XXI.

El desprecio por la gente de clase trabajadora que se fraguó bajo el thatcherismo había alcanzado su terrible cénit en el Desastre de Hillsborough. Hoy el fútbol sigue ofreciendo claves del drástico cambio de mentalidad durante las últimas tres décadas. Examinando lo que ha sucedido en la pasión deportiva tradicional de la clase trabajadora británica, podemos hacernos una buena idea del impacto cultural del odio a los *chavs*. El «hermoso juego» se ha transformado hasta quedar irreconocible.

Aunque los principales clubes hace tiempo que se alejaron de sus orígenes —el Manchester United, por ejemplo, fue fundado por ferroviarios—, seguían estando profundamente enraizados en comunidades de clase trabajadora. Los futbolistas solían ser chicos reclutados en el área local del club. A diferencia de los mimados plutócratas en que se han convertido algunos jugadores de la Premier League, durante gran parte del siglo XX «los futbolistas muchas veces andaban peor de dinero que las masas que los miraban los sábados desde la grada», como ha escrito el hijo del futbolista Stuart Imlach.[149] A principios de los años cincuenta, había un sueldo máximo para los jugadores de solo 14£ semanales durante la temporada —no muy superior al salario medio de un obrero— y solo uno de cada cinco jugadores tenía la suerte de ganarlo. Los jugadores vivían en «casas vinculadas» propiedad de los clubes, de las que podían ser desalojados en cualquier momento. No es de extrañar que un futbolista, en su intervención en el Congreso de Sindicatos de 1955, se quejara de que «las condiciones laborales del futbolista profesional recuerdan a la esclavitud».

El fúbol ha pasado de un extremo al otro. Los fríos vientos de la economía de libre mercado se habían mantenido alejados en gran medida del mundo del fútbol durante los años ochenta, pero

[149] Gary Imlach, *My Father and Other Working-Class Football Heroes*, Londres, 2005.

en la década siguiente golpearon con furia vengadora. En 1992, los veintidós clubes de la antigua Primera División se escindieron para crear la Premier League, lo que les eximía de tener que compartir ingresos con los otros clubes de la liga. Parte del nuevo espíritu comercial consistía en excluir a muchas personas de clase trabajadora del estadio. En su *Programa para el futuro del fútbol*, la Federación de Fútbol afirmó que este debe atraer a «más consumidores pudientes de clase media».[150]

Cuando se abolieron los viejos graderíos tras el Desastre de Hillsborough, las entradas de pie, más baratas, desaparecieron. Entre 1990 y 2008, el precio medio de una entrada de fútbol subió un 600%, más de siete veces que el índice de todo lo demás.[151] Esto resultaba absolutamente prohibitivo para mucha gente de clase trabajadora. Pero algunas destacadas figuras del mundo del fútbol no solo no eran conscientes de ello, sino que hasta lo celebraron. Como dijo el exseleccionador inglés Terry Venables:

> Sin querer parecer clasista o desleal a mis orígenes de clase trabajadora, es probable que el aumento en el precio de las entradas excluya al tipo de gente que está dando mala fama al fútbol inglés. Hablo de los jóvenes, en su mayoría de clase trabajadora, que aterrorizan los campos de fútbol, los trenes, los ferris y los pueblos y ciudades por toda Inglaterra y Europa.

La demonización de la clase trabajadora se estaba utilizando para justificar la subida en el precio de las entradas y, de paso, excluirla.

Al mismo tiempo, el fútbol se convirtió en un gran y lucrativo negocio. A principios de los años 90, la BskyB de Rupert Murdoch firmó un acuerdo por valor de 305 millones de libras por los derechos exclusivos de la nueva FA Carling Premiership. En 1997 firmaron otro contrato de cuatro años por valor de 670 millones de libras. No solo se excluye económicamente de los estadios a muchísima gente de clase trabajadora: muchos ni siquiera pueden

[150] Jason Cowley, *The Last Game: Love, Death and Football*, Londres, 2009, p. 326.
[151] *Ibid.*, p. 238.

ver jugar a su equipo, a no ser que se gasten un dineral en un canal de pago. Mientras tanto, la ingente cantidad de dinero que se mueve en el fútbol ha desgajado a los equipos de sus comunidades locales. Los altísimos traspasos hacen que jugadores llegados de cientos o miles de kilómetros de distancia dominen los principales equipos. Los clubes se han convertido en los juguetes de especuladores estadounidenses y oligarcas rusos. Y con jugadores que ganan hasta 160.000£ semanales, están completamente desligados de sus raíces de clase trabajadora. El diputado laborista Stephen Pound lamenta la pérdida de este icono de la clase trabajadora. «Si miras a los héroes de la clase trabajadora —gente como Frank Lampard o David Beckham—, ¿qué es lo primero que hacen? Se mudan de las zonas de clase trabajadora a Cheshire o Surrey. No tienen la suficiente confianza para ser fieles a ella».

Es el peor insulto. Un deporte que durante tanto tiempo estuvo en el centro de la identidad de la clase trabajadora se ha transformado en un bien de consumo de la clase media controlado por millonarios arribistas. Caricaturizar a todos los aficionados de clase trabajadora como ultras agresivos obsesionados por la violencia ciega ha proporcionado una excusa para excluirlos.

El fútbol fue identificado como un pieza potencialmente lucrativa de la cultura de la clase trabajadora, así que fue confiscado y reenvasado. Pero en la Gran Bretaña actual, nada relativo a la vida de la clase trabajadora se considera valioso o admirable. «"La clase trabajadora" ya no es un término que se pueda describir con la palabra "respetable", porque ahora es casi enteramente un insulto sutilmente tendencioso», escribió la periodista Deborah Orr. «El término acarrea implicaciones de la peor clase de valores retrógrados y conservadores.»[152]

Ninguno de los ataques a los *chavs* que hemos analizado puede entenderse por separado, puesto que forman parte de una ofensiva contra todo lo asociado con la clase trabajadora, iniciada por el thatcherismo y cimentada por el nuevo laborismo. «Creo que la cultura es un reflejo de la política», dice Ken Loach. «Hubo un

[152] Deborah Orr, «Your class still counts, whatever you call it», *Independent*, 31 de enero 2003.

cambio fundamental... durante los años de Thatcher... Era la época del "dinero a espuertas", la época del "sigue al número uno", de las joyas, de los chicos de la City con sus tirantes rojos: la idolatría del capital.» Esta derrota de la clase trabajadora británica tuvo inevitables consecuencias culturales. «Así que, después de aquello, los sindicatos quedaron mermados, la cultura de la clase trabajadora quedó mermada, así como el canto a la cultura de la clase trabajadora, pero fue producto de ese momento político», dice Loach.

> Una gran heroína de la cultura de la clase trabajadora fue Joan Littlewood [directora de teatro izquierdista]. Y estrenó obras en Stratford East, probablemente fueron de las mejores piezas que hayamos producido. Originales, anárquicas, humorísticas, humanas, divertidas, bulliciosas, pero con una gran conciencia de que se ha de otorgar más poder a la clase trabajadora en la política. Es imposible imaginar algo así en el periodo que siguió al régimen de Thatcher.

Todo ha de juzgarse según los criterios de la clase media porque, después de todo, eso es a lo que supuestamente debemos aspirar. Se describe, pues, la clase trabajadora como un vestigio inservible formado por vagos, flojos, racistas, borrachos, macarras y demás gentes «sin aspiraciones».

Es a la vez trágico y absurdo que, a medida que nuestra sociedad se ha vuelto menos igualitaria y que en los últimos años los pobres se han vuelto realmente más pobres, el resentimiento hacia los de abajo ha aumentado claramente. El odio a los *chavs* es una manera de justificar una sociedad desigual. Pero ¿y si eres rico y triunfador porque te lo han puesto en bandeja? ¿Y si la gente es más pobre que tú porque lo tiene todo en su contra? Admitir esto desencadenaría una crisis de autoconfianza entre la minoría acomodada. Y de aceptarlo, entonces habría que admitir que el deber del Gobierno es hacer algo al respecto, es decir, recortar tus privilegios. Pero si te convencen de que los menos afortunados huelen mal, son brutos, racistas y groseros por naturaleza, entonces es de justicia que sigan abajo. El odio a los *chavs* justifica el mantenimiento del orden establecido, basado en la ficción de que realmente es un justo reflejo del valor de la gente.

¿Hasta qué punto el odio a los *chavs* es solo otra oleada del viejo esnobismo, reformulado para el siglo XXI? Sin duda el esnobismo tiene algo que ver en ello. Véanse tan solo las burlas del estilo chandalista y enjoyado popular entre cierta gente de clase trabajadora, sobre todo adolescentes. Es cierto que el origen social de la gente a menudo define su forma de vestir. Si entras en el bar del círculo de debate de la Universidad de Oxford, el Oxford Union, verás a una multitud de tipos de colegio privado luciendo pajaritas, chaquetas de *tweed* y pantalones de pana rosas. Incluso puede que reconozcas al excéntrico con una pipa en la mano. Uno puede pensar que la gente en chándal o vestida de *tweed* tiene una pinta bastante ridícula, ¿pero a quién le importa? O, en todo caso, ¿por qué *debería* importarnos?

Pero lo cierto es que el odio *a los chavs* es mucho más que esnobismo. Es lucha de clases. Es una expresión de la creencia de que todo el mundo debería volverse de clase media y abrazar los valores y estilos de vida de la clase media, dejando a quienes no lo hacen como objeto de odio y escarnio. Se trata de negarse a reconocer nada valioso en la clase trabajadora británica, y despedazarla sistemáticamente en los periódicos, la televisión, en Facebook y en la conversación general. Eso es lo que implica la demonización de la clase trabajadora.

Las caricaturas vomitadas por el odio a los *chavs* tienen otras consecuencias. Asociada a la absurda visión política mayoritaria de que Gran Bretaña es ahora una sociedad sin clases, el fenómeno *chav* oculta lo que significa ser de clase trabajadora hoy en día. El mito de que la sociedad británica está dividida en una próspera mayoría de clase media y unos residuos decadentes de la clase trabajadora ha maquillado la realidad de la clase en la Gran Bretaña actual. Una clase política y mediática, en su inmensa mayoría de clase media, ha fomentado gustosamente esta imagen. Esto no significa que la cruzada thatcherista no haya cambiado drásticamente a la clase trabajadora. Es hora de mirar más allá de las Vicky Pollards, las fiestas *chavs* y los programas de telerrealidad, y preguntar: «¿Qué es la clase trabajadora en la Gran Bretaña del siglo XXI?»

05

«Ahora todos somos de clase media»

«Decir que la clase no importa en Gran Bretaña es como decir que el vino no importa en Francia, o que ser hombre o mujer no importa en Arabia Saudí.»

NICK COHEN

¿Ya no hay clase trabajadora? Tony Blair desde luego así lo cree. El que fuera su principal consejero, Matthew Taylor, recuerda al exprimer ministro anunciar orgulloso que «todos somos de clase media» en un acto de un gabinete estratégico cuando todavía era el líder laborista. Algunos de nuestros periódicos están de acuerdo. «Ahora todos somos de clase media, queridos», se hizo eco el *Daily Telegraph*. O, como dijo el *Times*, «Ahora todos somos de clase media, mientras las barreras sociales van cayendo». El *Daily Mail* lo detalla aún más: «Se puede decir que actualmente hay tres clases fundamentales en Gran Bretaña: una subclase terriblemente marginada; la nueva y confiada clase media, liberada por la revolución thatcherista..., y una minúscula y cada vez menos poderosa clase alta.»[153]

La caricatura *chav* ha ocultado la realidad de la clase trabajadora actual. Nos han vendido la imagen de una más o menos confortable «Inglaterra media» por un lado, mientras, por otro, la vieja clase trabajadora ha degenerado en unos residuos *chavs* sin esperanza.

No hay duda de que antes era más fácil responder a la pregunta «¿Quién es la clase trabajadora?». Cuando el historiador David Kynaston estaba escribiendo su libro sobre la Gran Bretaña de posguerra, *La Gran Bretaña de la austeridad*,[154] no le costó identificar las tres profesiones emblemáticas en los años cincuenta. «Eran, sin

[153] Sin firma, «The good news, Dave: We're ALL middle-class now», *Daily Mail*, 6 de diciembre 2005.

[154] *Austerity Britain*, sin traducción al español. *(N. del T.)*

un orden particular, los mineros, estibadores y trabajadores del sector automovilístico.» Pero, en parte por las ruinosas políticas económicas de los sucesivos Gobiernos, las minas han cerrado, los muelles están desiertos y casi todas las fábricas de coches son cascarones vacíos. Al desmoronarse los antiguos pilares de la clase trabajadora británica, los políticos y gurús lo han tenido más fácil para afirmar que realmente ahora todos somos de clase media.

El largo y prolongado final de la clase trabajadora industrial británica empezó pero no terminó con Thatcher. El responsable de economía del *Guardian*, Larry Elliott, señala tres principales escabechinas en la industria británica: principios de los años ochenta, principios de los años noventa y la recesión actual. «Todas ellas han sido causadas por el estallido de las burbujas especulativas y errores macroeconómicos. Se nos dijo tras la primera escabechina en los años ochenta que la industria británica era más apta y eficiente. Luego hubo otra escabechina a principios de los años noventa, después de la cual se nos dijo que la industria británica estaba lista para enfrentarse al mundo, y entonces vino otra degollina.»

Cuando el nuevo laborismo llegó al poder en 1997, las manufacturas constituían más de una quinta parte de la economía. Un mísero 12% fue todo lo que quedó cuando Tony Blair dejó el cargo en 2007. En 1979 había casi 7 millones de personas trabajando en las fábricas, pero en la actualidad el número apenas supera los dos millones y medio.

Las políticas de Gobiernos obsesionados con granujas de la City tienen gran parte de culpa. «El laborismo participó en todo el mito del *boom* en el sector financiero y la City», dice Elliott. Al igual que anteriores Gobiernos *tories*, el nuevo laborismo abanderó un tipo de cambio sobrevalorado, lo que hizo que nuestras manufacturas resultaran muy poco competitivas en el extranjero. «Dio coba a su vieja base industrial, pero no hizo absolutamente nada por ayudarla, y de hecho agravó mucho más las cosas para el sector manufacturero.»

Con todo el discurso sobre la «economía de la información» y en un país donde trabaja más gente en la música pop que en las minas, es fácil exagerar la cuestión. Casi cuatro de cada diez hombres siguen siendo trabajadores manuales. Pero no se puede negar una tendencia obvia. Las profesiones industriales van desapareciendo año tras año.

Sectores ya muy hostigados se vieron sacudidos de forma aún más devastadora por la Gran Recesión de 2008. La crisis bien puede haber sido causada por la codicia de los banqueros, pero las manufacturas pagaron el pato y, en proporción, perdieron más del doble de empleos que los servicios financieros y empresariales en el primer año de la crisis. La participación de la City en la economía de hecho ha crecido desde 2005, haciéndonos más dependientes del sector económico que causó el crac en un principio. Como dice el antiguo economista de la City Graham Turner, es «una consecuencia asombrosa de esta crisis crediticia».

Mientras los trabajos industriales desaparecen a ritmo constante, puede parecer extraño que los ciudadanos británicos persistan en considerarse de clase trabajadora. Matthew Taylor recuerda las reacciones al discurso blairista de que «todos somos de clase media». «Rápidamente se señaló que, curiosamente, hoy más británicos se autodenominan de clase trabajadora que en 1950.» Los sondeos de opinión muestran que más de la mitad de la población se describe a sí misma sistemáticamente como de clase trabajadora, mientras que una encuesta de 1949 registraba un porcentaje de solo el 43%.[155] En esa época había un millón de mineros, casi todo el mundo trabajaba en empleos manuales y el racionamiento estaba en pleno apogeo. En la era de la desindustrialización, ¿cómo puede la mayoría de la gente considerarse de verdad de clase trabajadora?

No sería descabellado pensar que se está produciendo una crisis de identidad. El empresario multimillonario Mohamed Al Fayed en cierta ocasión se describió a sí mismo como de clase trabajadora. He oído hablar de agentes de Bolsa con sueldos de muchas cifras que preguntan con falsa perplejidad: «Yo trabajo, ¿no? Entonces, ¿por qué no voy a ser de clase trabajadora?»

Si se examinan las cifras de las encuestas, es cierto que algunas personas de la categoría socioeconómica más alta se describen a sí mismas como de clase trabajadora. De igual modo, algunos de la categoría más baja piensan que son de clase media. Esto avivó

[155] Andrew Adonis y Stephen Pollard, *A Class Act: The Myth of Britain's Classless Society*, Londres, 1998, p. 9.

mi curiosidad. Cuando pregunté a un amigo de la infancia, al que consideraba indiscutiblemente de clase trabajadora, si estaba de acuerdo con esa caracterización, casi se ofendió: «Puede que en términos salariales, pero de clase media en cosas como la educación.» Pensaba que ser de clase trabajadora significaba ser *pobre*, mientras que ser de clase media significaba ser *culto*.

La difamación de todo lo concerniente a la clase trabajadora parece haber tenido un efecto real en la mentalidad de la gente. En el periodo anterior a las elecciones generales de 2010, el periodista del *Guardian* Simon Hattenstone preguntó a un antiguo conductor de autobuses, que se había jubilado en 1981 con una pensión de 50£ a la semana, a qué clase pertenecía. «A la clase media», dijo después de pensar un poco. ¿Por qué? «Bueno, no soy pobre de solemnidad. Si lo fuera me definiría como de clase trabajadora, y yo siempre he trabajado para ganarme el sustento». Él asociaba ser de clase trabajadora con estar sin blanca. Como dice Hattenstone: «El término "clase media" se ha vuelto peyorativo no solo para los políticos.»[156]

Con tanta confusión sobre la clase social, ¿*qué* significa ser de clase trabajadora? Cuando le hice esta pregunta al exministro del Gobierno neolaborista James Purnell, me dijo que la respuesta en gran medida era «la identidad cultural» y «una conciencia histórica y geográfica». Él representaba el distrito norteño de clase trabajadora de Stalybridge y Hyde, en el que, decía, la gente vivía en «hileras de casas como las de *Coronation Street*»[157] y «donde creo que la gente se considera de clase trabajadora por la comunidad en la que creció, las cosas que hicieron juntos y las ideas compartidas que vienen de ser de un lugar determinado».

Yo nací en Stockport, a pocas millas de la antigua circunscripción de Purnell, y la conciencia local, la comunidad compartida y unos valores comunes sin duda eran parte fundamental de la identidad de mucha gente de clase trabajadora. Las

[156] Simon Hattenstone, «General election highlights Britain's confusion over social class», *Guardian*, 14 de abril 2010.

[157] Popular serie británica mencionada anteriormente. Ambientada en un barrio ficticio de Manchester, la calle que le da nombre está formada por una fila de siete casas construidas a comienzos del siglo XX. *(N. del T.)*

personas crecían juntas; grupos mixtos de familias y amigos hacían cosas juntos, como ver el fútbol en el *pub*; y la gente se sentía enraizada en una comunidad en la que ellos y sus familias habían vivido todas sus vidas. La generación más joven muchas veces se mudaba a tan solo unas manzanas del lugar donde creció, y seguía saliendo los viernes por la noche con amigos de la infancia.

Pero la realidad es que esta sensación de arraigo se ha ido minando durante mucho tiempo, en parte por el hundimiento de la industria. Comunidades enteras de clase trabajadora solían estar basadas en torno a una fábrica, acería o mina concretas. La mayoría de las personas trabajaba en el mismo lugar. Su padres y abuelos bien podían haber trabajado allí en empleos similares. Cuando desaparecieron las industrias, las comunidades a las que sustentaban comenzaron a fragmentarse. Como dice Purnell, la clase trabajadora ya no está formada por «un grupo de personas que salían de casa a la vez para ir más o menos a la misma fábrica, y luego socializar más o menos del mismo modo».

A menudo es tentador pensar en la clase social en términos salariales. Así, se podría etiquetar de «clase trabajadora» a alguien que gana 60.000£. Sin embargo, hay pequeños empresarios —que, después de todo, viven de sus beneficios— que solo ganan unos pocos millares. Un trabajador cualificado bien pagado podría ganar el doble de lo que un comerciante lleva a casa.

Otro desafío a la existencia de la clase trabajadora provenía del fervor casi religioso con el que los Gobiernos *tories* y neolaboristas han promovido la propiedad de la vivienda. El thatcherismo sin duda lo consideraba un medio de acabar con la identidad de clase. Keith Joseph, la mano derecha de Thatcher, definió el objetivo como «reanudar el avance del *embourgeoisement* [aburguesamiento] que tan lejos llegó en época victoriana». Claramente, la propiedad de la vivienda ha promovido el individualismo, o incluso una conciencia de «cada uno para sí», incluidos algunos propietarios de clase trabajadora. Pero el hecho de que millones de personas hayan tenido que pedir prestado más allá de sus posibilidades, en vez de pagar un alquiler subsidiado, no las convierte en clase media.

Alan Walter, el difunto presidente de Defiende la Vivienda Social que nunca vivió en otro tipo de casa, hablaba de los propietarios de clase trabajadora que «ahora están aterrorizados por no saber si podrán hacer frente a la hipoteca. La cantidad de gente que se acuesta cada noche y tiene pesadillas sobre embargos es una cuestión muy seria». Los niveles de vida de algunas personas de clase trabajadora son más bajos que si estuvieran pagando alquileres subvencionados baratos en vez de hipotecas a menudo muy altas. De hecho, más de la mitad de las personas que viven en situación de pobreza son propietarias de una vivienda. En realidad, hay más propietarios en el 10% más bajo que en cada uno de los dos décimos que están por encima. Como sabemos, animar a tanta gente a asumir niveles de deuda tan inasequibles fue un detonante de la crisis del crédito. En cualquier caso, puesto que el precio de la vivienda ha excluido a cada vez más personas de la propiedad, se ha ido en la dirección contraria: tras llegar al 71% en 2002-3, cayó de nuevo al 68% seis años después.

Si lo que define a la clase trabajadora no es la comunidad, los ingresos o los planes de vida, ¿qué la define? Neil Kinnock acaso sea el líder laborista que puso los cimientos del espectacular giro a la derecha del partido, pero aún se siente más cómodo con la explicación que dio Marx. «Yo usaría la definición amplia, como he hecho siempre: clase trabajadora es la que consigue sus medios de subsistencia exclusivamente a través de la venta de su trabajo.» Está muy claro: la clase trabajadora como término que engloba a todos aquellos que trabajan para otros. Cuando pregunté a Mary Lynch, empleada de un supermercado de Birmingham, a qué clase pertenecía, no tenía ninguna duda de que a la clase trabajadora. «Siento que estamos trabajando todo el tiempo solo para pagar los gastos.» Estos deben ser los puntos de partida para comprender qué significa «clase trabajadora»: la clase de gente que trabaja para otros a fin de ir tirando.

Pero solo es un comienzo. ¿Está un profesor de Cambridge realmente en la misma categoría que la cajera de un supermercado? El importante matiz que hay que añadir es: no solo los que venden su trabajo, sino los que carecen de autonomía o control sobre ese trabajo. Tanto un catedrático como el empleado de una

tienda deben trabajar para sobrevivir, pero un catedrático tiene un poder enorme sobre su actividad cotidiana, y un dependiente no. Un catedrático tiene parámetros amplios dentro de los cuales debe trabajar, pero hay mucho espacio para la creatividad y para fijarse sus propias tareas. El empleado de una tienda tiene una serie de tareas estrictamente definidas y poco variadas, y debe cumplirlas con arreglo a instrucciones específicas.

Una hojeada a las estadísticas descubre a la mayoría de clase trabajadora. Más de ocho millones de nosotros aún tiene trabajos manuales, y otros ocho millones son administrativos, secretarias o tienen otros empleos de servicio al consumidor. Esto suma más de la mitad de la población activa, y eso sin incluir a los profesores, trabajadores sanitarios como las enfermeras y a los conductores de trenes, que están adscritos a categorías del tipo «profesiones cualificadas».

Aunque los ingresos no son el factor decisivo, hay un vínculo entre el tipo de trabajo que se realiza y el dinero que se gana. Un hogar con ingresos medios recibe solo 21.000£. Ese es el punto medio exacto, lo que significa que la mitad de la población gana menos. He aquí la verdadera Inglaterra de clase media, no esa otra mítica inventada por los políticos y los gurús de los medios que en realidad remite al votante adinerado.

Casi todo el mundo trabaja para otros y carece de control sobre su propio trabajo. Pero muchos ya no se afanan en fábricas o minas. Las últimas tres décadas han presenciado el espectacular surgimiento de una nueva clase obrera del sector servicios. Sus trabajos son más limpios y menos duros físicamente, pero a menudo de un estatus inferior, precarios y mal pagados. «En las condiciones del mundo en el que vivimos», dice Mark Serwotka, líder del sindicato de Servicios Públicos y Sanitarios, «y miro a nuestros afiliados, creo que los trabajos que desempeña la clase trabajadora están cambiando, y resulta bastante claro que ahora no hay mineros ni grandes acerías como cuando yo era niño. Pero creo que en las nuevas industrias vemos tanta o más explotación de los trabajadores que nunca».

Mary Cunningham, cincuenta y cinco años, empleada de un supermercado de Newcastle, es hija de la vieja clase trabajadora industrial. Su padre fue minero hasta que cerraron las minas. Dejó el colegio en mitad de sus exámenes de bachillerato para cuidar de su madre moribunda, aunque de todos modos el colegio no era lo suyo. Su primer empleo fue en «las viejas cajas registradoras» del desaparecido Woolworth's, y recuerda estar allí cuando la adopción del sistema decimal vino a reemplazar las viejas libras, chelines y peniques en 1971.

Mary es una parte importante del puzle de la actual clase trabajadora británica. Empleados de supermercados como ella, ridiculizados como *chavs* por sitios web como ChavTowns, son uno de los principales componentes de la nueva clase trabajadora. El comercio minorista es el segundo mayor empleador del país, con casi tres millones de personas trabajando en las tiendas británicas: eso es más de uno de cada diez trabajadores, y se ha triplicado desde 1980.

Trabajar en una tienda antes se veía como una profesión bastante elegante, desempeñada principalmente por mujeres de clase media. Esto ha cambiado drásticamente. En los antiguos centros industriales, el supermercado ha ido absorbiendo a gente que en otro tiempo trabajaba en fábricas (o lo habría hecho, si aún fuera un opción). «Yo diría que el supermercado es ahora la mayor empresa, y ha relevado a las fábricas e industrias», dice Mary. Al igual que los hombres de la industria del acero, los hombres «de las fábricas ahora están pasándose al comercio minorista y trabajando en las cajas, porque realmente no hay mucho más... Tenemos gente en nuestras tiendas que está cualificada para realizar trabajos mejores, pero simplemente están contentos por tener un empleo.»

Al igual que Mary, la mayoría de los dependientes son mujeres (de hecho, casi dos tercios del total). «Hay muchas amas de casa, obviamente. También hay madres jóvenes que lo compaginan con ir a buscar a sus hijos al colegio, muchas de ellas madres solteras.» El comercio minorista ha cambiado a medida que se ha ido expandiendo. «Creo que en los últimos años se ha vuelto peor, más duro», dice Mary. «Cuando yo empecé, tenías un poco de tiempo

para hablar con el cliente, y llegabas a conocerlo, tenías tus clientes fijos que venían a ti porque tenías esa pequeña relación con ellos. Ahora se trata de sacar adelante el trabajo, tienes que alcanzar los objetivos previstos... se supone que debes despachar a tantos clientes por hora.» El comercio minorista se está volviendo cada vez más automatizado, hasta el punto de recordar a la vieja producción masiva en una fábrica.

Empleados de supermercado como Mary a menudo están a merced de encargados autoritarios u ofensivos. Mary y algunos de sus compañeros se vieron obligados a presentar una queja contra una de ellos: «Si trabajas con ella, dará un puñetazo en el mostrador y dirá "¿Por qué esto no está hecho?" delante de los clientes, y ha hecho que algunas no se atrevan a acercarse a ella... Le cuesta dinero a la empresa por todo el reciclaje, todos quieren estar fuera de ese departamento, o se van.»

El acoso no solo viene de los encargados. Según el sindicato de empleados de tienda USDAW, hasta medio millón de estos trabajadores sufren insultos de clientes todos los días. No sorprende que un estudio mostrara que casi un quinto del personal del comercio minorista estaba dispuesto a escapar por el mismo o un poco menos de dinero.[158] Según USDAW, la rotación media del personal para los trabajadores de tienda es del 62% al año.

Y luego está la paga. Si trabajas de cajero en el supermercado de Mary, puedes esperar cobrar tan solo 6,12£ a la hora. No te pagan la comida. Esto es bastante habitual: de hecho, al menos la mitad de los que trabajan en el comercio minorista ganan menos de 7£ a la hora. Los trabajadores de tienda se enfrentan a ataques arbitrarios a estos sueldos y condiciones de por sí precarios. A menos de dos años de iniciarse la crisis económica en 2007, uno de cada cuatro vendedores y trabajadores del comercio minorista vio su paga recortada drásticamente. A casi un tercio le redujeron las horas, y más de una quinta parte perdió sus bonificaciones.[159]

[158] *Talking Retail*, 15 de septiembre 2009.

[159] 1 de junio 2009.

Si uno cree que los trabajadores de tienda lo tienen mal, consideremos ahora el caso del empleado de un centro de atención telefónica. Actualmente hay casi un millón de personas que trabajan de teleoperadores, y el número va en aumento cada año. Para ponerlo en perspectiva, había un millón de hombres trabajando en las minas en el periodo álgido de la minería en los años cuarenta. Si el de minero era uno de los trabajos emblemáticos de la Gran Bretaña de posguerra, hoy, sin duda, el teleoperador es un símbolo tan bueno de la clase trabajadora como cualquier otro.

«Los centros de atención telefónica son un medio muy reglamentado», dice John McInally, un sindicalista que lidera los intentos del PCS por sindicar a los teleoperadores. «Consiste en una fila de mesas con gente sentada con auriculares. Hay muchísima gente en la sala, pero son unidades separadas. Se les insta a no hablar ni compartir experiencias, y así... Desde el momento en que se entra por la puerta, los movimientos están regulados por el ordenador.» He aquí la falta de autonomía del trabajador en su lugar de trabajo llevada al extremo.

En algunos centros de atención telefónica con los que él ha tratado, un trabajador en Bristol o Glasgow que quiera salir quince minutos antes tiene que pasar por la oficina central de Sheffield para que lo autoricen. «Hemos comparado las condiciones con las que existían en las fábricas a finales del siglo XIX.» ¿Creen que es una exageración? Entonces considérese que, en algunos centros de atención telefónica, los trabajadores tienen que levantar la mano para ir al baño. Los ordenadores dictan el tiempo y duración de los descansos, sin flexibilidad ninguna. Los empleados están constantemente monitorizados y vigilados, lo que aumenta los niveles de estrés.

Muchos teleoperadores han contado a McInally que toda esta experiencia es «muy deshumanizadora. La gente habla de que los tratan como robots. Todo está regulado por máquinas». La jornada laboral de muchos teleoperadores consiste en leer de un tirón el mismo guión una y otra vez. Según el Real Colegio de Foniatras y Logopedas, un número cada vez mayor de teleoperadores está siendo derivado a logopedas porque está perdiendo la voz. ¿La causa? Trabajar largas horas sin apenas tiempo de beber un poco de agua.

Esa es una de las razones por las que la morbilidad en los centros de atención telefónica casi duplica la media nacional. La otra es la profunda alienación respecto al trabajo. En un centro de atención telefónica con el que trató McInally en el norte de Inglaterra, los índices de morbilidad habían alcanzado casi el 30%. «Eso es un signo de moral baja», dice, como lo es el hecho de que la rotación anual del personal sea aproximadamente un quinto de la plantilla. Y, como ocurre con gran parte de la nueva clase trabajadora, los sueldos de los teleoperadores son muy bajos. Un trabajador en prácticas puede esperar ganar 12.500£, mientras que los operadores de rango superior están en una media de solo 16.000£.

Carl Leishman, veintiocho años, ha sido teleoperador en County Durham durante ocho años. En siete de ellos trabajó en el centro de atención telefónica de un banco; actualmente está en una compañía telefónica. Hace turnos agotadores de doce horas, con tres días de trabajo y tres de descanso. «Probablemente habría empezado siendo de clase media», dice de su educación. «Pero tal como estoy ahora —y obviamente por el sueldo que me pagan— yo diría que me he visto reducido a la clase trabajadora. Suena fatal, pero...»

En su anterior trabajo, había que cumplir objetivos muy altos. El 4% de sus horas de trabajo se reservaba para necesidades como ir al baño o beber algo. «Te daban índices que cumplir al final de cada mes, y si estabas por debajo de esos porcentajes bajaba tu evaluación, lo que al final afectaba a las bonificaciones y aumentos que estuvieras cobrando.» Carl no necesitaba ir mucho al baño, «mientras que otros, como las mujeres embarazadas, podían realmente pasarlo mal para cumplir eso».

Describe la instrucción en su trabajo actual como «tremendamente inadecuada», sobre todo cuando se trata de lidiar con clientes groseros que, dice, son el pan nuestro de cada día. Su empresa tiene la política de no colgar el teléfono aunque el cliente esté insultando o siendo agresivo. «Verás bastante a menudo a gente llorando por el suelo por cómo le ha hablado un cliente», dice. También es un trabajo que puede tener consecuencias para la salud. «Se te seca increíblemente la garganta. He conocido a gente que se ha estropeado la garganta por hacerlo. Una mujer con la que trabajaba de hecho tuvo que dejarlo porque tenía la voz completamente deshecha».

En el centro de su experiencia laboral está la falta de control sobre lo que hace. «Estamos colocados en filas, cosa que odio, la verdad. A veces parece que estuviéramos en una granja de pollos, como si no tuvieras demasiado control sobre lo que haces: "Así es como se hacen las cosas y ya está, porque es así, no pienses de otra forma".... No tienes que pensar demasiado por ti mismo.» No es de extrañar que Carl diga que «una de las cosas más satisfactorias es cuando consigues liberarte un poco del teléfono. Pero intentar equilibrar eso con, obviamente, dar servicio al cliente a veces es casi imposible». Su jefe actual ofrece cosas como una televisión en la sala de descanso y café y té gratis, pero esto no compensa la alienación básica que Carl siente respecto a su trabajo.

El sueldo de Carl es solo de 14.400£ al año. El anuncio del Gobierno conservador de que iba a subir el IVA fue la gota que colmó el vaso, y decidió que su única opción era volver a casa de sus padres. ¿Piensa que le pagan demasiado poco? «Por lo mal que se pasa, desde luego. Es uno de esos trabajos en los que hay que aguantar los insultos de los clientes y también muchas horas, lo que puede resultar muy duro. Pero indudablemente creo que los sueldos no son representativos de la cantidad de trabajo que se le dedica.»

Mary y Carl trabajan con muchos empleados con contratos temporales o a tiempo parcial. Su número ha aumentado espectacularmente en los últimos treinta años, puesto que los sucesivos Gobiernos se han esforzado por crear una mano de obra «flexible». En parte, han hecho que resulte mucho más fácil y barato para los jefes contratar y despedir a trabajadores a voluntad. Pero también hemos asistido a la lenta extinción del trabajo seguro a tiempo completo. Hay hasta un millón y medio de trabajadores eventuales en Gran Bretaña. A un «temporero» se le puede contratar y despedir avisándole con una hora de antelación, gana menos por hacer el mismo trabajo y carece de derechos como las vacaciones pagadas y la paga extra.

El trabajo temporal está prosperando en el sector servicios, pero un incidente en una planta de automóviles cercana a Oxford a principios de 2009 ilustra a dónde nos ha llevado el aumento del trabajo eventual. Ochocientos cincuenta temporeros —muchos de los cuales habían trabajado en la fábrica durante años— fueron despedidos

por la BMW tras ser avisados con solo una hora de antelación. Despedir a los trabajadores eventuales era, claro está, la opción más barata porque la empresa no tenía que darles ninguna paga extra. Los trabajadores, sin ningún medio para defenderse de esta desgracia, recurrieron a lanzar manzanas y naranjas a los directivos. «Es una vergüenza, me siento utilizado», dijo uno.[160]

Los trabajadores eventuales y temporeros no son los únicos que sufren por la precariedad y los escandalosos términos y condiciones laborales. Compañeros de trabajo se ven obligados a competir con gente a la que se puede contratar por mucho menos dinero. Los sueldos de todos bajan a consecuencia de ello. Es la «carrera a la baja» en sueldo y condiciones.

Puede sonar a regresión a la era victoriana, pero este podría ser el futuro para millones de trabajadores mientras las empresas explotan la crisis económica para sus propios fines. En un documento titulado *La conformación de los negocios. Los próximos diez años*, la Confederación de la Industria Británica —que representa a las principales empresas— sostenía que la crisis era el catalizador de una nueva era en los negocios. El documento pedía la creación de una mano de obra aún más «flexible», lo que significaba que las empresas emplearían a un núcleo más reducido de trabajadores fijos y a un grupo más amplio, flexible y fluctuante de trabajadores. Esto supone aún más trabajadores eventuales privados de derechos y condiciones básicos, que pueden contratarse y despedirse al momento. De hecho, un estudio de 2010 reveló que casi nueve de cada diez empresas estaban manteniendo o incrementando su utilización de trabajadores eventuales.

El otro rasgo llamativo de la nueva clase trabajadora británica es el aumento del número de trabajadores a tiempo parcial. Más de una cuarta parte de la mano de obra británica trabaja actualmente a tiempo parcial, uno de los niveles más altos de Europa. El número ha crecido espectacularmente durante la recesión a medida que los trabajadores a tiempo completo que han sido despedidos se ven obligados a aceptar un empleo a tiempo parcial

[160] Simon English, «Mini workers hurl fruit as 850 sacked», *Evening Standard*, 16 de febrero 2009.

para llegar a fin de mes, lo que ayuda a mantener bajas las cifras del paro. Por ejemplo, las cifras divulgadas en diciembre de 2009 mostraban que el número de personas con un puesto de trabajo había empezado a aumentar a pesar de la recesión. Pero, de los 50.000 nuevos empleos, la mayoría era a tiempo parcial, lo que «confirmaba la tendencia gradual al trabajo precario», como informaba el *Independent*. «El empleo a tiempo completo sigue cayendo, debido a las continuas pérdidas de puestos de trabajo en las manufacturas y la construcción», según Ian Brinkley, director asociado de la Fundación del Trabajo.[161]

Cuando discutí el incremento del sector terciario eventual con el destacado parlamentario *tory* David Davis, fue de un escepticismo tranquilizador: «No hay un motivo real para creer que, digamos, Sainsbury's habría tenido menos seguridad en el empleo que alguien que trabajara en la Ford. Ocurre lo contrario en muchos sentidos, porque están aumentando. Así que creo que la idea de contratar y despedir... acabas de pasarme un fragmento de la mitología del viejo laborismo, francamente. La idea de que los únicos empleos buenos son aquellos en los que tienes que levantar un peso de media tonelada al día es una soberana estupidez.» Pero las pruebas le contradicen: cada día que pasa vemos consolidarse un poco más la mano de obra eventual en Gran Bretaña.

Muchos de los puestos de trabajo no solo son más precarios que aquellos a los que han sustituido; el sueldo a menudo es peor. Según cifras de 2008, la mitad de todos los trabajadores del sector servicios ganaba menos de 20.000£ semanales. Pero el promedio en las manufacturas era de 24.343, es decir, casi una cuarta parte más. Un ejemplo reciente ilustra cómo los trabajos manufactureros están siendo reemplazados por un sector terciario más rácano. Cuando la fábrica de coches de MG Rover en Longbridge quebró en 2005, se perdieron 6.300 puestos de trabajo. Los ingresos medios anuales de los trabajadores en sus nuevos empleos eran de tan solo 18.728£, una quinta parte menos que las 24.000£ que ganaban anteriormente en la Rover. Para el tercio o así que tuvo

[161] Sean O'Grady, «New part-time jobs boost rise in employment», *Independent*, 17 de diciembre 2009.

la suerte de seguir en el sector manufacturero, los sueldos se mantuvieron más o menos igual. Pero para el 60% que ahora está en el sector servicios, los ingresos eran considerablemente inferiores.[162]

Lo mismo ha ocurrido en otras áreas golpeadas por la destrucción de la industria, antiguas regiones mineras, por ejemplo. «Obviamente, los nuevos empleos son más limpios que trabajar en un mina», dice el exminero de Nottinghamshire Adrian Gilfoyle. «Pero se gana menos. Antes cobrábamos bonificaciones y demás por cortar carbón, y realmente se ganaba un buen dinero. Ahora tienes suerte si te pagan 200£ a la semana. Y con el coste de la vida actual, no es mucho.»

Como me explicó Eilís Lawlor, de la Fundación por una Nueva Economía, la desaparición de puestos de trabajo cualificados está creando un «vacío intermedio». «Hemos asistido a una polarización del mercado de trabajo, a medida que los empleos manufactureros son reemplazados por trabajos peor pagados en el sector servicios», dice. Otros lo llaman la economía tipo «reloj de arena»: empleos muy bien pagados en un extremo y un número creciente de trabajos mal pagados y no cualificados en el otro. Los empleos de nivel medio, en cambio, van menguando.

Las peluquerías son un ejemplo de un trabajo mal pagado del sector servicios que está en pleno apogeo. Es uno de los empleos peor pagados de Gran Bretaña: el sueldo medio de una estilista es inferior a 12.000£.[163] Actualmente hay más de 170.000 peluqueras en Gran Bretaña.[164] Otros trabajos mal pagados en rápida expansión incluyen la introducción de datos, los guardias de seguridad, recepcionistas, auxiliares de enfermería y empleados de limpieza. Estos trabajos mal pagados son los únicos ofertados a un número creciente de trabajadores que, en otra época, habrían conseguido un empleo de nivel medio con un sueldo relativamente bueno.

---

[162] *Regeneration and Renewal*, 20 de julio 2009.

[163] Colgado por Simon Rogers, «What do people get paid?», Guardian.co.uk/news/datablog, 12 de noviembre 2009.

[164] Irene Krechowiecka y Jan Poynter, *A-Z of Careers and Jobs*, Londres, 2004.

«No es solo que se destruyera la manufacturación. Quiero decir, en Londres teníamos un millón doscientos cincuenta mil empleos manufactureros, ahora apenas superan los 200.000, sobre todo en la impresión de alta calidad», dice el exalcalde de Londres Ken Livingstone. «Pero hay toda una franja de trabajos realmente bien pagados en los servicios que, al ser privatizados, se destruyeron.» Y así, para alguien de clase trabajadora, los puestos de trabajo se han reducido drásticamente.

Una de las cosas que distinguía a la vieja clase trabajadora industrial era un fuerte movimiento sindical para luchar por sus intereses. Hacia finales de los años setenta, más de la mitad del total de los trabajadores eran miembros de un sindicato. Hoy los sindicatos siguen siendo las organizaciones civiles más grandes del país, pero su número de afiliados ha ido disminuyendo vertiginosamente desde los trece millones en 1979 a los poco más de siete millones en la actualidad. El descenso es aún más patente cuando se considera que, mientras más de la mitad de los trabajadores del sector público están sindicados, esto puede decirse solo del 15% en el sector privado. Los nuevos empleos del sector servicios son más o menos una zona libre de sindicatos.

El castigo de Thatcher a los sindicatos contribuye en gran medida a explicar esta debilidad. Como señala el exministro laborista Tony Benn, las leyes «son más restrictivas con los derechos de los sindicatos de lo que lo eran hace cien años». Su presencia en los códigos hace que Gran Bretaña esté incumpliendo sus obligaciones como firmante de los convenios de la Organización Internacional del Trabajo. No solo dificultan que los sindicatos se organicen en el lugar de trabajo, las leyes también les impiden luchar por sus afiliados. Unite fue llevado a juicio por British Airways en 2010, durante una prolongada disputa con el personal de vuelo. A pesar de que ocho de cada diez trabajadores votaron por ir a la huelga, respaldados por una participación del 78%, el juez la prohibió. ¿Por qué? Porque el sindicato no había informado por mensaje de texto de que once de los 9.282 votos habían sido nulos.

El profesor Gregor Gall, experto en relaciones laborales, acierta al señalar que los sindicatos eran más fuertes en las manufacturas por «el tiempo en que tuvo lugar la sindicalización. Era una

época de mayores derechos sindicales y laborales, de leyes y políticas públicas mucho más progresistas y empresas menos poderosas». El feroz individualismo desatado por el thatcherismo también minó el espíritu colectivo que estaba en el corazón del sindicalismo. Y los sindicatos lo tienen mucho más difícil para arraigar en el fluctuante sector terciario. Las fábricas con cientos de trabajadores que estaban allí por mucho tiempo simplemente eran más fáciles de organizar.

«Hay desafíos enormes», dice Jennie Formby, delegada nacional de Unite para el sector de comida, bebida y hostelería:

> Es muy difícil organizarse en hoteles, restaurantes y *pubs*, porque los hay a millares. ¿Cómo hacer una campaña realmente intensa para cubrir cada sitio? Hay una rotación muy elevada de la mano de obra y un gran número de trabajadores inmigrantes cuya primera lengua no es el inglés, sobre todo en los hoteles, así que es más difícil lanzar una campaña organizativa sostenible. Es mucho más fácil para nosotros organizar a trabajadores de fábricas, por ejemplo en fábricas de procesamiento de carne y de pollo —en las que hemos conseguido grandes resultados en los últimos años a la hora de organizar a miles de trabajadores, en su mayoría inmigrantes—, que organizar la a menudo casi invisible mano de obra que trabaja por millares en el sector hotelero británico.

Recuerda la muy exitosa campaña liderada por Unite para impedir que los empresarios incluyeran las propinas como parte de los sueldos de sus trabajadores. Entre los obstáculos que encontró el sindicato estaban las amenazas muy reales que esperaban a muchos trabajadores por parte de sus jefes si se implicaban en cualquier tipo de actividad sindical o hablaban de la explotación que estaban sufriendo. Algunos fueron amenazados con medidas disciplinarias, incluido el despido fulminante. «A nuestros afiliados básicamente les estaban robando de su sueldo lo que los clientes habían elegido darles para reflejar el buen servicio que habían recibido, pero las empresas lo veían como una enorme amenaza a sus ingresos si se cambiaba la legislación, porque estaban ganando millones pagando de menos a estos esforzados y

mal retribuidos empleados de restaurante», dice Formby. «No obstante, aunque la campaña de las propinas ha sido un gran triunfo para nuestros afiliados, en realidad se trataba más de presionar al Gobierno y lograr cambios en la ley que de organizar a los trabajadores.»

El supermercado de Mary Cunningham presume de una buena presencia sindical. Cuando ella asumió el cargo de representante sindical solo había cincuenta y un afiliados, pero ahora han llegado a 400. Esto es una prueba de su empuje organizativo. Pero, como ella misma dice, no es frecuente. Desde 1996, el porcentaje de sindicados en el comercio minorista nunca ha alcanzado el 12%. Podría parecer que no es mucho, pero es bastante alto para los estándares del sector terciario. Debido a la rotación, dice Mary, «reclutas gente solo para seguir igual. Puedes afiliar a treinta personas en cuestión de meses, pero en ese tiempo hay otras que se han ido, se pierden continuamente... Obviamente, cuando consigues cosas es más fácil reclutar, así que cuando la gente puede decir "Mary hizo esto, y un trabajador recuperó su puesto de trabajo", eso es algo positivo, y la gente dice "Vaya, creo que me afiliaré"».

A Mary, por otra parte, no le faltan historias de directivos que toman medidas drásticas contra los sindicatos. «En una gran compañía que lleva años por aquí, tuve a cien personas que querían afiliarse al sindicato. Me reuní fuera del centro con dos mujeres, se llevaron un centenar de formularios y casi todos fueron cumplimentados, hasta que la compañía se enteró y dijo que todo el que rellenara un formulario en el lugar de trabajo, o fuera descubierto con uno, sería sancionado.»

Tras tres décadas de persecución, los sindicatos ya no forman parte de la cultura del lugar de trabajo, y esto es particularmente cierto en el sector servicios. «Mucha gente hoy en día ni siquiera sabe en qué consiste un sindicato», dice Mary. «Es triste, la verdad.»

John McInally ha estado encabezando valientes tentativas del sindicato PCS para organizar a los teleoperadores. Cree que hay motivos reales para el optimismo, por una semejanza clave entre los centros de atención telefónica y las antiguas fábricas: un gran número de trabajadores concentrados en un lugar. Pero no se hace ilusiones sobre los obstáculos que hay en el camino, sobre todo

por lo reglamentado que está el trabajo: «Puede haber cuatrocientas personas en una sala, o en un par de salas, que pueden verse todos los días pero nunca hablan unas con otras», dice. Igual que los trabajadores de las fábricas estaban pegados a sus telares en la época victoriana, los teleoperadores están pegados a sus mesas. Pero hay una diferencia fundamental: contrariamente a los trabajadores victorianos, que podían hablarse a voces por encima de sus telares, los teleoperadores tienen los cascos puestos todo el día, lo que les impide comunicarse. «Se trata a la gente como unidades de producción, a diferencia de las fábricas, en las que hay una interacción más orgánica entre las personas.»

Los sindicatos que se han preparado para tomar medidas en defensa de sus afiliados han crecido, como el sindicato de conductores de tren (Sindicato Nacional de Trabajadores Ferroviarios, Marítimos y Transportistas), el PCS y el Sindicato de Trabajadores de la Comunicación, que representa a trabajadores de correos, entre otros. Pero lo cierto es que el número de sindicatos sigue descendiendo y que apenas existen en el sector servicios. Lo que resulta especialmente escandaloso es que aquellos que más necesitan a los sindicatos son los menos representados. Según la Encuesta de Población Activa de 2008, menos del 15% de los trabajadores que ganan menos de 7£ a la hora está sindicados. En cuanto a los que ganan entre 15 y 20£ a la hora, la proporción supera los cuatro de cada diez.

La impopularidad del sindicalismo no es la culpable de su maltrecha situación. Según una encuesta realizada por el grupo sindical Unions 21, aproximadamente la mitad de los trabajadores no sindicados cree que los sindicatos tienen futuro, frente al 31% que cree que no. Mientras que era más probable que las mujeres no se afiliaran por el coste, el mayor freno para los hombres era la sensación de que los sindicatos no conseguían nada. Según Carl Roper, secretario de organización del Congreso de Sindicatos: «No parece haber una visión sindical sobre cómo abordar a esos trabajadores.»[165]

[165] René Lavanchy, «Unions have a future, workers tell survey», *Tribune*, 19 de marzo 2010.

No es solo que el fracaso de los sindicatos a la hora de reclutar a trabajadores mal y moderadamente pagados del sector servicios los condena a salarios y condiciones precarios. También mina la identidad colectiva de la clase trabajadora. Le priva de una voz, lo que deja a millones de personas prácticamente invisibles y sin medios para articular sus inquietudes y aspiraciones, que pueden ser fácilmente ignoradas por políticos y periodistas. Además, ayuda a reforzar la idea de que uno solo puede mejorar su destino a través del esfuerzo individual y que, por lo tanto, los que tienen empleos peor pagados merecen su suerte.

El debilitamiento de los sindicatos explica en gran medida por qué el sueldo de los trabajadores se estancó incluso durante los años del *boom*. Las enormes facturaciones beneficiaban sobre todo a los jefes, a falta de una fuerza organizada que ganara una parte del botín para los millones de personas que estaban entre las que trabajaban más horas de Europa. Asimismo, esta falta de presión desde debajo explica cómo se han socavado uno a uno los derechos de los trabajadores.

Antes incluso de que la recesión golpeara con fuerza, los sueldos de la clase trabajadora británica iban adelgazando rápidamente. En 2005, por ejemplo, los beneficios de las empresas fueron los más altos desde que hay registros, pero los trabajadores sufrieron un impacto en sus ingresos semanales de casi un 0,5%. La renta de la mitad inferior se mantuvo en punto muerto después de 2004; la del tercio inferior de hecho se redujo.[166] Después del crac de 2008, la congelación salarial se convirtió en la norma mientras los trabajadores corrían con los gastos de una crisis causada por la codicia de banqueros ricos. Los 9,4 millones de personas en hogares de renta baja no tenían nada a lo que aferrarse en tiempos difíciles. El descenso de sus ingresos es aún más escandaloso por cuanto se produjo bajo un Gobierno laborista. Contrástese con los vilipendiados Gobiernos laboristas de los años sesenta, cuando el 10% más pobre vio sus ingresos reales subir un 29%, frente al aumento del 16% del que disfrutó el resto.

[166] Departmento para el Trabajo y las Pensiones, *Households Below Average Income: An Analysis of the Income Distribution 1994/95–2007/08*, Londres, 2009, p. 19.

La exministra neolaborista Hazel Blears admite que la vida se ha vuelto más dura para la clase trabajadora. Sostiene que el Gobierno estaba intentando lograr «la cuadratura del círculo», temiendo que intervenir demasiado para ayudar a trabajadores en dificultades haría que Gran Bretaña «no fuera competitiva» y dejaría a la gente sin trabajo. «Como siempre en política, se trata de lograr un equilibrio, y unas veces se consigue y otras no.» Pero concede que, en los últimos años del nuevo laborismo,

> simplemente apañarse en el día a día empezó a ser cada vez más difícil para mucha gente de clase trabajadora. O te reducían la jornada, o te bajaban el sueldo, y cosas de las que habías disfrutado —como llevar a la familia a comer fuera una vez a la semana, ir al cine, irte de vacaciones— empezaron a ser muy difíciles. Y creo que la calidad de vida en algunas familias empezó a ser trabajar y dormir, trabajar y dormir, sin diversión ninguna.

Lo que hace que todo esto resulte tan increíblemente injusto es que los sueldos de los trabajadores se han estancado aun cuando su productividad ha aumentado sin parar. En el pasado, el incremento en la productividad se traducía en subidas salariales. Pero el incremento anual en la productividad ha duplicado el de los sueldos en la Gran Bretaña del siglo XXI. En términos generales, los sueldos representan una parte mucho menor de la economía que siguió a los estragos del thatcherismo. Casi dos tercios de la riqueza de la nación se destinaban a salarios allá por 1973. Hoy apenas supera la mitad.

El legado del thatcherismo no es lo único a lo que los trabajadores deben agradecer el estancamiento de su paga: la globalización también ha influido. Cuando China, la India y el antiguo bloque soviético entraron en la economía de mercado global, las empresas occidentales de repente tuvieron acceso a cientos de millones de nuevos trabajadores. Esto no solo hizo que hubiera abundancia de mano de obra, también la abarató, porque las empresas podían salirse con la suya pagando sueldos mucho más bajos en los países en vías de desarrollo, sobre todo gracias a la liberalización internacional promovida por organismos como la Organización

Mundial del Comercio. Esto ha asestado un duro golpe al poder de negociación de los trabajadores. Después de todo, a las empresas les basta con trasladarse al Tercer Mundo si su mano de obra occidental se niega a aceptar sueldos bajos y condiciones precarias.

Los sueldos congelados y los empleos mal pagados en el sector servicios tuvieron que ver en la crisis económica. Para mantener su poder adquisitivo, los trabajadores empezaron a pedir prestado. En 1980 la proporción entre deudas e ingresos era de 45. Hacia 1997 se había duplicado, antes de alcanzar la friolera de 157,4 en vísperas de la crisis del crédito en 2007. A medida que el poder adquisitivo de la gente disminuía, se derrochaba más y más crédito en bienes de consumo. Entre 2000 y 2007, los consumidores gastaron 55 billones de libras más de lo que cobraban, gracias a las tarjetas de crédito o a elevados préstamos bancarios. Este enorme incremento en la deuda de los hogares es una de las razones por las que Gran Bretaña experimentó un *boom* alimentado por el crédito antes de que la burbuja estallara inevitablemente.

«Si estás en una situación en que tu sueldo no aumenta en términos reales, y si de hecho te encuentras en una situación en la que tus ingresos van menguando, entonces una forma de salvar esa brecha y "no ser menos que el vecino" es pedir prestado más dinero para hacerlo», dice el experto en deuda Chris Tapp, director de Acción del Crédito. Y eso es justamente lo que hicieron millones de personas que pidieron préstamos muy por encima de sus posibilidades para llenar el hueco dejado por el estancamiento real de los sueldos. El consumismo desaforado también tuvo que ver, puesto que el crédito permitió a los consumidores derrochar en costosas vacaciones, televisores, iPhones y cosas así, porque, como dice Tapp: «La sociedad nos grita: "Esto es lo que necesitas para ser aceptado y valorado". Y el crédito, el crédito fácil, te permite hacerlo.»

Además de estar mal pagados, muchos de los trabajos del sector servicios tienen un estatus marcadamente inferior al de los

empleos manufactureros que reemplazaron. Los mineros y trabajadores fabriles sentían un orgullo real por el trabajo que desempeñaban. Los mineros proveían las necesidades energéticas del país; los trabajadores fabriles tenían la satisfacción de invertir destrezas y energía en fabricar cosas que la gente necesitaba. Esos trabajos eran bien vistos en la comunidad local. Naturalmente, hay muchos diligentes empleados de supermercados y centros de atención telefónica que se esfuerzan mucho en sus trabajos y por dar un buen servicio al cliente. Pero es indudable que no existe el mismo orgullo y prestigio asociado a sus trabajos.

«A pesar de los problemas de la industria manufacturera en los años setenta, los trabajadores estaban muy cualificados», dice el historiador político Ross McKibbin. «Estaban muy bien pagados. Casi todos estaban sindicados y muy orgullosos de su trabajo. Y creo que eso ha decaído. En lo que podría llamarse la clase trabajadora industrial, el orgullo por el trabajo es menor que antes, y el esfuerzo por sentir ese orgullo ha disminuido.»

No es de extrañar que un estudio mostrara que cuatro de cada diez trabajadores con ingresos medios creían que su trabajo tenía un estatus inferior al de sus padres, frente a solo el 29% que creía que tenía un estatus superior. Los ahora clasificados por los estadísticos como «clase media-baja» —oficinistas, administrativos y supervisores, por ejemplo— «hoy están en su mayoría más abajo en la escala salarial que si hubieran pertenecido a la clase trabajadora cualificada de la generación anterior».[167]

Dicho esto, el estatus inferior otorgado a muchos empleos no industriales puede ser terriblemente injusto. Parte del problema está en que hemos desarrollado una aversión por los trabajos socialmente útiles pero mal pagados. Esto es una consecuencia de la nueva religión de la meritocracia, en la que el rango en la jerarquía social viene supuestamente determinado por el mérito. El problema está en cómo definir «mérito». El grupo de reflexión de la Fundación para una Nueva Economía (NEF) *publicó* un informe en 2009 comparando el valor social de diferentes trabajos. El

[167] Stewart Lansley, *Life in the Middle: The Untold Story of Britain's Average Earners*, panfleto del Congreso de Sindicatos de 2009, pp. 3, 10, 17.

personal de limpieza de los hospitales cobra por lo general el sueldo mínimo. No obstante, la NEF calcula que —tomando en cuenta que mantienen los estándares de limpieza y contribuyen a mejores resultados sanitarios— generaban más de 10£ en valor social por cada libra que se les pagaba.

Los trabajadores del reciclaje son otro ejemplo. Cumplen todo tipo de funciones, como evitar el desperdicio y promover el reciclaje, así como reutilizar artículos y mantener bajas las emisiones de carbón. El modelo de la NEF estimaba que, por cada libra gastada en sus sueldos, se generaban otras 12. Pero cuando el grupo de reflexión aplicó el mismo modelo a banqueros de la City —teniendo en cuenta los efectos perjudiciales de las actividades financieras de la City— estimaron que, por cada libra que se les pagaba, se destruían 7£ de valor social. La proporción era aún mayor en el caso de los ejecutivos *pub*licitarios: 11£ libras destruidas por cada libra ingresada en su cuenta corriente.[168] En la Gran Bretaña actual, se puede acabar teniendo un trabajo mal pagado y poco reconocido aunque la contribución que uno haga a la sociedad sea enorme.

Este descenso en el estatus laboral es solo una forma en que la muerte de las manufacturas ha minado la calidad de vida de los trabajadores y la conciencia de su valor. Otra es que el nuevo sector servicios simplemente no fomenta el mismo sentido comunitario que la industria desarrollaba antiguamente. «Este tipo de cultura de clase trabajadora basado en la comunidad sin duda se ha reducido notablemente», dice el sociólogo John Goldthorpe, algo de lo que se ha percatado al visitar el antiguo pueblo minero donde creció. «Antes también existía la cultura profesional de la minería. Todo el mundo sabía de minas. Se hablaba de minería en los *pubs* y en los clubes, había ese tipo de cultura profesional compartida, además de la comunidad.» El sector servicios sencillamente no ha reproducido el sentimiento comunitario y de pertenencia que la manufacturación podía fomentar.

[168] Fundación para una Nueva Economía, *A Bit Rich: Calculating the Real Value to Society of Different Professions*, 2009, pp. 3–4..

«La sociedad se ha vuelto cada vez más atomizada», concluye la exministra laborista Clare Short. «En la calle donde crecí, todos los niños jugaban juntos, entraban y salían de las casas de los mayores, cada uno sabía más o menos quién era el otro y qué hacía, y se ayudaban entre sí... Siempre había gente en las casas porque no trabajaban tantas mujeres. Culturamente era completamente distinto. Y, en mi opinión, se ha perdido mucho con el cambio. No siempre ha sido a mejor, y el sentimiento de comunidad y pertenencia se ha reducido drásticamente.»

El equilibrio entre el trabajo y la vida personal también se ha visto afectado. Cuatro de cada diez de nosotros echa horas los sábados, por ejemplo, más que en ningún otro país de la Unión Europea. Otro soñoliento 13% trabaja en turnos de noche, de nuevo más que la mayoría de países europeos. Además de trabajar a horas intempestivas, pasamos más tiempo encerrados en nuestro lugar de trabajo que ningún otro país de Europa. La tendencia a la baja en horas de trabajo se detuvo en los años 80 y se ha invertido. En 2007, los trabajadores a tiempo completo trabajaban una media de 41,4 horas semanales, superior a las 40,7 horas del año anterior. En la Unión Europea, solo los trabajadores rumanos y búlgaros trabajaban más horas.[169]

De forma vergonzosa, Gran Bretaña negoció autoexcluirse de la Directiva Europea sobre el Horario de Trabajo, que impone un tope de 48 horas de trabajo semanales. En teoría, los trabajadores solo pueden trabajar más si acceden a ello. Pero según un estudio realizado por el Congreso de Sindicatos, uno de cada tres trabajadores ni siquiera sabe que existe esa opción, y a otros dos de cada tres que trabajaban normalmente más de 48 horas nunca se les dio la posibilidad de elegir. Hemos terminado en una situación escandalosa en la que aproximadamente uno de cada cinco de nosotros trabaja normalmente más de las 48 horas estipuladas en la Directiva.[170]

[169] David Litterick, «Britons work almost two hours more per week than average European», *Daily Telegraph*, 3 de septiembre 2008.

[170] Oficina de Estadísticas Nacionales, *Social Trends*, No. 39, Londres, 2009, p. 54.

Pero hay pruebas de explotación aún más irrefutables. En 2009, más de cinco millones de trabajadores hacían de media más de siete horas extras semanales no remuneradas, y es una tendencia al alza. Tener a tanta gente trabajando gratis supone muchísimo dinero para los jefes. Según el Congreso de Sindicatos, las empresas ganaron con ello nada más y nada menos que 27,4 billones de libras, lo que equivale a 5.402£ por trabajador.[171] Es una cifra que valdrá la pena recordar la próxima vez que se oiga a los empresarios quejarse del coste de las bajas por enfermedad. Según la Confederación de la Industria Británica, las pérdidas resultantes son inferiores a la mitad de esa cantidad.

Ni siquiera nos compensan con tiempo libre para desconectar. Los trabajadores británicos tienen una media de 24,6 días de vacaciones al año, por debajo de la media de la Unión Europea y muy por debajo de los treinta y tres días de Suecia. No es de extrañar que el estrés se haya vuelto endémico. Una quinta parte de los trabajadores encuestados por la sociedad benéfica de salud mental Mind habían llamado alguna vez para decir que estaban enfermos por niveles de estrés «incontrolables».

Hemos visto que los trabajadores del sector servicios en particular lo han pasado cada vez peor en los últimos años. Pero ¿qué hay del uno de cada cinco que trabaja en la administración? Después de todo, los periodistas y políticos de derechas han alentado la idea de que los trabajadores del sector público cobran demasiado, trabajan demasiado poco y se dan la vida padre a expensas del contribuyente. Cuando el Gobierno acudió al rescate del sistema bancario y los ingresos fiscales procedentes de la City cayeron en picado, se desarrolló un consenso político sobre la necesidad de recortes «salvajes» en la administración pública. La realidad de los seis millones de trabajadores del sector público británico no aparece por ninguna parte en todo esto.

«Remontándonos muchos, muchos años, la gente puede haber visto esta imagen de administrativos que tal vez creían que les iban bien las cosas, tenían un trabajo relativamente fácil, buenas

[171] Press Association, «Unpaid overtime soars to "extreme" levels, says TUC», *Guardian*, 26 de febrero 2010.

condiciones y un sueldo bastante bueno», dice el líder sindical Mark Serwotka. «Creo que todos los partidos políticos han difundido deliberadamente esa caricatura para, primero, justificar los ataques contra ellos y, en segundo lugar, tratar de extender una imagen muy divisiva: que "Bah, son burócratas que en realidad no hacen nada, podemos prescindir de ellos, no es gente que aporte cosas a la sociedad".»

Serwotka cree que esta «demonización del sector público... era una estrategia política deliberada para intentar vencer cualquier oposición a los recortes masivos que anunciaron». Recuerda amargamente al entonces primer ministro Gordon Brown despidiendo a 100.000 funcionarios en directo por televisión en 2004. Ni siquiera se consultó antes al sindicato. «Veíamos a Michael Howard [exlíder *tory*] en las elecciones de 2005 con sus caretas de jerarcas con bombín y raya diplomática, y es la misma historia.» Cuando los conservadores llegaron al poder tras las elecciones de 2010, inmediatamente se pusieron a cultivar esta imagen, insistiendo en los 172 funcionarios que cobraban más que el primer ministro como si fueran representativos del sector público.

Al igual que el sector servicios, el sector público ha llenado parte del vacío dejado por el colapso de la industria en muchas comunidades de clase trabajadora. Se crearon cerca de 850.000 nuevos empleos en el sector público en la era del nuevo laborismo. Había unos seis millones de trabajadores en el sector público antes de que la coalición liderada por los conservadores desvelara su programa de recortes en mayo de 2010. Además, como en los servicios, dominaban las mujeres. Según el profesor de economía Prem Sikka, ocho de cada diez nuevos puestos de trabajo ocupados por mujeres a finales de los años noventa eran en la administración pública. En un antiguo centro industrial como el Noreste, en torno a una de cada dos mujeres trabaja en el sector público.

Sin embargo, la idea de que estos empleados están de una u otra forma «consentidos» es un mito. Casi una cuarta parte de los trabajadores que ganan menos de 7£ a la hora se hallan en el sector público. «Tenemos 100.000 afiliados en el funcionariado que ganan 15.000£ al año o menos», dice Mark Serwotka. «Tenemos a 80.000 funcionarios que cobran menos del sueldo medio en este

país. Se nos ha dicho que tienen pensiones "doradas", pero la pensión media de todos los funcionarios es de 6.200£ al año. Si quitas a los jerifaltes, es de 4.000£ al año.»

Considérese también que los trabajadores del sector público hacen el equivalente a 120 millones de horas extras no remuneradas al año. Según investigadores del Centro de Investigación Pública y de Mercados de la Universidad de Bristol, eso equivale a 60.000 personas más. Uno de cada cuatro trabajadores del sector público hace horas extras no remuneradas por un valor de casi 9 billones de libras al año, frente al uno de cada seis en el sector privado. ¿Consentidos? Todo lo contrario. Los trabajadores del sector público figuran entre algunos de los más explotados y peor pagados del país.

Son estos trabajadores los que se llevan la peor parte del programa de recortes, porque una crisis causada por la codicia privada se ha achacado cínicamente al gasto público. Pero mientras los políticos afilan los cuchillos, no solo sufrirán los trabajadores directamente empleados por el Estado. Si estás en el quinto inferior de la población, más de la mitad de tus ingresos procede del Gobierno. Muchísima gente de clase trabajadora depende de que el Estado complemente sus ingresos para llegar a fin de mes, a través de créditos tributarios y ayudas a la vivienda o a la familia, por ejemplo, muchos de los cuales han sufrido recortes en términos reales.[172]

El gran y persistente legado del thatcherismo es que la clase trabajadora está, de momento, perdiendo la batalla. «Hay lucha de clases, de acuerdo», como dijo hace unos años el inversor multimillonario estadounidense Warren Buffet, «pero es mi clase, la de los ricos, quien la ha declarado, y vamos ganando».

Durante los últimos años hemos presenciado un pasmoso enriquecimiento de las empresas británicas a costa de sus plantillas. En el cambio de milenio, los altos directivos ganaban cuarenta y siete veces el sueldo medio de un trabajador. Hacia 2008, estaban ganando noventa y cuatro veces más.[173] En algunas compañías, esta brecha se ha ampliado de forma increíble. Véase Bart Becht,

[172] Departmento del Trabajo y las Pensiones, *Households Below Average Income*, p. 14.

[173] Megan Murphy y Nicholas Timmins, «Boardroom pay gap doubles in a decade», *Financial Times*, 27 de noviembre 2009.

director ejecutivo de Reckitt Benckiser, empresa que hace de todo, desde el analgésico Nurofén hasta el producto de limpieza doméstica Cillit Bang. El buen y afortunado señor Becht se apaña con los ingresos equivalentes a lo que ganan 1.374 de sus trabajadores juntos. O véase el director de Tesco Terry Leahy, que se embolsa 900 veces más dinero que sus cajeros y reponedores.[174]

Uno podría pensar que la mayor crisis económica desde los años treinta habría dado que pensar a los principales empresarios. La verdad es que no mucho. En octubre de 2008 se reveló que el sueldo de los consejeros había subido nada más y nada menos que un 55% en solo un año, lo que dejaba al director ejecutivo medio del índice Financial Times Stock Exchange 100[175] con un sueldo 200 veces superior al del trabajador medio. Esta bonanza no les impidió seguir adelante con las congelaciones salariales y los despidos masivos. Y cuando el *Sunday Times* publicó su lista anual de los más ricos en 2010, reveló que la riqueza conjunta de los mil personas más ricas de Gran Bretaña había aumentado un 30%, el mayor incremento en la historia de la lista.

El teleoperador Carl Leishman recuerda que su anterior jefe lo despidió en pleno apogeo de la crisis financiera: «Yo estaba en la interesante posición de trabajar para un banco cuando empezó todo. Lo bueno es la razón por la que me despidieron. Creo que al día siguiente de terminar oficialmente con el banco, ellos anunciaron 8,3 billones de libras de beneficios. Sí, eso dolió un poco. "Oye, por cierto, ahora no tienes trabajo, pero hemos hecho 8,3 billones de libras de beneficio este año." Bueno, así es: todo el mundo sufre lo que han hecho unos pocos idiotas, y aun así están cobrando millones por ello.»

Tan desigual es el reparto de la riqueza que el 1% superior se come el 23% del pastel nacional. La mitad inferior, por el contrario, tiene que apañárselas con un exiguo 6%. Aun esto es engañoso, porque mucha de la «riqueza» de la mitad inferior es prestada,

[174] Ashley Seager y Julia Finch, «Pay gap widens between executives and their staff», *Guardian*, 16 de septiembre 2009.

[175] Índice que agrupa a las cien empresas más cotizadas en la Bolsa de Londres. *(N. del T.)*

a través de hipotecas y créditos, mientras que el 1% superior es dueño y señor de sus bienes.

Este modelo económico de «goteo» no ha aparecido porque los de arriba se hayan vuelto más capaces o lucrativos. Ha sido impulsado por el aplastamiento de los sindicatos, una mano de obra eventual y un sistema fiscal organizado para beneficiar a los ricos. Hasta Jeremy Warner, director adjunto del periódico conservador *Daily Telegraph*, ve que algo no va: «Es como si una pequeña élite hubiera captado —y guardado para sí— los espectaculares beneficios que el capitalismo es capaz de producir.»[176]

«No hay duda de que el sistema fiscal actual es regresivo», dice el perito mercantil Richard Murphy. Después de todo, vivimos en un país en el que el décimo superior paga menos impuestos en proporción a los ingresos que el décimo inferior. Murphy identifica varias razones, entre ellas que los más pobres gastan un porcentaje mayor de sus ingresos en impuestos indirectos como el IVA; que los seguros sociales tienen un tope de 40.000£ anuales; y que los que ganan entre 70.000 y 100.000 libras anuales pueden reclamar 5.000£ de exección fiscal al año además de sus deducciones personales.

«Nos tiene sin cuidado que la gente se vuelva indecentemente rica», dijo una vez Peter Mandelson, el sumo sacerdote del nuevo laborismo, «mientras pague sus impuestos». En la práctica, los empresarios y corporaciones pudientes se van muy lejos para evitar tener que pagar impuestos de ningún tipo. Murphy calcula que la evasión fiscal cuesta al fisco unos 70 billones de libras al año, o lo que es lo mismo, setenta veces más que las estimaciones del fraude en las prestaciones. Con ejércitos de abogados y expertos fiscales, la élite económica se ha vuelto muy hábil a la hora de explotar las lagunas jurídicas y el dinero barajado para evitar tener que pagar un penique.

[176] Jeremy Warner, «Capitalism has forgotten to share the wealth», *Daily Telegraph*, 29 de enero 2010.

«Hay una actividad bastante descarada, sobre todo entre las clases medias y los ricos, donde está proliferando la partición de la renta»,[177] dice. «La traslación de impuestos, pasando los ingresos de un familiar a otro, se ha convertido en un medio extremadamente común de evadir cantidades considerables de impuestos. Los autónomos también son expertos en esto, a través de compañías limitadas.» Qué mejor ejemplo que Philip Green, empresario billonario británico designado por el Gobierno conservador como asesor en su revisión del gasto. Sir Philip se libra de pagar impuesto alguno en Gran Bretaña porque ha puesto a nombre de su mujer (empadronada en Mónaco) empresas clave como Topshop.

Si miramos más allá de las estadísticas por un momento, vemos claramente que estamos ante dos grupos de personas con diferencias irreconciliables. Por un lado los que se aprietan el cinturón y ahorran, pues a menudo dependen de sueldos bajos y estancados para pagar el alquiler o la hipoteca. Sus largos horarios de trabajo y creciente productividad no se han visto recompensados. Llevan a sus hijos a escuelas locales y, cuando enferman, dependen del médico de cabecera y el hospital. Pagan sus impuestos. Con la muerte de la Gran Bretaña industrial, muchos de ellos dependen de empleos relativamente mal pagados y precarios en el sector servicios. Sus necesidades y preocupaciones son ignoradas por los mundos de clase media de la política y los medios de comunicación.

Por otro lado tenemos una élite rica cuyas cuentas corrientes han aumentado espectacularmente, incluso en plena recesión. Llevan estilos de vida sofisticados y cosmopolitas, con mansiones, casas de campo y áticos repartidos por todo el mundo. Tal vez trabajen duro y muchas horas, pero pueden cobran en un día lo que otra gente muy trabajadora gana en un mes. Muchos de ellos pagan pocos o ningún impuesto, mandan a sus hijos a colegios privados caros y tienen costosos planes de seguro médico privados. Se han autoexcluido de la sociedad. Esto no ha hecho mella en su poder e influencia. Al fin y al cabo, los tentáculos de las

[177] Práctica por la que una persona asigna, con fines impositivos, parte de sus ingresos a un miembro de su familia. *(N. del T.)*

grandes empresas llegan muy lejos en cada uno de los principales partidos políticos. Además de su enorme poder político, es esta élite rica la que dirige nuestros principales periódicos y canales de televisión.

La idea de que la clase trabajadora se ha esfumado, dejando únicamente un residuo *chav*, es un mito políticamente conveniente. Pero no se puede negar que ha cambiado profundamente durante las últimas tres décadas. La vieja clase trabajadora solía prosperar en comunidades basadas en torno al lugar de trabajo. En su mayoría eran hombres que tenían el mismo empleo de por vida, que muy probablemente era el mismo que habían tenido sus padres y abuelos antes que ellos. Muchos de estos trabajos tenían auténtico prestigio y estaban bien pagados. Era más probable que la gente estuviera sindicada que no lo estuviera, y disfrutaba de verdadero poder en el lugar de trabajo.

La actual clase trabajadora recuerda a la antigua en un aspecto: está compuesta por los que trabajan para otros y carecen de poder sobre su propio trabajo. Pero los empleos que realizan son por lo general más limpios y requieren menos fuerza física: lo rápido que teclees es más importante que cuánto peso puedas levantar. Trabajan en oficinas, tiendas y centros de atención telefónica, a menudo por menos dinero y con mayor precariedad laboral. Antes incluso de la Gran Recesión, los sueldos se estaban estancando o, en muchos casos, reduciendo. Millones de trabajadores pasaban de un trabajo a otro cada vez con más frecuencia. Se ha erradicado un sentimiento de comunidad, pertenencia y orgullo por el trabajo. Los términos y condiciones laborales suelen ser peores, sobre todo para la multitud de temporeros que no goza de prácticamente ningún derecho. Franjas enteras de la mano de obra no están sindicadas, y el poder de negociación de los trabajadores es más débil que nunca.

Un trabajador varón con mono azul y un carné sindical en el bolsillo podría haber sido un símbolo apropiado de la clase trabajadora de los años cincuenta. Una reponedora mal pagada y a tiempo parcial sin duda sería representativa de esa misma clase hoy en día. Pero esta clase trabajadora contemporánea está ausente de las pantallas de televisión, de los discursos de nuestros políticos y de

las páginas de comentarios de nuestros periódicos. El líder *tory* David Cameron habló de los «Grandes Ignorados» durante las elecciones generales de 2010. ¿Quién tiene más derecho a esta etiqueta que la clase trabajadora británica?

Hay algo insidioso en la pretensión de que ya no hay clases en la Gran Bretaña actual. Apenas pasa un día sin que algún político o comentarista rinda homenaje a la «meritocracia» o a la idea de que cualquiera con el talento y la determinación suficientes puede prosperar en la Gran Bretaña actual. La trágica ironía es que el mito de la sociedad sin clases ganaba terreno a medida que se iba amañando la sociedad en favor de la clase media. Gran Bretaña sigue tan dividida en clases como siempre.

06

Una sociedad amañada

«La Gran Bretaña de las élites
se ha acabado.
La nueva Gran Bretaña es
una meritocracia.»

TONY BLAIR, 1997

«Soy indudablemente de clase media, pero estoy casada con un hombre de clase alta», me dijo Rachel Johnson con el mismo tono afectado que su hermano Boris. Parecía no haber lugar más apropiado para hablar de clases que en las bastante pintorescas oficinas en Covent Garden de *Lady*, el semanario más pijo de Gran Bretaña. Johnson dirige la revista desde 2009, pero hasta una mujer de orígenes tan privilegiados como los suyos siente como si viviera en un mundo diferente al de sus lectoras de sangre azul. «Estoy como sobre las placas tectónicas, en la membrana entre dos sistemas de clases, en la divisoria entre clases... Es como la falla de San Andrés de la sociedad británica, que está entre la clase media con aspiraciones y la aristocracia con movilidad hacia abajo. De lo que estamos viendo ahora, esa es el área de la que me resulta más interesante hablar, más que de la clase trabajadora o la clase media-baja.»

Quizá sorprendentemente, descubrí que la hermana del extoniano alcalde de Londres se sentía una intrusa. «Yo vengo de un entorno muy raro y no tengo representación alguna en la sociedad británica porque todos mis... ¿Cuántos bisabuelos tenemos? ¿Ocho?». Repasa las nacionalidades de todos ellos, uno por uno. Francés, suizo, turco... «Conque nunca me he sentido ni remotamente dentro del flujo sanguíneo del sistema de clases.»

Rachel Johnson puede no parecer la persona más indicada para hacer una crítica perspicaz del sistema de clases. Pero eso es lo que hace. Lo que hemos visto, sostiene, «es a las clases medias arramblar con los puestos de trabajo y llevarse todos los premios rutilantes gracias a sus contactos y a su grupo de amigos. Y a los hijos de

la clase trabajadora o de la clase media-baja luchando por tan siquiera poder poner el pie en la escalera».

En la raíz del problema, dice, está el «nepotismo con que funciona la sociedad británica». ¿Ese es realmente un factor determinante?, pregunto.

> ¡Es un factor *crucial*! Lo único que hacen los padres de clase media es apañar trabajos y experiencia laboral para sus hijos a través de sus compañeros... Lo único que se les da realmente bien a las clases medias es la supervivencia. Nunca salen perdiendo. Si te fijas en cómo saben manejarse en todos los ámbitos... la Seguridad Social, el sistema de educación pública, ellos son los que van a ganar, porque están preparados para ponerlo *todo*.

Johnson teme que los recortes —que, sabe, «van a ser brutales»— harán que este desequilibrio se acentúe mucho más.

> Esto, en cierto sentido, va a atrincherar inevitablemente a las clases medias y medias-altas en sus posiciones de poder e influencia, porque poseen el dinero para tener a sus hijos viviendo con ellos en casa y mantenerlos mientras acumulan experiencia laboral no remumerada, lo que puede prolongarse durante años. Mantenerlos durante la carrera sin cargarlos con préstamos estudiantiles, lo que significa que cuando se acercan al mercado laboral pueden escoger y elegir un poco más que los que llegan a la edad adulta o al periodo postformativo con enormes deudas. Quiero decir, el campo de juego no se ha nivelado, se ha vuelto... No sé qué es lo contrario a nivelado. Se ha vuelto mucho menos justo, menos llano.

Enumera unos pocos de los mil modos en que la clase media tiene ventaja. Lo que ella llama «pluses», por ejemplo. «Como la experiencia laboral, ya sabes: "Me formé como profesor de tenis en mis largas vacaciones universitarias", esas cosas... El tipo de cosas que los licenciados de clase media pueden exhibir es ahora lo que los distingue ante las empresas.» Si más gente está consiguiendo las mismas notas altas, arguye, entonces la mano de la clase media es aún más fuerte. «Esto va a significar que las clases medias van a sacar 12

matrículas de honor *y* aprobaraán 8º de violín, *y* son cinturón azul de judo... Pero, claro, por eso las clases medias siempre van a triunfar. Porque pueden agregar los pluses que van a querer las empresas.»

Cuando le pregunté cómo se podían superar las divisiones de clase, su solución fue bastante sorprendente para una mujer de sus orígenes.

> Sabes lo que voy a decir. Educación. Probablemente haya que abolir los colegios privados e introducir un sistema de liceo francés en el que todos —ya vivan en el *arrondissement* 16[178] o vengan de una *banlieue* [suburbio] argelina— van al mismo colegio. Es fácil. Pero nadie va a hacerlo. No podemos hacerlo en una sociedad libre. Aunque en realidad *deberíamos*, por el bien de todos. ¡Incluso por el bien del partido *tory* de David Cameron deberían hacerlo!

Difícilmente se puede acusar a Rachel Johnson de tener intereses personales en esto. No es ningún azote izquierdista de las clases medias: encuentra en Margaret Thatcher «una fuente de inspiración». Simplemente está siendo sincera sobre la clase en la que nació. Lo cierto es que vivimos en una sociedad amañada en favor de la clase media en todos los niveles.

Como Johnson subraya, los colegios privados son uno de los modos más obvios en que los ricos pueden comprar a sus hijos un sitio seguro en la cabecera de la mesa. Son la cantera de la clase dirigente británica. Solo siete de cada cien británicos se educan en colegios privados, pero están —por no decir más— desproporcionadamente representados en cada una de las principales profesiones. Casi la mitad de los altos funcionarios fueron a colegios privados, al igual que el 70% de los directores financieros, más de la mitad de los periodistas mejor situados y casi siete de cada diez abogados prominentes.[179] Lo mismo puede decirse de las mejores universidades. Según el Sutton Trust, cien colegios de élite —de un total de 3.700 colegios en el Reino Unido— representan un

[178] París se divide en 20 *arrondissements* o distritos municipales. *(N. del T.)*

[179] Alan Milburn, *Unleashing Aspiration: The Final Report of the Panel on Fair Access to the Professions*, Londres, 2009, p. 18.

tercio de las admisiones a Oxford y Cambridge durante los últimos años. En términos generales, más de la mitad de los estudiantes de Oxford y Cambridge han ido a colegios de pago.

Pero la clase social puede dictar las opciones en la vida de la gente de maneras bastante más sutiles que comprando a tus hijos mejores calificaciones. Solo el 15% de los chicos blancos pobres y el 20% de las chicas blancas pobres salen de los colegios públicos con destrezas básicas en lectura, escritura y aritmética.[180] Esto los sitúa muy por detrás de los chicos de clase media. ¿Por qué el vínculo entre educación y clase social es tan fuerte? De creer al antiguo inspector general de escuelas, Chris Woodhead, es porque los niños de clase media tienen «mejores genes». Este perverso darwinismo social le llevó a criticar a ministros por pensar que podían hacer que los niños fueran «más brillantes de lo que Dios [los] hizo... La vida no es justa. Nunca haremos que lo sea».[181]

Naturalmente, esta teoría es tan ridícula como insultante. Se ha de culpar a las condiciones desfavorables para los chicos de clase trabajadora, no a su composición genética. «En gran parte se debe a que la brecha se abre muy pronto y luego ya nunca se vuelve a cerrar», dice la líder activista en educación Fiona Millar. Tener la suerte de nacer en un entorno confortable tiene una enorme influencia. Un estudio de 2005 mostraba que un niño de cinco años cuyos padres ganan más de 67.500£ tiene destrezas lectoras cuatro meses más avanzadas que las de sus pares en familias cuyos ingresos suman entre 15.000 y 30.000£. Para aquellos cuyas familias ganan entre 2.500 y 15.000£, la diferencia es de más de cinco meses.[182] Una vez establecida, esta disparidad acompaña a los chicos a lo largo de toda la escuela. Una quinta parte de todos los niños con derecho a comidas escolares gratuitas no aprueban cinco o más de los exámenes para el título de bachillerato elemental, comparados con cerca del 8% para todos los demás.

---

[180] Jessica Shepherd, «White working-class the worst GCSE students, study finds', *Guardian*, 27 de marzo 2008.

[181] Jessica Shepherd y Polly Curtis, «Middle-class pupils have better genes, says Chris Woodhead», *Guardian*, 11 de mayo 2009.

[182] Amelia Hill, «Children of rich parents are better at reading», *Observer*, 6 de febrero 2005.

¿Por qué existe esta diferencia de la infancia en adelante? En buena parte se debe a lo que Fiona Millar llama una «expresión horrible»: «capital cultural». Esto implica tener padres que, gracias a sus orígenes de clase media, disfrutaron ellos mismos de una mejor educación, probablemente hasta la licenciatura; estar en contacto con su léxico más amplio, rodeados de libros cuando se está creciendo, en un entorno en el que ir a la universidad es «lo normal» y el primer paso lógico de una aparentemente inevitable carrera profesional, ese tipo de cosas.

Como dice la exministra laborista Clare Short, «antes había muchos más caminos hacia una vida digna con ingresos decentes para los chicos que no eran especialmente capaces en el colegio». O, para citar un informe *pub*licado por el Sindicato Nacional de Profesores: «Hace treinta años un joven de clase trabajadora de catorce o quince años podía dejar la escuela y conseguir un empleo decente de clase trabajadora. Ese ya no es el caso». La desaparición de las viejas industrias manufactureras supone que tener un buen historial académico es más importante que nunca, incluso para conseguir un trabajo con un sueldo modesto. Y, por supuesto, la gente de clase media, con su abundancia de capital cultural, está en mucho mejor posición para conseguirlo.

Para comprender cómo influye la clase social en la educación de un niño, hablé con Helena Button. La señora Button —a quien ya conocía— fue una de mis profesoras en el colegio de Educación Primaria Cale Green en Stockport, a principios de los años noventa. Como señaló un informe de Ofsted pocos años después de irme yo, el colegio «está situado en una zona muy deprimida económicamente de Stockport... El porcentaje de alumnos con derecho a comidas escolares gratuitas rebasa ampliamente la media nacional». Cale Green estaba en el 5% más bajo en los resultados de los tests nacionales.[183]

«La mayoría de los padres solía tener algún tipo de trabajo, pero muy mal pagado, como en tiendas, en la industria local o de lo que fuera», recuerda Helena. «Recuerdo que muchos de esos niños no aspiraban a nada... Pero hay que ser un fuera de serie

[183] Ofsted, *Cale Green Primary School: Ofsted Report 2003*

para venir de un entorno de clase trabajadora como Daniel [uno de mis compañeros de clase] y aspirar a algo diferente. No sé si alguna vez conseguí llegar a ese tipo de gente». Siente que, por más que lo intentaran, muchos de los padres de los niños de clase trabajadora con problemas de aprendizaje difícilmente podían ayudarles. «Los propios padres a menudo tenían problemas de aprendizaje, así que no eran capaces de ayudar a sus hijos. La gente de entornos cultos de clase media tiene padres que pueden ayudarles y animarles en sus deberes.»

Helena fue, de hecho, una profesora extremadamente buena e inspiradora, pese a las dificultades a las que se enfrentaba en lo que describía como un «colegio duro» y falto de recursos. Pero al final yo fui el único niño que completó la enseñanza secundaria, por no hablar de la universidad. ¿Por qué? Porque nací en una familia de clase media (mi madre era profesora en la Universidad de Salford y mi padre responsable de regeneración económica en el Ayuntamiento de Sheffield). Crecí en un medio culto y me limitaba a seguir los pasos de profesionales bien pagados cuando fui a la universidad. No sufrí la inestabilidad y las tensiones que tener que arreglárselas en la vida puede causar a una familia. Vivía en una buena casa. Estas son cosas que se le niegan a muchísima gente de clase trabajadora.

Compárense las oportunidades que yo tuve con las de Liam Cranley, crecido en Urmston, en los límites del área metropolitana de Manchester, en los años ochenta y noventa. Su padre trabajaba en una fábrica que en otro tiempo empleó a cientos de trabajadores en Trafford Park, pero que, junto con otras de la zona, lleva cerrada desde entonces; su madre pasó por diversos trabajos mal pagados. «Todos mis amigos eran bastante parecidos a mí, de origen muy similar», dice. «Todos estaban en la misma situación, en que los padres decían: "¡Aprende un oficio! Trabaja si quieres de aprendiz, pero asegúrate de aprender un oficio". Si teníamos una aspiración, era ser aprendiz, si eras listo.»

El problema era que estos oficios estaban desapareciendo rápidamente, mientras se hundían sectores enteros de la industria británica. Sus sobrinas, por ejemplo, terminaron trabajando en tiendas del complejo comercial Trafford Centre. Como él dice:

«No hay más oferta. La mayoría de nosotros no tenía ningún plan: simplemente estabas en el colegio porque tenías que estar y luego terminabas.»

Para esos padres que habían pasado estrecheces, la prioridad era asegurarse de que sus hijos pudieran valerse por sí mismos. «La mayor aspiración de nuestros padres para nosotros era que tuviéramos un trabajo, que pudiéramos ganarnos la vida, porque eso era realmente algo a lo que aspirar. Cuando creció mi padre, no tenían nada.»

La idea de ir a la universidad ni se les pasaba por la cabeza. «No te exagero: literalmente no sabía lo que era la universidad a los dieciséis años», recuerda Liam. «La universidad, si quieres que te diga la verdad, era a donde iban los pijos. No era cuestión de aspiraciones, sino casi de "saber cuál es tu lugar". Eso es algo que hacen los pijos; simplemente no es una opción. No es lo que hacemos nosotros, no entra en nuestro radio de acción. El rollo de la ambición es una auténtica chorrada. Solo se puede aspirar verdaderamente a algo si se conoce y se comprende».

Salvo fotografía, Liam suspendió todos los exámenes para el título de bachillerato elemental. «Ni siquiera volví al colegio a por las notas», dice. Durante seis años trabajó de impresor en una fábrica. «Era horrible. Lo odiaba, odiaba cada minuto que pasaba allí, porque era monótono y desmoralizante y aburrido. Estuve a punto de venirme abajo. Al final simplemente lo dejé.»

Pero Liam es un caso excepcional. A los veintitrés años empezó un curso de acceso específicamente diseñado para estudiantes adultos con la ambición de ir a la universidad. «Fue un ejercicio de autoconfianza», explica, recordando lo que le costaron al principio la ortografía y gramática básicas. Pero tales eran sus aptitudes que terminó estudiando en la Universidad de Sheffield, una de las mejores del país. Rodeado de estudiantes de clase media por primera vez, sufrió un constante «síndrome del impostor»: la sensación de que no merecía estar allí y que iban a descubrirlo en cualquier momento. Eso a veces suponía lidiar con juicios condescendientes o abiertamente clasistas, aunque se dijeran en broma: por ejemplo, recuerda que un amigo lo presentó como «mi amigo gamberro de Manchester».

Es difícil no quedarse impresionado por los logros de Liam. Pero la realidad es que muy pocos chicos de su entorno fueron jamás a la universidad, por no hablar de un lugar como Sheffield: de hecho, ninguno de sus compañeros de infancia tomó ese camino.

Los políticos y comentaristas de los medios de comunicación que se centran en una supuesta falta de aspiraciones entre los chicos de clase trabajadora a menudo confunden la cuestión. ¿Aspirar a qué? La desaparición de tantos puestos de trabajo bien pagados de clase trabajadora en comunidades de todo el país hace que resulte difícil ver que al final de la escuela espera otra cosa que no sean los supermercados y los centros de atención telefónica.

Lo que ha impresionado a Fiona Millar en sus entrevistas con alumnos de entornos más desfavorecidos es que a menudo «no saben por qué están ahí, porque no ven qué utilidad tiene. Los padres realmente no tienen claro si tiene alguna utilidad, o no siempre saben explicárselo... sus expectativas se ven frustradas». Esto es particularmente cierto en comunidades que fueron duramente golpeadas por el hundimiento de la industria. «Las áreas que tienen los mayores problemas y las escuelas más desmoralizadas son muy a menudo aquellas en las que se despidió a mucha gente en los años ochenta, ya fuera en la industria del acero, del carbón... No hay modelos de comportamiento masculino, los hombres no han trabajado, los niños no ven ningún futuro para ellos, no ven de qué sirve la educación, porque no puedes ver un puesto de trabajo al final de esta. ¿Por qué molestarse?»

La educación simplemente no parece relevante a muchísimos chicos de clase trabajadora. No es de extrañar que tengan muchas más probabilidades de hacer novillos. Hay 300 colegios en Gran Bretaña en los que uno de cada diez alumnos falta a clase al menos un día a la semana. En algunos colegios la cifra llega a ser de uno de cada cuatro.[184] Una estimación cifra en cerca de medio millón los jóvenes que se ausentan sin permiso del colegio cada semana.[185] Los estudiantes de clase trabajadora tienen muchas

[184] Richard Garner, «Revealed: The schools where 1 in 4 play truant», *Independent*, 13 de enero 2010.

[185] Phil Mizen, *The Changing State of Youth*, Basingstoke, 2004, p. 44.

más probabilidades de faltar a clase que los chicos más acomodados. Eso representa una trágica falta de confianza por su parte en la capacidad de la educación para ser ni siquiera remotamente relevante en sus vidas.

El problema es que los padres e hijos que son escépticos respecto a la educación tienen algo de razón. Cada vez más licenciados se ven obligados a aceptar trabajos relativamente humildes, y no hablemos de esos adolescentes que siguen hasta hacer los exámenes de bachillerato y lo dejan ahí. La trabajadora de supermercado de Newcastle Mary Cunningham me habló del creciente número de licenciados que trabajan de cajeros. «Hay gente que ha ido a la universidad, ha sacado su título, y no puede encontrar otra cosa», dice. Unos consejos del Gobierno *pub*licados en 2009 recomendaban a los licenciados aceptar «puestos de principiante en el comercio, la hostelería o en los centros de atención telefónica».[186]

«Cada vez se puede ver a más gente muy cualificada en trabajos de relativamente bajo nivel, y con sueldos relativamente bajos», dice el sociólogo John Goldthorpe. Un destacado político conservador ha hablado con él sobre su miedo a «una especie de *intelligentsia* subempleada que puede volverse muy radical». Las cosas parecen aún más sombrías mientras cae el hacha sobre el sector público. Durante años, esta ha sido la opción más generalizada para muchos estudiantes recién salidos de su ceremonia de graduación. La cuestión fundamental es: si hay pocas probabilidades de encontrar un trabajo seguro y bien pagado, incluso después de años de estudio, ¿por qué molestarse? Si uno va a acabar trabajando de todos modos en una tienda, es comprensible que dejarse los cuernos en el colegio durante años parezca una pérdida de tiempo. Si queremos chicos con «aspiraciones», debemos darles algo a lo que aspirar.

Separar a los niños en función de la clase también influye en su aprendizaje. Fiona Millar señala que hay un sistema educativo altamente segregado en amplias franjas del país, sobre todo en el momento en que los alumnos terminan la escuela primaria.

[186] Julie Henry, «Graduates told to work in call centres», *Daily Telegraph*, 23 de mayo 2009.

Muchos niños con más recursos continúan sus estudios en institutos selectivos o en colegios privados. «Si vas al sector privado, viven experiencias totalmente diferentes, como clases más reducidas y más recursos», dice. «En realidad, en cierto sentido ellos son quienes menos lo necesitan.» Millar señala que esto es perjudicial, porque tener un admisión equilibrada es crucial en lo que concierne a logros educativos y escuelas exitosas. «El doble agravante es si vienes de un entorno desfavorecido y vives en una comunidad muy desfavorecida, sin ninguna mezcla social. Creo que eso puede suponer una espiral muy negativa y descendente.» Y el problema entonces es que los colegios que se encargan exclusivamente de los chicos pobres de clase trabajadora terminan siendo —como ella dice— «demonizados».

Los padres de clase media tienen todo tipo de ases en la manga para colocar a sus hijos en los mejores colegios. Tengo un conocido cuyo casero fingía vivir en esa dirección para que sus hijos estuvieran en el área de captación de un buen instituto. Otros padres simulan encontrar a Dios como incentivo para un colegio religioso de alto rendimiento. Y los privilegiados pueden pagar por complementar la educación de sus hijos con profesores particulares. Como dice Rachel Johnson, cuando se trata de mirar por lo suyo, las arrolladoras clases medias harán lo que sea por conseguirlo.

Millar cree que la segregación a edades tan tempranas facilita el desarrollo de la hostilidad hacia los individuos y comunidades de clase trabajadora.

> Suena tan trillado que cada vez que lo digo públicamente gente del público empieza a silbar y abuchear, porque creen que es un comentario sentimentaloide y no sobre las duras condiciones educativas. Pero si has ido a un colegio con montones de chicos diferentes, y tienes amigos de extracción muy diversa, entonces toda esa demonización de los chicos pobres, o de chicos de diferentes razas, se viene abajo.

Esta segregación va a ir a peor. El Gobierno conservador se está basando en la introducción de la competitividad y los principios del mercado en la educación por parte del nuevo laborismo.

«Está ese estúpido argumento de gente que se considera neolaborista», dice el exlíder laborista Neil Kinnock, «de que si hacen que los colegios compitan entre sí el resultado será mejor. Pues bien, quizá valga para las judías o incluso los abrigos de piel, seguro que para el diseño de coches y teléfonos, pero es una estupidez cuando se aplica a los colegios. Porque nadie empieza desde el mismo lugar». A Kinnock, que después de todo preparó el terreno para el nuevo laborismo, esto le parece «peor que idiota. Está *mal*, es fundamentalmente *malo*».

Los conservadores están llevando este principio aún más lejos. Uno de sus buques insignia es crear «escuelas libres» organizadas y dirigidas por padres e instituciones privadas, pero financiadas por el Estado. No solo estas instituciones privadas quitarán dinero a otros colegios; ya tenemos una idea de dónde terminará el proyecto, porque se ha intentado en Suecia, donde fracasó con consecuencias desastrosas.

Como admitió el ministro conservador sueco de Educación, Bertil Östberg: «Hemos visto un descenso real en la calidad de los colegios suecos desde que se introdujeron las escuelas libres». Lo único que consiguieron fue más segregación. «A las escuelas libres suelen ir niños de familias más cultas y ricas, lo que pone las cosas aún más difíciles a los niños que van a colegios normales en zonas pobres... Casi todas nuestras escuelas libres han terminado siendo gestionadas por empresas con fines lucrativos.» En vez de eso, urgía a los políticos a centrarse en mejorar la calidad general de la enseñanza.[187]

Pero, como insiste enérgicamente Fiona Millar, el colegio solo es un factor. «La mejor estimación que nunca he visto de la influencia de la escuela es de un 20% en los resultados de los chicos.» Para ella, factores como «la geografía residencial y la vivienda, la presión de sus compañeros, los logros educativos y la capacidad de sus padres para reforzar su aprendizaje», son, tomados en conjunto, mucho más importantes en el éxito educativo de un niño. El experto en educación Gillian Evans lo suscribe, y sostiene que las perspectivas

[187] Gary Anderson, «Flagship Tory free schools scheme condemned by Swedish education minister Bertil Östberg», *Daily Mirror*, 30 de mayo 2010.

de un niño de clase trabajadora se ven reducidas drásticamente por cosas como calles seguras para jugar; buenos colegios y viviendas; familias que los apoyen, tengan la estructura que tengan; buenos servicios locales; y una economía local fuerte con una amplia gama de empleos decentes de clase trabajadora.

Esto es por lo que los llamamientos de algunos *tories* del ala derecha a la reimplantación de la selección académica son tan equivocados. El diputado conservador David Davis considera «que la desaparición de los institutos selectivos[188] causó un daño enorme a los niveles de movilidad social en el país». El argumento es que esos institutos daban a los alumnos brillantes de clase trabajadora la oportunidad de prosperar. John Goldthorpe rebate la percepción de que la movilidad social, en términos generales, haya disminuido: en el caso de los hombres se ha estancado, pero en el de las mujeres ha aumentado. Davis también argumenta que «casi todos los sistemas educativos del mundo menos el nuestro seleccionan de un modo u otro en función de la capacidad académica», pero pasa por alto que quedan 164 institutos selectivos, y que el sistema educativo finés —considerado generalmente el mejor del mundo— no tiene ningún elemento de selección. En cualquier caso, los viejos institutos ingleses con pruebas de aptitud (como los que quedan en la actualidad) eran en su inmensa mayoría de clase media, y muchos chicos de clase trabajadora eran considerados unos fracasados y relegados a los viejos institutos de formación profesional.[189]

Lo cierto es que debido a los otros factores importantes que condicionan los logros educativos de un niño, los viejos institutos selectivos ni siquiera ayudaban necesariamente a los chicos de clase trabajadora que ingresaban en ellos. Un informe del Gobierno de 1954 mostraba que, de los cerca de 16.000 alumnos de escuelas selectivas procedentes de familias semi o nada cualificadas, unos 9.000 no consiguieron aprobar tres exámenes para el título de bachillerato elemental. Unos 5.000 de estos chicos dejaron la

[188] *Grammar Schools*: Escuelas de enseñanza secundaria cuya admisión se basa en la aptitud general, evaluada mediante un examen de acceso. *(N. del T.)*

[189] *Secondary modern schools*: Institutos que centraban su actividad docente más en conocimientos prácticos y tecnológicos que en la formación académica. *(N. del T.)*

escuela antes de terminar su quinto año. Solo uno de cada veinte aprobó dos exámenes para el título de bachillerato superior.[190] Y a la inversa, estudios recientes han mostrado que los chicos de clase trabajadora que iban a institutos en zonas deprimidas sin exámenes de ingreso lo hacían muchísimo mejor que sus compañeros de estudios.[191] Esto se debe a que, en una sociedad dividida en clases, el colegio al que vas es un factor entre otros muchos. Lo decisivo es la clase social.

Todos nosotros terminamos pagando por un sistema educativo segregado por clases. Según un informe de una consultoría líder mundial en gestión, el conjunto de la sociedad corre con los gastos del «rígido sistema de clases británico», debido a la «pérdida de potencial económico causada por los niños nacidos en familias con escasa educación e ingresos bajos...». El precio que ponían a eso era más de 50 millones de libras al año.[192]

Con tantas desventajas desde la cuna, no es de extrañar que las clases medias sigan dominando las mejores universidades. Según un informe de la Oficina para la Equidad de Acceso, los chicos inteligentes de la quinta parte más rica de Inglaterra tienen siete veces más probabilidades de ir a la universidad que los del 40% más pobre. Esto es una probabilidad más de seis veces mayor que a mediados de los años noventa. A medida que subes puestos en la clasificación, con Oxford y Cambridge a la cabeza, el desequilibrio crece. En 2002-3, el 5,4% de los alumnos de Cambridge y el 5,8% de los de Oxford provenían de «barrios con baja participación». Hacia 2008-9, las cifras habían bajado a 3,7 y 2,7 respectivamente.[193] O considérese el hecho de que, en el curso académico 2006-7, solo cuarenta y cinco chicos que solicitaron comidas escolares gratuitas entraron en Oxford o Cambridge, de entre unos 6.000 admitidos.[194]

---

[190] Gillian Plummer, *Failing Working-Class Girls*, Londres, 2000, p. 16.

[191] Nicola Woolcock, «Privileged children excel, even at low-performing comprehensives», *The Times*, 21 de febrero 2008.

[192] David Turner, «Class split "will cost Britain£50bn"», *Financial Times*, 15 de marzo 2010.

[193] George Monbiot, «Plan after plan fails to make Oxbridge access fair. There is another way», *Guardian*, 24 de mayo 2010.

[194] Tarleton, «How many go from free school meals to Oxbridge?», blogs.channel4.com, 15 de febrero 2010.

La dominación de la clase media solo es uno de los modos en que los privilegiados protegen sus intereses. Los chicos de entornos privilegiados también se benefician desproporcionadamente de las redes y contactos de sus padres. Muchos consiguen tantos trabajos deseables por medio de recomendaciones y amigos de amigos como por medio de sus cualificaciones. ¿Podría un chico de clase trabajadora de Liverpool o Glasgow soñar siquiera con este tipo de ventaja?

Pero nada ha hecho tanto por convertir las principales profesiones en un coto cerrado de las clases medias como el auge del trabajo en prácticas. Las prácticas no remuneradas están prosperando, sobre todo en profesiones como la política, el derecho, los medios de comunicación y la moda. Según una encuesta reciente a 1.500 estudiantes y licenciados, dos tercios de los jóvenes se sienten obligados a trabajar gratis debido a la recesión. Muchos pueden encadenar un trabajo en prácticas tras otro, con empleos pagados prometidos pero nunca ofrecidos.

Esto no es solo explotación. Significa que solo los jóvenes forrados que viven de papá y mamá pueden dar este primer paso a la caza de un trabajo remunerado. Los diputados pueden hablar apasionadamente de «movilidad social» desde el podio, pero están entre los peores infractores. Los becarios del Parlamento suministran 18.000 horas de trabajo semanales gratuitas, lo que ahorra a los diputados 5 millones de libras al año en costes laborales. Según el sindicato de investigadores parlamentarios Unite, menos de uno de cada cien becarios cobra el sueldo mínimo, y casi la mitad tiene incluso que pagarse los gastos. Sé de un exministro laborista que había pronunciado muchos discursos defendiendo el salario mínimo y la importancia de cobrar por un día de trabajo, a la vez que empleaba a todo un ejército de becarios no remunerados.

El incremento del trabajo no retribuido es el motivo por el que, si eres un chico de clase trabajadora que sueñas con convertirte en abogado, más vale que te olvides de ello. Un informe del colectivo Jóvenes Abogados de Oficio *pub*licado en 2010 reveló que, debido a que se exige experiencia laboral no remunerada y a las oportunidades de formación subvencionada, gran parte del derecho era una zona prohibida para la gente de clase trabajadora. Lo perverso de todo esto es que la asistencia jurídica existe para ayudar a gente que

no puede permitirse pagar asesoramiento legal. «Ya es bastante raro encontrar abogados de oficio de entornos no privilegiados», dice Laura Jens, presidenta de Jóvenes Abogados de Oficio. «Existe el peligro de que la asistencia legal se convierta en un tipo de ocupación "benéfica". Los abogados de oficio suelen representar a los menos privilegiados de la sociedad. Muchos de los jóvenes con los que trabajo no entienden lo que les dicen sus abogados porque vienen de entornos completamente diferentes.»[195]

En definitiva, sorprende poco que muchas de las principales profesiones estén fuera del alcance de la clase trabajadora. Hoy en día, el profesional nacido en 1970 habría crecido disfrutando de unos ingresos familiares que estaban un 27% por encima de la media. Para los profesionales nacidos en 1958, la cifra es solo del 17%. Pero el caso de algunas profesiones aisladas es aún más inquietante. Véanse los medios de comunicación. Los periodistas y locutores nacidos en 1958 crecieron por regla general en familias con unos ingresos en torno al 5,5% por encima de la media. Pero, en el caso de la siguiente generación, nacida en 1970, la diferencia se ha ampliado un asombroso 42,4%.[196]

Esto no quiere decir que la movilidad social sería la respuesta a todos los problemas de la clase trabajadora británica. Después de todo, aunque hubiera unos pocos cientos más de abogados de lugares como el Liverpool marginal, la inmensa mayoría de la gente seguiría teniendo empleos de clase trabajadora. Pero, además de ser manifiestamente injusta, la composición social escasamente representiva de las profesiones garantiza que Gran Bretaña siga dominada por una clase dirigente del más cerrado de los entornos. El resultado es una sociedad gobernada por y para la clase media.

Hemos visto algunos de los medios más sutiles con que se afianza el sistema de clases. Pero apuntalando todos estos factores está, naturalmente, la riqueza. Un estudio de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos de 2010 reveló que, en Gran Bretaña, los ingresos de un padre son más importantes a la

[195] Afua Hirsch, «Cost and class raise barriers to legal aid lawyer careers», *Guardian*, 1 de marzo 2010.

[196] Milburn, *Unleashing Aspiration*, p. 22.

hora de determinar cuánto ganará su hijo que en cualquier otro país desarrollado. De hecho, el vínculo entre el entorno del padre y el futuro de su hijo es tres veces mayor que en países socialdemócratas como Noruega o Dinamarca.[197] De modo que, en Gran Bretaña, la mitad de la ventaja que un padre con altos ingresos tiene sobre otro con ingresos bajos se transmite a sus hijos. Si miramos a Canadá o a un país nórdico, la cifra es solo del 20%.[198]

Nacer en una familia acomodada de clase media por lo general te dota de una red de seguridad vitalicia. Si no eres muy brillante por naturaleza, aun así tienes muchas probabilidades de llegar lejos y, como mínimo, nunca sufrirás pobreza de adulto. Una buena educación, acompañada del «capital cultural», el respaldo económico y los contactos de tus padres te ayudarán. Si eres un chico brillante nacido en una familia de clase trabajadora, no tienes nada de eso. Lo más probable es que no seas más rico que tus padres. El sistema de clases británico es como una cárcel invisible.

La demonización de la clase trabajadora es un modo implacablemente racional de justificar un sistema irracional. Demonízala, ignora sus preocupaciones y racionaliza una distribución enormemente desigual de la riqueza y el poder como justo reflejo de la valía y capacidades personales. Pero esta demonización tiene un fin aún más pernicioso. Se aplica una doctrina de responsabilidad personal a toda la gama de problemas sociales que afectan a ciertas comunidades de clase trabajadora, ya sea la pobreza, el paro o la delincuencia. En la Gran Bretaña rota, las víctimas solo pueden culparse a sí mismas.

[197] Randeep Ramesh, «Britain's class system–and salaries–inherited from fathers», *Guardian*, 11 de febrero 2010.

[198] Larry Elliott, «OECD: UK has worse social mobility record than other developed countries», *Guardian*, 10 de marzo 2010.

07

Una Gran Bretaña rota

«¿Alguien se ha percatado... de que lo que antes llamábamos clase trabajadora ha menguado? No solo porque, como nos dicen las encuestas, muchos de nosotros ahora nos consideramos de «clase media», sino porque lo que se daba en llamar la «respetable clase trabajadora» casi ha desaparecido. Lo que los sociólogos lamaban clase trabajadora ahora no suele trabajar en absoluto, y es mantenida por el Estado de bienestar.»

SIMON HEFFER[1]

[1] Simon Heffer, «We pay to have an underclass», *Daily Telegraph*, 29 de agosto 2007.

La señora Parry es una mujer golpeada por acontecimientos que escapaban a su control. Quedé con ella en el centro de Ashington, una comunidad de 27.000 habitantes a unos diecisiete kilómetros al norte de Newcastle. Era el pueblo minero más grande del mundo hasta que el pozo cerró en 1986, justo un año antes de la derrota de la huelga de los mineros. Miles de personas se quedaron sin trabajo; la comunidad nunca se ha recuperado.

Cuando pregunté a la señora Parry qué impacto tuvo el cierre de la mina en la comunidad, me interrumpió antes de que pudiera terminar la pregunta. «Morimos», respondió con una mezcla de dolor y convicción. «Una vez cerradas todas las minas, la comunidad entera se había ido. Desde entonces solo ha habido una gran depresión, luchar por sobrevivir, eso es todo.» Su padre y su exmarido eran mineros. Se separaron el año en que él perdió su trabajo. «Debíamos no solo nuestro sustento, sino también nuestras *vidas* a la mina. Mi padre se jubiló, y luego murió, y se rompió mi matrimonio.»

Antes de la década de 1840, Ashington era una aldea minúscula. Cuando se descubrió el carbón, se convirtió en un pueblo construido a tal efecto. Peones agrícolas irlandeses que huían de la Hambruna de la Patata llegaron al pueblo para trabajar en las minas, al igual que trabajadores agrícolas de Norfolk, mineros del plomo de Cumberland y mineros del estaño de Cornualles. Se construyeron seiscientas sesenta y cinco casitas en once largas hileras para alojarlos. A medida que el pueblo prosperaba, surgieron clubes de clase trabajadora junto con escuelas, oficinas de correos, iglesias y una comisaría de policía. El carbón había insuflado vida a la comunidad.

Quitadle el corazón a una comunidad y esta se marchitará y empezará a morir. «La comunidad simplemente se desintegró», dice la señora Parry. «No quedaba nada para nadie. Intentaron buscar trabajo en los polígonos industriales, pero todos se marcharon después de dos o tres años. Muchísimos hombres de más de cuarenta y cinco años nunca volvieron a trabajar, porque eran demasiado viejos.»

Cuando desaparecieron los puestos de trabajo, las familias empezaron a desmoronarse. Le pregunté sobre el efecto que tuvieron los despidos en la autoestima de los hombres. «Fue tremendo. Hubo muchos divorcios después de que cerraran la mina. Matrimonios que llevaban veinte o treinta años juntos. Se separaron simplemente porque los hombres eran un estorbo dando vueltas por la casa sin nada que hacer ni adónde ir. Quiero decir, no había nada. Y ahora estamos perdiendo todos nuestros clubes sociales porque allí no había dinero y la generación anterior que los mantenía en funcionamiento está desapareciendo.»

Le pregunté qué trabajos hay para los jóvenes. «No hay nada. *Nada.* Mi hijo tiene ahora veinticuatro años y se enroló en el Ejército porque no había nada. Su sueño era ser camarero, y fue a la escuela e hizo el servicio de mesa y toda la formación que hay por aquí para camareros. Y le contrataban, pero luego le despedían. Le decían: "No tenemos trabajo suficiente."»

Antes del Ejército, la única opción para su hijo era engrosar las filas de la creciente mano de obra eventual con sus términos y condiciones precarios. «Probó en las fábricas pero le fue mal, porque en muchas de las fábricas de por aquí te coloca otro. ¡Las agencias! Y eso significaba que podía estar trabajando durante dos semanas seguidas, y luego no trabajar en seis meses. Solo tenía que esperar una llamada telefónica.»

Ella tiene dos hijas. Una trabaja en Asda, la otra es una adolescente que está esperando su primer hijo. «Realmente no fue una sorpresa», dice. «Trato de repetirme: va a ser mi primer nieto. Pero no puedo entusiasmarme tanto como con la niña [de su otra hija] y llevo años queriendo tener un nieto, *años...*»

No tiene ninguna duda de a quién culpar por la destrucción de su comunidad. «Nos abandonaron totalmente. Maggie Thatcher metió el cuchillo y simplemente dejaron que nos desangráramos.»

Se le empezó a quebrar la voz. «Los adolescentes, o sea, los jóvenes y adolescentes cuando Tony Blair salió elegido, bailaban y lo celebraban en la calle, y se me partía el corazón.» Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas. «Porque se desilusionaron tanto... O sea, todos pensamos: "¡Oh, nos hará muchísimo bien!"... No, no. No hizo nada por nadie. No creo que hiciera nada ni siquiera por Durham, de donde viene. Conque solo ha sido una gran mentira, una mentira repetida una y otra vez.»

Calle abajo me encontré con Robert, un hombre de mediana edad sentado en un banco solo, con la mirada perdida a lo lejos. «Llevo años enfermo», me dijo. «Los trabajos son malos por aquí.» Trabajó durante trece años en una mina a cielo abierto hasta que cerró hace un par de décadas. «Estuve mucho tiempo en el paro y, como digo, caí enfermo y no he trabajado desde entonces. A mi hijo —es carpintero e instalador de cocinas— también lo despidieron hace año y medio. Ni siquiera puede encontrar trabajo, y tiene un oficio. Le están ofreciendo trabajos como Asda, ya sabes, muy mal pagados. Tiene tres hijos, no puede permitirse ese tipo de empleos. No le merece la pena aceptar un trabajo mal pagado.»

Los que tenían trabajo se sentían afortunados, pero angustiados e inseguros. Rachel es una mujer de veintitantos: su padre era albañil y su abuelo minero. «Aquí lo del trabajo está difícil», dice. «Ahora mismo hay muy poca actividad. Supongo que la gente trabaja en la Calle Mayor. Conozco un montón de gente, amigos míos, que trabajan en Newcastle.» Muchos de sus conocidos están sin trabajo. «Ni siquiera hablo solo de la gente no cualificada. La gente preparada y capacitada tampoco tiene dónde trabajar.»

Rachel trabaja en el Consejo de Northumberland, el mayor empleador del condado. Tan solo unas semanas antes de hablar con ella, el Consejo había anunciado que uno de cada siete trabajadores podía enfrentarse al despido. «Nos han informado de que existe la posibilidad de que recorten puestos de trabajo en nuestras oficinas, y supongo que también en las oficinas con las que

trabajamos. Así que estamos pendientes de ver qué pasa con eso.» Tiene miedo del futuro. «Puesto que no hay trabajo en este momento, nos preocupa que estén planeando echar al menos a una persona de nuestra oficina, y posiblemente a más.»

Le pregunté si había notado cosas como drogas o delincuencia en su comunidad local. «Diría que con los años la situación parece haber empeorado un poco por aquí», dice. «Personalmente, no sé con qué está relacionado. Creo que, posiblemente, la falta de trabajo hizo que la gente encontrara otras formas de pasar el tiempo o de ganar dinero.»

John Asburn, de veinticuatro años, y Anna, de diecinueve, están de acuerdo. Les pregunté si Ashington era un buen lugar para crecer. «No, está lleno de droga», replicó John sin dudarlo. ¿Por qué creían ellos que había tanto problema de drogas? «Porque no hay nada que hacer aquí, por eso la gente piensa: "Bah, voy a pillar algo para colocarme y eso", porque así hacen algo», dijo Anna.

Anna vive sola y está sin trabajo. «Siempre quise trabajar en un hospital, pero tienes que tener un montón de títulos para trabajar allí, y yo no los tengo, así que...» John al menos trabaja de supervisor en una fábrica, pero tiene que desplazarse diariamente hasta su lugar de trabajo en Escocia. «Voy en coche hasta allí todos los días... Tres horas de ida y otras de vuelta. Y cuando llego, turnos de doce horas... Hago mi turno y otra vez cojo el coche para volver. Solo tienes que mantenerte despierto todo el tiempo. Duermo el fin de semana.»

Paseando por Ashington de día, era difícil no reparar en el gran número de madres jóvenes. Pero ¿se parecían en algo al estereotipo popular de la madre *chav* adolescente, estilo Vicky Pollard? Hablé con Emma, diecinueve años, que iba con su hijo de diez meses. También había traído a otro de cuatro años, fruto de la anterior relación de su pareja, «por si creías que lo tuve muy joven». Su pareja trabaja cuatro noches a la semana de lechero en la vecina localidad de Morpeth. La propia Emma estaba decidida a trabajar cuanto antes. «Tengo pensado volver a trabajar. Seguro. Lo habría hecho, pero mi hijo es demasiado pequeño. Mi madre dice que cuando tenga unos dieciocho meses, nos lo cuidará y yo volveré a trabajar.» Tenía especiales ganas de hacerlo porque «eso me dará un respiro».

Sería equivocado por mi parte describir Ashington como una especie de agujero infernal y postapocalíptico o como una sociedad en descomposición. El centro de la ciudad está salpicado de tiendas como Argos, Curry's, Carphone Warehouse y la panadería Gregg's. Hay un sentimiento de comunidad real en el aire. Las personas son afectuosas unas con otras, como lo fueron conmigo, un extraño que les hacía preguntas indiscretas. Comunidades como Ashington fueron devastadas por el torbellino de desindustrialización desatado por el thatcherismo, pero la gente hace lo posible por adaptarse y seguir viviendo, aun en las circunstancias más duras.

El padre Ian Jackson ha sido el parróco católico local de Ashington desde 2002. «Es un tipo de comunidad muy afectuosa y solidaria. La gente se preocupa realmente de los demás», me dijo. «Creo que sufrió un duro golpe con el cierre de las minas. Hay muy poco trabajo para la gente, así que está muy deprimida en muchos sentidos. Pero siempre descubro que la gente es muy, muy solidaria y generosa.» Un gran número de filipinos se ha mudado a esta zona y, aunque él dice que al principio había hostilidad hacia ellos, «todo quedó en nada».

Pero el padre Jackson no podía evitar notar el terrible impacto que la falta de trabajo ha tenido sobre los jóvenes de Ashington. «En el caso de muchos de los más jóvenes, notas que la mayoría quiere seguir adelante y marcharse, irse del pueblo, porque aquí no hay nada para ellos. Probablemente diría que la industria principal es ese gran Asda recién construido que estás mirando, y el hospital... Creo que la gente joven dice: "¿Qué puedo hacer aquí aparte de trabajar en una tienda?"»

La desesperación resultante era una causa importante del comportamiento antisocial.

> A veces siento —y no estoy criticando o hablando mal de la gente joven, no quiero que suene así— que entre las generaciones más jóvenes, quizá porque no tienen perspectivas de futuro, hay una actitud de «me trae sin cuidado». Cosas como la basura, por ejemplo. Los veo pasar por aquí, hay papeleras en las farolas, pero ellos lo tiran todo por encima de la pared. Y si dices algo, se te encaran enseguida.

Un *pub* cercano que cerró hace poco por las drogas era una fuente particular de comportamiento antisocial. «Recuerdo que, después de la misa del gallo (era Navidad por la mañana, sobre las cinco y media), yo estaba barriendo los cristales y todo antes de que viniera la gente a misa por la mañana. Botellas rotas, arrojadas por encima de la pared, basura por todas partes.»

Los antiguos pueblos mineros británicos no son los únicos que han sido devastados por el colapso de la industria. La planta de Longbridge en Birmingham fue en otro tiempo el complejo industrial más grande del mundo. Sustentó la comunidad local a lo largo del siglo XX. Pero cuando la empresa fabricante de automóviles MG Rover quebró en 2005, más de 6.000 trabajadores fueron despedidos y pasaron a engrosar las filas del paro. Aunque la compañía automovilística china Nanjing compró los activos remanentes, menos de 200 personas tienen un puesto de trabajo.

La quiebra de Rover ha tenido un efecto similar sobre la comunidad local al que el cierre de las minas tuvo sobre Ashington. En Longbridge (que, según el sitio web ChavTowns, alberga a las «Alimañas Antisociales de Vivienda Protegida... Por aquí merodean más *chavs* que putillas hacen la cola del paro»), hay muchas casas tapiadas junto a la estación de tren. Varios hombres de mediana edad andaban por ahí un miércoles a media tarde. En el vecino Northfield, donde vivían muchos de los trabajadores de Longbridge (y que se describe en ChavTowns como lleno de «las cagarrutas de la sociedad» y de «madres *chavs* desdentadas y tatuadas»), el bastante señorial *pub* El viejo molino ha sido abandonado, sus ventanas rotas y sus muros cubiertos con grafiti. En el terreno colindante había tarjetas desechadas de «rasca y gana».

Don es el director del Club Social Greenlands de Longbridge. Describe una comunidad a la que se ha arrancado el corazón. «Muchísima gente se fue a pique cuando cerró la planta», dice. El propio Club Social sufrió un duro golpe. «Los ingresos bajaron unas 3.000£ semanales, porque la gente solía venir a la hora de la comida y también por las tardes... Ahora no ves tanta gente por ahí. Quiero decir, antes se hacían de sesenta a cien libras en el club por la noche. Ahora no se hacen ni veinte.»

Dos quiosqueras me describen gráficamente lo que ha pasado a la comunidad local. «Ves a los hombres jóvenes en el colegio. Cuando tuvimos a nuestros hijos, nunca vimos a un hombre por ahí. Pero ahora están en el colegio recogiendo a los niños», dice una. «Eso se debe a que muchas mujeres, sus esposas, pueden conseguir trabajos de limpiadora y eso, así que los hombres recogen a los niños y se ocupan de ellos», dice la otra. «No vivo por esta zona, y estuve fuera diecisiete años. Pero cuando volví a trabajar aquí, no podía creer cómo ha cambiado la zona respecto a aquellos años. Parece haber muchos jóvenes en paro y chicas jóvenes con bebés.»

Gaynor trabaja en una farmacia cercana. Su marido fue uno de los miles de trabajadores de Longbridge que perdieron su trabajo allá por 2005. Le pregunté cómo se había sentido ella cuando a él le notificaron el despido.

> Impactada, la verdad, porque habían dicho que no iban a cerrar, y luego que mi marido iba ser uno de los que mantendrían. Pero nunca volvieron a llamarle para trabajar, y, según parece, el viernes su encargado estaba a punto de llamar a toda la plantilla cuando Land Rover rescindió el contrato que tenían. Así que nos despertamos un sábado por la mañana, vino el cartero y sobre el felpudo estaba la notificación de despido... Cuando eso ocurrió, todos los muchachos estaban en Cofton Park, y lo único que les dijeron fue: "Rover ha cerrado, id y coged vuestras cosas", y *se acabó*. Y eso fue todo: así de rápido. Ni siquiera les dijeron «tenéis dos semanas», o «tenéis un mes»; simplemente: «hemos cerrado, coged vuestras cosas, salid y cerrad las puertas».

Su primer pensamiento fue «¿Cómo me las voy a arreglar?». Cinco años después, su marido aún sigue sin trabajo.

> No hay nada por aquí. Es desolador: nada de nada... He aumentado mi jornada ligeramente, pero lo peor es que, dado que yo solo trabajo a tiempo parcial, cuando él fue a la oficina de empleo le dijeron: «Dile a tu mujer que deje el trabajo, porque os va a convenir.» Puesto que yo me negué y aumenté mis horas, y ganaba un

poco más de dinero, mis créditos fiscales bajaron en compensación, y él no tiene derecho a ningún dinero del paro por lo que ganaba en Rover, así que nunca cobró ni un penique del paro, *ni uno solo*. Nunca cobramos nada. Nada.

Les hablaron de un plan de fondos para ayudar a reciclarse a antiguos trabajadores de la Rover. «Él se metió y, como le gustan los ordenadores, quería hacer un curso de Microsoft y le dijeron, "No, es demasiado caro". Y sin embargo, la gente estaba haciendo el curso de instalación de gas, que cuesta más de 2.000£, y el de instalación eléctrica, que anda por ese precio. El suyo costaba 3.000£, y le dijeron que no.» Estar tanto tiempo sin trabajo ha tenido un efecto devastador en su autoestima. «Es horrible. Porque escribe a sitios y la mitad ni se molestan en contestar, pero nosotros llamamos por teléfono y concertamos entrevistas; él llama y dice: "Trabajaré una semana gratis para ustedes, y si quedan conformes entonces me contratan". Y sientes que te estás golpeando la cabeza contra un muro de ladrillo.»

La desesperación ha podido con algunos de los que perdieron su trabajo. «Hemos perdido a algunos amigos que se han suicidado. Extrabajadores de Rover. Toda esa mierda de que han cobrado la ayuda y todo eso es basura, ¡un montón de basura! ¡No han cobrado nada!.. Están diciendo eso, pero ese dinero está retenido. No les han pagado nada.» Se prometieron indemnizaciones de entre 5.000 y 6.000£ del Fondo Fiduciario del Empleado a los trabajadores despedidos, pero mientras continúan las disputas legales, los trabajadores no han cobrado ni un penique. Según Gemma Cartwright, presidenta del Fondo de Acción Comunitaria de la Rover: «Ha habido embargos de viviendas y familias rotas por eso.»[199]

Uno de los grandes miedos de Gaynor es la suerte de los niños que están creciendo en la comunidad, «porque no hay nada por aquí en este momento. Quiero decir, tienes todos los edificios en construcción, pero van tan despacio... Creía que se construirían mucho más rápido. Solo hay descampados por todas partes».

[199] Sin firma, «Suicide toll on former MGRover staff in Longbridge», *Birmingham Mail*, 10 de julio 2010.

Es cierto que hay grúas y hombres trabajando en las áreas colindantes. Colgado a una valla hay un letrero: «Longbridge Oeste: Comunidad Sostenible, 10.000 nuevos puestos de trabajo, nuevas viviendas, servicios locales, espacios públicos abiertos, oportunidades de proyectar y construir.» Otro cartel es algo más impreciso: «Hasta 10.000 puestos de trabajo.»

Pero, en los cinco años desde el cierre de Longbridge, ha habido poquísimo trabajo para los hombres. Muchos de los que tuvieron la suerte de encontrar trabajo han tenido que aceptar un empleo peor pagado en el sector servicios. Hablé con Mary Lynch, que lleva ocho trabajando en un supermercado local. «Algunos de los trabajadores de Longbridge fueron a trabajar allí y cambiaron de rumbo profesionalmente, así que ha estado bien llegar a conocer y tratar con esa gente y tal.» Eso ha afectado sustancialmente a sus sueldos. «Estaban decepcionados por la paga», dice. «Obviamente no era tan buena como en Longbridge, así que les parecía un poco frustrante. Porque ganaban un buen sueldo en Longbridge y los trabajadores de supermercado no cobran tanto. Pero, por lo general, daban gracias por tener un puesto de trabajo.»

Hay muchos temas parecidos en Ashington y Longbridge. La misma sensación de desesperación y pesimismo respecto al futuro. Las mismas historias sobre los efectos localmente devastadores del hundimiento de la Gran Bretaña industrial, y su impacto en cuestiones tan dispares como la ruptura de parejas, el comportamiento antisocial, las drogas y los embarazos en adolescentes. En ambas comunidades hay escasez de trabajos buenos y seguros y mucha gente en paro que no ha hecho nada por estarlo. Sería obviamente absurdo culpar a los lugareños de los problemas casi inevitables causados por los graves acontecimientos que han ocurrido a sus comunidades.

Pero cuéntesenlo a los políticos. En el centro de la campaña electoral del Partido Conservador en 2010 estaba la idea de la «Gran Bretaña rota»: la creencia de que, como dijo el líder *tory* David Cameron, Gran Bretaña ha caído en una «recesión social». Cuando dos niños de entornos problemáticos fueron detenidos indefinidamente por torturar a dos víctimas más jóvenes en otro

pueblo minero, Edlington, Cameron esgrimió el caso como prueba. El caso no podía desecharse como un «incidente aislado de maldad», afirmó. Se identificó toda una serie de cuestiones como parte del discurso *tory*, tales como «la desintegración familiar, la dependencia del Estado de bienestar, los colegios que no funcionan, la delincuencia, y los problemas que vemos en demasiadas de nuestras comunidades».

Cameron no identificaba el hundimiento de la industria como un factor influyente en este tipo de problemas sociales. «¿Por qué está rota nuestra sociedad?», preguntó retóricamente. Su respuesta a eso habría sorprendido a la gente de Ashington y Longbridge: «Porque el Estado creció demasiado, hizo demasiado y minó la responsabilidad personal.» Que las economías de comunidades como Ashington y Longbridge, a lo largo y ancho del país, hayan sido arrasadas es aparentemente irrelevante. Se desestiman los fríos vientos del mercado libre; es el Estado controlador quien se ha llevado el sentido de la responsabilidad de la gente. Y ahora, se les dice, la gente de esas comunidades debe empezar a responsabilizarse personalmente de lo que les ha ocurrido.

Los problemas sociales que indudablemente afectan a muchas comunidades de clase trabajadora han definido la caricatura *chav*. Adolescentes empujando cochecitos, gamberros, adultos irresponsables: esto son los *chavs* para mucha gente. Los medios de comunicación, la industria del entretenimiento y los dirigentes políticos han hecho lo posible por convencernos de que estas son cuestiones morales, una indisciplina que necesita rectificarse. Al culpar a las víctimas, las razones reales que están detrás de problemas como las drogas, la delincuencia y el comportamiento antisocial se han ocultado deliberadamente. Se han confundido los síntomas con las causas. Las comunidades que más sufren son las mayores víctimas de la lucha de clases desatada por el thatcherismo.

Cuando los comentaristas hablan en términos deshumanizadores de la «subclase», están agrupando a los sectores de la clase trabajadora que se llevaron la peor parte de los desgarradores cambios económicos y sociales de las últimas tres décadas. Al fin y al cabo, la clase trabajadora nunca ha sido homogénea. Siempre

ha habido diferentes grupos en su seno, no todos lo cuales se han sentado confortablemente en la misma mesa: el cualificado y el no cualificado, los que antiguamente vivían en barriadas marginales y los que tenían viviendas de calidad, los empleados y los desempleados; los pobres y los relativamente prósperos, el Norte y el Sur, los ingleses, galeses y escoceses. Pero es innegable que muchas de las divisiones actuales dentro de la clase trabajadora se fraguaron por el proyecto económico neoliberal de los últimos treinta años.

Ashington y Longbridge no son ni mucho menos casos excepcionales. «Los viejos centros industriales nunca se han recuperado», dice el responsable de economía del *Guardian*, Larry Elliott. «Una forma de verlo completamente falaz es mirar la cifra de los que cobran el paro, que ha bajado algo. Pero si se rasca un poco, se descubre que muchos de esos trabajos han solido ser a tiempo parcial, en el sector de la distribución, y no estaban tan bien pagados como los trabajos que se perdieron.» La cifra de demandantes únicamente mide el número de gente que cobra la prestación por desempleo. Pero eso solo es una parte del total. Según la Encuesta de Población Activa del Gobierno, menos de la mitad que no tenían pero querían un puesto de trabajo estaban clasificados oficialmente como desempleados antes incluso de que la recesión golpeara con fuerza.

El primer ministro conservador David Cameron está entre los conservadores que han denunciado al nuevo laborismo por «aceptar como algo natural los ocho millones que están económicamente inactivos», de un total de treinta y ocho millones de personas en edad de trabajar. La cifra en realidad incluye millones que están «económicamente inactivos» por buenas razones, incluyendo a estudiantes, cuidadores y algunos jubilados. Con todo, Cameron tenía razón al señalar que hay mucha gente sin trabajo que no aparece en las estadísticas oficiales de desempleo. Pero, una vez más, no supo identificar al verdadero culpable: el colapso industrial desencadenado en primer lugar por el thatcherismo. «Si vas más

allá del corredor de la M4,[200] la participación en el mercado laboral será del 80%», dice Larry Elliott. «Si vas a zonas de los viejos centros industriales, es del 55%, o del 60% como mucho. Conque hay muchísima menos gente trabajando en esas zonas, y sus empleos suelen ser mucho más precarios y peor pagados.»

Al poco de llegar al poder en 2010, David Cameron empezó a vender la idea de que la gente está sin trabajo por sus deficiencias personales: una opinión que, obviamente, es uno de los pilares de la caricatura *chav*. El primer ministro prometió una campaña contra «el fraude y el error» en la asistencia social, y afirmó que costaban al contribuyente 5,2 billones de libras. Pero había combinado astutamente el coste del fraude cometido por los beneficiarios de prestaciones (solo un billón de libras al año) con el de los errores de los funcionarios (que ascendía a la suma mucho más considerable de 4,2 billones de libras anuales). De este modo se aseguraba de que una cifra mucho mayor apareciera en los titulares asociada al fraude en las prestaciones y quedara grabada en la imaginación popular.

Naturalmente, rebatir que el fraude en las prestaciones es exagerado no equivale a negar su existencia. Pero suele ser la necesidad, más que la deshonestidad, lo que empuja a ello.

Por ejemplo, un convincente estudio de la Fundación Joseph Rowntree descubrió que muchos beneficiarios que trabajaban en negro lo hacían para pagar la comida o la calefacción, o para devolver la deuda. «La gente de zonas deprimidas recurre al trabajo no declarado porque trata de mantener, alimentar y vestir a su familia», dice el autor del informe, Aaron Barbour. «Es gente normal y trabajadora que trata de sobrevivir día a día.»[201] De hecho, el informe revelaba el temor extendido entre los inquilinos privados en paro de que si trabajaban con todo en regla perderían su subsidio de vivienda, lo que les hundiría aún más en la pobreza. Ante todo, los entrevistados expresaron un fuerte deseo de conseguir un trabajo en regla y dejar las prestaciones o «volverse legales» lo antes posible.

[200] Autopista que comunica Londres con el aeropuerto de Heathrow. *(N. del T.)*

[201] Fundación Joseph Rowntree, «"Need not greed" motivates people to work informally, according to new research», jrf.org.uk, 16 de junio 2006.

Dados los niveles de pobreza en los que se fijan muchas prestaciones, apenas sorprende que algunos «se aprovechen del sistema». La prestación por desempleo, por ejemplo, figura entre las más bajas de cualquier otra ayuda similar en Europa occidental. Si, como en otros países europeos, hubiera estado ligada a los ingresos desde 1979, la gente sin trabajo habría cobrado 110£ a la semana. Puesto que está sujeta a la inflación, su valor era solo de 65,45£ libras a la semana en 2010. Para los que no pueden encontrar un trabajo seguro, vivir de las prestaciones es una lucha constante por mantenerse a flote. ¿Puede sorprendernos que una minoría de beneficiarios —sobre todo los que tienen hijos— complementen la exigua cantidad que reciben del Estado con unas pocas de trabajo remunerado a modo de extra?

La etiqueta de «parásito de la asistencia social» no solo se adscribe a los que cobran prestaciones mientras trabajan en negro. La gente que cobra prestaciones por incapacidad lleva mucho tiempo en la línea de fuego de gurús periodísticos y de políticos de los principales partidos, que sospechaban que cientos de miles de personas estaban ganduleando a pesar de estar perfectamente sanos. El número de esos beneficiarios de prestaciones por incapacidad explica, en gran parte, la disparidad entre las estadísticas oficiales de desempleo y los niveles de actividad económica a los que se refiere Larry Elliott.

Examinando las cifras, los críticos parecen tener su punto de razón. Allá por 1963 había menos de medio millón de beneficiarios de la prestación de incapacidad. Sin embargo, en 2009 la cifra era de en torno a 2,6 millones, mucho más alta que el número de personas que cobraban la prestación de desempleo aun en plena recesión. Es evidente que la salud pública ha aumentado considerablemente en esos cuarenta y seis años, gracias a los avances en la medicina y a las mejoras en la dieta y el estilo de vida. El número de hombres con enfermedades de larga duración que limitan sus capacidades ha disminuido significativamente, del 17,4% al 15,5%.[202] Así pues, ¿cómo podemos explicar el salto en los que cobran prestaciones por incapacidad?

[202] Christina Beatty y Steve Fothergill, *Incapacity Benefits in the UK: An Issue of Health or Jobs?*, Sheffield, 2010, p. 4.

Lo primero es que el número de beneficiarios se disparó durante los Gobiernos conservadores de 1979 y 1997. Un incremento particularmente acusado tuvo lugar en el período posterior a la recesión de principios de los años noventa, que añadió unos 800.000 beneficiarios para cuando el primer ministro John Mayor no salió reelegido. Hoy está generalmente aceptado que la prestación por incapacidad se utilizó para maquillar las cifras del paro. «A lo largo de los años, la prestación de incapacidad se utilizó, hasta cierto punto, como una forma de adornar ligeramente las cifras del paro y no ser del todo sinceros», admitió el secretario de Estado conservador para el Empleo y las Pensiones, Iain Duncan Smith. «Los conservadores y laboristas se han apuntado a eso.»[203]

Los beneficiarios de prestaciones por incapacidad de hecho se concentran en las viejas áreas industriales del Norte, Escocia y Gales. En áreas del sur de Inglaterra al margen de la capital, en cambio, los niveles son mucho más bajos. En un revolucionario estudio basado en cientos de entrevistas, los profesores Christina Beatty y Steve Fothergill, expertos en mercado laboral, pusieron a prueba dos explicaciones contradictorias: que los beneficiarios tenían verdaderos problemas de salud, y que la concentración de beneficiarios en viejas áreas industriales mostraba que la principal causa subyacente era la falta de trabajo. «La larga recuperación económica desde mediados de los años noventa en adelante ayudó a llenar el vacío, pero nunca completamente», sostenían. «En estas circunstancias nunca ha habido suficientes puestos de trabajo —sobre todo razonablemente bien pagados— para todos. Con un desequilibrio continuo en el mercado laboral local, con la demanda local de trabajo todavía por detrás de la oferta de mano de obra, era por lo tanto inevitable que algunos individuos quedaran excluidos.»

En primer lugar, los beneficiarios eran antiguos trabajadores industriales que habían sido despedidos, como el exminero con el que hablé en Ashington. Muchos tenían problemas reales de salud por su tipo de trabajo, y pudieron usarlo para solicitar prestaciones de incapacidad que pagaban más que las de desempleo.

[203] Nicholas Watt y Patrick Wintour, «Iain Duncan Smith: I will tackle root causes of poverty», *Guardian*, 26 de mayo 2010.

Después de todo, el hundimiento de la industria eliminó puestos de trabajo en esas zonas, y esto fue antes de que los empleos mal pagados en el sector servicios y en el sector público empezaran a llenar el vacío hasta cierto punto. En los años noventa, entre un tercio y la mitad de los beneficiarios de prestaciones por incapacidad habían sido despedidos de su último empleo. Pero, con el paso del tiempo, algunos de ellos han encontrado otro trabajo o han pasado a cobrar la pensión estatal.

Así que, ¿quiénes piden hoy la prestación de incapacidad? Beatty y Fothergill descubrieron que eran «por lo general los trabajadores manuales poco cualificados y con mala salud, cuya alternativa sería, en el mejor de los casos, la de trabajos ingratos o cercanos al salario mínimo nacional». Eso significa que el tipo de persona que cobra la prestación por incapacidad es diferente de la que lo hacía una decada atrás, aunque la cifra oficial se haya mantenido más o menos constante. Los investigadores analizaron el ejemplo de Barrow-in-Furness, en el norte de Inglaterra: un antiguo pueblo-astillero sacudido por el colapso industrial. Los demandantes de prestaciones por incapacidad en los años noventa eran en su mayoría trabajadores cualificados de astilleros que habían sido despedidos, pero ahora eran trabajadores de baja cualificación, que habían dejado su último trabajo por mala salud y ahora «estaban desencantados con la idea de volver a trabajar alguna vez».

En una zona con «excedente de mano de obra», no había ningún incentivo para que los empresarios mantuvieran a trabajadores con mala salud asignándoles, por ejemplo, tareas más llevaderas. Una vez despedidos, los trabajadores con mala salud estaban en desventaja porque los empresarios siempre podían contratar a personas más sanas. En su gran mayoría, los que cobran prestaciones de incapacidad carecen de cualquier tipo de cualificación. Sabemos que en estos tiempos hay muchas menos oportunidades de conseguir un trabajo manual para estos trabajadores, y si están impedidos físicamente de alguna manera, menos aún. La conclusión de los investigadores era que «el alto número de beneficiarios de la prestación por incapacidad en el Reino Unido es una cuestión de empleos *y* de salud».[204]

[204] Beatty y Fothergill, *Incapacity Benefits in the UK*, pp. 20–2.

Glasgow es un ejemplo especialmente llamativo de cómo la desindustrialización de Gran Bretaña ha dejado a su paso un desempleo masivo continuo (aunque encubierto). La ciudad alberga más beneficiarios de prestación de invalidez que cualquier otro municipio. El número de personas que cobraban algún tipo de prestación por incapacidad alcanzó su punto máximo en 1995 con uno de cada cinco entre la población activa, es decir, casi tres veces la media del Reino Unido. Un grupo de expertos de la Universidad de Glasgow y del Ayuntamiento de Glasgow estudió cómo había aumentado el número de beneficiarios durante los años noventa, y concluyó: «La razón principal del gran aumento de solicitudes fue la rápida desindustrialización de la ciudad.» El número de empleos manufactureros en 1991 se había desplomado a solo un tercio de la cifra de 1971. Sorprendentemente, Glasgow pasó del 208º al décimo lugar entre los municipios en cuanto a niveles de inactividad económica en la década que siguió a 1981.

La situación mejoró en 2000-10, puesto que el número de los que cobraban la prestación por incapacidad cayó del triple al doble de la tasa nacional. La conclusión fundamental fue que este descenso se debía, sobre todo, a un «fortalecido mercado laboral». No es de extrañar que el estudio rechazara las pretensiones del Gobierno de que: «El problema no es la falta de puestos de trabajo.»[205] El que un número considerable de demandantes de la prestación por incapacidad sean los que están sin trabajo en la Gran Bretaña postindustrial no implica que debamos ignorar las cuestiones de salud implicadas en todo ello. A medida que tanto el nuevo laborismo como, después de las elecciones generales de 2010, el Gobierno liderado por los conservadores empezaron a tomar medidas drásticas contra los beneficiarios de prestaciones, incluso cuando la recesión estaba restando empleos a la economía, el servicio de bienestar social destapó el escándalo de personas que claramente no estaban bien de salud y a las que se estaba quitando sus prestaciones. Más de 20.000 beneficiarios se pusieron en

[205] David Webster, James Arnott *et alii*., «Falling Incapacity Benefit Claims In a Former Industrial City: Policy Impacts or Labour Market Improvement?», *Policy Studies* 31 (2010): 2, 164, 165, 167, 176, 181.

contacto con ellos después de que un nuevo y severo examen los considerara «aptos para trabajar». Pacientes en fase terminal, personas con párkinson en grado avanzado o con esclerosis múltiple, enfermos mentales o a la espera de ser operados a corazón abierto, fueron calificados como aptos para volver al trabajo. Una mujer se quedó sin su prestación tras faltar a su cita de evaluación (porque estaba en el hospital recibiendo una sesión de quimioterapia por un cáncer de estómago).[206]

Obviamente, hay gente que se aprovecha del sistema y trampea con las prestaciones. A los tabloides de derechas les encanta rastrear los ejemplos más escandalosos de este tipo de fraude. Pero esta pequeña minoría en modo alguno es representativa de la mayoría de gente sin trabajo. Las últimas cifras disponibles (de 2006/07) revelan que solo 6.756 personas fueron condenadas por fraude en las prestaciones. El profesor Robert MacDonald ha pasado años investigando el impacto de cambios económicos desgarradores en comunidades de clase trabajadora, en colaboración con Jane Marsh. Le pregunté si pensaba que existía algo parecido a una «subclase». «Respuesta breve: no. Se podrían y deberían utilizar términos y teorías más precisos y veraces que "la subclase" para describir la situación de aquellos a los que suele aplicarse. "Procesos de marginación económica" fue lo mejor que se nos ocurrió en su lugar.» MacDonald está convencido de que la noción de «dependencia del Estado de bienestar»

> es una cuestión que se ha inflado en exceso... O es un gran problema, en el sentido de que es una idea muy poderosa y generalizada que oculta el resto de la historia. Es indudable que hay hogares que se han rendido y resignado, y han encontrado maneras de ir tirando a base de prestaciones. Sin embargo, aún no he sido capaz de localizar ningún hogar de ese tipo en todos los recorridos por los barrios de protección oficial que hemos hecho en estos años, pese a que nos dijeron que en los barrios que estudiamos abundan esas culturas de dependencia del Estado de bienestar.

[206] Amelia Gentleman, «Response suggests many people wrongly judged fit to work», *Guardian*, blog de Joe Public blog, 29 de marzo 2010.

Como otros expertos en la materia, MacDonald vincula el desempleo a la falta de puestos de trabajo, algo que puede parecer obvio, pero que en el actual clima político es todo menos eso. Su investigación se centraba en «cómo los empleos de clase trabajadora relativamente bien pagados, seguros y cualificados han disminuido en esta reestructuración económica y han sido sustituidos por empleos no manuales (y manuales) poco cualificados y mal pagados». Él vive en Teesside, actualmente una de las zonas más pobres del país. Este proceso «coincidía exactamente en el tiempo y se explica por este proceso de desindustrialización», dice.

Lo que esto ha supuesto para los más pobres de clase trabajadora es una vida laboral precaria, «hecha de un poco de "trabajo de mala calidad" intercalado con periodos a base de prestaciones. Esta era la realidad de la gente que estudiábamos, de todos los géneros y grupos de edad. No se oye hablar mucho de esto, solo de "dependencia de las prestaciones" y cosas así». Un error común es pensar que el número de personas que cobran prestaciones es una cifra estadística. En realidad, muchos beneficiarios entran y salen de trabajos precarios y mal pagados. Véase los parados que cobran la prestación de desempleo, que, al no haberse equiparado a la subida de los sueldos, vale solo 65,45£ semanales. Según la Oficina de Estadísticas Nacionales, por ejemplo, desde 1999 en torno a la mitad de los hombres y un tercio de las mujeres que hacen una nueva solicitud la hicieron por última vez menos de seis meses antes. Esto hace aún más absurda la idea de una subclase adicta a las prestaciones: un parado tiene más probabilidades de haber entrado y salido del mercado laboral.

La realidad es que simplemente no hay suficientes puestos de trabajo para todos. A finales de 2010, había casi 2,5 millones de personas oficialmente sin trabajo, sin incluir los cientos de miles a las que el Gobierno quiere quitar las prestaciones de invalidez. Sin embargo, había menos de medio millón de ofertas de trabajo en todo el país, según las cifras del propio Gobierno. Eso que no impidió a Iain Duncan Smith poner de ejemplo a Merthyr, un pueblo galés especialmente sacudido por la desindustrialización y con altos niveles de desempleo. La población local se había vuelto «estática», sugirió, y debería coger «un autobús» a Cardiff

para buscar trabajo. Su argumento se vio torpedeado cuando se reveló que había nueve demandantes de empleo por cada puesto de trabajo en la capital galesa.[207]

Desde el punto de vista de un empresario, dejar sin prestaciones a cientos de miles de personas que vivían en un desempleo «encubierto» sería, como mínimo, provechoso. Significaría aún más gente compitiendo por trabajos mal pagados, lo que permitiría a los empresarios bajar todavía más los sueldos. A menos que el número de puestos de trabajo aumentara milagrosamente al mismo tiempo, supondría dejar sin trabajo a otros trabajadores. Puede que los negocios prosperaran, pero tanto para los beneficiarios de prestaciones como para los trabajadores mal pagados, las campañas contra las prestaciones amenazaban con empujarlos aún más a la pobreza.

Ante todo, el desempleo es una cuestión de clase. Está escrito que tienes muchas más posibilidades de sufrirlo si eres de clase trabajadora que si eres de clase media. En mayo de 2009 —después de cerca de un año de recesión— la tasa de desempleo de los profesionales de alto nivel era solo del 1,3%, y no era mucho más alta para los directivos y altos funcionarios. Pero para los trabajadores cualificados era del 8,1%; para los vendedores y trabajadores en el servicio al cliente, del 10,5%; y para los trabajadores en empleos no cualificados u «elementales», del 13,7% al año, es decir, diez veces más alta que la de los «profesionales de cierto nivel».[208]

Los recortes del Gobierno inevitablemente van a arrojar a otros cientos de miles de trabajadores a la pesadilla del paro. Las viejas zonas industriales fueron azotadas por las recesiones de finales de los años ochenta y principios de los noventa; de nuevo son ellas las que más sufrirán. Cuando cerraron las fábricas y minas, fue el sector público el que acudió a llenar el vacío. Mientras la guerra ideológica del Gobierno liderado por los conservadores cobra impulso, un número cada vez mayor de parados que antes trabajaban en el

[207] Sindicato de Servicios Públicos y Comerciales, «Nine jobseekers for every job in Duncan Smith's Cardiff», pcs.org.uk, 23 de octubre 2010.

[208] Stewart Lansley, *Unfair to Middling: HowMiddle Income Britain's ShrinkingWages Fuelled the Crash and Threaten Recovery*, Londres, 2009, p. 20.

sector público inevitablemente hará bajar la demanda, lo que también afectará al sector privado. Por si fuera poco, franjas importantes del sector privado dependen de contratos estatales que ahora se están rompiendo. A finales de 2010, el Instituto Colegiado de Personal y Desarrollo estimó que el programa de recortes del Gobierno arrojaría a 1,6 millones de personas al paro, y casi todos los despidos se producirían en el sector privado.

No hace falta estar sin trabajo para ser pobre en la Gran Bretaña actual. La pobreza se define generalmente como aquellos hogares con menos del 60% de los ingresos medios nacionales, una vez deducidos los costes de la vivienda. Menos de cinco millones de personas vivían en la pobreza en vísperas de la contrarrevolución de Thatcher, es decir, menos de uno cada diez británicos. Hoy, la pobreza afecta a 13,5 millones de personas, es decir, más de una de cada cinco. Si eres un adulto soltero sin hijos, eso supone vivir con menos de 115£ semanales tras descontar los costes de la vivienda. Una pareja con dos niños pequeños vive con menos de 279£ semanales. Solo hay cuatro países de la Unión Europea con tasas más altas de pobreza.

Los políticos y tertulianos abogan por el trabajo como el camino para salir de la pobreza, pero en la Gran Bretaña de los sueldos bajos, tener un empleo no es garantía de vivir cómodamente. La mayoría de la gente que vive en la pobreza de hecho tiene trabajo. Al tiempo que hay tres millones de familias desempleadas viviendo en la pobreza, hay otros 3,5 millones de familias laboralmente activas que viven por debajo del umbral de la pobreza. La pobreza afecta a un número enorme de gente porque, al igual que el paro, no es una cifra estadística: hay un grupo mayor de gente que entra y sale de ella a lo largo de su vida.

Cuando el nuevo laborismo estaba en el Gobierno, introdujo reformas que trataron de abordar el escándalo de la pobreza entre los trabajadores. Pero lo hizo en el marco de la economía neoliberal, es decir, dejando que el mercado se desbocara. Un destacado diputado laborista apoyado por los sindicatos, John McDonnell, resume así el enfoque del Gobierno: «Introduciremos créditos fiscales y redistribuiremos la riqueza, pero nos aseguraremos de que lo que hagamos será empujarte a trabajar donde pagan mal, con el

sueldo mínimo más bajo que pudieras imaginarte. De ese modo te conviertes en culpable si no eres capaz de salir de la pobreza. Hay una actitud victoriana y condescendiente hacia los trabajadores.»

El salario mínimo es un buen ejemplo. Cuando se introdujo en 1999 —en contra de la oposición de los conservadores y los empresarios— supuso un verdadero cambio para cientos de miles de trabajadores mal pagados. Después de todo, no hace tanto era perfectamente legal pagar a un trabajador 1,5£ a la hora. Pero la tasa se fijó en el nivel más bajo posible. En 2010, solo era de 5,80£ a la hora si tenías veintidós o más años. Peor aún, era discriminatorio para los jóvenes. A los trabajadores entre dieciocho y veintiún años se les asignaron 4,83£ a la hora, frente a las 3,57£ para los menores de dieciocho.

Claramente, estos no son sueldos con los que nadie podría vivir cómodamente. Según la Fundación Joseph Rowntree, un sueldo de 14.400£ es el mínimo que una persona soltera necesita para tener un nivel de vida aceptable (no hablemos si tienes hijos). Una jornada de treinta y cinco horas semanales sale a 7,93£ la hora, es decir, más de 2£ a la hora por encima del salario mínimo. Pero, cuando la recesión golpeó con fuerza, el ya bajo salario mínimo se contuvo por debajo de la subidas de la inflación.

Los créditos fiscales fueron el segundo pilar de la política neolaborista sobre los sueldos bajos. A los trabajadores con ingresos bajos se les permitió complementar su paga con el Crédito Fiscal a Trabajadores y, si correspondía, con el Crédito Fiscal por menor a cargo. Pero, como sistema basado en los ingresos, es burocrático, y mucha gente que reúne los requisitos necesarios no solicita el dinero al que tiene derecho. Según la Oficina de Infomación al Ciudadano, en torno a 6,2 billones de créditos fiscales se quedan sin pagar cada año, con hasta 10,5 billones de libras de prestaciones en función de los ingresos que quedan sin reclamar. Esto incluye cuatro de cada cinco trabajadores mal pagados sin hijos, que están perdiendo en créditos fiscales el equivalente a, al menos, 38£ semanales. Esta «evasión en las prestaciones» deja pequeña la cantidad que se pierde por fraude en las prestaciones, un hecho complemente ausente en el debate sobre la persecución a los denominados parásitos del Estado de bienestar.

Otro grave fallo del sistema de créditos fiscales es que tiende a pagar demasiado a la gente. Esto puede no sonar mal: después de todo, ¿qué hay de malo en que el Estado ingrese un poco de más en las cuentas corrientes de trabajadores mal pagados? El problema es que el Estado se pone al día y exige que se le devuelva el dinero. «Los ingresos suben y bajan y los créditos fiscales quedan anulados, por lo que la gente puede tener grandes sumas de dinero, y de repente recibir una carta donde se le dice que debe 7.000£», dice la laborista Clare Short. Fiona Weir, directora ejecutiva de Gingerbread, una organización benéfica que trabaja con madres solteras, dice que el miedo a la deuda entre las personas a las que representa puede ser tan fuerte que «encontramos gente que no solicita el Crédito Fiscal a los Trabajadores, que podría reportarle mucho más dinero, porque tiene miedo de un pago excesivo y luego no ser capaz de liquidar la deuda una vez que se mete en ella».

Los créditos fiscales son un salvavidas para muchos trabajadores mal pagados. Pero, de forma perversa, hacen que los sueldos bajos sean viables económicamente y crean desincentivos para que los empresarios hagan algo al respecto. Al fin y al cabo, ¿por qué pagar más a tus trabajadores si el Estado complementa sus sueldos? Como dice Larry Elliott, del *Guardian*, los créditos fiscales son «esencialmente subsidios estatales a los sueldos de miseria».

«Obviamente, se trata de que sea rentable trabajar, incluso en trabajos basura y mal pagados», sostiene Clare Short, «pero ese fue su instrumento de redistribución, y es totalmente insuficiente si se está intentando construir a largo plazo una sociedad más igualitaria, porque refuerza la desigualdad». La desigualdad no aumentó tan rápidamente bajo el mandato neolaborista como lo hizo en época de Thatcher, pero la enorme brecha entre ricos y pobres que se había abierto en los años ochenta no se redujo. Tras trece años de Gobierno neolaborista, Gran Bretaña seguía siendo una de las sociedades más desiguales del mundo occidental, y los créditos fiscales y el salario mínimo no cambiaron esto. De hecho, dos tercios del aumento total de ingresos en los años 2000-10 engrosaron las cuentas corrientes del 10% más rico de la población.

Una de las muchas acusaciones maliciosas contra los pobres es que se arruinan ellos mismos gastando su dinero en artículos frívolos y de lujo. Nada más lejos de la verdad. Chris Tapp, experto en deuda y director de Acción Crediticia, revela que su organización rara vez tiene que enseñar a administrarse a gente con sueldos bajos. «La gente en lo más bajo del espectro de ingresos administra mejor su dinero en el día a día que la que está en lo más alto, porque no le queda otra», explica. «Si solo ingresas una cantidad muy limitada de dinero a la semana, y tienes que pagar las facturas, comprar la comida y alimentar a tus hijos con eso, entonces hay que ser condenadamente bueno a la hora de gestionarlo.» Los más pobres están mucho más preocupados por gastar sensatamente que los ricos, dice.

Hemos visto cómo los prejuicios sobre la pobreza y el desempleo convergen en la imagen del barrio de viviendas de protección oficial. Al fin y al cabo, no es casual que a menudo se sugiera que *chav* es un acrónimo de «Council Housed And Violent» (inquilino violento de viviendas municipales). «Jueguen a asociar palabras con el término "vivienda estatal"», escribió Lynsey Hanley, que creció en uno de esos barrios de viviendas municipales en Birmingham, en su revolucionario libro *Estates*.[209] "Barrios de protección oficial implica alcoholismo, drogadicción, estupidez mezquina e incesante, una especie de locura inducida por la pobreza crónica y la mente humana enjaulada entre los rígidos barrotes de la clase y la falta de curiosidad aprendida.[210]

Eso no significa que, tras tres décadas de ingeniería social, solo viva un tipo social en los barrios de vivienda protegida. «Creo que es muy difícil generalizar sobre los inquilinos de vivienda social, o en realidad sobre la vivienda social, porque hay una gran variedad», dice Mark Thomas, de Charity, la organización benéfica provivienda.

> Lo que ves en una zona del país no es lo que ves en otra, y creo que gran parte del debate mediático tiende a centrarse en estereotipos

[209] Sin *pub*licar en español. El autor juega con el sentido de dos palabras casi iguales: *estate* («barriada» o «barrio de protección oficial») y *state* («estado»). *(N. del T.)*

[210] Lynsey Hanley, *Estates: An Intimate History*, Londres, 2007, p. 7.

bastante crudos de los barrios de protección oficial. Alguien pierde la cabeza y encuentran una foto de un barrio de vivienda protegida, normalmente con un aspecto bastante asqueroso, y la gente se queda con esa imagen. En realidad, en parte por el derecho a compra, muchos de los que la gente llamaría «barrios de vivienda protegida» tienen una composición bastante mixta en términos de propiedad.

En otras palabras, los que en otro tiempo fueron genuinos barrios de vivienda municipal hoy pueden albergar a propietarios y arrendadores privados, así como a inquilinos de vivienda social. Thomas quiere subrayar los diferentes grupos de gente que pueden encontarse en estos barrios.

Hay jubilados, discapacitados, gente que por supuesto está trabajando y haciendo todo lo que puede por mantenerse, gente que vive en algunas zonas muy ricas, en sitios que probablemente en absoluto llamarías barrios de protección oficial. Recordemos que algunas viviendas municipales de hecho son chalés, no todo consiste en la barriada arquetípica. Hay otra gente que vive en zonas no tan buenas. Pero el debate público a menudo se conduce de un modo bastante crudo.

Está de moda entre políticos conservadores y comentaristas de derechas hablar de que la vivienda protegida promueve la «dependencia» entre sus inquilinos, pero Thomas lo niega enérgicamente. «A veces se sugiere que la vivienda municipal es de algún modo una causa de marginación, que está empujando a la gente a la pobreza y reforzando la dependencia. Nosotros no lo vemos así. Lo vemos como una red de seguridad vital que provee a la gente de una base asequible y estable desde la que puede seguir adelante y prosperar y construir otros aspectos de su vida, sin la cual va a ser muy difícil que lo haga.»

A primera vista, la negligencia de los recientes Gobiernos a la hora de construir viviendas asequibles parece inexplicable hasta rozar la locura. El número de casas construidas en 2010 fue el más bajo desde 1922, con la obvia excepción de la Segunda Guerra Mundial.

Antes de que Thatcher llegara al poder, no hubo un año en que se construyeran menos de 75.000 viviendas protegidas; en 1999, el número, vergonzosamente insuficiente, fue de ochenta y cuatro.

En los últimos treinta años, el mantra dominante ha sido que «el mercado es sabio», pero la retirada del Estado a la hora de afrontar las necesidades de vivienda del país en favor de las fuerzas del mercado ha mostrado cuán absurda puede ser esta creencia casi religiosa. Aparte de los millones que pasan años de sus vidas en las listas de espera, el número de personas en alojamientos temporales aumentó la friolera del 135% entre 2001 y 2008. Y puede que el Gobierno no esté gastando mucho en vivienda social, pero en vez de eso destina 21 millones de libras a ayuda a la vivienda, gran parte de la cual termina subsidiando a arrendadores privados.

Con la crisis de la vivienda empeorando cada año, y siendo el alojamiento algo tan crucial en la vida de la gente, ¿por qué un Gobierno laborista dejó que toda esa política se viniera abajo? Pregunté a Hazel Blears, cuyo antiguo departamento cuando era ministra incluía la responsabilidad de la vivienda. Admitió que el nuevo laborismo no había construido viviendas suficientes, pero con reparos. «Creo que se necesitaba un programa de viviendas, aunque nunca he estado del todo convencida de que debiera ser un programa de construcción de viviendas *protegidas*. Creo que introdujimos en el Gobierno prejuicios bastante grandes contra las autoridades locales en el campo de la política. Y en ciertos aspectos, con bastante razón. Porque algunas de ellas eran pésimas, y no te habrías fiado de ellas ni para fregar los platos, mucho menos para gobernar una comunidad.»

Blears sostiene que las autoridades locales mejoraron, pero la desconfianza fundamental que el nuevo laborismo sentía hacia ellas le llevó a hacer todo lo posible por evitarlas.

> Creo que lo que hizo el Gobierno laborista fue, en sus comienzos, crear una serie de caminos paralelos casi para sortear a las autoridades locales —ya fuera en la educación, la vivienda o en los consorcios sanitarios—; todo eso en cierta manera implicaba falta de confianza en las autoridades miniciaples. No en un sentido político, sino en su capacidad de cumplir lo prometido. Así que

teníamos asociaciones de vivienda, organismos de vivienda semiindependientes, traslado de reserva inmobiliaria... Hacíamos cualquier cosa para quitar el control a los ayuntamientos...

El diputado laborista apoyado por los sindicatos John McDonnell rebate este razonamiento: «No se podía confiar en los municipios ni para "fregar los platos" porque llevaban veinte años recortándoles los recursos y competencias que tenían. Conque, ¿quién en su sano juicio se haría concejal cuando solo estaban allí para racionar los servicios y decir "no" a todo el mundo?» Sostiene que el laborismo podía haber devuelto al Gobierno local las competencias que Thatcher le quitó. Si se consideraba que el proceso iba a llevar demasiado tiempo, el Gobierno podría haber canalizado sus energías en dar un nuevo impulso a las cooperativas de viviendas.

Blears apunta otra razón: simplemente no había nadie en el Gobierno con interés suficiente en la vivienda. «No había un gran abanderado de la vivienda», dice. «Quizá nuestro Gobierno necesitaba una persona cuya pasión fuera hacer política de vivienda. Creo que no lo hicimos, si echo la vista atrás, porque nos faltaron personajes así.» La propia Blears puede medir los efectos del abandono neolaborista de las políticas de vivienda en su circunscripción de Salford: «En lo que respecta a aumentar la provisión y reserva de viviendas asequibles, sí, deberíamos haber hecho muchísimo más, porque verdaderamente tuvo efectos sociales muy perjudiciales. Tengo a 16.000 en lista de espera.»

Durante el Gobierno liderado por los conservadores, esta crisis se agravará aún más. A los pocos meses de llegar al poder, David Cameron pidió la anulación de los acuerdos vitalicios de tenencia de vivienda pública. En su lugar, solo los más necesitados tendrían derecho a contratos de cinco o, a lo sumo, diez años. Si se decidía que sus condiciones habían mejorado suficientemente, se les podía echar de sus casas y obligarles a alquilar a título privado. Los barrios de vivienda protegida no se convertirían más que en campamentos temporales para los desfavorecidos. Un Gobierno cuyo buque insignia era construir una «Gran Sociedad» estaba desvelando planes que habrían de minar la cohesión de comunidades de clase trabajadora a lo largo y ancho del país.

Además de conducir a la «limpieza» social y a una segregación sin precedentes, algunas políticas terminarán dejando a la gente en la calle. En el primer presupuesto general después de las elecciones de 2010, el Gobierno anunció planes de reducir las ayudas a la vivienda. Tenían razón al quejarse de que la suma gastada en esas prestaciones se había disparado con los años, pero se abstuvieron de señalar que eso se debía a la crisis cada vez mayor de vivienda social asequible. Recortar el nivel de renta con derecho a subsidios de vivienda tiene el efecto de reducir el número de casas en que la gente más pobre puede permitirse vivir, lo que la obliga o bien a encontrar algo más barato, o bien a correr el riesgo de quedarse sin vivienda.

Esto, sumado a los planes de fijar un tope de 500£ semanales a las prestaciones para familias desempleadas, hace que la gente con ingresos bajos se enfrente al deshaucio en zonas relativamente más ricas, lo que la empuja a auténticos guetos. Según estimaciones de los ayuntamientos de Londres, hasta 82.000 familias —es decir, un cuarto de millón de personas— corrían el riesgo de perder sus casas o verse obligados a mudarse. Este sería el mayor movimiento de población en Gran Bretaña desde la Segunda Guerra Mundial. «Llevo treinta años en la política de vivienda y nunca he visto nada parecido en cuanto a movimientos planeados de población», dijo un alto concejal de urbanismo de Londres. «Londres va a ser un poco como París, con los pobres viviendo en la periferia. En tres o cuatro años, en muchos distritos del centro de Londres no habrá gente pobre que viva en el sector del alquiler privado... es algo como del siglo XIX.»[211]

Pero no era solo la oposición al Gobierno la que veía estos planes de limpieza social. Cierto ministro conservador comparó esta política con las limpiezas étnicas de las Tierras Altas —el desalojo a principios del siglo XVIII y principios del XIX de pequeños granjeros de las Tierras Altas escocesas—, y afirmó que llevaría a un éxodo de votantes laboristas fuera de Londres. De hecho, Shaun Bailey, el excandidato conservador que fue derrotado en

[211] Patrick Wintour, «Benefit cuts "will force thousands into suburbs"», *Guardian*, 4 de octubre 2010.

Hammersmith en las elecciones generales de 2010, había dicho que a los *tories* les iba a costar obtener escaños del centro de la ciudad «porque el laborismo lo ha llenado de pobres». Tal fue el escándalo por el más que evidente programa del Gobierno que hasta el alcalde de Londres, el conservador Boris Johnson, salió públicamente a decir que no aceptaría «una limpieza social estilo Kosovo» en la capital.[212]

Todo esto, mezclado, forma un cóctel tóxico. Un gran número de personas sin empleo seguro; trabajos mal pagados que no dan a la gente una vida confortable; algunos de los niveles de pobreza más altos de Europa occidental; y millones de personas a las que se ha dejado sin viviendas asequibles. En algunas de las comunidades de clase trabajadora más pobres de Gran Bretaña, cada una de estas crisis se deja sentir aún más intensamente. Con toda la miseria, frustración y desesperanza que acarrean, ¿es de extrañar que surjan otros problemas sociales?

Imagina que eres un joven pobre de clase trabajadora en la Gran Bretaña actual. Como uno de cada tres niños, habrás crecido en la pobreza, sin muchas de las cosas que otros dan por supuestas: juguetes, viajes, vacaciones, buena comida. Pasas tu niñez en una casa o piso decrépito y abarrotado de gente, con poco o ningún espacio para ti. Tus padres —o madre— pueden haberlo hecho lo mejor posible, pero han tenido que lidiar con la presión de no tener suficiente dinero para ir tirando, ya sea en un empleo monótono y mal pagado o sin trabajo ninguno.

Hay pocos empleos aceptables en la zona (si es que hay alguno) que puedas anhelar. De hecho, uno de cada cuatro jóvenes son «ninis» en algún momento: es decir, chicos entre dieciséis y dieciocho años que «ni estudian ni trabajan». Y obviamente, la desaparición de los aprendizajes industriales ha dejado pocas opciones a muchos jóvenes de clase trabajadora. «Es sabido que la reestructuración

[212] Joe Murphy, «Welfare cuts "will be like the Highland Clearances"», *Evening Standard*, 7 de octubre 2010.

industrial ha incidido de forma significativa en la transición de los jóvenes de clase trabajadora a la edad adulta», dice el profesor Robert MacDonald. Con tan poca esperanza para tantos jóvenes, ¿puede sorprendernos el predominio de la conducta antisocial en muchas comunidades deprimidas de clase trabajadora?

Naturalmente, este es un problema que puede exagerarse fácilmente. «Oyes por ahí: "son todos unos macarras", ¡pero no lo son!», me dijo un carpintero jubilado de Birmingham. «De joven yo andaba por ahí con una pandilla de chavales. Solía llevar un abrigo de tres cuartos, zapatos de punta y vaqueros muy apretados. Me llamaban rufián. ¡Sobrevivimos! Y estoy seguro de que esta generación crecerá y la siguiente tendrá otras cosas de las que la gente se quejará. No, no creo que realmente sean malos chicos. Puedes encontrarte uno o dos, como antes, por otra parte.»

MacDonald coincide en que es «un viejo tema». Desde su punto de vista, «grupos enteros de jóvenes normales de clase trabajadora son marcados, acorralados, agrupados como si fueran rebaño, desplazados y tachados de "problemáticos" simplemente por pasar sus tardes libres en grupos de amigos normales y pacíficos en las calles. Esta sociedad callejera era la forma de ocio predominante de los jóvenes cuando estudiábamos. ¿No fue siempre así? ¡Lo fue para mí!».

Y sin embargo, el enfoque de los políticos y los medios de comunicación ha sido alentar el miedo y el odio a la juventud de clase trabajadora, sin hacer ningún intento por comprender las causas primordiales de la conducta antisocial allí donde ocurre. Naturalmente, eso no quita que el mal comportamiento de una pequeña minoría sea un fastidio —o algo peor— para otros miembros de la comunidad. Pero, como vimos en Ashington, demasiado a menudo puede ser un grito desesperado, de angustia ante la falta de futuro, y un sentimiento de que no hay nada que perder.

El aburrimiento sin duda es otro factor. Se ha permitido a mercados libres de trabas desmantelar nuestras comunidades locales poco a poco. Los lugares donde podía reunirse la gente joven —y el resto de esa comunidad, si vamos al caso— han ido desapareciendo. Según la Agencia de Valoración del Gobierno, el número de clubes deportivos y sociales cayó un 55% en los trece años de

Gobierno neolaborista. Las oficinas de correos bajaron un 39%; las piscinas un 21%; los *pubs* un 7%; y las bibliotecas públicas un 6%. El tipo de cosas que han florecido en su lugar apenas fomenta un sentido de comunidad ni ofrece a los jóvenes algo que hacer. Las casas de apuestas y los casinos subieron un 39% y un 27% respectivamente, por ejemplo. No es de extrañar que la gente joven se haya visto forzada a crear su propio entretenimiento, o que una minoría haya recurrido a la conducta antisocial por aburrimiento, desesperación, o por ambos.

Nada resume la plaga de conducta antisocial en las mentes de muchos como esas bandas de adolescentes encapuchados que haraganean de forma amenazante en las calles. Pero, como ha descubierto la Fundación Joseph Rowntree, las bandas pueden ser grupos de adolescentes que se juntan para protegerse, mirar unos por otros e incluso evitar problemas. Tras estudiar la cultura de bandas en seis zonas, los investigadores descubrieron un fuerte vínculo entre el comportamiento territorial y las comunidades más pobres. Formar parte de una banda proporciona a algunos jóvenes diversión, emoción y apoyo que de otra forma no tendrían. Además, la Fundación reveló «conexiones entre viviendas inadecuadas y entornos familiares a menudo difíciles, y la territorialidad. El comportamiento territorial a algunos les parecía ser producto de la marginación, la falta de oportunidades y actividades atractivas, de aspiraciones limitadas y una expresión de identidad». Asimismo, las bandas «podían considerarse un mecanismo de supervivencia para jóvenes que viven en la pobreza».[213]

Es frecuente oír a comentaristas y políticos conservadores culpar a la mala educación de los padres por la conducta antisocial entre los jóvenes de clase trabajadora. Simon Heffer, uno de los principales columnistas de derechas del país, me dijo que necesitamos «castigar —y quiero decir castigar con bastante dureza— la mala educación paterna. Me refiero a que ves casos de chicos que crecen delinquiendo y que están por debajo de la edad de responsabilidad penal. ¡Encerremos a sus padres! Demos a los hijos en

[213] Fundación Joseph Rowntree, *Young People and Territoriality in British Cities*, York, 2008.

acogida, y que se aseguren de que se crían correctamente y se educan en acogida».

Contrariamente a esta opinión, sucesivos informes de la Fundación Joseph Rowntree han revelado que, en realidad, los padres suelen jugar un papel enormemente positivo en los barrios duros de clase trabajadora. «Hay una opinión generalizada de que el comportamiento antisocial de los jóvenes se puede achacar simplemente a la mala actuación de los padres», señalaba Peter Searman, coautor de un informe. «Pero los padres que hemos entrevistado describían estrategias sofisticadas para minimizar la exposición de sus hijos al peligro y protegerlos de las tentaciones de descarriarse.»[214]

Las bandas pueden proporcionar una forma de la solidaridad que ha salido de comunidades de clase trabajadora cada vez más fragmentadas. Las bandas pueden dar sentido a la vida, estructura y recompensas a un creciente número de jóvenes con negras perspectivas. No es de extrañar que hayan apelado a algunos chicos de clase trabajadora que han crecido en la pobreza y no tienen fe en el futuro. De hecho, como señala un estudio, ofrecen una oportunidad de «ascenso» mediante la toma de riesgos y la actividad delictiva, muy a menudo el único tipo de éxito que los jóvenes consideran a su alcance. Debido «a la actual y machacona insistencia en el éxito escolar y académico», algunos jóvenes buscaban «otro lugar para validarse».[215]

Pero la era del nuevo laborismo presenció una ofensiva contra los síntomas, más que contra las causas, del comportamiento antisocial. La política del anterior Gobierno —como repartir miles de ASBOs— sirvió para magnificar el problema en la mente de la gente y criminalizó a los jóvenes culpables, sin ayudarles en modo alguno a dar un giro a su vida. Y, para nuestra vergüenza, hay más jóvenes entre rejas en Inglaterra y Gales que en ningún otro lugar de Europa occidental. El número de jóvenes entre diez y diecisiete

[214] Noticia en el informativo de la BBC (20 de febrero 2006), sobre el libro de la Fundación Joseph Rowntree, *Parenting and Children's Resilience in Disadvantaged Communities*, York, 2006.

[215] Caroline Roberts, 'Gangs', *Suplemento de educación del Times*, 23 de junio 2006.

años con penas privativas de libertad se triplicó entre 1991 y 2006. Pero está claro que la cárcel no rehabilita: unas tres cuartas partes de los jóvenes reinciden después de ser puestos en libertad.

La política neolaborista en materia de delincuencia fue, en conjunto, autoritaria y no tomó en cuenta la causa primordial: la pobreza. Antes de convertirse en el líder laborista, la estrella emergente que era Tony Blair ganó aplausos prometiendo una política «dura con la delincuencia y con las causas de la delincuencia». Pero, como ha admitido el secretario político de Blair, John McTernan, la estrategia neolaborista terminó siendo «dura con la delincuencia y con los delincuentes».[216] Entre 1993 y 2010, el número de reclusos en Inglaterra y Gales casi se duplicó, de 44.500 a cerca de 85.000.

Lo sorprendente de estas cifras es que la población de reclusos iba aumentado vertiginosamente incluso cuando disminuía el número de delitos. Durante las elecciones generales de 2010, los *tories* pusieron los supuestamente desorbitados índices de delincuencia al frente de su discurso de la «Gran Bretaña rota». Sus cifras eran un mito. Según el Estudio de la Delincuencia en Gran Bretaña, esta se redujo de 18,5 millones de delitos en 1993 a 10,7 millones en 2009. Este éxito no se logró porque se encarcelara a más gente, como muchos políticos neolaboristas querían hacernos creer. De hecho, un memorándum del Gobierno filtrado cuando el laborismo estaba en el poder (2006) apuntaba que «el 80% del reciente descenso en la delincuencia [se] debe a factores económicos...».[217] O véase un estudio de 2005 de la Fundación Delincuencia y Sociedad que afirmaba que la escalada en los índices de delincuencia en los años ochenta era producto de la recesión y el desempleo masivo. De hecho, mientras despegaba el *boom* económico que empezó a comienzos de los años noventa, los índices de delincuencia cayeron en todo Occidente. Hasta la coalición liderada por los conservadores que asumió el poder tras

[216] John McTernan, «The Blairite case for Ed Miliband», *New Statesman*, 14 de octubre 2010.

[217] David Cracknell, «Secret memo warns Blair of crime wave», *Sunday Times*, 24 de diciembre 2006.

las elecciones generales de 2010 admitió el vínculo entre la delincuencia y los factores ecónomicos subyacentes.

A la gente le asusta la delincuencia aun cuando los índices reales hayan descendido, pero eso tiene que ver con el periodismo sensacionalista y la inflamada retórica de los políticos. No obstante, es importante recordar que el riesgo de sufrir un delito depende en buena parte de la clase social. El Estudio de la Delincuencia en Gran Bretaña muestra que la gente de clase trabajadora tiene bastantes más posibilidades de sufrir un delito que la de clase media. Se suele reprochar a la clase trabajadora su autoritarismo en cuestión de orden público, pero, obviamente, es más probable que te preocupes si la amenaza de la delincuencia se cierne sobre tu comunidad.

Hay pocas dudas de que la industria de la droga ilegal está en la raíz de muchos de los delitos en Gran Bretaña. Cuando mucha gente piensa en barrios de vivienda protegida se imagina el hueco de una escalera sucio y lleno de agujas hipodérmicas. Lo cierto es que gente de todas las clases ha experimentado con las drogas en algún momento de su vida. Millones de adolescentes de clase trabajadora y de clase media se han fumado un porro; y un porcentaje muy considerable de jóvenes se han tomado una pastilla de éxtasis en una noche de juerga. «Considerando los datos disponibles sobre adolescentes y jóvenes, no hay una relación evidente en ese grupo entre el estatus socioeconómico y los niveles de consumo de drogas y alcohol», dice Martin Barnes, director ejecutivo de la organización benéfica DrugScope. De hecho, la cocaína tiene una reputación muy arraigada como la droga preferida de la clase media. Un informe del Comité Especial de la Cámara de los Comunes denunciaba recientemente que «parece haberse vuelto más aceptable socialmente y se la considera una droga "segura" de clase media».[218]

Pero si hablamos del consumo problemático de drogas, las diferencias son asombrosas. «La Comisión Consultiva sobre el Consumo de Drogas del Gobierno *publicó* un informe hace un par de años, y concluyó que cuando se examinan los niveles de abuso de drogas en grupos de más edad, había un vínculo muy claro con las zonas

[218] Alan Travis, «Police failing to tackle "middle-class" cocaine abuse, say MPs», *Guardian*, 3 de marzo 2010.

deprimidas y lastradas por el desempleo», dice Martin Barnes. Esto era particularmente chocante cuando se analizaban comunidades de clase trabajadora devastadas por la crisis económica. «La experiencia en algunas comunidades durante los años noventa fue que en las zonas que fueron duramente golpeadas por el desempleo, sobre todo entre los jóvenes, vimos que aumentaban los niveles de consumo de drogas, no solo heroína.»

Barnes no olvida mencionar que, naturalmente, influyeron otros factores, sobre todo el aumento del consumismo desenfrenado en los años ochenta y la mayor accesibilidad a las drogas. Pero no tenía ninguna duda de que la gente a menudo da el salto de experimentar un poco con las drogas al consumo masivo y problemático bien por desesperación o como un mecanismo de supervivencia.

Se puede ver por qué las drogas han clavado sus garras con más fuerza en algunas de las comunidades que nunca se recuperaron del varapalo sufrido bajo el thatcherismo. La tragedia de las drogas duras es más visible en los maltrechos pueblos mineros de Gran Bretaña. «Creo sinceramente que no habría habido la mitad de drogadictos y ese tipo de cosas si las minas no hubieran cerrado», me dijo el antiguo minero de Notthinghamshire Adrian Gilfoyle.

Unos pocos años atrás, el diputado laborista John Mann encargó un estudio sobre el consumo de heroína en la antigua comunidad minera de Bassetlaw. En él se concluía que una crisis sanitaria comparable a una epidemia de viruela se estaba propagando en el corazón de algunos antiguos yacimientos de carbón británicos. «La gente que crece en las cuencas hulleras carece del sentido identitario otorgado a sus padres y abuelos, que formaban parte de una próspera y estable industria minera», decía el informe. «La sustancia más fuerte consumida en estas comunidades era la cerveza, y el empleo estable permitía un buen nivel de vida a casi todo el mundo.» Con el desplome de la industria minera, «hay una necesidad de escapar», y la heroína en esas zonas iba asociada a una necesidad «de huir de todo». «Ls pueblos mineros son un *Trainspotting* sin glamur», fue su desalentadora conclusión.[219]

[219] John Mann, «Heroin in Bassetlaw: Report of the inquiry convened by John Mann MP», johnmannmp.com.

Los conservadores de hoy en día achacan muchos de estos problemas sociales al crecimiento excesivo del Estado. Pero también están a favor de otra explicación: la descomposición de la familia tradicional. Las familias monoparentales en concreto se han visto en la línea de fuego. Después de todo, la madre soltera de clase trabajadora es uno los iconos *chav* más vilipendiados. Fiona Weir, de Gingerbread, organización benéfica que trabaja con madres solteras, enumera algunas de las ideas asociadas a las personas a las que representa: «"parásitas", "gorronas", "vagas", "no quieren trabajar", "felices con las prestaciones", ese tipo de adjetivos. Está muy generalizado y afecta de forma muy directa a muchos de los debates actuales sobre la reforma del Estado de bienestar».

Para llegar al corazón de estos estereotipos, Gingerbread realizó un estudio muy amplio sobre las vidas de las madres solteras en la Gran Bretaña de hoy. «Lo que descubrimos no guarda ninguna relación con el estereotipo en la mayoría de los casos», dice. «Lo que quedó patente es una extraordinaria y palpable sensación de rabia por esa generalización.» No se diría por cómo se representan popularmente, pero el 57% de las madres solteras tiene trabajo.

Rebecca es una madre soltera con dos hijas, joven y resuelta, que vive en un barrio de protección oficial de Birmingham. Es afortunada por tener un trabajo que puede compaginar con cuidar ella sola de sus hijas. Señala a su hija de ocho años. «Elegí trabajar de profesora auxiliar, lo que se adapta a ellas. Estamos en el mismo colegio, así que pasamos juntas todas las vacaciones. Elegí mi trabajo a propósito para hacerlo compatible con mis hijas; la otra está en el instituto, y sus vacaciones son obviamente las mismas, así que me viene fantástico. Pero sé que otras madres solteras lo pasan mal porque cuando tienes las vacaciones de seis semanas en verano y Semana Santa y todo lo demás, tienes que encontrar a alguien que cuide de tus hijos.»

Pese a las dificultades que eso entraña, casi todas las madres solteras quieren trabajar. Según la Encuesta Británica sobre Actitudes Sociales, el 84% de las madres solteras desempleadas quiere, o bien encontrar un empleo, o bien estudiar, pero se las critica hagan lo que hagan. «Una expresión que nos dicen muchas madres solteras es "malo si sí, malo si no"», dice Weir. «Porque si cobran

prestaciones de algún modo las consideran unas vagas y unas parásitas, y si van a trabajar las ven como si descuidaran a sus hijos y no supieran dónde están mientras andan descontrolados.» No es la holgazanería lo que impide trabajar a muchas madres solteras, sino varias barreras que son difíciles de superar, como tener un empleo compatible con criar a un hijo sola, o una atención infantil asequible y accesible. Como dice Weir, estigmatizar a las madres solteras mina su confianza en sí mismas y no les ayuda nada a conseguir un empleo.

Los conservadores suelen decir que la estructura familiar es uno de los factores decisivos para que un niño vaya bien en el colegio y en su vida futura, lo que choca con un reciente estudio de la Sociedad de la Infancia, que mostraba que el conflicto familiar tiene una incidencia diez veces mayor en el desarrollo de un niño. «Los datos recogidos muestran que la mayoría de los hijos de familias monoparentales sale bien adelante», dice Fiona Weir. «Hay resultados peores de una minoría significativa, pero cuando los analizas ves que guardan una relación muy clara con cosas como la pobreza y el conflicto. Y se observan resultados igual de pobres en hijos de familias biparentales con niveles similares de pobreza y conflicto.»

Cuando la gente piensa en madres solteras, a menudo le viene a la mente la imagen de chicas adolescentes. Pero en realidad solo una de cada cinco madres solteras tiene menos de dieciocho años. La edad media de una madre soltera es de treinta y seis años, y más de la mitad tuvieron a sus hijos de casadas. Aun así, es innegable que Gran Bretaña tiene el índice más alto de embarazos en adolescentes de Europa occidental. Tampoco se puede negar la dimensión clasista de esta cuestión. Aunque los números totales son bajos, las adolescentes de familia obrera tienen ocho veces más probabilidades de convertirse en madres que las de entornos profesionales. Las regiones que lideran las tablas de embarazos en adolescentes son las áreas donde la industria fue destruida y los empleos mal pagados del sector servicios han cubierto el vacío. ¿Por qué?

De creer a Max Pemberton, médico convertido en escritor y colaborador del *Daily Telegraph*, esto ocurre porque «para los hijos de familias de clase trabajadora, en las que la aspiración se considera de clase media, las opciones en la vida consisten en

convertirse en una celebridad, trabajar en una tienda o ser madre. El Santo Grial es el acceso garantizado a un piso de protección oficial y a prestaciones estatales, que es justamente lo que te da tener un hijo».[220] Como señala Fiona Weir, esta desagradable caricatura populista de la astuta madre adolescente a la caza de subsidios es un mito. «Contactamos con miles de madres solteras, pero por alguna razón las que encontramos no encajan con esta imagen típica. Cómo hacemos para evitarlas, no lo sé. En cuanto a las chicas de dieciséis y diecisiete años, no pueden acceder a una casa de protección oficial a esa edad. O bien viven con sus padres o bien ingresan en programas de alojamiento subsidiado.»

Las adolescentes de clase media en principio tienen menos probabilidades de quedarse embarazadas, pero también tienen considerablemente más probabilidades de tener un aborto.[221] Hablé con unas pocas jóvenes de clase media, algunas de las cuales habían abortado de adolescentes. Su motivo para no querer un hijo en ese momento era el mismo: miedo de las consecuencias que eso tendría en una etapa tan temprana de sus carreras. Pero si vives en una zona con altos índices de desempleo y donde solo se ofertan trabajos poco atractivos y mal pagados, ¿por qué esperar para ser madre? «En algunos casos habrá gente que no vea muchas salidas ni qué puede hacer en la vida», dice Fiona Weir. «Quizá estén buscando sentir que tienen una función, una meta, un sentido, y queriendo importar y ser útiles.»

Un reciente y detallado estudio mostraba que los embarazos en adolescentes pueden acarrear muchos aspectos positivos, sobre todo para las jóvenes de entornos más pobres. «Nuestro estudio deja claro que la paternidad joven puede ser recomendable y valiosa e incluso incentivar a madres y padres adolescentes a esforzarse por dar una vida mejor a sus hijos», dice la doctora Claire Alexander, uno de los autores del informe.[222] De hecho, tener un

[220] Max Pemberton, «Teenage pregnancy: a national talking point», *Daily Telegraph*, 13 de julio 2009.

[221] Colgado por Unity, «16, pregnant and middle class—What the papers don't say», liberalconspiracy.org, 18 de febrero 2010.

[222] Amelia Gentleman, «Teenage pregnancy more opportunity than catastrophe, says study», *Guardian*, 12 de febrero 2010.

hijo puede ser realmente fortalecedor. Como dice otro estudio: «Sobre todo entre aquellas que provienen de entornos desfavorecidos, que pueden no ver muchas recompensas a retrasar el tener hijos, la maternidad temprana puede ofrecer la oportunidad de alcanzar respeto por sí mismas y estatus adulto.»[223]

Hemos visto que algunas de las cosas que la gente asocia con los *chavs* tienen una base real. *Hay* algunos jóvenes marginados y coléricos ahí fuera que descargan algunas de sus frustraciones de forma antisocial. Cosas como la delincuencia y la drogadicción son más comunes en áreas de clase trabajadora que en el típico barrio residencial de clase media. Una adolescente de clase trabajadora tiene bastantes más probabilidades de dar a luz que una de clase media. Pero la realidad difiere bastante de las maliciosas generalizaciones y de la culpabilización de las víctimas que acompañan al odio a los *chavs*. La pobreza, el desempleo y la crisis de la vivienda son terreno abonado para toda una serie de problemas sociales. Estas son comunidades de clase trabajadora que se llevaron la peor parte de la lucha de clases desatada por Thatcher hace tres décadas. De hecho, sería mucho más sorprendente que la vida hubiera continuado más o menos como antes, aun cuando los pilares de la comunidad se desmoronaban uno tras otro.

Proclamar que la gente es responsable de su situación hace más fácil oponerse a las reformas sociales que de otra forma serían necesarias para ayudarla. Pero esa demonización no resiste un examen. Los nacidos en comunidades pobres de clase trabajadora no merecen su suerte, ni han contribuido a ella. Cuando las industrias que sustentaban sus vidas desaparecieron, los lazos en otro tiempo estrechos que mantenían unidas a muchas comunidades de clase trabajadora se rompieron a un ritmo vertiginoso. Antiguamente, los que vivían allí podían ilusionarse por conseguir empleos respetados y relativamente bien pagados. Sus vidas

[223] Susan Hallam y Andrea Creech, *A Review of the Literature Relating to the Parental Aspirations of Teenage Mothers: Executive Summary*, CfBT Education Trust, p. 4.

tenían una estructura. Hoy, la desesperación, la frustración y el aburrimiento se ciernen sobre comunidades enteras. Sin una recuperación económica real, las plagas sociales que acompañan a la desesperanza han florecido.

Sería un error echar toda la culpa a los conservadores. Después de todo, el nuevo laborismo también dejó morir la manufacturación. Al final de su mandato, jugaron con la idea de iniciar una estrategia industrial para fomentar la recuperación, pero era insuficiente y, para ellos, demasiado tarde. Gran Bretaña no sufría la misma ruinosa tasa de paro que en los años ochenta y noventa, incluso cuando la economía cayó en picado después de la crisis financiera de 2008. Pero las más de las veces eran empleos a tiempo parcial y mal pagados en el sector servicios los que llenaron el vacío, y no pudieron resucitar las comunidades que salieron peor paradas del experimento thatcherista en los años ochenta. Este es el motivo por el que las políticas neolaboristas fueron meros parches en las comunidades arrasadas por los *tories* durante sus dieciocho años de gobierno, parches que ahora están siendo arrancados mientras las heridas aún sangran por debajo.

No es de extrañar que tanta gente de clase trabajadora se alejara del laborismo y pensara que este ya no luchaba en su bando. Algunos sucumbieron a la apatía, pero no todos. Privados de un discurso que explicara lo que estaba ocurriendo a sus vidas, los hubo que empezaron a tantear otras lógicas. No eran los prósperos vencedores de la lucha de clases thatcherista quienes se vieron en primera línea de fuego. Las frustraciones y el enfado de millones de personas de clase trabajadora se canalizaron en una ofensiva contra los inmigrantes.

08

La ofensiva

«Las viles mentiras y la traición esencial de las clases trabajadoras resultan obvias para todos. Pero la buena noticia es que la izquierda radical prácticamente se ha esfumado en la defensa de las clases trabajadoras.»

JONATHAN BOWDEN,
activista del BNP

No era el mejor día para ir de puerta en puerta. Solo habían pasado dos meses desde las elecciones generales de 2010, y yo pateaba las calles con un grupo de activistas tratando de conseguir el voto para un diputado de izquierdas. El largo y gélido invierno de 2010 por fin había terminado, y aquel era uno de los primeros domingos soleados en meses. Las familias estaban aprovechando el clima templado y casi todas las casas estaban vacías.

Tras tocar en vano en algunas puertas, por fin respondió una mujer de mediana edad en delantal. Era obvio que quería despacharse.

«Mi hijo no puede encontrar trabajo», dice enfadada. «Pero todos estos extranjeros vienen aquí y se hacen con los puestos de trabajo. ¡Hay demasiados inmigrantes!»

Sería fácil tachar a alguien con esas ideas de «retrógrado y racista». Pero estaba claro que ella no lo era. Tuve que escuchar atentamente lo que decía, porque tenía un acento bastante fuerte, bengalí, para ser exactos. He ahí una mujer de origen indio reprendiendo a los inmigrantes por quitar puestos de trabajo a trabajadores británicos como su hijo. ¿Qué estaba pasando?

Esa primavera, activistas de todo el espectro político descubrieron que la cuestión de la inmigración surgía una y otra vez. No había salido de la nada. Durante los años 2000-10 se había desarrollado una creciente animadversión contra los inmigrantes. Las encuestas reflejaban una hostilidad cada vez mayor a que entrara más gente en el país. En las elecciones de 2005, los conservadores trataron de explotar este mar de fondo con sus infames carteles donde se leía «No es racista poner límites a la inmigración.»

Pero nada centró tanto la atención de la gente sobre la inmigración como el ascenso del Partido Nacional Británico (BNP). En los comienzos del nuevo laborismo, allá por 1999, el BNP había obtenido poco más de cien mil votos en las elecciones europeas; una década después, conseguirían casi un millón. Ultras de extrema derecha celebraron exultantes que Nick Griffin, el líder del BNP, y su colega filonazi Andrew Brons salieron elegidos miembros del Parlamento Europeo.

La creciente marea del BNP también se desbordó en las elecciones nacionales. En las generales de 1997, obtuvo unos míseros 35.832 votos, solo un puñado más que el excéntrico Partido de la Ley y el Orden. Otras dieciséis fuerzas tuvieron mejores resultados. Ocho años más tarde, más de 192.000 electores votaron a candidatos del BNP, lo que convirtió al partido en el octavo más importante del país. Fue un enorme alivio que el BNP no obtuviera ningún escaño en las elecciones de 2010. Aun así, había sumado casi 564.000 votos. El BNP era ahora el quinto partido más grande de Gran Bretaña.

¿Es el ascenso del BNP un signo de que la sociedad se está volviendo más racista? La respuesta breve es «no». Allá por 1958, una encuesta de Gallup halló que el 71% de los británicos se oponía al matrimonio interracial, y aún no había ningún partido racista que presentara candidatos. Tan poca gente suscribe esa opinión hoy en día que los encuestadores ni se molestan en registrar la cifra. Hoy, Gran Bretaña tiene el índice más alto de matrimonios interraciales de Europa, y solo el 3% admite tener «muchos prejuicios raciales». Cuatro de cada cinco personas dicen no tener prejuicio ninguno. Lo irónico es que Gran Bretaña se ha vuelto menos racista a la vez que se enfrenta al partido racista con más éxito electoral de la historia británica.

Para comprender por qué la gente vota al BNP, es importante entender qué es el BNP. Los sondeos de opinión no son del todo fiables porque, fuera del anonimato de la cabina electoral, algunos posibles votantes se muestran recelosos a la hora de reconocer su apoyo al BNP. Pero claramente indican que el votante medio del BNP muy probablemente es de clase trabajadora. Por ejemplo, una encuesta de YouGov descubrió que el 61% de

los partidarios del BNP se hallaba en las tres clasificaciones sociales más bajas, la C2, la D y la E. El BNP ha prosperado en áreas tradicionalmente de clase trabajadora blanca con una larga historia de elegir a candidatos laboristas. No es de extrañar que el ascenso del BNP haya reforzado una de las populares caricaturas *chavs* de la clase trabajadora blanca: un cabeza rapada con barriga cervecera en un barrio de protección oficial, quejándose de las hordas de inmigrantes «que vienen a quitarnos el trabajo».

De hecho, a muchos políticos y periodistas les ha venido bien presentar el ascenso del BNP como una cuestión de blancos de clase trabajadora que tratan de preservar su identidad frente a una invasión de no blancos. Frank Field, diputado conservador contrario a la inmigración, me dijo que el BNP apela «al sentimiento de que la gente está perdiendo su país sin que ni siquiera se le pregunte si eso es lo que quiere».

Pero no es simplemente el racismo lo que ha arrojado a cientos de miles de personas de clase trabajadora a los brazos abiertos del BNP. El ascenso de la extrema derecha es una reacción a la marginalización de la clase trabajadora. Es un producto de la negativa de los políticos a atender las preocupaciones de la clase trabajadora, sobre todo viviendas asequibles y una provisión de empleos decentes y seguros. Lo ha avivado la percepción generalizada de que el laborismo ha abandonado a la gente para la que se creó. Karl Marx describió una vez la religión como «el suspiro de la criatura oprimida»: algo parecido podría decirse del ascenso de la extrema derecha en la actualidad.

El BNP se suele comparar a los partidos fascistas europeos de los años treinta. Pero, en realidad, ha florecido por razones completamente distintas. El fascismo de la época de la Gran Depresión debió su apoyo en gran parte a pequeños propietarios y grandes empresas que se sentían amenazados por una izquierda cada vez más fuerte, mientras que el BNP de hoy es producto de la debilidad de la izquierda. Sin una izquierda fuerte que dé respuesta a las preocupaciones básicas de la clase trabajadora en la era neoliberal de la precariedad laboral y la crisis de la vivienda, el BNP ha llenado el vacío.

Era muy poco probable que la mujer asiática con la que hablé optara por el BNP cuando llegara el día de la votación. Pero expresó la misma angustia —por el impacto de la inmigración en los puestos de trabajo— que muchos votantes del BNP. Esto muestra que la gran reacción contra la inmigración se está viendo impulsada, ante todo, por intereses materiales. Antiguamente había un discurso generalizado de que los problemas sociales se debían a las injusticias del capitalismo, que, como mínimo, debían corregirse. Con estas ideas excluidas de la corriente dominante, ha sido fácil implantar la noción de que todos los problemas sociales los causa gente de fuera, *inmigrantes*. Es un mito que, fomentado por periódicos y periodistas conservadores, ha hallado eco en comunidades de clase trabajadora por toda Gran Bretaña.

Esto no supone desechar completamente la identidad étnica como un factor importante. El BNP obtiene buenos resultados en ciertas zonas de abrumadora mayoría blanca que han notado una reciente afluencia de nuevos residentes de minorías étnicas. El exalcalde de Londres Ken Livingstone recuerda:

> Yo era el candidato en Hackney North y Stoke Newington en 1977 cuando el Frente Nacional obtuvo el 5% de los votos en las elecciones al Concejo del Gran Londres, igual que hizo el BNP en Londres en 2008. Y estaban en Hoxton y Haggerston, los dos distritos electorales del Sur. La noche de la elección al Concejo no obtuvieron mayoría, pero fueron el principal partido en esos distritos... Sin embargo, dos años después no obtuvieron casi ningún voto, solo un 2%. Así que creo que suele haber un problema de racismo en zonas que están experimentando una transición.

Hackney es una de las áreas con más mezcla del país, y como resultado la extrema derecha se ha extinguido allí. Pero florece en otras zonas como Barking y Dagenham, donde la inmigración masiva es un fenómeno nuevo y el BNP ha obtenido buenos resultados; o al contrario, donde hay muy poca inmigración pero un miedo tremendo a ella.

La demonización de la clase trabajadora también ha desempeñado un papel real en la historia del éxito del BNP. Aunque las

élites dirigentes han dejado claro que no hay nada valioso en la cultura de la clase trabajadora, se nos ha instado (con razón) a festejar las identidades de los grupos minoritarios. Más aún, el multiculturalismo progresista ha entendido la desigualdad simplemente en función de la raza, olvidando la clase social. Tomado en conjunto, esto ha animado a los blancos de clase trabajadora a desarrollar nociones similares de orgullo étnico y a construir una identidad basada en la raza a fin de ganar aceptación en una sociedad multicultural. El BNP ha sacado el máximo partido a su desastrosa redefinición de la clase trabajadora blanca como, en realidad, otra minoría étnica marginada. «Tratar a la clase trabajadora blanca como un nuevo grupo étnico solo hace un enorme favor al BNP», dice la antropóloga Gillian Evans, «igual que no hablar de clase trabajadora multirracial».

Es improbable que el BNP gane alguna vez poder significativo, sobre todo por su incompetencia crónica y sus luchas internas, como las que minaron el partido tras las elecciones generales de 2010. Pero su ascenso es como un disparo de advertencia. A menos que la clase trabajadora se vea de nuevo debidamente representada y sus problemas se tomen en serio, Gran Bretaña se enfrenta a la perspectiva de un nuevo y airado populismo de derechas.

Faltaban diez días para Navidad, y el centro comercial de Dagenham Heathway estaba abarrotado de gente a la caza de chollos. Yo me hallaba a 20 kilómetros al este de la Cámara de los Comunes, pero parecía estar a un mundo de distancia de los salones de té de Westminster. Dagenham fue en otro tiempo el centro manufacturero de Londres: durante el auge industrial de Gran Bretaña en los años cincuenta, la fábrica Ford, un icono local, daba empleo a decenas de miles de trabajadores. Como me dijo un activista contra el racismo, esta era la «primera línea del BNP».

Barking y Dagenham aparecieron por primera vez en el radar de la política nacional en 2006, cuando el BNP entró como un vendaval en el ayuntamiento local con una aparente avalancha de apoyos. Con once escaños en su haber, se convirtió en la

principal oposición al laborismo. Solo había presentado candidatos a trece de los cincuenta y un escaños disponibles. Esto fue un terremoto político cuyos temblores se dejaron sentir en todo el país. Entre los nuevos concejales del BNP estaba Richard Barnbrook, que después salió elegido para la Asamblea de Londres en 2008.

¿Por qué una zona en otro tiempo fuertemente republicana se estaba pasando a lo que hasta hacía poco era un partido racista marginal? Margaret Owen, una cuidadora doméstica jubilada, estaba entre los que salieron de compras aquella tarde. Le pregunté si vivía en una comunidad muy cohesionada. «No, yo diría que no», dijo. «Está cambiando.» Cuando le pregunté cuál le parecía el problema número uno de la comunidad, se quedó un momento callada. «No, no debo.» Volví a presionarla educadamente, y ella miró cautelosa a un lado y a otro antes de dejarse llevar y susurrar: «Bueno, son todos esos extranjeros que están viniendo. Nuestro distrito está cambiando. Antes era muy agradable». Le pregunté en qué periodo se había producido ese cambio. «Ha cambiado en los últimos, no sé, ¿seis o siete años? Sí, mucho.»

No tardé en comprender el verdadero motivo de su rechazo. «Se están quedando con las casas, y nuestra gente, nuestros hijos, no pueden acceder a ellas. Los extranjeros vienen y les dan viviendas... Yo nunca conseguí eso. Mis hijos tampoco. Esto se está yendo al garete. Si puedo irme de Dagenham, lo haré.»

Muchos vecinos de la zona albergan frustraciones similares. Danny, un hombre larguirucho y pensativo de treinta y muchos, ha vivido en la zona desde que tenía ocho años. Impresor de oficio hasta que la industria quebró, encontró trabajo en un almacén del cercano Romford y luego en una tienda de muebles. Después de eso lo despidieron y estuvo dos años sin trabajo. La legislación introducida por el nuevo laborismo le obligaba a trabajar para cobrar el paro, y le dijeron que o bien tendría que trabajar gratis en una compañía, o bien entrar en el servicio voluntario. Terminó trabajando de voluntario en una tienda benéfica local, «porque si trabajo para una compañía, les estoy haciendo ganar dinero mientras todo lo que obtengo es una paga básica, que está por debajo del salario mínimo».

Como Margaret Owen, Danny insistía en que la vivienda era el principal motivo de queja local. «Hay 10.000 personas en la lista de espera que están intentando conseguir una casa», dijo. A Danny le daba reparo hablar del ascenso del BNP. Era, dijo, un «asunto espinoso» porque temía ser tachado de racista.

> Lo que no es bueno, porque acabas pensando que ha habido una llegada masiva de extranjeros. Se puede discutir si se están quedando con las casas y los puestos de trabajo, pero se les está dando alojamiento y comida —¿sabes lo que quiero decir?—, así que se les tiene que poner en algún lugar, lo que obviamente se hace a costa de los que han vivido en Dagenham toda la vida pagando impuestos, y que se ven apartados y empujados cada vez más lejos de aquí.

Una amiga suya está criando a un hijo ella sola y lleva años pasando de un alojamiento temporal a otro. Pero a la vez que no hay suficiente vivienda asequible para cubrir la demanda, se está construyendo una gran cárcel, fuente de auténtica exasperación entre los vecinos: «¿Por qué no construyen casas allí, en vez de una cárcel?»

Como era de esperar, la cuestión de los puestos de trabajo preocupa mucho a Danny. En su apogeo, la fábrica Ford daba empleo a 40.000 personas y estaba en el corazón de la comunidad. Sam Terry, un activista local contra el racismo que ha vivido toda su vida en el este de Londres, señala que «parte de Dagenham en realidad se construyó para albergar a trabajadores de esa fábrica en concreto». Danny hace un retrato del trabajo precario y mal pagado de muchos lugareños en la era postFord:

> Porque obviamente Ford era lo principal que había por aquí. Es decir, yo no he trabajado para la Ford, había otras compañías, pero todas quebraron. Ese es el problema. Consigues un trabajo, y o bien es para antes de Navidad o bien es temporal para las seis semanas de la campaña de Navidad. Llega febrero y vuelves a estar en la misma situación, conque es un círculo vicioso. O si vas y encuentras trabajo, no ganas lo suficiente para pagar todas tus facturas.

Frustraciones no le faltan a Danny, pero no tiene ninguna fe en la capacidad de los partidos políticos tradicionales para aliviarlas.

> Creo que muchos de los políticos han ido a colegios privados... cuando salen simplemente no tienen ni idea de la vida real. Nunca se han apretado el cinturón ni han tenido que rascar de aquí y de allá, nunca han tenido que trabajar en catorce sitios para ganarse la vida o lo que sea. Porque ganan sesenta u ochenta mil al año, más luego todo eso de las dietas. ¡Nos siguen tomando el pelo!

No encontré realmente a nadie que admitiera votar al BNP, y Danny dice que no vota. Pero describe elocuentemente algunos de los ingredientes que, combinados, han creado un cóctel tóxico: enorme escasez de viviendas, falta de empleos seguros y un conveniente chivo expiatorio, a lo que se añade el total desencanto con la clase política.

Brendan Duffield, un representante sindical que lleva tres décadas viviendo en la zona, tiene mucho interés en subrayar que hay auténtica mezcla entre comunidades. «He organizado equipos de fútbol durante veinte años», me dice.

> He tenido equipos desde jóvenes a adultos, y me he encontrado todas las nacionalidades que puedas imaginar: he tenido a irlandeses, escoceses, africanos, asiáticos... Y han sido estupendos, muy solidarios y todo eso. Y todos parecían llevarse muy bien... Conque me sorprende un poco que la gente siga diciendo que esta es una zona racista, porque yo no he visto que pasen demasiadas cosas por aquí, como ataques racistas... En cualquier zona del país a la que vayas hay idiotas que no tienen nada mejor que hacer.

Pero Brendan ha visto el impacto que ha tenido la escasez de vivienda. «Me avergüenza un poco decirlo, pero creo que este ayuntamiento acaba de empezar a construir trece casas por primera vez en..., creo que en los últimos treinta años, desde que estaba Margaret Thatcher.» No tiene ninguna duda de que esta cuestión, por encima de cualquier otra, ha desatado un torbellino político en su comunidad. «Creo que si el laborismo hubiera

seguido construyendo casas en esta zona, no habría ni la mitad de problemas con el BNP.»

Hubo, sin duda, un aumento pronunciado del número de inmigrantes que se han mudado a Dagenham durante la época neolaborista. Esto ha sido claramente una experiencia desorientadora para algunos que llevan allí toda su vida. «Objetivamente es el distrito que ha cambiado más rápidamente de Gran Bretaña. Es un hecho empírico», dice el diputado laborista local Jon Cruddas, que ha representado a Dagenham desde 2001. Pero lo que ha transformado la desorientación en resentimiento y hostilidad declarados es lo que está en boca de todos los lugareños: la vivienda. «Es el mercado inmobiliario más barato del área metropolitana de Londres, en una época de aumento exponencial en el valor de la propiedad, y al mismo tiempo el efecto del derecho a compra hace que tengamos más mercado privado», dice Cruddas. «Así que se ha visto al mercado inmobiliario de un pequeño distrito aguantar una carga desproporcionada en términos de patrones migratorios más amplios hacia y dentro del distrito.»

La sombra del derecho a compra, que mermó enormemente la reserva de vivienda protegida del distrito, se cierne sobre todo el municipio. «Aquí hay mucha gente que aprovechó la oportunidad para comprar su casa con el plan de derecho a compra en los años ochenta y noventa», dice Sam Tarry. «Muchos de ellos ahora han llegado a un punto en que tienen hijos mayores que, o bien tienen que vivir con sus padres, o bien tienen que irse muy lejos para conseguir una casa, aunque solo sea de alquiler, no hablemos ya de comprarla.» Muchas de las casas compradas por sus propietarios terminaron en manos de caseros particulares. Han sido especialmente atractivas para lo que Sam llama

> nuevos tipos de comunidades inmigrantes, sobre todo la comunidad africana de Barking, porque si por el mismo alquiler que pagas, por el precio de una casa, puedes alquilar algo con dos o tres dormitorios y jardín trasero y delantero, comparado con el tipo de casas de Tower Hamlets, Hackney y Newham, la cosa está clara para el que quiera un lugar un poco más agradable para vivir.

Por otra parte, identifica la precariedad laboral como una cuestión que alimenta aún más las frustraciones de los vecinos. «La dificultad está en que la generación de los que ahora tienen treinta y muchos, cuarenta o cincuenta y tantos, es una generación que creo que no trabajaba en la fábrica Ford, no tiene un oficio cualificado, y que desde luego dejó la escuela sin más títulos educativos y con calificaciones muy básicas de secundaria», dice.

> Y a menudo ves gente trabajando en un mercado laboral flexible, el tipo de trabajo en el que tienes más probabilidades de que puedan contratarte y despedirte a voluntad, en el que no vas a tener necesariamente una pensión y sueles cobrar el salario mínimo. Eso crea una sensación mayor de inseguridad que, sumada a las preocupaciones por la vivienda y la prestación de otros servicios públicos locales, empieza a crear una atmósfera de tensión o incertidumbre.

Cruddas coincide en culpar a la «insólita desindustrialización» que se ha llevado a cabo. «Este era el centro manufacturero de Londres, con sus previsiones en cuestión de pensiones y empleo. Y no es extraño que el BNP se implantara.»

En Barking y Dagenham, el BNP ha aprovechado hábilmente las consecuencias de un liberalismo desenfrenado. El nuevo laborismo se oponía ideológicamente a construir casas de protección oficial por su compromiso de erigir una «democracia de propietarios» y su desconfianza hacia las autoridades locales. Las viviendas asequibles y los trabajos seguros y bien pagados pasaron a ser recursos cada vez más escasos. La respuesta del BNP fue deslegitimar la competencia no nativa, incitando a la gente a pensar: «No tenemos casas suficientes, así que ¿por qué se las estamos dando a extranjeros?»

Cruddas describe la estrategia del BNP como «cambiar o sufrir desigualdades, y lo racializaron». Todas las cuestiones, ya fuera la vivienda o el empleo, se enfocaban desde el punto de vista de la raza. «Eso permite hacer inteligibles a la gente los cambios que se producen a su alrededor, desde el punto de vista de sus propias inseguridades, tanto materiales como culturales.» Sin embargo, es un discurso basado en mitos. Después de todo, solo una de cada veinte viviendas sociales va para un inmigrante. Pero con

la negativa del Gobierno a construir casas y la llegada de mucha gente de aspecto extranjero a ciertas comunidades, el discurso del BNP parece tener sentido para muchas personas.

La estrategia del BNP ha sido solícitamente potenciada por la prensa sensacionalista de derechas. «cinco millones de libras en prestaciones para inmigrantes discapacitados que desaparecieron», clama un titular del *Daily Express*. «Un informe secreto advierte del cataclismo de la inmigracion en Gran Bretaña», avisa el *Daily Mail*. «Una madre inmigrante ilegal consigue una casa de cuatro dormitorios», rezonga el *Sun*. Si eres una persona de clase trabajadora que te mantienes a duras penas, no puedes conseguir una vivienda asequible o al menos conoces a alguien en esa situación, ser bombardeado con esas historias da credibilidad al discurso del BNP de que no hay suficientes recursos para todos y que los inmigrantes se están llevando la mejor parte.

Ligado a esta estrategia está el audaz intento del BNP por usurpar territorio laborista. Después de que el nuevo laborismo haya abdicado aparentemente de su papel tradicional (proteger a las comunidades de clase trabajadora de los peores excesos de las fuerzas del mercado), el BNP se ha envuelto en ropajes laboristas. «Yo diría que somos más laboristas que los propios laboristas», dice el exconcejal local del BNP Richard Barnbrook. La propaganda del BNP describe la organización como «el partido laborista al que votaba tu abuelo».

Un recorrido por las políticas del BNP pone de manifiesto que eso es un disparate. Su política fiscal, por ejemplo, incluye abolir el impuesto sobre la renta y, en cambio, subir el IVA, una política muy del gusto de economistas libertarios de extrema derecha que beneficiaría a los ricos a costa de la gente trabajadora corriente. El partido adoptó libremente la retórica thatcherista, comprometiéndose con la «economía de la empresa privada» y argumentando «que la propiedad privada debería fomentarse y extenderse a tantos ciudadanos de nuestra nación como sea posible».

Y sin embargo, en comunidades como Barking y Dagenham, el BNP ha logrado presentarse hábilmente como el paladín de la clase trabajadora blanca. Además de contrapesando los intereses de los blancos de clase trabajadora con los de las minorías étnicas,

el BNP ha ganado apoyo lanzándose a políticas comunitarias. Activistas del partido organizan ferias benéficas, ayudan a limpiar la basura, echan una mano en jardines de jubilados... cosas que dan la impresión de que están arraigados en la comunidad local. «Ves a mucha gente mayor que dice "El BNP organizó una noche de bingo", o "el BNP quiere que la gente deje de reunirse en las calles", y en realidad es la clásica política comunitaria que enmascara sus verdaderas intenciones», dice el líder sindical Mark Serwotka.

Resulta inquietante que el BNP no solo haya logrado atraer a antiguos votantes laboristas. «Un factor interesante, que desde luego vimos en las elecciones de 2006, cuando el BNP sacó once concejales, fue que no solo eran votantes laboristas desencantados», dice Sam Tarry. «Realmente movilizaron a muchas personas que nunca antes habían votado, los llamados votantes vírgenes. Motivar a la gente que normalmente no se preocuparía por el sistema político, hacer que den su primer paso en la política y lo hagan de la mano del BNP es un signo extremadamente preocupante.» La extrema derecha ha logrado movilizar a gente que nunca antes había votado porque sentía que los partidos políticos tradicionales simplemente no representaban sus intereses.

Está claro que el BNP ha prosperado ofreciendo soluciones reaccionarias y llenas de odio a los problemas cotidianos de la clase trabajadora. Pero la demonización de la clase trabajadora británica también ha tenido una función. Para Tarry, ha avivado una crisis de identidad que aceleró el ascenso del BNP y una ofensiva más amplia contra los inmigrantes. Al igual que la reciente reflexión nacional sobre qué constituye lo inglés y lo británico, la cuestión suscitada en comunidades como Barking y Dagenham es: «¿Qué significa ser de clase trabajadora?»

«Hemos visto un giro hacia una especie de nacionalismo inglés, y verás a muchas de las familias blancas colgar deliberadamente la bandera inglesa en su ventana, casi como si estuvieran marcando el territorio, de un modo ligeramente agresivo y excluyente», dice Tarry.

> Para mí, hay un elemento ahí que no sé identificar en este sentido de qué significa ser de clase trabajadora: qué significa ser *inglés*, y de dónde vienen realmente tu identidad, tu meta y tu orientación,

debido al declive del tipo de estructuras sociales tradicionales que daban a la gente de clase trabajadora su meta e identidad, y solidaridad y hermandad a través del movimiento sindical. Y eso parece haber decaído, a pesar de que aún tenemos un movimiento sindical muy fuerte en esta zona.

El orgullo de ser de clase trabajadora se ha visto minado durante las últimas tres décadas. Ser de clase trabajadora se ha empezado a ver cada vez más como una identidad que hay que dejar atrás. Los lazos de la antigua comunidad que venían de la industria y de la vivienda social se han roto. Pero la identidad de la clase trabajadora antes era algo fundamental en las vidas de gente que vivía en comunidades como Barking y Dagenham. Daba un sentido de pertenencia y valía, así como un sentimiento de solidaridad con otra gente del lugar. Cuando este orgullo fue arrancado, dejó un vacío que el despertar de la bestia del nacionalismo inglés ha llenado en parte.

Asimismo, hemos visto al nacionalismo escocés y galés cobrar nuevo arraigo en los antiguos feudos laboristas de Glasgow y Rhondda Valley. Pero hay una diferencia clave: Plaid Cymru y el Partido Nacionalista Escocés (SNP) rchazaban el nacionalismo basado en la etnia en aras de un nacionalismo inclusivo y de tendencia progresista. De hecho, Plaid Cymru se jacta de tener más concejales de minorías étnicas que el resto de partidos galeses juntos, al tiempo que el primer asiático elegido para el Parlamento escocés era miembro del SNP. La larga y sórdida historia del Imperio es un punto clave de la veta patriotera del nacionalismo inglés.«No hace tanto, desde luego cuando yo era niño, tenías el mapa con todos los bloques rojos de donde había gobernado el Imperio británico», apunta el líder sindical Billy Hayes. Las tradiciones seculares de dominación sobre otros pueblos han dejado una enorme impronta en la psique nacional, que el BNP manipula constantemente.

La extrema derecha ha cambiado sus objetivos preferidos con los años: judíos, irlandeses, negros y asiáticos fueron cada uno de ellos los villanos en diversos momentos. Hoy, por encima de todos los demás, son los musulmanes. Una fea oleada de islamofobia ha acompañado a la denominada guerra contra el terror que se declaró después de los ataques del 11-S. Soldados británicos están en

guerra con pueblos musulmanes en tierras musulmanas. Con ayuda de histéricos hostigamientos a los musulmanes por parte de los medios de comunicación, el BNP ha convertido la islamofobia en el centro mismo de su propaganda.

De forma aún más perversa, el BNP ha manipulado cínicamente el multiculturalismo dominante con su enfoque de la desigualdad como una cuestión racial. La propaganda del BNP ha aprovechado esto redefiniendo a los blancos de clase trabajadora como una minoría étnica oprimida, lo que le permitía apropiarse de un lenguaje antirracista. Los panfletos del BNF están llenos de palabrería sobre la «minoría blanca» y el «racismo contra los blancos». Cuando el partido fue llevado a los tribunales por sus estatutos «solo para blancos», replicó preguntando en qué se diferenciaban de otras organizaciones de minorías étnicas, como la Asociación Nacional de Policía Negra.

Naturalmente, esto supone una distorsión del multiculturalismo mayoritario. Independientemente de sus defectos, el multiculturalismo consiste esencialmente en defender los derechos de grupos étnicos, que componen únicamente el 10% de la población en nuestra sociedad abrumadoramente blanca. Pero esta es solo una de las consecuencias de eliminar la clase de nuestra concepción de la desigualdad, porque un grupo como el BNP puede simplemente argumentar que está defendiendo los derechos de los blancos en una sociedad multicultural, igual que otros pueden defender los derechos de los musulmanes o los negros.

Sería simplista sostener que las oleadas de inmigración que se han producido bajo el nuevo laborismo no han tenido consecuencias por sí solas. Desde el punto de vista histórico, la inmigración ha sido alta, lo que de por sí habría provocado angustia u hostilidad entre cierta gente. Si siempre has vivido en una zona donde todos son blancos, con poca o ninguna experiencia —o contacto— con culturas diferentes, un súbito cambio en tu comunidad al principio puede causar confusión o alarma. Aunque la historia ha demostrado que esta tensión se disipa en una generación o así cuando se ha producido una mezcla genuina, inevitablemente puede haber tensiones en comunidades en transición.

Pero las inseguridades económicas han dado un furor añadido a la ofensiva contra la inmigración, y esto es lo que el BNP ha manipulado con tanto éxito. «La cuestión más amplia es que no se crearon empleos para la clase trabajadora y que no había viviendas para sus hijos», dice Ken Livingstone. «Y al BNP le es fácil decir que los negros se lo están llevando todo. En realidad nadie se estaba llevando nada, porque no estaban construyendo ni creando nada.»

Sería un error caricaturizar comunidades como Barking y Dagenham como atestadas de iracundos blancos de clase trabajadora que echaran pestes de los inmigrantes. Hay muchos que están asqueados con el BNP y se han esforzado por dar la bienvenida a inmigrantes procedentes de Europa del Este, África o el subcontinente indio.

Cuando pregunté a Leslie, cuidadora domiciliaria, y a su amiga Mora, pensionista, cuáles eran los problemas fundamentales en la comunidad, salieron con la respuesta habitual: «Lo mismo de siempre: la vivienda.» Pero eso no significaba que se hubieran pasado automáticamente al bando del BNP. «Son malos, muy malos. Son un problema», dijeron ambas. «Quiero decir, soy bastante feliz en Barking y Dagenham», dice Leslie, y Mora lo suscribe: «Nacimos aquí, y nunca me iría de Dagenham». Las dos desprecian profundamente «las estupideces que está proponiendo el BNP... Ahora están asustando a la gente, diciendo que la gente mayor puede verse de patitas en la calle y que sus casas se las darán a "ilegales". Si pueden decir dónde están los ilegales, bien. Pero no hay inmigrantes ilegales en este distrito, no los hay. Quiero decir, nadie es bueno o malo al 100%, pero los del BNP son muy malos.» «Son muy racistas, ¿verdad?», pregunta Leslie, y Mora responde rápidamente: «Muy, *muy* racistas, sí.»

Aunque ninguna de ellas tenía fe en los políticos a nivel nacional, sí confiaban en sus concejales laboristas. Pero la impresión que tenían del BNP era de total incompetencia. «No han hecho *nada*. Intentas contactar con ellos, y no puedes. Y todavía tienen la cara de salir y decir que los laboristas no están haciendo nada... Puedes contactar con el Partido Laborista, te escuchan, solucionan tus problemas, pero el BNP no.» Ambas insisten en que se

mezclan con gente de toda procedencia en su comunidad. Leslie trabaja con gerentes y cuidadores negros, por ejemplo. «Tenemos una familia india al otro lado de la calle», añade Mora. «De vez en cuando nos traen comida. Muy, muy agradables.»

Este era el tipo de sentimientos en que los activistas contra el racismo se basaron en el preludio a las elecciones locales y generales de 2010. La campaña «ESPERANZA, no odio» creó una formidable red de adeptos, elaboró folletos destinados a grupos concretos en localidades específicas y puso de manifiesto la incompetencia de los concejales del BNP. Organizar la comunidad era el eje central de la campaña, y los sindicatos tuvieron un papel central a la hora de financiarla y darla a conocer entre la gente local de clase trabajadora.

La campaña superó las mejores expectativas de los activistas antirracismo. El temor era que el BNP sacara al menos un diputado en los distritos electorales locales; el escenario de pesadilla era que se hiciera con el control del Ayuntamiento. Al final resultó que el BNP fue barrido completamente y perdió sus doce concejales. El laborismo puede haber sufrido una derrota aplastante en las elecciones generales de mayo, pero el Partido Laborista local se llevó todos los escaños en el Ayuntamiento de Barking y Dagenham. El líder del BNP, Nick Griffin, respondió cogiendo una pataleta y afirmando que el «inglés» había sido expulsado de Londres.

Sin embargo, no hay motivos para la complacencia. El BNP fue derrotado ante todo por un notable aumento en la participación electoral, debido a su vez a una campaña extremadamente efectiva. En el distrito electoral parlamentario de Barking, el voto al BNP subió de 4.916 votos en 2005 a 6.620 en 2010: pero al mismo tiempo la participación electoral aumentó espectacularmente de 28.906 a 44.343, lo que supuso un descenso en el porcentaje de voto del BNP. Los candidatos a concejal del BNP perdieron votos, sí, pero solo unos cien en cada distrito; de hecho, muchos candidatos superaron los mil votos. Antes incluso de que se dejara sentir el impacto de los más dramáticos recortes en el sector privado de la historia moderna, el BNP había conservado una sólida base en Barking y Dagenham.

Lo cierto es que el descontento que impulsó el fuerte aumento del BNP es mayor que nunca. Sigue habiendo una grave falta de vivienda asequible, y los trabajos seguros y bien pagados continúan escaseando. La gente trabajadora en Barking y Dagenham, como en el resto del país, seguirá exigiendo respuestas. El futuro de nuestras comunidades depende de quién se las dé.

El ascenso del BNP es solo la punta del iceberg de la gran ofensiva contra los inmigrantes de principios del siglo XXI. No se puede soslayar la espinosa verdad de que la gran mayoría de los británicos cree que los niveles de inmigración son demasiado altos. Véase una encuesta realizada para el *Sun* en octubre de 2007: casi dos tercios de la población quería que las leyes de inmigración se endurecieran. Pero mientras que solo el 6% de los situados en las tres categorías sociales más altas quería que la inmigración cesara por completo, el triple de los situados en el tercio más bajo quería que las fronteras se cerraran a cal y canto. Estas opiniones no están confinadas a zonas que han experimentado una gran afluencia de extranjeros como Barking y Dagenham. Por todo el país, la antiinmigración se ha convertido en el grito de guerra de gente que nunca habría soñado con votar al BNP.

Este era el tipo de cosa que nos dijeron que pertenecía a los años setenta. Desafiando algunas de las leyes antisindicales más severas del mundo occidental, trabajadores de la refinería de petróleo de Lindsey se declararon en huelga en un plante espontáneo a finales de febrero de 2009. Los comentaristas de los medios de comunicación se quedaron perplejos mientras huelgas de solidaridad se extendían a pueblos como Grangemouth, Sellafield, Wilton, Staythorpe y Didcot, entre otros. Esto supuestamente no ocurría en la Gran Bretaña del siglo XXI.

Pero se le dio una vuelta de tuerca a esta aparentemente renovada militancia sindical. El sesgo mediático daba a entender que eran huelgas semirracistas y antiinmigrantes en protesta por los trabajadores extranjeros. Hubo primeros planos de pancartas en los piquetes que pedían «empleos británicos para trabajadores

británicos», repitiendo una desastrosa promesa del por entonces primer ministro Gordon Brown en el Congreso del Partido Laborista de 2007. Incluso algunos izquierdistas lo encontraron inquietantemente patriotero, y les recordaba a los estibadores que marcharon para apoyar el infausto discurso contra la inmigración de los «ríos de sangre» en 1968.

La cobertura mediática hizo lo posible por confirmar esta interpretación. En un parte de la BBC, se filmó a un trabajador que decía: «No podemos trabajar con estos portugueses e italianos.» Pero esto resultó ser una burda distorsión, y la BBC se vio obligada a pedir disculpas por saltarse la frase siguiente: «Nos mantienen segregados de ellos.» El trabajador se refería a que *físicamente* no podían trabajar con trabajadores extranjeros, porque se les impedía hacerlo.

Las verdaderas razones de la huelga, cuidadosamente veladas por los medios de comunicación mayoritarios, arrojan luz sobre algunas de las complejidades que subyacen en la ofensiva de la clase trabajadora contra la inmigración en la Gran Bretaña reciente. La empresa de la refinería de Lindsey, IREM, había contratado a trabajadores extranjeros baratos y no sindicados. Esto no solo amenazaba con romper la unión de los trabajadores, también significaba que los sueldos y condiciones de todos los demás se reducirían en una «carrera hacia los mínimos».

«Tenemos más en común con gente de todo el mundo que con los empresarios que nos están haciendo esto», dice Keith Gibson, uno de los líderes de la huelga y miembro del Partido Socialista Trotskista. A algunas figuras del BNP que intentaron subirse al carro se les impidió acceder a los piquetes. Las demandas del comité de huelga incluían la sindicación de la mano de obra inmigrante, asistencia sindical a trabajadores extranjeros y la construcción de vínculos con trabajadores de la construcción en el continente. Esto era lo opuesto a una huelga racista.[224]

[224] Como un aparte, vale la pena señalar que la Asociación Internacional de Trabajadores —a menudo conocida como «Primera Internacional» porque precedió

No obstante, la huelga de Lindsey era la excepción más que la norma. En una época de sindicatos débiles, los resentimientos que están detrás de la ofensiva de la clase trabajadora contra la inmigración han carecido de esta especie de liderazgo loable. Entre un gran número de trabajadores existía el miedo de que se estuvieran perdiendo los puestos de trabajo británicos y reduciendo los sueldos debido a la inmigración masiva.

Un vistazo a las cifras confirmaría aparentemente la conclusión de que la mayoría de los trabajos realmente va para los inmigrantes. Entre la victoria del nuevo laborismo en 1997 y su derrota en 2010, el número de empleos aumentó en 2,12 millones. Mientras que el número de empleados nacidos en el Reino Unidos ha aumentado en 385.000, el de trabajadores nacidos fuera se ha incrementado en 1,72 millones. Eso significa que más de cuatro de cada cinco empleos creados en Gran Bretaña desde 1997 han sido para trabajadores nacidos fuera.

Pero esto no tiene en cuenta que la población británica en realidad está creciendo muy despacio. Hay problemas con las cifras disponibles, sobre todo porque algunos trabajadores nacidos fuera ahora son ciudadanos británicos, pero sí nos dan una imagen general. La población nacida en Gran Bretaña en edad de trabajar solo ha aumentado en 348.000 desde 1997, mientras que la nacida fuera ha crecido en 2,4 millones. Casi un millón de británicos se ha marchado del país desde entonces, y hay la friolera de 5,6 millones de británicos viviendo fuera: a menudo se olvida que la migración es un proceso de dos sentidos. El balance final es que el número de puestos de trabajo que va para los trabajadores nacidos en Gran Bretaña ha aumentado más de lo que ha crecido la población activa autóctona. Menos de tres cuartas partes de los no británicos han conseguido encontrar trabajo, al menos uno que figure en las estadísticas oficiales.[225]

---

a la «Segunda» Internacional Socialista y a la «Tercera» Internacional, y que contaba con Karl Marx entre sus fundadores— se creó en 1864 por razones similares. El primer y principal fin de la Internacional era evitar que se trajera a trabajadores extranjeros para romper las huelgas.

[225] Stephanie Flanders, «Have British jobs gone to British workers?», Informativo de la BBC News, 21 de abril 2010.

Estadísticamente, no es cierto que los inmigrantes quiten puestos de trabajo a la gente.

En cualquier caso, muchos de nuestros servicios esenciales dependen de trabajadores extranjeros. La Seguridad Social se hubiera hundido hace mucho de no ser por los miles de médicos y enfermeras de otros países que la han sostenido casi desde su creación. Casi un tercio de profesionales de la salud como los médicos y dentistas son inmigrantes. Por infundado que sea ese miedo a que los inmigrantes quiten los escasos puestos de trabajo a los nativos, se ha dejado que arraigue en la imaginación popular por el continuo descenso de los trabajos tradicionales cualificados. No ha habido ninguna voz política dominante que pusiera esto en el contexto de la globalización y de la falta de apoyo gubernamental a la manufacturación. En vez de eso, los periodistas y políticos de derechas nos bombardean diariamente con propaganda manipulada. Cuando Gordon Brown cometió la tremenda equivocación de prometer «empleos británicos para trabajadores británicos», solo parecía confirmar la opinión de que hasta ahora los puestos de trabajos habían sido para otros.

En lo que respecta a los sueldos, el impacto de la inmigración resulta mucho más complicado. Podía esperarse que, puesto que los inmigrantes estaban dispuestos a trabajar por menos dinero, los otros trabajadores se verían forzados a competir con ellos, lo que haría que el sueldo de todos bajase. Un estudio de 2009 de un destacado economista de Oxford y un importante experto del Banco de Inglaterra, Stephen Nickell y Jumana Saleheen, reveló que los sueldos, por lo general, solo habían bajado ligeramente por la inmigración. Su hallazgo fundamental fue que el impacto no era el mismo para todos. Quienes más lo sufrían eran los trabajadores semi o no cualificados del sector servicios. Un aumento del 10% en la proporción de inmigrantes causaría una reducción del 5% en el sueldo de estos grupos.[226]

[226] Stephen Nickell y Jumana Saleheen, «The Impact of Immigration on Occupational Wages: Evidence from Britain», *SERC Discussion Paper*, octubre 2009, p. 20.

Otro informe, para la Comisión de Igualdad y Derechos Humanos, descubrió también que el impacto general de la inmigración sobre los sueldos era pequeño. Irónicamente, reveló que los afectados probablemente serían antiguos inmigrantes, porque tendrían que competir por puestos de trabajo que no requerían «fluidez lingüística, conocimiento cultural o experiencia local». Aun así, descubrió que todos los trabajadores manuales podían ver sus sueldos reducidos porque un empresario podía reemplazarlos fácilmente por un trabajador extranjero dispuesto a cobrar menos. Lo mismo podía decirse de los trabajadores «marginales para el sistema laboral», aquellos «con más probabilidades de abandonar o convertirse en trabajadores desmotivados», aquellos «que trabajan en empleos a tiempo parcial y poco cualificados (como las madres solteras y los jóvenes)», y los que encontraban obstáculos para encontrar trabajo, como la imposibilidad de viajar.

Claramente, pues, las actitudes hacia la inmigración pueden depender de la clase del que las mantiene. De hecho, los empleadores potenciales están prestos a beneficiarse de trabajadores extranjeros más baratos. «El efecto de la inmigración en el tramo inferior del mercado laboral es diferente del que se da en la gente que está encantada con conseguir una niñera buena y barata o un fontanero que cobre poco», señala Clare Short, exsecretaria de Estado para el Desarrollo Internacional.

Al examinar las consecuencias de la inmigración sobre los empleos y los sueldos, se ha puesto cada vez más de moda entre los políticos y los medios de comunicación comparar al laborioso inmigrante con el ocioso británico. Pero, naturalmente, no es una comparación justa. Después de todo, los inmigrantes han viajado cientos o miles de kilómetros desde países más pobres con la intención expresa de encontrar trabajo. Esto les dota de las cualidades que los empresarios encuentran tan deseables. Como dice el informe de la Comisión de Igualdad y Derechos Humanos:

> Los inmigrantes están dispuestos a trabajar duro en empleos sin perspectivas claras de ascenso (como casi todo el trabajo agrícola de temporada): porque ven este trabajo de «estatus inferior»

como temporal; porque están obteniendo beneficios no económicos como aprender inglés; o porque su sueldo no parece bajo en comparación con lo que ganaban en su país de origen. Así que, hasta cierto punto, es inevitable que los inmigrantes sean más productivos que los trabajadores nativos en ciertos puestos.[227]

El impacto de la inmigración ha llevado al destacado diputado laborista Jon Cruddas a describirlo como «una política salarial», es decir, un mecanismo empleado para controlar los niveles salariales. Hazel Blears dice algo crucial: «Realmente había un motor económico para hacer que siguieran viniendo inmigrantes, porque eso mantenía los sueldos bajos, en cierto sentido, y nos hacía más competitivos como economía, y creo que no se calibró suficientemente el impacto humano que eso tuvo en las familias.» Le pregunté si la inmigración se utilizó deliberadamente como «política salarial». «No, no creo que fuera un instrumento deliberado de política social. Pero creo que tuvo algunos efectos de ese tipo. Aunque no creo que la gente se siente en una sala y diga: "¡Ja, ja, vamos a dejar entrar a millones de personas y luego podemos exprimir a los pobres y a la clase trabajadora!" No creo que el Gobierno laborista haga eso.»

Cuando varios países de Europa del Este se incorporaron a la Unión Europea en 2004, Gran Bretaña permitió que sus trabajadores entraran enseguida y buscaran trabajo libremente. Ninguna de las políticas de inmigración neolaboristas causó tanta polémica, especialmente cuando solo Irlanda siguió su ejemplo. Los detractores afirmaban que esa decisión llevaba a la entrada en Gran Bretaña de una oleada de mano de obra barata, procedente sobre todo de Polonia. «Claramente fue una locura por parte del Gobierno permitir una situación donde Gran Bretaña e Irlanda eran los únicos países que dejaron entrar a los nuevos estados miembros antes de un intervalo de dos años», dice Ken Livingstone. «Conque todos vinieron aquí. Ahora bien, eso no afectó a Londres, porque estamos acostumbrados a absorber oleadas de

[227] Will Somerville y Madeleine Sumption, *Immigration and the Labour Market: Theory, Evidence and Policy*, EHRC, 2009, pp. 3, 16–17.

inmigrantes. Pero a todo un sector del país que nunca había absorbido inmigrantes, a zonas rurales, llegó un montón de gente de Europa del Este. Los sueldos son más bajos, trabajan más y se hacen con los puestos de trabajo. Fue devastador.»

En la medida en que la inmigración afecta a los sueldos, la campaña dirigida por la prensa sensacionalista ha apuntado al blanco equivocado. Si las empresas han usado la inmigración como un medio de bajar el sueldo a la gente, entonces son ellos quienes deben sufrir el oprobio público. «Mi visión de esto es que no puedes culpar a trabajadores que han venido aquí para mejorar su nivel de vida», razona el líder minero Chris Kitchen. «La culpa es de los empresarios que prefieron pagarles a ellos, porque pueden pagarles menos, y de esas empresas y agencias especializadas en traerlos. Los trabajadores inmigrantes no tienen la culpa de venir aquí a prosperar.»

Tras la derrota laborista en las elecciones generales de 2010 y la dimisión de Gordon Brown como líder del partido, los candidatos a sustituirlo rivalizaron en deplorar los efectos de la inmigración. Como afirmó Ed Balls, un estrecho aliado de Gordon Brown, la inmigración había influido «de forma directa en los sueldos y condiciones de demasiada gente a lo largo y ancho de nuestro país, en comunidades escasamente preparadas para abordar la realidad de la globalización, incluida la que yo represento». Su postura incitó al líder *tory* David Cameron a compararlo con la caricatura cómica racista, Al Garnett. Pero lo cierto es que la mirada se ha dirigido directamente a la inmigración, precisamente para evitar tratar cuestiones que tienen una incidencia mucho mayor en los empleos y sueldos. Hemos visto que el efecto sobre los salarios es pequeño, y de hecho puede corregirse sin tomar medidas drásticas contra la inmigración, por ejemplo subiendo el salario mínimo y evitando que se contrate a trabajadores extranjeros con sueldos más bajos o peores condiciones que otros trabajadores.

Los sueldos se han ido estancando o reduciendo para millones de trabajadores, incluso antes de que la recesión golpeara con fuerza. La inmigración está muy abajo en la lista de razones. La enorme reserva de obra de mano barata disponible en el «Mundo

Mayoritario» y el maltrecho estado de los sindicatos británicos son factores mucho más importantes. Después de todo, los beneficios de las compañías están viviendo un *boom*: pero los empresarios están acaparando esos billones, y nadie les presiona para que los compartan. Pero la «carrera hacia los mínimos» que está en el centro de la globalización actual y la falta de derechos sindicales no son cuestiones que los políticos tengan ningún interés en abordar. Se están perdiendo puestos de trabajo por una crisis económica causada por la codicia de los banqueros y las subsiguientes políticas de la clase dirigente. Sin embargo, los principales políticos de hoy en día no quieren hacer ninguna pregunta que pudiera desafiar algunas de las premisas más básicas del actual sistema económico. En vez de eso, han centrado su atención en un problema secundario que tiene la ventaja de apelar a los prejuicios de la gente, así como al respaldo vocinglero de los medios de comunicación conservadores.

Esta ofensiva contra la inmigración ha llevado a muchos a concluir que la «clase trabajadora blanca» es racista. En realidad, la clase trabajadora está mucho más mezclada étnicamente que el resto de la población. Este es un aspecto que puede exagerarse: después de todo, el 90% de los británicos son blancos. Una vez que sales de grandes áreas urbanas como Londres, Manchester y Birmingham, podrías viajar fácilmente muchos kilómetros sin cruzarte con una sola cara que no sea blanca.

No obstante, como dice el líder sindical Billy Hayes: «Puesto que las minorías étnicas casi inevitablemente están en desventaja social, podemos suponer que más del 10% de la clase trabajadora no es blanca.» Las minorías étnicas realizan trabajos de clase trabajadora en un porcentaje desproporcionado, y, en muchas áreas urbanas, tienen muchísimas más probabilidades de copar los empleos de menor consideración y peor pagados. Véase el sector del comercio minorista en Londres. Las minorías étnicas componen el 35% de su mano de obra, y aun así representan un muy inferior 27% de la población de la capital.[228] El 14% de los conductores de

[228] Enlace comercial londinense, «Diversity in London's retail sector», businesslink.gov.uk, consultado por última vez el 29 de noviembre de 2010.

autobús y autocar pertenece a grupo étnico minoritario, y los no blancos también están representados desproporcionadamente en la hostelería, la seguridad y en hoteles y restaurantes. La mitad de los trabajadores bangladesís y pakistanís del país están en trabajos en los que cobran menos de 7£ a la hora, frente a menos del 30% de los blancos.[229]

En la cúspide de la jerarquía social, el contraste no puede ser mayor. Solo el 3,5% de los socios en las cien principales empresas del Reino Unido pertenece a una minoría étnica.[230] Solo hay un presidente de una minoría étnica entre las cien compañías británicas más importantes. En el sector financiero, solo el 5% de los que trabajan en los seguros de pensiones pertenece a una minoría étnica.[231] Si eres de clase trabajadora, tienes muchas más probabilidades de codearte con gente de entornos diferentes que los que están en profesiones de élite o en el mundo empresarial.

Lo mismo puede decirse de los patrones residenciales. En Londres, las comunidades más variadas son en su gran mayoría de clase trabajadora, como Tower Hamlets, Newham y Hackey. Barrios residenciales de clase media como Richmond, Kingston y Bromley, en cambio, tienen muy poca población de minorías étnicas. Según el último censo, había más de 100.000 niños mestizos de asiático y blanco, y 158.000 que eran mezcla de caribeño y blanco. Casi la mitad de los negros, un tercio de las negras y un quinto de los indios y africanos nacidos en Gran Bretaña tienen parejas blancas.[232] Dado que las minorías étnicas tienen muchas más probabilidades de estar en empleos y vivir en comunidades de clase trabajadora, podemos suponer sin temor a equivocarnos que esta mezcla se está produciendo en su gran mayoría en la clase trabajadora.

---

[229] The Poverty Site, «Low Pay by Ethnicity», poverty.org.uk, consultado por última vez el 29 de noviembre de 2010.

[230] Luke McLeod-Roberts, «Thompsons Solicitors crowned most diverse in BSN's latest league table», *The Lawyer*, 17 de diciembre 2009.

[231] Hilary Metcalf y Heather Rolfe, *Employment and Earnings in the Finance Sector: A Gender Analysis*, EHRC, 2009, p. 14.

[232] Lucy Bland, «White Women and Men of Colour: Miscegenation Fears after the Great War», *Gender & History* 17 (Abril 2005): 51–2.

Clare Short antes representaba al distrito pobre de clase trabajadora de Birmingham Ladywood, donde casi todo el mundo es de clase trabajadora. Coincide en que la gente de clase trabajadora se mezcla con gente de otras etnias más que los que están más arriba en la escala social. «Bueno, en general en un lugar como Ladywood es fabulosa la riqueza en la diversidad de la gente y las relaciones que establecen, y el entendimiento de las religiones y las historias del otro. Algo muy enriquecedor sucede allí. Los chicos en la escuela siempre dicen: "Tenemos suerte porque tenemos los festivales de todos." La clase trabajadora sigue siendo mayoritariamente blanca; pero menos blanca, en realidad, que el resto.

No puede decirse que la élite privilegiada siempre es un bastión de tolerancia. El racismo de clase media o alta a menudo puede ser más pernicioso, aunque carece de los mismos motivos económicos. No olvidemos al príncipe Harry, que fue pillado por una cámara mientras describía a un soldado asiático como un «paki». El antisemitismo ha sido durante mucho tiempo el racismo preferido de la élite. Sé de un alumno de un colegio privado al que su padre se negó a comprar un costoso reloj de oro en Harrods «porque parecía demasiado judío». Un profesor universitario me cuenta que cuando mencionó a un estudiante educado en un colegio privado que la gente de clase trabajadora tenía más probabilidades de tener una relación con alguien de una minoría étnica, el estudiante se quedó pensando un momento antes de preguntar: «¿Porque no pueden encontrar algo mejor?»

Deberíamos guardarnos de suscribir una lectura superficial de la gran ofensiva del siglo XXI contra la inmigración entre la clase trabajadora. La retórica antiinmigratoria ha cobrado impulso por razones mucho más complejas que la mera cultura o la raza. De hecho, mucha gente de clase trabajadora perteneciente a minorías étnicas comparte la hostilidad generalizada hacia la inmigración. Pero en una época de creciente inseguridad en lo tocante a empleos y sueldos, la inmigración ha proporcionado una conveniente cabeza de turco, así como una excusa para soslayar cuestiones que son mucho más relevantes y mucho más amenazadoras para el *statu quo*. Los responsables están jugando con fuego.

El populismo de derechas va en aumento, y está cortejando vergonzosamente a la gente de clase trabajadora. No es probable que el BNP se establezca nunca como un partido creíble, pero es un mal augurio de lo que podría venir. La derecha populista también puede jactarse de la presencia del Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP), que quedó en cuarto lugar en las elecciones generales de 2010 con casi un millón de votos, y segundo en las elecciones europeas de 2009. La oposición a la inmigración y a su supuesto impacto en los sueldos y puestos de trabajo está en el corazón del programa del UKIP. Más recientemente, una nueva formación de extrema derecha llamada Liga de Defensa Inglesa ha estado orquestando agresivas manifestaciones antimusulmanas en ciudades de toda Inglaterra. Otras fuerzas de la derecha mayoritaria también se han subido al carro: el conservador *Daily Telegraph* ha descrito a la clase trabajadora blanca como «la tribu traicionada de Gran Bretaña», supuestamente marginada por el advenimiento del multiculturalismo y la inmigración en masa.

El peligro es la emergencia de un nuevo y hábil populismo de derechas, que se siente cómodo hablando de clases y ofrece soluciones reaccionarias a los problemas de la clase trabajadora. Podría denunciar la demonización de la clase trabajadora y la destrucción de su identidad. Podría afirmar que el partido tradicional de los trabajadores, el Partido Laborista, les ha dado la espalda. Más que centrarse en los problemas económicos profundamente arraigados que son la base de las tribulaciones de la clase trabajadora, podría apuntar sus armas populistas sobre la inmigración y las cuestiones culturales. Se podría culpar a los inmigrantes por los males económicos y atacar al multiculturalismo por minar la identidad de la clase trabajadora «blanca».

El motivo por el que esto podría ocurrir —y de que la derecha populista haya avanzado en comunidades de clase trabajadora— es que el Partido Laborista dejó de dar respuesta a los múltiples problemas de la clase trabajadora, especialmente la vivienda, los sueldos bajos y la precariedad laboral. Ya no ofrece un discurso abarcador con el que la gente de clase trabajadora pueda identificarse. A muchos antiguos aliados naturales del laborismo les parece que se

ha pasado al bando de los ricos y las grandes empresas. No es de extrañar que tanta gente de clase trabajadora haya concluido que el laborismo ya no es el partido de «gente como nosotros». Para ser justos, este fenómeno no es exclusivo de Gran Bretaña. El espectacular giro a la derecha de los partidos tradicionales de izquierda ha abierto la puerta a la extrema derecha en toda Europa occidental, con agrupaciones como el Frente Nacional en el antiguo «Cinturón Rojo» francés y la demagógica Alianza Norte en Italia.

El ascenso de la extrema derecha es un síntoma de una crisis más amplia: la falta de representación de la clase trabajadora. Expurgada de la política, destrozada su identidad, restringido su poder en la sociedad e ignoradas sus preocupaciones, quizá es sorprendente que tan poca gente de clase trabajadora haya optado por partidos como el BNP. Han sido más los que se han quedado de brazos cruzados y se han negado a votar; otros han votado a los laboristas con pinzas en la nariz. La oleada populista de derechas, la alienación política colectiva, el cinismo y la apatía podrían tener consecuencias devastadoras para la democracia británica. No solo está en juego el futuro de la clase trabajadora. También el futuro de todos nosotros.

Conclusión:

¿una nueva política de clase?

Alzaos como leones tras el sueño
en número invencible.
Tirad las cadenas al suelo, como rocío
caído mientras dormíais.
¡Vosotros sois muchos, ellos pocos!

PERCY BYSSHE SHELLEY,
Llamamiento a la libertad

La demonización de la clase trabajadora es el conquistador que se burla del conquistado. Durante los últimos treinta años, se ha dejado a los trabajadores sin poder en el lugar de trabajo, en los medios de comunicación, en la clase política y en la sociedad en su conjunto. Las élites dirigentes en otro tiempo temblaban ante el ruido de botas de clase trabajadora marchando hacia Downing Street y una masa resuelta con banderas rojas y ejemplares sobados de *El manifiesto comunista*. Allá por los años setenta, los derechistas solían quejarse de que los sindicatos eran el verdadero poder en el país. Por surrealista que parezca ahora, era la *fuerza* de la clase trabajadora lo que antiguamente se despreciaba y ridiculizaba. Pero hoy, con su poder hecho añicos, se puede insultar impunemente a la clase trabajadora llamándoles borrachos, haraganes y chandaleros que sienten debilidad por Enoch Powell. Flojos, irresponsables y brutos, quizá, pero desde luego no peligrosos.

Cuando pregunté a Carl Leishman, el teleoperador de veintiocho años de County Durham, si creía que la clase trabajadora estaba representada en la sociedad, se rio por lo absurdo de la pregunta. «¡No, claro que no!» ¿Creía que era ridiculizada?

> Bueno, sí, porque no hay nadie que se alce contra eso y porque —y esto va a sonar muy manido— la gente de clase trabajadora generalmente no tiene voz. ¿Sabes a qué me refiero? Puedes tomar el pelo a una persona de clase trabajadora lo que quieras, porque sabes que no va a salir mucho en los periódicos ni en las noticias, porque no es la gente que puede influir en las cosas. Así que para qué escucharla.

Era un tema que escuché una y otra vez en comunidades de clase trabajadora: una aplastante sensación de impotencia. «No viven entre nosotros, ¿verdad?», dice un dependiente de Birmingham sobre los políticos británicos. «Viven en un mundo diferente al nuestro. Y han perdido el contacto con la realidad.» Mucha gente de clase trabajadora siente que ya no tiene voz. No es de extrañar que una encuesta de la BBC en 2008 revelara que casi seis de cada diez blancos de clase trabajadora creyeran que nadie hablaba por ellos.

Eso no significa que la política de clase esté muerta y enterrada. Al contrario, está floreciendo en algunas zonas. En otras palabras, se ha convertido en el coto cerrado de los ricos y sus apologistas políticos. Después de todo, ¿qué mejor manera de desviar la atención de que los ricos están acumulando enormes sumas de dinero en sus cuentas corrientes, mientras que el sueldo de un trabajador medio está estancado? La expulsión de la «clase» del vocabulario nacional por parte del thatcherismo y el nuevo laborismo ha asegurado una revisión mínima del manifiestamente injusto reparto de riqueza y poder en la Gran Bretaña actual.

Pretender que la clase trabajadora ya no existe —«hacerla desaparecer», si se quiere—, se ha revelado particularmente útil desde el punto de vista político. Hemos visto cómo la caricatura *chav* ha ocultado la realidad de la mayoría de la clase trabajadora. Como bien saben los luchadores de clase de élite, la clase trabajadora siempre ha sido la fuente de apoyo político de la izquierda. Que la izquierda está inextricablemente unida a las aspiraciones y necesidades de la clase trabajadora se refleja en el mismo nombre del Partido Laborista. Si ya no hay una clase trabajadora que defender, la izquierda se queda desprovista de toda misión y sin razón de existir.

Si alguien osa plantear la cuestión de la clase social, se ignoran sus argumentos y se le tacha de dinosaurio aferrado a panaceas obsoletas e irrelevantes, aunque sus detractores derechistas promuevan vergonzosamente el tipo de teorías económicas que florecieron a finales del siglo XIX. Cuando la vicepresidenta del Partido Laborista, Harriet Harman, tuvo la osadía de insinuar que la clase de una persona podía influir en el resto de su vida, el periódico progresista *Independent* se indignó: «Gran Bretaña ya no es el tipo de país dividido en clases que describe la señora Harman», replicó.

Otra idea de moda entre estos luchadores de clase es que los de abajo merecen su suerte. No correspondía al Gobierno remediar las desigualdades, porque las condiciones de los pobres solo mejorarían si cambiaran de actitud. Como seguía diciendo el editorial del *Independent*, las minorías étnicas y las mujeres aún sufrían discriminación, «pero la mayor plaga social hoy en día es un arraigado grupo de familias e individuos en los estratos inferiores de la sociedad que no quiere participar en las oportunidades económicas disponibles en la Gran Bretaña actual».[233] La conclusión era clara. Si esta gente quiere salir adelante, puede, pero *no quiere* hacerlo. La brutal verdad era que los de abajo solo podían culparse a sí mismos.

No se trata simplemente de culpar a la gente del lugar que ocupan en la jerarquía social. Tachar a la gente de clase trabajadora más pobre de vagos, racistas, groseros y sucios hace cada más difícil empatizar con ellos. Los que están más abajo, en particular, se han visto deshumanizados. ¿Y por qué querría alguien mejorar las condiciones de gente a la que odia?

Hemos visto cómo la «aspiración» se presenta como el medio de salvación individual: es decir, el objetivo de todos en la vida debería ser volverse de clase media. Tanto el thatcherismo como el nuevo laborismo han promovido este áspero individualismo con celo casi religioso. Más que la vieja forma colectiva de aspiración, basada en mejorar las condiciones de la clase trabajadora en conjunto, el nuevo mantra era que los individuos aptos debían «salir adelante por sí mismos» y ascender socialmente. Naturalmente, está basado en un mito: al fin y al cabo, si todo el mundo se volviera de clase media, ¿quién atendería las cajas de los supermercados, vaciaría los cubos de basura y respondería las llamadas en los centros de atención telefónica? Pero esta glorificación de la clase media —convirtiéndola en el patrón al que todo el mundo debería aspirar, no importa lo poco realista que sea— es un útil puntal ideológico del sistema de clases.

[233] Editorial, «The class struggle is over, it's all about social mobility», *Independent*, 11 de septiembre 2008.

Al mismo tiempo, los políticos y periodistas han tergiversado hábilmente lo que de verdad es «la Gran Bretaña media». «Uno de los mayores triunfos de los ricos es casi convencer a la clase media de que ellos también son de clase media», dice el periodista disidente Nick Cohen. Cuando los políticos y periodistas han utilizado el término la «Gran Bretaña media» (o la «Inglaterra media»), no estaban hablando de gente con ingresos medios, que después de todo solo son de unas 21.000£ anuales; en realidad se refieren a votantes ricos de la «Gran Bretaña alta». Así es como las pequeñas subidas de impuestos a los ricos pueden presentarse como ataques a la «Gran Bretaña media», aunque nueve de cada diez de nosotros gana menos de 44.000£ al año. Pero los políticos argumentarán que es electoralmente imposible introducir políticas progresistas que disgustan a votantes indecisos de la «Gran Bretaña media» supuestamente cruciales pero a los que se interpreta de forma completamente equivocada.

Incluso se puso de moda entre muchos políticos y comentaristas alabar la desigualdad. Según esta teoría, la desigualdad es buena porque promueve la competitividad y muestra que los de arriba están generando riqueza. El corolario de esto es la glorificación de los ricos como «creadores de riqueza» y emprendedores, que han alcanzado el éxito solamente gracias a su propio esfuerzo y talento.

La política de clase de los ricos se ha revelado extraordinariamente efectiva en la destrucción de sus oponentes. Proclama en voz alta —como bien dijo Margaret Thatcher— que «no hay alternativa». Las políticas que promueven los intereses de los más ricos se presentan como necesarias para el bienestar de la sociedad en su conjunto. Y, claro está, con los medios de comunicación, los comités de expertos y gran parte de la política financiada por los ricos y poderosos, estas ideas se han impuesto fácilmente.

Cuando se menciona la «política de clase», normalmente se entiende que significa defender los intereses de la clase trabajadora, ya sea con intenciones buenas, malas o ingenuas. Esto ha cambiado. Los defensores de la política de clase de los ricos dominaron en gran parte el nuevo laborismo de Tony Blair. Fue un giro bastante sorprendente para un partido fundado específicamente para representar a la clase trabajadora. ¿Cómo ocurrió?

La herencia del aplastamiento de los sindicatos por parte de Thatcher es sin duda un factor crucial. Durante todo un siglo el movimiento sindical ha sido el eje central del laborismo, lo que garantizaba que siempre hubiera una voz de la clase trabajadora dentro del partido. Pero la mermada posición de los sindicatos en la sociedad dio a los sucesivos líderes laboristas carta blanca para reducir su papel interno. Tal es la debilidad de los sindicatos que han terminado votando repetidamente a favor de renunciar a sus propios poderes en las estructuras de los partidos.

Cuatro derrotas sucesivas a manos de los *tories* entre 1979 y 1992 dejaron al laborismo desmoralizado y dispuesto a aceptar casi cualquier cosa para volver al poder. Clare Short me habló de la desesperación entre las filas del laborismo por «tanta derrota y porque creían que habían fallado a la gente para cuya representación se creó. El partido entero estaba desesperado por ganar». Tony Blair fue elegido líder laborista en 1994 con cerca de la mitad del voto frente a candidatos que, en opinión de Short, simplemente no eran creíbles.

> Entonces, con su inclemencia [neolaborista], trajeron un montón de reformas que debilitaban el poder y la democracia del Congreso del Partido, la democracia del Partido, el modo como se elegía el Comité Ejecutivo Nacional y ese tipo de cosas. Y la gente lo consintió porque no querían crear problemas tan pronto. Y de repente fue demasiado tarde, las estructuras habían cambiado, y el poder para resistir había desaparecido...

Debido a este desaliento y desmoralización, Blair y sus seguidores pudieron imponer el arreglo de Thatcher al partido laborista. La idea de que todo el mundo debía aspirar a convertirse en clase media formaba parte de este arreglo. No es de extrañar que, cuando le preguntaron cuál era su mayor logro político, Margaret Thatcher contestó sin vacilar: «Tony Blair y el nuevo laborismo. Hemos obligado a nuestros adversarios a cambiar de opinión.»[234]

[234] Colgado por Conor Burns, «Margaret Thatcher's greatest achievement: New Labour», conservativehome.blogs.com, 11 de abril 2008.

La política internacional también contribuyó a aquello. Tras la caída del comunismo en Europa del Este, parecía que no hubiera ninguna alternativa al capitalismo de libre mercado. Pregunté al exministro laborista James Purnell si pensaba que el nuevo laborismo se adaptó al thatcherismo, igual que, décadas atrás, los *tories* se habían visto obligados a capitular ante el acuerdo de posguerra sobre el Estado de bienestar dejado por el Gobierno laborista de Clement Attlee. «Sí, lo creo. La combinación de 1979 [la primera victoria electoral de Thatcher] y 1989 [la caída del muro de Berlín] hizo que muriera algo del optimismo y la confianza en sí misma de la izquierda... De algún modo, después de 1989, muchísimas cosas se consideraron si no insensatas, al menos ligeramente descabelladas, con lo que la gente de la izquierda tenía que pelear muy duro para ganar debates sobre cómo superar las consecuencias del mercado o reducir la desigualdad...»

En tal ambiente ideológico, no es de extrañar que el nuevo laborismo abandonara impunemente la función del partido como la voz política de la clase trabajadora. El cálculo de sus estrategas políticos era, en palabras del nuevo asesor de comunicación del nuevo laborismo, Peter Mandelson, que «no tendrían otro lugar a donde ir».[235] Después de todo, los comentaristas a menudo se referían a la lealtad de la clase trabajadora como «tribalismo». Con todas sus implicaciones de lealtad primitiva e irreflexiva, esta es una palabra utilizada peyorativamente y casi siempre hacia lo que se define condescendientemente como el «voto duro», en vez de aplicarse a, digamos, la base electoral *tory* en los condados alrededor de Londres.

Desde luego es cierto que, en parte por miedo y odio a los *tories*, muchísima gente de clase trabajadora consideraba al Partido Laborista como «su» partido, pasara lo que pasara. Cuando van de casa en casa pidiendo el voto, los que hacen campaña por los laboristas a menudo dicen haber visto a votantes de clase trabajadora hablar del partido como una especie de pariente descarriado que estaba poniendo a prueba su paciencia, pero que, después de todo, era de la familia. Con todo, cuando el proyecto neolaborista empezó a resquebrajarse, cada vez más votantes de clase trabajadora

[235] Mark Seddon, «Has Labour handed Stoke to the BNP?», *Guardian*, 2 de abril 2010.

comenzaron a desmentir las suposiciones de los estrategas de Blair y Brown de que no tenían «ningún otro lugar a donde ir».

Los jóvenes talentos del nuevo laborismo no tienen en cuenta lo que en Suecia llaman la «opción del sofá»: gente de clase trabajadora sentada mano sobre mano en vez de salir a votar a su partido de siempre. En las elecciones generales de 2010, más de tres cuartas partes de los electores de categoría social más alta y mayoritariamente favorables a los *tories* salieron a votar. Pero solo en torno a un 58% de los votantes de clase trabajadora de los grupos sociales C2 y DE acudió a las urnas. La diferencia de participación entre los profesionales acomodados y los trabajadores semicualificados fue nada más y nada menos que de un 18%.[236] Es casi como si se estuviera demoliendo sigilosamente el sufragio universal. En conjunto, los votantes se identificaban más con los laboristas que con los conservadores como su espacio político natural, pero la desilusión era tan profunda que esto no se tradujo en votos.

Negarse a ir a votar era una opción: poner una *x* en una casilla diferente era otra. En Escocia y Gales, un gran número de votantes de clase trabajadora se pasó a los partidos nacionalistas, que lo acogieron con los brazos abiertos. En la elección parcial de Glasgow en 2008, los habitantes de esta ciudad echaron del poder a los laboristas por primera vez desde los años veinte y votaron al candidato nacionalista escocés en protesta. En Inglaterra, como hemos visto, el racista BNP captó los votos de cientos de miles de votantes tradicionalmente laboristas.

La teoría de que las perspectivas del laborismo de seguir en el poder estaban ligadas a no dejar a las clases medias fuera de juego ha resultado ser un mito. Según los encuestadores Ipsos MORI, el descenso en el apoyo al laborismo entre 1997 y 2010 en las categorías sociales más altas (las ABs) fue de solo cinco puntos porcentuales. Entre las dos categorías sociales más bajas (las C2s y DEs), en cambio, un quinto de todos los que solían votar a los laboristas desertó. De hecho, mientras que solo medio millón de votantes del grupo AB abandonó el laborismo, 1,6 millones de votantes de los grupos sociales C2 y DE se evaporaron.

[236] Ipsos MORI, «How Britain voted in 2010», ipsos-mori.com, 21 de mayo 2010.

Incluso algunas de las figuras principales del nuevo laborismo se están dando cuenta de la pérdida del partido por la desafección de la clase trabajadora. Durante su exitosa campaña por el liderazgo laborista después de las elecciones generales de 2010, Miliband describió «una crisis de representación de la clase trabajadora», una expresión normalmente restringida a congresos de la izquierda. «Dicho crudamente, si hubiéramos obtenido un resultado de 1997 en 2010 solo entre los grupos sociales DEs, entonces en un giro uniforme habríamos ganado al menos cuarenta escaños más y aún seríamos el partido más importante en el Parlamento», señaló.

El crítico de Blair Jon Cruddas reclama una vuelta a lo que él llama «primer nuevo laborismo»: es decir, el periodo entre 1997 y 2001. Pero de todos los votantes que el nuevo laborismo terminó perdiendo, la mitad desapareció justamente en esos cuatro años. De los cinco millones de votantes que había perdido el laborismo, cuatro millones abandonaron el barco cuando Tony Blair estaba al timón. Estos votantes no se pasaron a la derecha. Después de todo, el voto *tory* solo creció un millón entre 1997 y 2010. La decadencia había empezado antes, pero fue la implacable marginación de la clase obrera británica la que llevó a su derrota total en 2010.

La derrota no fue solo electoral: fue política en un nivel mucho más profundo. Todos los beneficios que el nuevo laborismo logró para la clase trabajadora —modestos si se comparan con Gobiernos laboristas anteriores— dependían de financiar los servicios públicos y los programas sociales con el dinero que manaba de la City. Pero, tras el desplome de los servicios financieros y la investidura de un primer ministro *tory* en Downing Street decidido a recortar drásticamente el gasto público, este modelo ha sido barrido para siempre. En opinión de Clare Short, el nuevo laborismo creía triunfalmente que: «Tenemos tanto éxito porque estamos a favor del mercado, pero gastamos un montón de dinero en los pobres, ¡así que somos unos fenómenos!» Y por supuesto fue un *boom*, y muchas de las predicciones de los recortes que están por venir sugieren que casi todos los incrementos en el gasto público bajo mandato neolaborista se recortarán drásticamente.

El abandono de la política de clase no es ni mucho menos exclusivo del laborismo. En toda la izquierda —y por tal entiendo la socialdemocracia, el socialismo democrático e incluso los restos del socialismo revolucionario— ha habido un giro desde la política de clase a la política identitaria durante los últimos treinta años. El vapuleo sufrido por el movimiento sindical bajo el thatcherismo, sobre todo tras tocar fondo con la derrota de la huelga de los mineros, hizo que la clase ya no pareciera un vehículo de cambio convincente para muchos izquierdistas. La política identitaria, en cambio, aún parecía radical y tenía metas alcanzables: la Historia, de hecho, parecía estar del lado de quienes peleaban por la liberación de las mujeres, los homosexuales y las minorías étnicas.

En los años cincuenta y sesenta, los intelectuales de izquierdas inspirados e informados a la vez por un poderoso movimiento laborista escribieron cientos de libros y artículos sobre cuestiones relativas a la clase trabajadora. Esas obras ayudaron a conformar las opiniones de los altos cargos del Partido Laborista. Hoy, los intelectuales progresistas están mucho más interesados en cuestiones de identidad. En su épico *La vida intelectual de las clases trabajadoras inglesas,*[237] Jonathan Rose *publicó* los resultados de un estudio que hizo utilizando un recurso académico digital, la Bibliografía Internacional de la MLA, para los años 1991 a 2000. Había 13.820 resultados para «mujeres», 4.539 para «género», 1.862 para «raza», 710 para «postcolonial» y solo 136 para «clase trabajadora».[238]

Naturalmente, las luchas de liberación de las mujeres, homosexuales y minorías étnicas son causas de una importancia excepcional. El nuevo laborismo las ha hecho suyas, aprobando legislación verdaderamente progresista sobre la igualdad homosexual y los derechos de la mujer, por ejemplo. Pero este es un programa que ha coexistido alegremente con la marginación política de la clase trabajadora, lo que ha permitido al nuevo laborismo proteger su flanco radical mientras sacaba adelante políticas thatcheristas. Véanse las listas reducidas compuestas solo de mujeres, promovidas por el nuevo laborismo para aumentar el número de

[237] *The Intellectual Life of the English Working Classes*, sin *publicar* en España. *(N. del T.)*

[238] Jonathan Rose, *The Intellectual Life of the British Working Classes*, Yale, 2001, p. 464.

candidatas al Parlamento. Esta es una meta loable, pero ha terminado en gran medida promocionando a mujeres de clase media con historiales profesionales más que a candidatas que compartían las experiencias de millones de mujeres de clase trabajadora: en trabajos mal pagados y a tiempo parcial en el sector servicios.

La izquierda continúa defendiendo a los grupos más marginados de la sociedad —como es su deber, por otra parte—, pero demasiado a menudo lo ha hecho en busca de algo con que «reemplazar» a la clase trabajadora. Un ejemplo clásico es el Partido del Respeto, fundado por George Galloway como una alternativa de izquierdas al laborismo. Este partido se pronunció (con razón) en contra de la galopante islamofobia que se había apoderado de Gran Bretaña en la era de la «guerra al terror». Pero la base electoral del Partido del Respeto estaba en su inmensa mayoría en áreas musulmanas, como el este de Londres y ciertas partes de Birmingham. No apuntaba al conjunto de la clase trabajadora; en vez de eso, la sustituía por una comunidad musulmana que estaba comprensiblemente enojada por la brutal invasión de Irak. La política de clase se abandonó en aras de la política de comunidad. «La izquierda ha aceptado que aún se basa en la clase, pero se ha echado a perder en campañas monotemáticas sin relacionarlas con la cuestión de la clase», dice el diputado del ala izquierda laborista, John McDonnell.

Uno de los «refugios seguros» en los que se ha retirado la izquierda es la política internacional, sobre todo cuando se trata de posicionarse contra las guerras de Irak, Afganistán y Palestina. Ahora bien, sería injusto describir esto simplemente como la obsesión de los progres *hippies* de clase media que viven en Islington. Esa fue, en efecto, la imagen evocada por el ministro neolaborista Kim Howells allá por 2006, en respuesta a una pregunta antibelicista del diputado laborista Paul Flynn: «No basta con suponer que si la gente come el tipo de muesli adecuado, va a los estrenos de las reposiciones de Harold Pinter y lee el *Independent* de vez en cuando, los capos de la droga de Afganistán desaparecerán. No lo harán.»

Howells quizá se sorprendería al descubrir que la gente de clase media tiene más probabilidades de apoyar la guerra de Afganistán que la gente de clase trabajadora. Una encuesta típica realizada por Ipsos MORI en 2009 reveló que mientras el 52% de la categoría social más alta apoyaba la guerra y el 41% se oponía a ella, solo el 31% de la categoría social más baja la apoyaba frente al 63% que estaba en contra. Cuando pregunté a la señora Parry en el antiguo pueblo minero de Ashington si deberíamos retirar las tropas, ella resumió la postura de mucha gente de clase trabajadora: «Sí, claro que sí. No era nuestra guerra, para empezar.» Asimismo, la reacción contra la guerra de Irak movilizó a cientos de miles de personas de procedencia muy diversa—incluyendo al que esto escribe— en una de las mayores luchas políticas de los últimos tiempos. El sentimiento contra la guerra de la clase trabajadora sin duda sorprendió al periodista Nick Cohen, que es un firme partidario de las guerras de Irak y Afganistán. Cuando se lo sugerí, se quedó un momento sin saber qué decir, antes de reconocer sentirse «verdaderamente sorprendido por aquello».

El problema está en la *prioridad* que la izquierda ha dado a las cuestiones internacionales. Mucha gente de clase trabajadora está en contra de la guerra, pero eso no significa que su oposición invalide problemas como la vivienda o el empleo. Es difícil centrar tus energías en lo que está pasando a miles de kilómetros de distancia cuando tienes que componértelas para pagar las facturas o tus hijos están buscando desesperadamente un trabajo seguro o una vivienda asequible. Mientras el BNP está ofreciendo cínicamente soluciones cargadas de odio a muchas de estas cuestiones básicas, los activistas de izquierdas probablemente estén montando un puesto sobre Gaza en algún campus universitario. Una cuestión importante, por otra parte: pero la misma energía y compromiso mostrados en oponerse a guerras extranjeras injustas no se ha aplicado a defender los problemas que acuciaban a la clase trabajadora.

Pero mientras un Gobierno de millonarios liderado por un exalumno de Eton se dispone a seguir demoliendo los niveles de vida de millones de personas de clase trabajadora, ha habido pocos momentos más oportunos que este para una nueva oleada de política de clase.

Después de todo, la implacable defensa de los intereses de los ricos ha tenido efectos desastrosos para todos nosotros. La destrucción de la industria que empezó con el thatcherismo dejó a la economía dependiendo peligrosamente de la City. El desmantelamiento de la vivienda municipal ayudó a que los precios de las casas se dispararan, creando una burbuja inmobiliaria que está explotando ahora e inyectando niveles de deuda sin precedentes en la economía. El aplastamiento de los sindicatos contribuyó al estancamiento salarial en la primera década de este siglo, lo que ha llevado a muchos a complementar sus ingresos con créditos y, haciéndolo, a agudizar un *boom* alimentado por la deuda. La crisis del crédito es, en parte, un efecto inesperado de la lucha de clases iniciada por Thatcher hace más de tres décadas.

El desencanto con el libre mercado no ha sido más fuerte ni generalizado desde el lanzamiento de lo que Tony Benn llama la «contrarrevolución» de Thatcher en 1979. Los sondeos muestran sistemáticamente un apoyo aplastante a que los ricos paguen más impuestos. Sumado a todo esto, el laborismo está fuera del poder porque perdió el respaldo de la clase trabajadora, y millones de votantes desencantados de clase trabajadora han abandonado completamente las urnas. Esta es la razón por la que el mayor problema en la política británica actual es la crisis de representación de la clase trabajadora: esa misma gente tan a menudo caricaturizada y desestimada como *chavs*. «Tony Blair trató de enterrarla, pero la política de clases parece lista para regresar», fue el titular de una columna del *Guardian* firmada por Polly Toynbee, donde señalaba: «Negar durante años el sentimiento de clase del "ellos y nosotros" puede haber costado más votantes de los que ganó.»[239]

Pero ¿cómo sería una nueva política basada en la clase en la Gran Bretaña del siglo XXI? Está claro que solo un movimiento enraizado en la izquierda puede afrontar el desafío. La gastada política de centro ha demostrado ser incapaz de afrontar las necesidades y aspiraciones de la gente de clase trabajadora, lo que ha empujado a millones de personas bien a la apatía, bien a las garras de la

[239] Polly Toynbee, «Tony Blair tried to bury it, but class politics looks set to return», *Guardian*, 10 de julio 2010.

extrema derecha. Como han mostrado los múltiples y desastrosos experimentos de la izquierda por ajustar su programa a los de otros grupos, su futuro como fuerza política depende del restablecimiento de una base en la clase trabajadora británica.

En el centro de una agenda política debe haber una redefinición total de la aspiración. «Creo que hay que empezar por la idea básica de aspiración», dice Jon Cruddas, «porque este era el verdadero elemento cínico entre lo peor del nuevo laborismo después de 2001, el modo como despojaron al concepto de aspiración de cualquier elemento comunitario. Cualquier sentido del deber, de la obligación, de algo que una a la gente, en vez de este dominante individualismo atomizado, consumista y codicioso». La nueva aspiración debe consistir en mejorar las comunidades de la gente y las condiciones del conjunto de la clase trabajadora, en vez de simplemente aupar a individuos aptos más arriba en la escala social.

Una vuelta a la política de clases tal como se practicó y predicó en, digamos, los años setenta, no sería apropiada. Al fin y al cabo, la clase trabajadora en la que estaba basada ha cambiado de forma esencial. Las viejas fábricas llenas de chimeneas ya no se recortan sobre el horizonte. Con ellas ha desaparecido (o está desapareciendo rápidamente) la clase trabajadora industrial y en gran parte masculina, con trabajos para toda la vida que pasaban de generación en generación, y comunidades enteras basadas en el lugar de trabajo. Un nuevo movimiento debe hablar a una mano de obra más fragmentada y en su mayoría no sindicada, marcada por la precariedad laboral y el creciente número de trabajadores eventuales y a tiempo parcial. Los trabajos que desempeñan son por lo general más limpios y requieren menos esfuerzo físico, pero no acarrean el mismo sentimiento de orgullo y realización que proporcionaban muchos de los viejos trabajos industriales. Los empleos cualificados y con prestigio han dado paso, en muchos casos, al de reponedor.

Los movimientos basados en la clase del pasado miraban únicamente al lugar de trabajo. Esto sigue siendo importante: después de todo, es lo que define a la clase trabajadora y, en el día a día, es lo que conforma su vida. Pero, con tantas probabilidades de que la gente vaya pasando de un trabajo a otro —lo que, en algunos

casos, puede ocurrir más de una vez al año— los movimientos progresistas de hoy en día también tienen que arraigar en las comunidades. A su perversa manera, eso es exactamente lo que ha estado haciendo el BNP: lanzarse a la política comunitaria. Desde ferias locales para recaudar fondos al afrontamiento del comportamiento antisocial, la recogida de basura o campañas por una vivienda asequible, el BNP se ha esforzado, con éxito desigual, por hacer notar su presencia.

Hemos visto cómo cada vez es menos probable que la gente de clase trabajadora vote. Barack Obama debió su elección a presidente de Estados Unidos en 2008 a la movilización de los hasta entonces desencantados votantes más pobres, al margen de cómo se dilapidó entonces este movimiento: en otras palabras, la extensión del electorado fue clave para la victoria. Una de las prioridades de este país debe ser sin duda movilizar del mismo modo a esa gente de clase trabajadora que, por la creciente irrelevancia de la política para sus vidas, se ha quedado realmente sin nadie a quién votar.

Eso también supondrá soslayar las divisiones internas de la clase trabajadora que crecieron bajo el thatcherismo. Estas no deberían exagerarse. Como dice John McDonnell: «Siempre ha habido diferentes elementos dentro de la clase trabajadora. La diferencia entre trabajadores cualificados y no cualificados; la diferencia entre trabajadores eventuales y todos los demás.» Pero Matthew Taylor, antiguo director de estrategia de Tony Blair, argumenta convincentemente que «las condiciones de la gente trabajadora con empleo y casa en propiedad son muy distintas de la que vive en viviendas de protección oficial», con lo que él llama «desocupación» más concentrada en esta última, por ejemplo. He encontrado, desde luego, un sentido —y comprensible— resentimiento de la clase trabajadora hacia quienes se cree que trampean con las prestaciones.

Parte del problema está en que el desempleo se ha despolitizado. Combatirlo fue en otro tiempo una de las grandes cruzadas de la izquierda, como ejemplificó la emblemática marcha de Jarrow en 1936. Había menos parados en los años setenta que en la actualidad, pero entonces se consideraba el problema político del momento. Los

tories de Margaret Thatcher se ensañaron con el Gobierno de James Callaghan con el célebre cartel que decía: «El laborismo no está funcionando», cuando un millón de personas estaba sin trabajo.

Puesto que los sucesivos Gobiernos han manipulado las cifras del desempleo utilizando las prestaciones por incapacidad, se han cambiado los términos del debate. El paro se reconvierte en un problema de salud pública, y específicamente sobre si un porcentaje considerable de demandantes de prestaciones están *realmente* lo bastante enfermos para no trabajar. El argumento empleado por los políticos, tanto *tories* como neolaboristas, para dejar a los beneficiarios sin prestaciones es esencialmente correcto: los individuos y sus familias están mejor de dinero, por lo general, cuando trabajan. Pero se olvidan completamente de responder a la siguiente pregunta: «¿Dónde están los puestos de trabajo para ocupar a los parados?» Incluso donde hay empleos disponibles, a menudo son mal pagados, temporales y de baja calidad.

Otra exigencia básica debe ser sin duda la de empleos decentes, seguros y bien pagados. Esto no solo redundaría en beneficio de los parados. También ofrecería una posible alternativa a muchos trabajadores mal pagados del sector servicios. «Estamos hablando de intentar tener una política industrial», dice Eilís Lawlor, de la Fundación para una Nueva Economía. «Eso en realidad supone decidir que vas a apoyar y promover industrias que llenarían el "vacío intermedio" de empleos cualificados, y que las dirigirías espacialmente hacia zonas más pobres o que han sufrido recesiones, pero también políticas dirigidas a industrias concretas.» En sus últimos años el Gobierno laborista empezó a coquetear con una política industrial, pero, tras trece años de hundir la manufacturación, no tuvo el valor suficiente. Pero ahora, cuando hasta los *tories* hablan de «reequilibrar la economía» y de que «Gran Bretaña vuelve a fabricar cosas», hay un amplio espacio político para defender una nueva estrategia industrial.

La campaña a favor de buenos puestos de trabajo podría ser el catalizador de un cambio social de gran alcance. Se podría crear empleo para ayudar a solucionar problemas profundamente arraigados que afectan a las comunidades de clase trabajadora. La vivienda es una de las mayores crisis que se plantean a muchas

familias de clase trabajadora: un programa nacional para construir vivienda social requeriría un ejército de trabajadores cualificados, al tiempo que estimularía la industria de la construcción y, en consecuencia, crearía aún más trabajos de calidad. Como dijo Alan Walter, de Defiende la Vivienda Social, en los últimos días del nuevo laborismo, ahora que el mercado no ha resuelto las necesidades de la gente era el momento de «invertir en erigir una tercera generación de viviendas públicas de primera clase que estén bien construidas y diseñadas según los estándares medioambientales más altos, con buenos servicios comunitarios y bien comunicadas, y podremos evitar por fin que la vivienda sea algo con lo que se especula y concentrarnos en ofrecer casas para el siglo XXI».

Un movimiento por el empleo también podría afrontar el desafío planteado por la crisis medioambiental. Un «Nuevo Pacto Verde» que cree un próspero sector de energías renovables y lance una cruzada nacional para aislar las casas y las empresas podría emplear a millares de personas. «Creo que ahí el Gobierno tiene la misión de conciliar su política económica con la medioambiental», dice el responsable de economía del *Guardian*, Larry Elliott.

> Hay muchísimas personas que no son no cualificadas, sino trabajadores semicualificados de la construcción para los que el Gobierno puede suponer una gran diferencia. Podría hacer cosas buenas como aislar casas, y al mismo tiempo crear un nuevo sector verde. Los productos que instalaran en las casas podrían ayudar a la base manufacturera. Se conseguiría una especie de efecto multiplicador a través de esta actuación gubernamental que crea puestos de trabajo y nuevas industrias.

Además de crear una serie de nuevos puestos de trabajo, daría a los trabajadores un compromiso con el medio ambiente transformándolo en una forma de ganarse la vida. Esto es política de clase con tintes verdes.

Claramente, estos nuevos puestos de trabajo no sustituirían a los antiguos, y tampoco deberían hacerlo. Si nos deshiciéramos de todos los limpiadores, basureros, conductores de autobús, cajeros de supermercados y secretarias, por ejemplo, la sociedad se detendría en seco. En cambio, si al despertar una mañana descubriéramos que hubiesen desaparecido todos los muy bien pagados ejecutivos *pub*licitarios, consultores empresariales y directores de capital riesgo, la sociedad seguiría funcionado como antes; en muchos casos, probablemente un poco mejor. Conque, para empezar, los trabajadores necesitan reclamar un sentimiento de *orgullo* y valor social. Hacerlo supondría un gran paso adelante para reivindicar que los sueldos y las condiciones de los trabajos mal pagados deben mejorarse a fin de reflejar la importancia que tienen en la vida de todos nosotros.

Hemos visto que el trabajo en la Gran Bretaña actual es mucho más precario que antes. Los empresarios británicos tienen mucha más libertad para disponer de sus trabajadores que en casi cualquier otro lugar de Occidente. Hay un ejército de trabajadores eventuales que carece siquiera de derechos básicos y que puede ser despedido de un momento a otro. Además de la sensación de inseguridad alimentada por las condiciones de contratación y despido, es verdaderamente deshumanizante ser tratado como un mueble o un mero recurso económico que puede tirarse cuando ya no se necesite. Se han dado casos recientes de trabajadores despedidos a través de un mensaje de texto y hasta por megafonía. La seguridad laboral debe estar en el centro de un nuevo movimiento progresista.

Pero debe ir mucho más allá de los sueldos y condiciones laborales. Una nueva política con la clase como parte central debe abordar la profundamente arraigada alienación que sienten muchos trabajadores, sobre todo del sector servicios: el puro tedio y aburrimiento que a menudo acarrea el trabajo rutinario y repetitivo. No se trata únicamente de dar más capacitación a los empleos y variar las tareas diarias de los trabajadores, aunque esto forme parte de ello. También se trata de dar a los trabajadores control y poder genuinos en el lugar de trabajo.

Una de las ideas presentadas por los *tories* antes de las elecciones generales de 2010 fue la creación de cooperativas de trabajadores en el sector público, lo que ofrecería un «desplazamiento de poder a los trabajadores del sector público» y «la mayor transferencia de poder a la clase trabajadora desde la venta de vivienda protegida en los años ochenta», como dijo el entonces responsable de economía en la oposición George Osborne. En realidad, estaba adoptando descaradamente el lenguaje laborista tradicional como artimaña para encubrir la privatización de amplias parcelas del sector público. Pero esta retórica podría tomarse al pie de la letra, subiendo la apuesta con la réplica: «¿Por qué no aplicar el mismo principio al sector privado?»

Un llamamiento así trataría de aportar democracia real a la economía. Con tantos desencantados con los estragos del mercado, sin duda llegaría al sentir popular. En vez de déspotas económicos que gobiernen la economía británica sin ningún control, las empresas clave podrían pasar a ser de propiedad pública y gestionadas democráticamente por los trabajadores (y consumidores, si vamos al caso). Sería una alternativa real al tipo de nacionalización a la antigua, verticalista y burocrática, introducida tras la Segunda Guerra Mundial por el abuelo de Peter Mandelson, Herbert Morrison. Se daría poder real a la gente de clase trabajadora, en vez de ser meras piezas en el engranaje.

Inevitablemente, se han de buscar soluciones a los problemas de la clase trabajadora que hasta ahora habían sido cínicamente manipulados por la derecha. Por ejemplo, en vez de despreciar la ofensiva contra la inmigración calificándola de ignorante y racista, una moderna política de clases tiene que entenderla como las frustraciones mal encauzadas de la clase trabajadora ante problemas no resueltos. Para desactivar la animadversión hacia los inmigrantes hay que reconocer y abordar los problemas que son los verdaderos culpables y que afectan a trabajadores de todos los colores, como la falta de vivienda asequible y de empleos seguros y bien pagados.

Lo trágico, obviamente, es que convertir a la inmigración en chivo expiatorio ha supuesto que las élites, que son las verdaderas responsables, se han librado. Si las frustraciones de la clase trabajadora

pudieran reorientarse hacia los auténticos culpables, habría una oportunidad real de unir a la gente de clase trabajadora, sea cual sea su origen. «Cada año se defraudan unos 70 billones de libras a Hacienda mediante la evasión fiscal. Nunca se ha dicho que eso sea estafar a la clase trabajadora blanca», dice el periodista Johann Hari: «Pero un pobre somalí que trata de sobrevivir te está estafando, y no esos que defraudan billones de libras». Una manera mucho más sana y productiva de analizar las divisiones en nuestra sociedad es que los blancos de clase trabajadora y los inmigrantes se consideren del mismo bando, contra las corporaciones y la gente muy rica que realmente los están estafando.

El comportamiento antisocial es otro buen ejemplo de un problema de clase trabajadora que podría esgrimir la derecha. Aunque se ha exagerado, este problema afecta desproporcionadamente a comunidades de clase trabajadora y es una verdadera cruz en las vidas de muchas personas. Por una parte, una nueva política de clase debe atacar las causas fundamentales, como el paro juvenil, la pobreza o la falta de servicios para los jóvenes; por otra, debe impedir que se aterrorice a la gente en sus propias comunidades, pero sin caer en la trampa neolaborista de estigmatizar a los chicos de clase trabajadora. «El énfasis del nuevo laborismo en el comportamiento antisocial y los ataques a las libertades sociales trataba de animar a la gente a criticarse y echarse la culpa por lo que estaba ocurriendo en sus comunidades, más que al propio sistema», dice John McDonnell. «Y eso no absuelve de responsabilidad individual ni nada de eso, pero se trata de ponerse en contexto. En todas las comunidades de clase trabajadora siempre ha habido muchos granujas y gente que se portaba mal —y lo que haces es intentar superarlo—, pero la gente hace eso controlando sus comunidades.»

Huelga decir que un desafío al grotesco reparto de riqueza y poder de los muy ricos durante los últimos treinta años llega con mucho retraso. Algunos pueden llamarlo lucha de clases; pero seguramente esta expresión se ajusta mejor a que, mientras la recesión estaba haciendo estragos en los niveles de vida de los trabajadores y dejando sin trabajo a miles de personas, la riqueza de las mil personas más ricas se disparó un 30% entre 2009 y 2010,

la mayor subida jamás registrada. O a que, mientras el Gobierno liderado por los conservadores está reduciendo el impuesto de sociedades al 24% —uno de los índices más bajos en el mundo desarrollado—, el IVA, un impuesto que afecta desproporcionadamente a los pobres, subió un 20%. Esto es lucha de clases, y una nueva política de clase debe darle respuesta.

Mientras los delitos económicos de los pobres, como el fraude en las prestaciones, son frecuentemente el blanco de políticos y periodistas, los mucho más graves delitos financieros de los ricos en su mayoría se pasan por alto. Por eso el punto de mira debe desplazarse del fraude en las prestaciones a la evasión fiscal, que, como hemos visto, cuesta al contribuyente setenta veces más. Y, por supuesto, se ha de reequilibrar todo el sistema fiscal para que el peso recaiga como es debido en los más ricos. Después de todo, durante los años del *boom*, los beneficios de los ricos aumentaron hasta alcanzar cifras récord: desde luego no falta dinero en la cumbre.

La objeción siempre es: «¿Los ricos no se irán al extranjero para evitar el fisco?» El auditor y exadministrador de sociedades Richard Murphy señala que este fue el argumento empleado contra el nuevo tipo impositivo del 50% introducido en los últimos días del nuevo laborismo para aquellos que ganaran 150.000£ o más. «Se dijo que todos se irían a Suiza —pero el número de solicitudes para trabajar en las finanzas suizas procedentes del Reino Unido en 2009 fue un 7% inferior al de 2008—. Y el número total de preguntas apenas superó el millar, y casi todas venían de la trastienda —técnicos, expertos en tecnología de la información y administración—, no de la sala de operaciones.» Para empezar, las seis principales corporaciones que se marcharon ni siquiera estaban pagando impuestos en Gran Bretaña. De hecho, pese a toda la polémica, los ingresos fiscales que entraron en las arcas del Estado fueron superiores a lo estimado.

Hará falta mucho más que cambiar el sistema fiscal para impedir que la riqueza del país vaya a parar a las cuentas corrientes de las élites ricas. Hay muy poca presión real para no dejarles que amasen enormes fortunas mientras los sueldos de sus empleados se estancan o incluso bajan. En el centro de este escándalo está la destrucción del poder de los trabajadores como fuerza organizada, es decir, los

sindicatos. «Hay estudios que demuestran que uno de los rasgos de las sociedades más igualitarias son movimientos sindicales más fuertes», dice el profesor Richard Wilkinson, coautor del libro pionero *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva.*

> Creo que la capacidad de los de arriba, banqueros, consejeros delegados y así, para otorgarse a sí mismos esas enormes bonificaciones refleja que están en una situación libre de restricciones. Si hubiera sindicatos fuertes y acaso un representante sindical o de la plantilla en el consejo de administración, a los directores generales les daría más apuro premiarse con enormes aumentos y bonificaciones mientras refrenan las demandas salariales de los empleados.

El declive de los sindicatos está en la base de muchos de los problemas de la clase trabajadora: que esta no tenga una voz; su estancamiento salarial; su falta de derechos en el lugar de trabajo, etc. Como en cierta ocasión alardeó Tony Blair, incluso con los cambios neolaboristas, la leyes sindicales siguen siendo «las más restrictivas de todo Occidente». De hecho, actualmente Gran Bretaña está incumpliendo sus obligaciones como firmante de varios convenios de la Organización Internacional del Trabajo. «Aunque los trabajadores buscan tener una representación en el lugar de trabajo, las leyes antisindicales han minado la capacidad de los sindicatos para representar a los suyos», dice John McDonnell. «Los sindicatos lo hacen lo mejor que pueden en un clima muy duro y difícil.»

Pese a todo el vapuleo que han sufrido los sindicatos, siguen siendo de largo las organizaciones de la sociedad civil y democrática más grandes del país, con más de siete millones de afiliados. En el centro de la debilidad de los sindicatos está el haber sido más o menos desalojados del sector privado. Mientras que más de la mitad de los trabajadores del sector público están afiliados a un sindicato, ese solo puede decirse del 15% de sus compañeros del sector privado. Las leyes restrictivas tienen parte de culpa —como dice Ken Livingstone, «la intervención del Estado para garantizar un empleo justo podría cambiarlo de la

noche a la mañana»—, pero la naturaleza fragmentada y la libertad de contratación y despido del sector servicios con su gran número de trabajadores eventuales y a tiempo parcial hace que resulte difícil organizarse. A finales del siglo XX, la misión de los sindicatos era expandirse desde su relativamente privilegiada base para reclutar trabajadores en gran parte no sindicados ni cualificados. Se llamó «nuevo sindicalismo». Si el movimiento sindical tenía un futuro, necesita un nuevo sindicalismo que se centre específicamente en organizar a la nueva clase trabajadora del sector servicios.

En una era de recortes y austeridad, eso también supone que los sindicatos tienen que llegar a todas partes. «Necesitan formar coaliciones con grupos de usuarios a fin de que puedan formarse alianzas lo bastante poderosas para derrotar el programa de recortes del Gobierno mediante la actuación extraparlamentaria», dice el profesor Gregor Gall, experto en relaciones laborales. «Los sindicatos deben hacer esto como movimiento sindical, no solo como sindicatos individuales. La razón fundamental es que defender los empleos y los sueldos equivale a defender la calidad y cantidad de los servicios públicos.» Por ejemplo, se ha de hablar no solo de los trabajadores que se enfrentan al despido, sino también de la pérdida de servicios para los usuarios y los efectos colaterales que harían peligrar igualmente los empleos de trabajadores del sector privado.

Ante todo, los sindicatos deben adaptarse a la clase trabajadora de hoy. «Hay que reconocer que el movimiento obrero es diferente, y nunca volverá a ser lo que era hace treinta años», dice el líder sindical Billy Hayes. «Puede recobrar su fuerza, pero está buscando esa siguiente generación de líderes que aparecerán con ideas e iniciativas que gente como yo no somos capaces de desarrollar.»

Se dirá que un movimiento con la clase en su centro ahuyentará a la clase media. Pero no hay ninguna regla automática por la que deba hacerlo. Una política me dijo el otro día que esa era la «política del desaliento» para mantener el más conservador de los programas, simplemente «porque nunca convencerás a la gente

de Surbiton».[240] Era Hazel Blears, una firme defensora del nuevo laborismo, y resulta que coincido con ella.

La mayoría de la gente de clase media no puede permitirse acudir al sector privado y quiere colegios y hospitales buenos y financiados como es debido. Las encuestas muestran que la gente de clase media está a favor de subir los impuestos a los ricos, y de hecho no hay ninguna razón por la que debería disgustarle más ver pagar a los ricos lo que les corresponde que a una persona de clase trabajadora. A la clase media también le interesa vivir en una sociedad con menos delincuencia, y reducir las causas sociales es crucial para conseguirlo. Como ha demostrado el revolucionario estudio de Richard Wilkinson y Kate Pickett, *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*, todos los grupos sociales se benefician de una mayor igualdad, incluida la clase media.

Pero una nueva política de clase no puede ser simplemente un fenómeno británico. Puesto que la élite empresarial ultrarrica se ha globalizado, también debe hacerlo la clase trabajadora. Con multinacionales capaces de chantajear a Gobiernos elegidos democráticamente, solo el poder de una mano de obra fuerte e internacional puede afrontar el desafío. Solo haciendo causa común con las pujantes poblaciones activas de India y China pueden los trabajadores británicos esperar contener las consecuencias de una «carrera global hacia los mínimos» en cuanto a salarios y condiciones.

Sería tentador tratar de hacer todo tipo de predicciones funestas y apocalípticas sobre qué ocurrirá si un movimiento así no llegara a cuajar, y advertir sombríamente del estallido de disturbios y revoluciones. La realidad es simple y completamente deprimente. La clase trabajadora sigue débil y sin voz. Continuará siendo el blanco de burlas en cenas de la clase media, denigrada en airadas columnas de periódicos de derecha y ridiculizada en comedias televisivas. Comunidades enteras seguirán

[240] Barrio residencial a las afueras de Londres, donde se mezclan las grandes casas del siglo XIX con los típicos adosados. Cuenta además con numerosas tiendas y centros comerciales. *(N. del T.)*

sin trabajo seguro y bien pagado, y la gente que las compone continuará siendo demonizada por ello. Los niveles de vida seguirán estancándose y decayendo, aun cuando los ricos se forren como nunca. Cada vez menos gente de clase trabajadora se tomará la molestia de votar. El populismo de derechas explotará la creciente ira y desilusión por el modo en que se ha empezado a despreciar tanto a la clase trabajadora. Los políticos dominantes continuarán centrando sus energías en satisfacer las demandas de una próspera y pequeña élite, al tiempo que se muestra cada vez más indiferente a las necesidades de una clase trabajadora cada vez más apática. Los políticos volverán a la misma situación del siglo XIX: esencialmente, una discusión familiar entre facciones ricas que compiten entre sí.

En su centro, la demonización de la clase trabajadora es el flagrante triunfalismo de los ricos que, libres ya del desafío de los de abajo, ahora los señalan y se ríen de ellos. Y puesto que este Gobierno liderado por los conservadores sigue adelante con un programa de recortes que hace pagar a la clase trabajadora por los delitos de la élite, tienen mucho de lo que reírse.

Pero no tiene por qué ser así. La locura de una sociedad organizada en torno a los intereses de plutócratas se ha puesto de manifiesto por una crisis económica provocada por la codicia de los banqueros. La nueva política de clases sería un comienzo, al menos para construir un contrapeso a la hegemónica e incontestada política de clase de los ricos. Quizá entonces sea posible otra vez una nueva sociedad basada en las necesidades de la gente, más que en el beneficio privado. La clase trabajadora se ha organizado en el pasado para defender sus intereses; ha exigido que se la escuche y arrancado concesiones de manos de los ricos y poderosos. Por mucho que se la ridiculice o ignore, volverá a hacerlo.

Epílogo a la segunda edición inglesa

Nadie esperaba que *Chavs* atrajera tanto interés como el que suscitó en Gran Bretaña. Y —de haberse *pub*licado incluso tres o cuatro años antes— dudo que lo hubiera hecho. Pero el impacto no se debía a un título provocativo o a mis habilidades como escritor. El perfil del libro tenía mucho con ver con el hecho de que la clase ha vuelto en venganza.

Durante el largo *boom* británico de los años noventa y 2000-10, al menos era posible pretender que la clase social había dejado de existir, que «ahora todos somos de clase media», como dicen los políticos y los gurús de los medios de comunicación. El exprimer ministro Gordon Brown había declarado el principio de una fase de grandes altibajos económicos, y parecía que se avecinaba un futuro con niveles de vida cada vez más altos para todos. En una época de caos económico, este periodo parece una edad dorada, aunque ahora sepamos que estaba construido sobre arena. Sí, era cierto que los sueldos reales se habían estancado para la mitad inferior de la población y se habían rebajado para el tercio inferior de 2004 en adelante, es decir, cuatro años antes de que empezara la crisis económica. Pero el crédito fácil y barato ayudaba a camuflar las crecientes divisiones de clase en Gran Bretaña, que, pese a la arrogancia de la élite política y mediática, estaban más arraigadas que nunca.

Chavs fue concebido como mi contribución —por limitada o modesta que fuera— a acabar con el silencio cómplice sobre la clase social. Pero, inesperadamente, empujó una puerta que ya estaba abierta. La crisis económica ayudó a llamar nuevamente la atención sobre el injusto reparto de riqueza y poder en la sociedad.

A lo largo de 2011, los niveles de vida del británico medio cayeron al ritmo más rápido desde los años veinte. El Grupo de Acción contra la Pobreza Infantil advirtió de que las familias pobres se enfrentaban a un «triple infortunio» de recortes en las prestaciones, ayudas y servicios. «La herencia del Gobierno amenaza con ser el peor registro de pobreza de cualquier Gobierno para una generación», alertó la organización.

Pero seguía siendo una época de vacas gordas para los de arriba. El sueldo de los consejeros de las cien empresas más importantes de Gran Bretaña se disparó un 49% en 2011; el año anterior había subido un 55%. La riqueza de los mil británicos más pudientes se incrementó en un 20% un año después de aumentar un 30%, el mayor aumento nunca registrado. El ministro de Hacienda conservador George Osborne había afirmado que «todos estamos juntos en esto». Al tiempo que esta afirmación oscilaba entre lo absurdo y lo insultante, negar la existencia de la clase social se convertía en una forma de decir que la tierra es plana.

Aunque yo quería incitar a un amplio debate sobre la clase social, el título del libro se reveló conflictivo. Para algunos críticos, el libro no reconocía que el objeto de demonización era un identificable subgrupo de indeseables —una subclase sin trabajo vestida de Burberry—, más que el conjunto de la clase trabajadora. En ocasiones me enfangué en discusiones sobre los orígenes y definición del término *chav*. Puesto que había llenado la portada con esta palabra, habría sido impúdico negarme a participar en ese debate. Pero el libro no trataba de la palabra en sí. Su objetivo era cuestionar el mito de que «ahora todos somos de clase media»; que casi toda la vieja clase trabajadora había tenido «aspiraciones» y se había incorporado a la «Gran Bretaña media» (fuera ´´esta lo que fuera), dejando atrás un residuo irresponsable y problemático, a menudo racializado y descrito como la «clase trabajadora blanca». *Chavs* era el término —englobador de toda una serie de connotaciones peyorativas— que mejor resumía esta caricatura. El libro estaba apuntando a una falsa dicotomía.

Poco después de la *pub*licación de *Chavs*, un estudio de la empresa de sondeos BritainThinks reveló cuán demonizada se había vuelto la identidad de la clase trabajadora. Como apuntaba *Chavs*,

la mayoría de las encuestas ha mostrado sistemáticamente entre un 50 y un 55% de británicos que persistían en declararse de clase trabajadora, pese al mantra de que «todos somos de clase media» con que se les había machacado. Pero BritainThinks revelaba que el 71% se identificaba como de clase media, mientras que solo el 24% optaba por la clase trabajadora. ¿La explicación? Según Deborah Mattinson, de BritainThinks, un exencuestadora de Gordon Brown:

> Existía la convicción en los grupos de discusión de que la noble tradición de una diligente y respetable clase trabajadora se había extinguido. Por primera vez, vi la etiqueta «clase trabajadora» utilizada como injuria, equiparada a otros insultos clasistas como *chav*. Pedí a miembros de grupos de discusión que me hicieran *collages* utilizando recortes de periódicos y revistas para mostrar qué era la clase trabajadora. Muchos eligieron imágenes muy poco atractivas: exceso de colores chillones, cirugía estética malograda, ropa chabacana de marca, alcohol, drogas y glotonería.

Miembros de un grupo de discusión se identificaron como de «clase media»; otro optó por la «clase trabajadora». Sus orígenes, trabajos e ingresos eran casi los mismos. La diferencia residía en que los que se consideraban de «clase media» estaban intentando distanciarse de una identidad poco apetecible en favor de otra con una imagen asombrosamente positiva. Como dice Deborah Mattinson: «Por contraste, ser de clase media, bueno, implica tener un poco de estilo». La etiqueta «clase trabajadora» ya no era algo de lo que la gente podía sentirse orgullosa. Al contrario: en la práctica se había convertido en sinónimo de *chav*.

La minoría que sí se consideraba de clase trabajadora se esforzó por encontrar imágenes actuales positivas para expresar su propia identidad. Se propusieron los años sesenta como el apogeo de la clase trabajadora británica. Al pedirle que definiera qué significaba ser de clase trabajadora, uno respondió: «Significa ser pobre».

Éstas eran algunas de las consecuencias de las fuerzas políticas y sociales que *Chavs* había intentado identificar. Primero, el asalto thatcherista a muchos de los pilares de la clase trabajadora británica. En segundo lugar, un consenso político establecido

por el thatcherismo: que todos debíamos aspirar a ser de clase media, y que ser de clase trabajadora ya no era algo de lo que enorgullecerse. En tercer lugar, la casi desaparición de imágenes positivas de la clase trabajadora en los medios de comunicación, en la televisión y en el mundo político en favor de grotescas caricaturas *chavs*.

Chav es un término utilizado por diferentes colectivos de la sociedad británica. Puesto que prácticamente nadie se autoidentifica como *chav* —salvo en broma—, no es una subcultura claramente reconocible como los góticos o, antes que ellos, los *mods* o los *rockers*. Casi siempre es un insulto impuesto a un individuo sin su consentimiento. Como tal, su significado exacto varía dependiendo de quién lo diga y del contexto en que se utilice. Dicho esto, es innegable que se emplea de forma clasista, como refleja el libro.

Véase ChavTowns (Ciudades *chavs*), un sitio web bastante nauseabundo que —me enorgullece decirlo— ha añadido mi nombre en sus anuncios. Comunidades enteras son ridiculizadas como ChavTowns. Mi propia ciudad, Stockport (un antiguo pueblo industrial del norte de Inglaterra) se lleva unos cuantos palos de manos de individuos anónimos que rezuman puro odio de clase. «En honor a la verdad, Stockport tiene algunas zonas muy prósperas. Desgraciadamente, también tiene una cuota mayor de las costrosas», dice uno. Otro que ataca a la población local se queja de forma parecida: «Debo reconocer que me avergüenza tener que escribir Stockport en mi dirección, pese a pertenecer a uno de sus barrios más agradables (sí, existen)». Otro mensaje se ensaña con la gente que vive en los barrios de protección oficial de Stockport, escrito por alguien que los describe como vecinos del «encantador pueblo de Cheadle Hulme».

Pero eso no significa que esta demonización sea directa. En su reseña del libro, Lynsey Hanley —autora del brillante *Estates*— sostenía que el odio clasista no es un camino de sentido único, sino un «proceso colusivo y a menudo sutil que degrada a todos. De hecho, buena parte de la arremetida contra los *chavs* se da en barrios de clase trabajadora, en parte por la división ancestral entre los que aspiran a la respetabilidad y los que la desprecian».

La «caña a los chavs» puede ser la manifestación de frustración y de elementos antisociales en comunidades de clase trabajadora. *Chavs* trataba de situar el comportamiento antisocial en un contexto social y económico. Al tiempo que es importante hacer esta aclaración, también es cierto que el comportamiento antisocial y la delincuencia son problemas de clase: es más probable que ambos afecten a gente de clase trabajadora que a la de clase media. Las víctimas —como es de esperar— sienten poca compasión por sus agresores, especialmente si comparten circunstancias económicas igualmente difíciles pero no reaccionan del mismo modo.

También hay una presunción injustificada de que la hostilidad hacia quienes «trampean con las prestaciones» está reservada a los lectores del *Daily Mail*, el tipo de gente que atisba tras los visillos para echar pestes de los gays y los gitanos. Pero si eres alguien que va tirando en un trabajo mal pagado, y crees que calle abajo hay alguien que vive a tu costa, eso puede enfurecerte más que a cualquier otro. Es un ejemplo inmemorial de los «pobres contra los pobres», y los políticos y periodistas de derechas lo explotan sin piedad. La prensa sensacionalista busca con denuedo hasta encontrar ejemplos extremos de «defraudadores de prestaciones» y los hace pasar por representativos de un problema mayor. El «gorrón» se ha convertido en la imagen pública de los parados en Gran Bretaña.

Eso no significa que no haya una interpretación de por qué ha aumentado el desempleo de larga duración. Como dijo uno de los que se consideraba de clase trabajadora en el estudio de BritainThinks: «Ahora tenemos la generación subsidiada que empezó cuando Thatcher cerró todas las industrias». *Chavs* trataba de exponer algunas de las réplicas a las exageradas historias de «fraude asistencial». Este representa menos del 1% del total del gasto del Estado de bienestar, y más de 60 veces menos que el fraude fiscal. A finales de 2011, el *Telegraph* informó de que había 23 demandantes de empleo por cada puesto vacante. Por cada trabajo en el comercio minorista había 42 solicitudes y, en los servicios al cliente, 46.[241] En

[241] «Number of job-hunters chasing every post jumps to 23», *Daily Telegraph*, 28 de diciembre 2011.

algunas comunidades, el panorama era aún más desolador. En Hull, hay 18.795 demandantes de empleo a la caza de 318 puestos de trabajo. Simplemente, no hay suficiente trabajo. Pero con la realidad desterrada en buena parte de los periódicos y las pantallas de televisión, y con los hombres de negocios que evaden impuestos como un concepto lejano y abstracto, plantear esto es un desafío.

La demonización también podría nacer de la inseguridad o «distanciamiento social». BritainThinks reveló que los que pertenecían a grupos más susceptibles de ser demonizados como *chavs* podían ser los más vociferantes a la hora de atacarlos. Un beneficiario de prestación por incapacidad de larga duración denunciaba a los *chavs* que supuestamente estaban explotando el sistema hasta agotarlo; lo mismo hicieron dos madres adolescentes en paro. Esto no es desprecio de clase: nace del miedo a ser incluido en un grupo demonizado. He aquí una fea consecuencia de la demonización de los parados y las madres adolescentes: puede ser expresada incluso por miembros de estos grupos.

En gran parte, la demonización es el resultado de un intento concertado por cambiar la opinión pública que se inició durante el thatcherismo. La pobreza y el desempleo ya no se veían como problemas sociales, sino más en relación con defectos individuales. Cualquiera podía salir adelante si se esforzaba lo suficiente, o eso decía el mito. Si la gente era pobre, es porque era vaga, no gastaba el dinero como debía o no tenía aspiraciones.

A finales de 2011 se *pub*licó la última Encuesta sobre Actitudes Sociales, que demostró lo exitoso que ha sido este proyecto. Aun cuando la crisis económica hacía crecer las filas de los pobres y desempleados, las actitudes hacia ellos se habían endurecido. Con casi 2,7 millones de personas sin trabajo, cerca de la mitad de los encuestados creía que las prestaciones por desempleo eran demasiado altas y disuadían a la gente de buscar trabajo. Naturalmente, pocos habrían sabido por los periódicos o la televisión que la prestación por desempleo era de solo 67,50£, e incluso menos para los menores de 26 años. Otro 63% creía que un factor crucial de la pobreza infantil eran los padres «que no quieren trabajar». La arremetida thatcherista, la negativa neolaborista a desafiar el dogma conservador sobre los problemas sociales, y el ocultamiento

de la realidad de la pobreza y el desempleo en los medios de comunicación... Con esta combinación, no es de extrañar que las actitudes hayan dado un giro a la derecha.

Y, naturalmente, esta mentalidad tiene consecuencias políticas. Si piensas que la pobreza y el desempleo son defectos personales más que problemas sociales, entonces ¿por qué tener Estado de bienestar? La Encuesta revelaba que el apoyo a la redistribución de la riqueza había caído hasta solo un tercio. La demonización sirve a un fin útil en una sociedad dividida como la nuestra, porque promueve la idea de que la desigualdad es racional: es la mera expresión de la disparidad de talento y capacidad. Los de abajo supuestamente están ahí porque son estúpidos, vagos o, si no, moralmente cuestionables. La demonización es el espinazo ideológico de una sociedad desigual.

Otra crítica de *Chavs* decía que yo glorificaba una edad dorada que nunca existió, una visión de color de rosa de un mundo industrial que fue liquidado por el experimento thatcherista. Esa no era mi intención. El trabajo que desapareció a menudo era agotador, sucio e insano. Las mujeres quedaban a menudo excluidas de esos trabajos: y cuando los conseguían, no tenían el mismo estatus que los hombres. Había otro sinfín de problemas que un retrato idealizado escrito por un autor de veintitantos no abordaba.

No era un llamamiento a volver a esa época. Mi argumento era que muchas veces no se había llenado el vacío debidamente, y se había dejado a comunidades enteras privadas de trabajo seguro y respetado. Los nuevos empleos en el sector servicios son más limpios, menos arduos físicamente y no excluyen a las mujeres en el mismo grado (aunque las mujeres siguen concentradas desproporcionadamente en los trabajos peor pagados y más precarios). Pero ese trabajo a menudo no está tan bien pagado, no tiene el mismo prestigio y está más sujeto a la libre contratación y despido. Los centros de atención telefónica y los supermercados no forman la base de comunidades como lo hacían, digamos, la mina, la fábrica o el muelle. Pero yo no me refería a que mandáramos de nuevo a jóvenes a los pozos mineros. Solo por decir que lo que sustituyó a esas industrias era —en algunos aspectos importantes— peor, no significa que yo abogara por la vuelta a lo

que se perdió (y que, en cualquier caso, nunca volverá). De hecho, en mi último capítulo argumentaba que el trabajo en el sector servicios debía transformarse, y que había que sustituir los empleos cualificados y de sueldo medio por otra cosa.

Algunos apuntaron también que yo tenía una visión muy unidimensional de la clase trabajadora: es decir, que en realidad estaba hablando de la clase trabajadora masculina y blanca. Aunque no lo recalqué explícitamente, muchos de los ejemplos clave de figuras demonizadas que se hicieron pasar por representativas de colectivos más amplios eran mujeres (Karen Matthews y Vicky Pollard, por ejemplo). De hecho, el odio clasista y la misoginia a menudo se solapan. También quería subrayar la irrupción de las mujeres en el mercado laboral, aunque, por supuesto, hay que señalar que las mujeres siempre han trabajado, además de realizar gran parte de las tareas domésticas no remuneradas que los hombres tradicionalmente se han negado a hacer. «Una reponedora mal pagada y a tiempo parcial» era una de mis propuestas como símbolo de la clase trabajadora actual. No podemos entender la clase social sin el género; pero eso funciona también al revés. La liberación de las mujeres debe abordar la clase social: pero la retirada de la clase con frecuencia la ha eliminado de la agenda, aquí como en cualquier otro sitio.

Me sorprendió más aún la insinuación de que yo estaba hablando de la «clase trabajadora blanca». Uno de los objetivos del libro era desmontar este concepto. Aunque se suele considerar a los *chavs* figuras de clase trabajadora, hay que señalar que el libro se titulaba intencionadamente «la demonización de la clase trabajadora», en vez de «la clase trabajadora *blanca*». Mi argumento era que, tras mucho argüir que «todos somos de clase media», los medios de comunicación y los políticos empezaban a hablar otra vez de la clase trabajadora, pero desde el punto de vista racial. Los problemas de la «clase trabajadora blanca» se achacaban a su raza, más que a su clase. Pero *Chavs* rebatía esta imagen falsa. Después de todo, es probable que las comunidades y los lugares de trabajo de la clase obrera sean más variados étnicamente que sus equivalentes de clase media. Los problemas que afectan a los blancos de clase trabajadora —como la crisis de la vivienda, la falta de

buenos empleos, derechos laborales precarios, niveles de vida cada vez más bajos, comunidades inseguras—, tienen que ver con la clase social, no con la raza. Son problemas compartidos por la clase trabajadora de todas las etnias.

Donde sí interviene la raza es en el hecho de que la clase trabajadora de etnias minoritarias sufre otras formas de opresión y explotación. La mayoría de británicos bangladesís y pakistanís, por ejemplo, vive en la pobreza; los negros tienen muchas más probabilidades de que la policía los pare para cachearlos. Un movimiento de masas debe abordar los problemas comunes a toda la clase trabajadora, pero no puede ignorar la opresión añadida que sufren los grupos minoritarios.

El otro argumento del libro sobre el racismo era que el populismo de extrema derecha —expresado mejor que nadie por el Partido Nacional Británico— se veía impulsado, sobre todo, por inseguridades sociales y económicas, aunque eso no significa que el racismo no forme parte de ello. Pese a las grandes victorias del movimiento antirracista, el prejuicio, la intolerancia y la discriminación siguen siendo problemas enormes en cualquier nivel de la sociedad británica.

Otra crítica apuntaba que un libro con una premisa interesante se veía entorpecido por un rencor desfasado hacia el thatcherismo. Como decía Philip Hensher en el *Spectator*: «La proliferación del desprecio por las clases trabajadoras urbanas es un tema importante, pero se pierde aquí bajo un revoltijo de quejas a la vieja usanza contra Margaret Thatcher, como si a alguien le importara todavía». No tiene sentido negar mi profunda antipatía por el thatcherismo, y difícilmente se puede acusar al libro de esconderlo. Pero *Chavs* trataba, ineludiblemente, del legado de los años ochenta del thatcherismo. No creo que sea posible separar el desprecio clasista de tendencias sociales y políticas más amplias. Uno de los argumentos principales del libro era que este nuevo clasismo tenía que ver más que nada con una ofensiva contra la clase trabajadora británica: incluyendo sindicatos, industrias, vivienda, comunidades y valores. Seguimos viviendo en la Gran Bretaña fraguada por el thatcherismo, así que una crítica semejante difícilmente puede desecharse calificándola de «quejas a la vieja usanza».

Algunos señalaron también que el libro adolecía de fundamentos teóricos. No me disculpo por ello. Aunque ha habido una retirada de la clase social tanto entre los estudiosos como entre la gente de izquierdas, aún se *pub*lican obras al respecto. Desgraciadamente, su lectura queda limitada en buena medida a círculos reducidos. El objetivo de *Chavs* era urgir a pensar sobre la clase a un público masivo. La otra intención era promover ideas de izquierdas en un momento en que la izquierda está muy debilitada. Por eso se escribió de manera que resultara accesible sin ser condescendiente, y a la vez transmitiera fielmente sus argumentos. Ese era el principal objetivo, y espero haberlo cumplido.

Todas estas críticas formaban parte de un debate más amplio. Suscitar una discusión sobre la clase social —tanto si la gente estaba en completo desacuerdo conmigo como si no— era exactamente lo que se pretendía. Pero el debate dio un giro inesperado a los dos meses de *pub*licarse el libro. Durante unos pocos días de agosto, pareció que Inglaterra estuviera sumida en un abismo de caos social, y la demonización sobre la que yo había escrito proliferó como nunca.

* * *

Se supone que agosto es el punto álgido de la «temporada boba» en Gran Bretaña. Con el receso parlamentario, los canales de noticias terminan poniendo historias de animales que hacen cosas ridículas, con la ayuda extra de cotilleos y especulaciones falaces sobre un futuro amenazante para el líder del partido. Pero 2011 fue un año bastante atípico. En un año convulso, se canceló la «temporada boba» y comunidades de toda Inglaterra se vieron abrumadas por disturbios, saqueos e incendios.

Los disturbios empezaron después de que la policía matara a tiros al joven de 29 años Mark Duggan en el distrito londinense de Tottenham. Duggan era negro, y la relación entre la comunidad negra local y la policía tiene una historia cargada de tensión en

ese distrito. En 1985, después de que Cynthia Barret —una mujer negra— muriera durante una redada policial en su casa, Tottenham estalló en los disturbios de Broadwater Farm. El agente de policía Keith Blakelock fue asesinado durante la revuelta. Era la primera muerte de un policía en unos disturbios en 150 años. Aunque las relaciones han mejorado desde entonces, algunos —sobre todo jóvenes negros— se quejaban de sentirse acosados por la policía. Una persona negra tiene 26 veces más probabilidades que un blanco de ser parado y cacheado por la policía en Inglaterra y Gales.[242] La policía ocultó el cuerpo de Duggan a la familia durante 36 horas; los informes iniciales de que había disparado contra la policía fueron ampliamente cuestionados y posteriormente desacreditados. Cientos de personas se congregaron en protesta pacífica frente a la comisaría de Tottenham el sábado 6 de agosto, pero en cuestión de horas el ambiente se había caldeado. Los británicos despertaron al día siguiente con imágenes de caos y escombros humeantes en la calle principal de Tottenham.

Lo que ocurrió a continuación fue una alteración de la normalidad completamente inesperada (y aterradora) para la mayoría. El lunes, los disturbios se habían extendido a mi propio distrito londinense, Hackney: era mi cumpleaños y, con los brindis rápidamente disueltos mientras algunos amigos volvían corriendo a casa, pasé en bici por tiendas cerradas con tablas en Kingsland Road defendidas por grupos de turcos. De Barnet a Croydon, los comercios de Londres fueron saqueados e incendiados, mientras una multitud de alborotadores arrasaba las calles. Pero aquellos ya no eran los disturbios de Londres. El lunes y el martes, la revuelta se extendió a otras ciudades inglesas: Birmingham, Manchester, Liverpool, Leeds, Nottingham y demás. La sensación de que el país estaba sumiéndose en el caos no era ni mucho menos histérica. «No hemos tenido tantos incendios desatados a la vez en Londres desde el bombardeo de la Segunda Guerra Mundial», decía la revista *Time*.[243]

---

[242] «Black people are 26 times more likely than whites to face stop and search», *The Observer*, 17 de octubre 2010.

[243] *Time*, 9 de agosto 2011.

En medio del caos, los comentaristas analizaron a los *chavs* desde una nueva perspectiva. En parte, supongo, debido a que el término *chav* estaba circulando para describir al alborotador, sobre todo en Twitter y Facebook. Fran Haley, el cantante del grupo de rock escocés Travis, describió los disturbios como la «primavera *chav*» en un *tuit*, en referencia humorística a la «primavera árabe». La cadena de gimnasios GymBox —que aparece en la introducción original de *Chavs* por sus clases de «Lucha Chav»— anunció que estaba cerrando temprano debido a una «plaga de *chavs*».

Pero, por encima de todo, se debía a que los disturbios arrojaban una nueva luz sobre la fracturada y dividida sociedad británica. Yo fui uno de los pocos comentaristas durante esa semana turbulenta al que se le pidió que cuestionara el discurso dominante de que aquello era delincuencia salvaje y punto. Cuestionar este consenso no era popular. La gente se sentía aterrorizada en sus comunidades, y Gran Bretaña estaba sumida en plena reacción airada. A los dos días de iniciarse los disturbios, el 90% de la población apoyaba el uso del cañón de agua; dos tercios querían que se mandara al Ejército y un tercio estaba a favor de emplear munición ligera contra los alborotadores. Los intentos de comprender lo que estaba pasando se consideraban intentos de justificación. Había pocas ganas de explicaciones sociales y económicas del desorden que estaba arrasando las ciudades inglesas. La gente solo quería sentirse a salvo y que se castigara a los culpables.

Sin darme cuenta, me vi en el centro de uno de los episodios más feos de la reacción. Junto a la escritora Dreda Say Mitchell, me enfrentaron al historiador tudoriano David Starkey en el informativo nocturno. En una intervención ahora tristemente célebre, Starkey empezó citando el discurso de Enoch Powell sobre los «ríos de sangre» que advertía que la inmigración engendraría un caos violento. Powell se equivocó en su predicción de que acarrearía violencia entre comunidades, admitió Starkey. Más bien, lo que él llamaba la «cultura negra» había convertido a los blancos en macarras vandálicos. «Los blancos se han vuelto negros», afirmó.

Starkey estaba intentando que los negros pagaran el pato por lo sucedido, empleando un argumento retorcido para soslayar

el hecho de que la mayor parte de los alborotadores no eran negros. Esta diatriba cada vez más desconcertante —pero claramente programada— tomó un giro aún más alarmante cuando afirmó que si alguien escuchara al prominente diputado laborista David Lammy sin verle, concluiría que era blanco. Yo me quedé paralizado ante la escena que se desplegaba ante mí, pero respondí que él estaba equiparando negro con delincuente y blanco con respetable.

Lo que me aterrorizaba de aquel incidente eran las posibles consecuencias. ¿Podía convertirse David Starkey en un nuevo Enoch Powell, mientras se despreciaba a críticos como yo al considerarnos una «élite liberal» que arremetía contra un valiente historiador por decir la verdad? ¿Se harían chapas y camisetas con la frase «Starkey tiene razón»? ¿Habría marchas en su apoyo, como las hubo en 1968 cuando Powell fue despedido de su cargo en la oposición por su intolerancia racista? Sin duda su argumento racista despertaba simpatías, expresadas en llamadas de telespectadores y foros de Internet. Mi miedo era que había introducido la raza en un momento de crisis nacional, cuando la gente estaba enfadada y asustada. Pero las simpatías que suscitara no se dejaron sentir con especial fuerza u hondura. Las luchas del movimiento antirracista habían cambiado Gran Bretaña, y las divagaciones de un intolerante historiador tudoriano no iban a revertir eso.

Otro blanco de la reacción era un objeto tradicional de intolerancia: la madre soltera. «Hijos sin padres» era uno de los factores identificados por el primer ministro *tory* David Cameron; fue una cuestión evocada por los comentaristas de derechas. El periódico *Express* parecía no ver ninguna contradicción en afirmar que «hemos criado hombres irresponsables que transmiten a sus hijos los mismos errores» y, en otro párrafo, que «la paternidad es el factor individual más destructivo en la sociedad actual». Sonaba a los argumentos del reaccionario pseudosociólogo estadounidense Charles Murray, que afirmaba que la creciente ilegitimidad entre las «clases bajas» había producido una «nueva chusma». Esto era demonización clásica, que reduce todos los problemas sociales a supuestos defectos individuales y fallos comportamentales.

Pero el elemento dominante de la reacción era la vuelta a la palabrería sobre una «subclase salvaje», la idea de unos pobres indignos llevada a otro nivel: no solo eran indignos, eran como animales. Algunos comentaristas llevaron esta retórica a su extremo lógico. El periodista de derechas Richard Littlejohn utilizó su columna del *Daily Mail* para describir a los alborotadores como una «jauría de salvajes vagabundos y callejeros de zonas marginales», y pedía que fueran apaleados como «crías de foca». La «subclase» ya no consistía simplemente en unos irresponsables, sino que rebosaba animales semienloquecidos. La idea de una mayoría de clase media frente a un residuo problemático apareció de forma destacada en los comentarios posteriores a los disturbios. Según el secretario conservador para el Trabajo y las Pensiones, Iain Duncan Smith: «Demasiada gente se ha mantenido ignorante de la verdadera naturaleza de la vida en algunos de nuestros barrios de protección oficial. Esto se debía a que habíamos aislado muchos de esos problemas, manteniéndolos fuera de la vista de la mayoría de clase media».

En el ambiente febril que siguió a los disturbios, el Gobierno propuso que los alborotadores fueran desalojados de sus viviendas municipales. Eso incluiría a sus familias, y equivaldría de ese modo a un castigo colectivo. «Debería ser posible desalojarlos y mantenerlos así», dijo Cameron a los diputados, y algunos ayuntamientos —como los de Nottingham, Salford y Westminster— anunciaron su intención de hacerlo. Se desvelaron más planes: que se podrían cortar las prestaciones a quienes cometieran un delito. En primer lugar, se metía en el mismo saco a los alborotadores, los inquilinos de vivienda protegida y los beneficiarios de prestaciones, lo que reforzaba la idea de una «subclase salvaje». Pero eso también sentó un precedente en la Gran Bretaña de Cameron: que si eras pobre y cometías un delito, te castigarían dos veces.

Los casos se llevaron rápidamente a los tribunales, pero las sentencias tuvieron más de represalia que de justicia. «Madre de dos hijos, no implicada en el desorden, condenada a CINCO meses de cárcel por aceptar unos pantalones robados en un tienda», alardeaba la cuenta de Twitter de la policía del área metropolitana de Manchester. «¡No hay excusas!» Posteriormente se vieron obligados a pedir

perdón. Nicholas Robinson, un hombre de 23 años sin antecedentes, fue arrestado durante seis meses por robar una botella de agua de 3.50£. Dos jóvenes fueron condenados a cuatro años de cárcel —más de lo que a muchos les cae por asesinato— por usar Facebook para alentar disturbios que nunca ocurrieron en sus ciudades.

Robas una botella de agua y te caen seis meses de cárcel. Pero ayuda a empujar al mundo a la crisis económica más catastrófica desde los años treinta y no esperes sufrir ninguna sanción legal. Incluso mientras gran parte del quebrado sistema financiero occidental sigue apuntalado por trillones de libras de los contribuyentes, ni un solo banquero ha terminado en el banquillo de los acusados. Y muchos de los políticos que clamaban justicia se habían agenciado, en el pasado reciente, dinero de los contribuyentes por valor de millones de libras. Dos años antes de los disturbios, se había descubierto a diputados que exprimían sistemáticamente el sistema de gastos. Solo tres terminaron entre rejas. Algunos habían malversado fondos para pagar el mismo tipo de televisores de pantalla ancha que se estaban robando en las tiendas durante los disturbios (bien es cierto que de forma más desordenada). Cuando se descubrió que el diputado Gerald Kaufman se había hecho reembolsar 8.750£ de dinero público por un televisor Bank and Olufson, simplemente se le pidió que lo devolviera. La Gran Bretaña posterior a los disturbios desmentía el mito de que el sistema de justicia británico está ciego a la riqueza y el poder.

Igual que la crisis económica causada por el mercado fue transformada en una crisis de gasto público, la reacción que siguió a los disturbios demostró lo eficaz que es la derecha manipulando crisis en su propio beneficio. Los disturbios se utilizaron una vez más para reforzar la visión de que los supuestos «problemas sociales» eran las consecuencias de fallos individuales, y de que había una salvaje y descontrolada subclase con la que había que lidiar.

Pero yo sentía que algunos de los temas analizados en *Chavs* eran evidentes en los disturbios. Semanas después de que hubiera vuelto la calma a las calles de Inglaterra, salieron a relucir hechos que cuestionaban el discurso dominante. Iain Duncan Smith había culpado a la cultura de bandas; sin embargo, solo el 13% de los arrestados eran pandilleros. Pero, según las cifras del propio

Gobierno, el 42% de los jóvenes implicados cumplían los requisitos para solicitar comidas escolares gratuitas, más de dos y veces media el promedio nacional. Los adultos arrestados tenían casi el triple de probabilidades de cobrar prestaciones de desempleo que el conjunto de la población. Casi dos tercios de los jóvenes alborotadores vivían en las zonas más pobres de Inglaterra. He ahí una pequeña muestra del floreciente fenómeno de la juventud pobre en Gran Bretaña.

Sería simplista afirmar que el paro y la pobreza habían causado la revuelta. Al fin y al cabo, la inmensa mayoría de los desempleados o pobres no participaron en ella. Pero hay un número creciente de jóvenes sin un futuro seguro que arriesgar. El paro juvenil afecta a uno de cada cinco, hay una crisis de vivienda asequible, los mayores recortes desde los años veinte, niveles de vida cada vez más bajos, el precio de las matrículas universitarias se ha triplicado y se han cancelado las becas de subsistencia para los estudiantes de familias pobres. Esta tormenta perfecta ha dejado a muchos jóvenes con muy pocas ilusiones. Por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, la siguiente generación tendrá una vida peor que la anterior. Obviamente, todos tenemos posibilidad de actuar y no respondemos de igual modo a la misma situación. Pero solo se necesita un pequeño porcentaje de jóvenes sin mucho que perder para responder con disturbios y saqueos a fin de traer el caos a las calles.

También es imposible ignorar el hecho de que los hombres figuraran de forma tan destacada entre los alborotadores. Nueve de cada diez detenidos eran hombres. La rápida desindustrialización y la desaparición de tantos empleos cualificados y de sueldo medio perjudicaron especialmente las vidas de hombres de clase trabajadora (puesto que este tipo de trabajo suele excluir a las mujeres). Una generación atrás, un joven de clase trabajadora podía dejar la escuela a los dieciséis años y tener una perspectiva decente de conseguir un puesto de aprendiz cualificado. Eso tal vez le abriera las puertas a un empleo cualificado y respetado que podía estructurar de algún modo su vida. Pero cuando estos empleos y los puestos de aprendiz que los sustentaban desaparecieron, el vacío nunca se llenó debidamente.

El hundimiento de la industria no era simplemente un fenómeno del Norte. También desaparecieron cientos de miles de puestos de trabajo en Londres, en su mayoría de la industria ligera. El Gabinete de la Presidencia compiló un informe sobre los disturbios, basado en entrevistas en cinco zonas sacudidas por la revuelta. En Tottenham, por ejemplo, el informe reveló que: «El declive de la industria local, y posteriormente del comercio minorista en su calle principal, se consideraban el factor responsable de la falta de puestos de trabajo. Los entrevistados describían la desesperanza de algunos jóvenes ante unas perspectivas limitadas.»[244] Además, esta desaparición de oportunidades ha afectado a buena parte de los jóvenes de clase trabajadora, y la inmensa mayoría no se ha amotinado. Pero con tantos que dejan los estudios sin muchas expectativas de futuro, no debería sorprendernos que una pequeña minoría reaccionara a sus sombrías perspectivas de ese modo.

Una combinación letal de desigualdad y consumismo también tenía algo que ver, indudablemente. En 1979, Gran Bretaña era una de las sociedades más igualitarias de Occidente. Después de tres décadas de thatcherismo, ahora es una de las menos igualitarias. Londres es una de las ciudades con más desigualdades del planeta: el 10% más pudiente acumula 273 más riqueza que el 10% más pobre.[245] No es como París, donde los ricos se concentran en el centro y es más probable encontrar a los pobres en la *banlieue* (la periferia). En Londres, los ricos y los pobres pueden vivir casi uno encima del otro. Los menos afortunados pueden ver a diario lo que nunca tendrán. Véase Clapham Junction, uno de los escenarios de los disturbios de agosto. Unos raíles separan el próspero sur de barriadas deprimidas al norte. «Si [los jóvenes] quisieran recordar alguna vez lo que no tienen, este es un buen lugar para hacerlo», dijo un «reponedor local» en el informe del Gabinete de la Presidencia.[246]

---

[244] Gareth Morrell *et alii.*, «The August riots in England: Understanding the involvement of young people», *National Centre for Social Research* (Octubre 2011), p. 13.

[245] Randeep Ramsesh, "London's richest people worth 273 times more than the poorest" (*The Guardian*, 21 de abril de 2010; en http://www.guardian.co.uk/).

[246] Morrell, «The August Riots», p. 17.

Gran Bretaña es una sociedad hiperconsumista. El estatus tiene mucho que ver con lo que poseemos o incluso con lo que llevamos puesto. La inmensa mayoría de los jóvenes quieren participar de este consumismo, pero se enfrenta a enormes obstáculos económicos para hacerlo. Lo que menos me sorprendió de los saqueos fue que se eligieran como objetivo las zapatillas de deporte. Cuando yo era chaval, eran todo un símbolo de estatus: tener un par cutre podía dejarte en ridículo. No es de extrañar, pues, que se saqueara Foot Locker, mientras Selfridges simplemente quedaba reducido a cenizas. Puede que los artículos fueran de más valor, pero no tenían relevancia para las vidas de los jóvenes: no acarreaban estatus.

La hostilidad hacia la policía era un factor importante. Desde los disturbios, he hablado con muchos jóvenes negros sobre sus experiencias con la policía. Como yo, nunca se les había acusado de un delito. Pero había una diferencia fundamental: mientras que a mí nunca me habían parado para cachearme, esa era una experiencia que ellos habían sufrido durante toda su vida. Uno me dijo que le cachearon por primera vez a los doce años cuando iba a comprar leche a su madre. A veces los policías se mostraban comprensivos e incluso casi azorados, pero otras eran agresivos y hasta amenazantes. Algunos policías actuaban como si «fuéramos la mayor banda del lugar», un sentimiento que afloró en las entrevistas con alborotados convictos. De hecho, las entrevistas con alborotadores realizadas por el estudio «La lectura de los disturbios» —una colaboración entre la LSE, la Fundación Joseph Rowntree y el *Guardian*— reveló que el sentimiento antipolicial se identificaba como la mayor causa singular de la revuelta.[247]

Naturalmente, muchos de los alborotadores se metieron porque vieron una oportunidad de robar «material gratis». Para otros suponía una emoción indirecta: la posibilidad de alardear delante de sus amigos y jactarse de que ellos participaban en la acción. Algunos simplemente fueron detenidos entre el gentío, con la sensación que las normas aceptadas socialmente se habían suspendido temporalmente. Otros consideraban la impúdica codicia de los

[247] «Rioters say anger with police fuelled summer unrest», *The Guardian*, 5 de diciembre 2011.

banqueros y políticos, y pensaban que si los de arriba podían irse de rositas, ¿por qué ellos no? Y había otros que se sentían frustrados, enfadados, desilusionados o aburridos. Los motivos concretos podían variar: para algunos, era una combinación de razones. Pero lo que unía a los revoltosos y saqueadores del caluroso agosto inglés era la ausencia de nada importante que perder, y una falta de fe o una abierta antipatía hacia la policía local.

Nadie puede predecir si habrá una nueva oleada de disturbios. Pero es seguro que los recortes más drásticos desde los años veinte tendrán un efecto devastador en el tejido social británico. Cada vez más gente (de todas las edades) tendrá inevitablemente la creciente sensación de que le espera un futuro sombrío. En esas circunstancias, el enfado y la frustración aumentarán aún más. A menos que se organice y oriente políticamente, esto podría manifestarse de la forma más desagradable. De ser así, los disturbios de agosto serán un negro presagio de algo peor.

Aunque pocos olvidarán los disturbios, 2011 fue un año de gran dramatismo en todo el planeta por otras incontables razones: sobre todo, por una crisis económica cada vez más profunda y el coraje y la determinación de millones de árabes que se sublevaron contra las seniles y brutales tiranías que los gobernaban. Pero se produjo otro giro con profundas implicaciones para mis argumentos. *Chavs* era, en gran parte, una historia sobre la herencia de la derrota: es decir, las consecuencias del vapuleo sufrido por el movimiento sindical británico y por muchas comunidades de clase trabajadora en los años ochenta. Después de todo, yo había afirmado que la demonización era «el fragante triunfalismo de los ricos que, libres ya del desafío de los de abajo, ahora los señalan y se ríen de ellos». Sin embargo, al tiempo que mi libro aparecía en los estantes, ese triunfalismo estaba siendo atacado.

A finales de 2011, la revista *Time* nombró al «Disidente» como su «Personaje del Año». De hecho, ya se tratara de alzamientos contra déspotas asesinos o de manifestaciones masivas contra los recortes, la protesta hizo una de sus mayores reapariciones desde los años sesenta. Eso incluía también a Gran Bretaña, que experimentaba oleadas de manifestaciones, ocupaciones y huelgas.

Aunque no había, de momento, una amenaza seria a la situación de la élite pudiente, se había demostrado una vez más que era posible resistir.

La nueva era de disconformidad llegó a Gran Bretaña el 10 de noviembre de 2010, cuando el Sindicato Nacional de Estudiantes convocó una manifestación contra el proyecto de triplicar el precio de las matrículas. Solo se esperaba que acudieran en torno a 20.000 personas, pero ese día hubo 52.000 manifestantes. La mayoría de los que tomaron las calles se politizaba por primera vez, y la experiencia de marchar junto a otros jóvenes indignados era estimulante y fortalecedora. Un sector de la manifestación ocupó las Torres Millbank en Westminster, donde tiene sus oficinas el Partido Conservador. Aunque estas escenas se convirtieron en el foco de atención de medios de comunicación farisaicos, ansiosos por condenar la «violencia» (aunque nadie fue atacado), la ocupación se convirtió en un símbolo de resistencia para muchos jóvenes radicalizados. Pese a la falta de apoyo de la jefatura del Sindicato Nacional de Estudiantes, las semanas siguientes presenciaron una serie de protestas, y se organizaron docenas de ocupaciones en universidades de todo el país.

Entre la indignación moral y los primeros planos de ventanas destrozadas, los medios de comunicación pasaron por alto uno de los elementos más interesantes de las protestas. Muchos de los manifestantes más bulliciosos y decididos no eran estudiantes de clase media, sino adolescentes de clase trabajadora furiosos por la supresión de la beca de subsistencia estudiantil —el dinero que se daba a los de origen más pobre para que siguieran estudiando—. Muchos de ellos tenían la sensación de que un gobierno de millonarios les estaba cerrando la puerta en las narices. El periodista de la BBC Paul Mason llamó a las protestas «La Revolución Dupsted» por el tipo de música que sonaba a todo volumen en las protestas.[248] En general no eran estudiantes universitarios los que hacían resonar el *dupsted*, sino adolescentes de clase trabajadora. Antes se los menospreciaba como, en el mejor de los casos, una masa apática con pocos intereses aparte de *Factor X* y los iPhones;

[248] El *dupsted* es un tipo de música electrónica. *(N. del T.)*

y, en el peor, como una amenaza social que debía contenerse. Pero ahí estaban, políticamente perspicaces, indignados y decididos a hacer oír sus voces largamente ignoradas.

Los estudiantes no impidieron que el Gobierno impusiera la triplicación del precio de las matrículas a través del Parlamento, pero demostraron que era posible resistir. Antes de que hubieran tomado las calles, el mito de la excepcionalidad inglesa seguía dominando tanto a la derecha como a la izquierda: eran los impetuosos griegos y franceses los que tomaban las calles, no los apacibles y moderados británicos. Eso representaba el ocultamiento deliberado de una muy británica historia de disidencia: desde la Revuelta Campesina del siglo XIV a la revolución inglesa del siglo XVII; de los cartistas del siglo XIX —el primer movimiento político de clase trabajadora del mundo— a las sufragistas. Los sindicatos —aún muy debilitados y faltos de confianza—miraban como espectadores más que interesados. Como dijo Len McCluskey, líder de Unite —el mayor sindicato del país—, los estudiantes han puesto a los sindicatos «en evidencia». Pero en 2011 les llegó su turno.

Mientras las medidas de austeridad comenzaban a hacer mella en los empleos y niveles de vida, el movimiento sindical hizo un llamamiento a una «marcha por la alternativa» el 26 de marzo de 2011. Era la mayor manifestación de trabajadores en más de una generación. La clase trabajadora británica, formada por cientos de miles de manifestantes, enfrentándose a un Gobierno que les estaba obligando a pagar una crisis en cuyas causas nada tenía que ver.

La protesta fue solo el comienzo. El Gobierno anunció «reformas» de las pensiones del sector público; «reformas» era un término cuyo significado hacía mucho que había cambiado de «progreso social» a «vuelta atrás en el tiempo». Con el argumento de que las pensiones del sector público se estaban volviendo insostenibles, se desvelaron planes para hacer que los trabajadores pagaran más y recibieran menos. Pero un informe del Gobierno escrito por el exministro ultrablairista John Hutton reveló que las pensiones del sector público caerían en proporción a la economía británica: en otras palabras, se fijaron de modo que fueran menos costosas. En todo caso, el dinero extra recaudado iría directamente a las arcas

del Tesoro, no a fondos de pensiones. Este era un impuesto causado por el déficit que se cargó a trabajadores del sector público, que iban desde empleadas de comedores escolares a profesores.

Explotando el hecho de que la cobertura de las pensiones del sector privado se había venido abajo durante la década anterior, hubo intentos cínicos de jugar a la política del «divide y vencerás» y enfrentar a los trabajadores entre sí. ¿Por qué deberían los trabajadores del sector privado sin pensión ninguna subsidiar las generosas liquidaciones del sector público? O eso decía el discurso político y mediático. He ahí la «carrera hacia los mínimos»: el argumento de que se deberían minar las pensiones del sector público, no sacar a relucir las del sector privado.

Era una provocación enorme, y el 30 de junio de 2011 cientos de miles de profesores y funcionarios fueron a la huelga. Pero mientras el Gobierno se negaba a hacer concesiones significativas, votaciones sindicales en todo el sector público apoyaron de forma aplastante la acción sindical. El 30 de noviembre, mujeres encargadas de ayudar a los niños a cruzar la calle, basureros, enfermeras y otros trabajadores se declararon en huelga. Fue la mayor oleada de acción sindical desde la huelga general de 1926. Tras los muchos obituarios escritos sobre el movimiento sindical, el poder colectivo de los trabajadores regresaba a la agenda política.

Chavs examinaba brevemente cómo la demonización de la clase trabajadora a finales de los años setenta revistió la forma de ataques a su supuestamente excesiva fuerza: «matones de los sindicatos toman el país como rehén», y cosas así. Pero actualmente se presentaban caricaturas de gente de clase trabajadora en forma de criaturas patéticas servidas como entretenimiento. Y sin embargo —después de una de las mayores demostraciones de poder del movimiento sindical en una generación—, hubo una tenue reminiscencia de la anterior demonización. Jeremy Clarkson —un gurú derechista que conduce coches para ganarse la vida— fue a la televisión a proponer que había que sacar a los huelguistas y dispararles delante de sus familias. Eso explotaba el miedo, e incluso el odio, profundamente arraigados en algunos sectores de la sociedad británica, hacia los trabajadores crispados.

Otros movimientos también ayudaron a poner de nuevo a la clase social en la agenda política. En octubre de 2011, los manifestantes contra las medidas de austeridad ocuparon Wall Street en Estados Unidos. Se inspiraban, en parte, en los indignados españoles que en mayo habían ocupado la plaza más importante de Madrid en protesta por la clase política; y estos, a su vez, habían seguido el ejemplo de los revolucionarios egipcios que habían tomado la Plaza Tahrir de El Cairo. Engendraron un movimiento «okupa» global, mientras se organizaban acampadas similares en cientos de ciudades de todo el planeta. Eso incluía Londres, donde se montaron tiendas en el exterior de la catedral de San Pablo. El eslogan clave del movimiento «okupa» era que «Somos el 99%»: la idea era que la inmensa mayoría tenía intereses diferentes y enfrentados a los del 1% más privilegiado.

Quizá no fuera una cifra exacta, pero eso no era lo importante: captaba un profunda sensación de injusticia que había arraigado desde el hundimiento de Lehman Brothers en septiembre de 2008. Sobre todo, servía como recordatorio de quién había causado la crisis económica y a quién se le estaba haciendo pagar por ella. Y halló eco. Una encuesta realizada por el ICM reveló que el 38% creía que «los manifestantes eran ingenuos; no hay ninguna alternativa práctica al capitalismo; la cuestión es ponerlo otra vez en marcha». Pero otro 51% coincidía en que «los manifestantes tienen razón en querer avisar del fin de un sistema que antepone los beneficios a las personas».

Gran Bretaña sigue en mitad de una crisis aparentemente intratable, y es difícil predecir con exactitud cómo evolucionará en los próximos años. Desde luego es cierto que la posición de la élite pudiente sigue siendo fuerte en todo el mundo, y que el futuro parece tremendamente sombrío para millones de trabajadores tal como están las cosas. Pero creo firmemente que la esperanza está en volver a la política de clase, es decir, rechazar la ficción de que «todos estamos juntos en esto», y en un reconocimiento de que, al tiempo que los trabajadores comparten los mismos intereses básicos, están en conflicto con los de arriba.

Chavs no trataba de la piedad, sino del poder. Si yo tenía un objetivo primordial, era poner de relieve la crisis central de la política actual: la falta de representación política de la clase trabajadora. Solo un movimiento organizado de trabajadores puede desafiar la locura económica que amenaza el futuro de amplios sectores de la humanidad. Pero ese movimiento es imposible a menos que se desmonten varios mitos: que todos somos esencialmente de clase media; que la clase es un concepto anticuado; y que los problemas sociales son en realidad los fallos de un individuo.

Mi libro era una contribución a eso, aunque pequeña. El cambio social no llega por los garabatos de escritores afines, sino por la presión popular desde abajo. Mientras un programa de austeridad cargado de ideología impone privaciones a comunidades de todo el país, sin duda habrá una determinación cada vez mayor de luchar por una alternativa. Los *tories* y sus prósperos seguidores serían temerarios si pensaran que ya han ganado. Todavía está todo por decidir.

Agradecimientos

Este libro solo ha sido posible gracias al entusiasmo, consejos y experiencias de otros.

Sin el ánimo de Jordan Goldman y Dominic Sandbrook nunca me habría puesto manos a la obra. Soy enormemente afortunado por tener un agente tan comprometido como Andrew Gordon, que ayudó a pulir la idea original, me dio consejos impagables y un apoyo inquebrantable desde el principio. El libro nunca habría existido sin su tesón. Mi editor en Verso, Tom Penn, ha sido un editor brillante y paciente que ha mejorado infinitamente el libro, sobre todo restringiendo sin piedad algunos de mis párrafos más pesados.

Varios expertos sacrificaron amablemente su tiempo para ofrecer sus conocimientos, sugerir ideas y clarificar algunos de mis pensamientos. Incluyen a: Alan Walter (un activista y fuente de inspiración para los inquilinos de vivienda social que por desgracia falleció mientras se escribía este libro), Martin Barnes, Phillip Blond, el profesor John Carey, Nick Cohen, el profesor Danny Dorling, Larry Elliott, la doctora Gillian Evans, el profesor Gregor Gall, Lynsey Hanley, Johann Hari, David Kynaston, Eilís Lawlor, el profesor Rob MacDonald, el diputado John McDonnell, John McInally, el doctor Ross McKibbin, Fiona Millar, Richard Murphy, Sam Tarry, Matthew Taylor, Mark Thomas, Graham Turner, Fiona Weir, Peter Whittle y el profesor Richard Wilkinson.

Tuve la gran suerte de contar con el cariño y apoyo de mis amigos durante el proceso de escritura. Varias personas leyeron el primer borrador e hicieron críticas y sugerencias cruciales. Les

estoy eternamente agradecido. Son: Grant Archer, Ruth Aylett, Graham Bash, Alex Beecroft, James Bevan, Liam Cranley, David Easton, Andrew Fisher, Tim Flatman, Lola Frears, Rob Jones, Leah Kreitzman, Sue Lukes, Dorothy Macedo, Mike Phipps, Jamie Rann, David Roberts, el doctor Adam Smith, Stefan Smith, Tom Stoate, Chris Tapp, George Taylor, Jemima Thomas y Chris Ward.

Estoy inmensamente agradecido a todos aquellos que me dedicaron su tiempo para que los entrevistara. Es el caso particular de los vecinos de comunidades de clase trabajadora por todo el país que accedieron a responder a preguntas entrometidas, a menudo con poco o ningún aviso previo. Ninguna otra entrevista en este libro es más autorizada, perceptiva o reveladora que las suyas. Lo más importante para mí es haber hecho justicia a sus experiencias y opiniones. Espero haberlo logrado.

Este libro se terminó de imprimir
el 14 de febrero de 2013

«Yo, yo, yo. ¿Qué hay de mí?
¿Dónde entro en todo esto?
¿Soy un animal, o un perro?
¿No soy más que una
naranja mecánica?»

ALEX
(*La naranja mecánica*, 1971)